ELIZABETH PETERS

autora del bestseller *La Serpiente, el Cocodrilo y el Perro*

EL COCODRILO EN EL BANCO DE ARENA

"Una escritora tan popular que las bibliotecas tienen que mantener sus libros bajo llave"
—*Washington Post Book World*

Elizabeth Peters

EL COCODRILO EN EL BANCO DE ARENA

Amelia Peabody, 01

El amor de mi amada está en el otro lado
Una extensión de agua está entre nosotros
Y un cocodrilo esperaba en el banco de arena.
—Antiguo Poema de Amor egipcio

Nota de la autora

Aunque mis principales personajes son enteramente ficticios, ciertos personajes históricos hacen breves apariciones en estas páginas. Maspero, Brugsch y Grebaut estuvieron asociados con el Departamento egipcio de Antigüedades en 1880, y William Flinders Petrie entonces empezaba su gran carrera en la egiptología. Petrie fue el primer arqueólogo profesional en excavar Telle el Amarna y me he tomado la libertad de atribuirle algunos de sus descubrimientos —y sus ideas "avanzadas" acerca de la metodología— a mis arqueólogos ficticios. Al pavimento pintado encontrado por Petrie le fue dado el tratamiento que he descrito por Petrie mismo. Excepto por discrepancias de esta naturaleza, he procurado representar el Egipto de esa era, y el estado de la investigación arqueológica en la última parte del siglo XIX, tan exactamente como ha sido posible, dependiendo de guías turísticas contemporáneas para los detalles. Para agregar verosimilitud a la narrativa, he utilizado la nomenclatura contemporánea de nombres de lugares y faraones, así como ciertas palabras como "*dahabbiya*". Por ejemplo, el nombre del faraón hereje fue leído anteriormente como "Khuenaten". Los eruditos modernos prefieren la lectura "Akhenaten". Así mismo, "Usertsen" es el "Senusert" moderno.

Capítulo 1

Cuando puse por primera vez mis ojos sobre Evelyn Barton-Forbes, ésta andaba por las calles de Roma (me informa, el auto designado Crítico que lee rápidamente por encima de mi hombro mientras escribo, que ya he cometido un error. Si estas aparentemente sencillas palabras inglesas verdaderamente implican vulgaridad, en justicia hacia Evelyn, debo encontrar otra frase).

En justicia hacia mí misma, sin embargo, debo insistir en que Evelyn hacía precisamente lo que he dicho que hacía, pero sin ningún propósito ulterior en mente. Verdaderamente, la pobre chica no tenía ningún propósito y ningún medio para llevarlo a cabo si ésa era su intención. Nuestro encuentro fue fortuito, pero afortunado. Yo tenía, como siempre he tenido, bastante propósito para dos.

Había dejado mi hotel esa mañana con una considerable irritación de espíritu. Mis planes habían fracasado. No estoy acostumbrada a que mis planes fracasen. Presintiendo mi humor, mi pequeño guía italiano se arrastraba detrás de mí en silencio. Piero no fue silencioso la primera vez que me encontré con él, en el vestíbulo del hotel, donde, junto con otros de su clase, aguardaba la llegada de impotentes visitantes extranjeros necesitados de un traductor y guía. Le seleccioné de entre la multitud porque su apariencia era un poco menos malvada que la de los otros.

Era bien consciente de la propensión de estos hombres a

intimidar, estafar y aprovecharse de las víctimas que les contratan, pero no tenía la intención de ser una víctima. No me tomó mucho tiempo dejarle esto en claro a Piero. Mi primer acto fue negociar despiadadamente con el tendero a quien Piero me llevó para comprar seda. El precio final fue tan bajo que la comisión de Piero se redujo a una suma insignificante. Él le expresó su disgusto a su compatriota en la lengua nativa, e incluyó en su invectiva varios comentarios personales sobre mi apariencia y mis modales. Lo dejé continuar durante un tiempo y luego le interrumpí con un comentario sobre sus modales. Hablo italiano, y lo comprendo bastante bien. Después de eso Piero y yo nos llevamos admirablemente. No lo había empleado porque requiriera un intérprete, sino porque quería a alguien que me llevara los paquetes e hiciera recados.

Mi conocimiento de idiomas y de los medios que me permitían viajar por el extranjero, habían sido adquiridos de mi difunto padre, que fue un erudito y anticuario. Había poco que hacer excepto estudiar, en el pequeño pueblo donde papá prefirió vivir, y tengo aptitud para los idiomas, muertos y vivos. Papá prefería sus idiomas muertos. Fue un estudiante dedicado al pasado, y emergía de ahí sólo ocasionalmente, cuando parpadeaba hacia mí y expresaba sorpresa por cómo había crecido desde la última vez que advirtió mi existencia. Encontré nuestra vida juntos bastante agradable; soy la más joven de seis, y mis hermanos, al ser considerablemente más mayores, habían dejado el nido algún tiempo antes. Mis hermanos eran comerciantes de éxito y hombres profesionales; todos ellos rechazaban los estudios de mi padre. Fui dejada, entonces, para ser el apoyo de los años declinantes de mi padre. Como he dicho, ésa vida me convenía. Me permitió desarrollar mis talentos para la educación. Pero que no se permita el Lector Apacible suponer que estaba mal equipada para las necesidades prácticas de la vida. Mi padre no estaba motivado hacia los detalles prácticos. Eso me dejaba a mí para intimidar al panadero y atormentar al carnicero, lo cual hice, si puedo decirlo así, bastante efectivamente. Después del Sr. Hodgkins, el carnicero, Piero no me daba problemas.

Mi padre murió, finalmente —si uno puede utilizar tan precisa palabra para el proceso que tuvo lugar. Uno quizás diga que se marchitó gradualmente y fue perdiendo fuerzas. El rumor, puesto

en circulación por una criada impertinente, de que había estado muerto durante dos días antes de que nadie lo notara, es una completa exageración. Debo admitir, sin embargo, que quizás murió en cualquier punto durante las cinco horas que pasé con él en su estudio esa tarde en particular. Él estaba recostado en su gran silla de cuero, meditando, como asumí; y cuando, advertida por alguna premonición, corrí a su lado, los ojos abiertos tenían la misma expresión de apacible indagación con los que siempre me había mirado. Me pareció una manera bastante respetable y cómoda de dar el paso.

No fue una sorpresa para nadie descubrir que me había dejado la propiedad a mí, al susodicho apoyo, y al único de sus niños que no tenía ingresos propios. Mis hermanos aceptaron esto tolerantemente, como habían aceptado mi dedicado servicio a papá. No explotaron hasta que no supieron que la propiedad no era una suma ínfima, sino que estaba valorada en un fortuna de medio millón de libras. Habían cometido el común error de asumir que un erudito distraído es necesariamente un tonto. La resistencia de mi padre a discutir con el Sr. Hodgkins, el carnicero era debida, no a su falta de habilidad, sino al desinterés. Estaba mucho más interesado en inversiones, “cambios” y esos otros asuntos misteriosos que producen riqueza. Él había realizado sus negocios con la misma reticencia que marcó sus hábitos en general; y murió, para sorpresa de todos, siendo un hombre rico.

Cuando este hecho llegó a ser conocido, ocurrió la explosión. Mi hermano mayor, James empezó a amenazar con procesos legales, bajo la base de mente poco sólida e influencia indebida. Esta irreflexiva explosión de mal genio, que era característica de James, fue parada fácilmente por el Sr. Fletcher, el excelente agente de papá. Siguieron otras tentativas. Fui visitada por riadas de atentas sobrinas y sobrinos que me aseguraron su devoción —que había sido demostrada, los pasados años, por su ausencia. Las cuñadas me invitaron, con frases de lo más cariñosas, a compartir sus casas. Fui advertida en los términos más fuertes contra los cazafortunas.

Las advertencias no eran desinteresadas; sin embargo, fueron innecesarias. Una soltera de mediana edad, que no se dignaba a disfrazar el hecho de que en aquel momento tenía treinta y dos años de edad, que nunca había recibido una proposición de matrimonio,

debía ser una simplona si fallaba en reconocer la repentina adquisición de una fortuna como un factor de su nueva popularidad. No era simplona. Siempre me había reconocido como sencilla.

Las transparentes tentativas de mis parientes, y de varios caballeros ociosos, para ganar mi consideración, despertó en mí una diversión cruel. No los disuadí, muy al contrario, les animé a visitarme, y me reí de sus torpes esfuerzos. Entonces se me ocurrió que estaba disfrutando de ellos demasiado. Me estaba convirtiendo en una cínica, y este desarrollo de carácter me decidió a dejar Inglaterra, no, como algunas personas maliciosas han dado a entender, por temor a ser subyugada. Siempre había querido viajar. Ahora, decidí, vería todo los lugares que mi padre había estudiado —la gloria de Grecia y la grandiosidad de Roma; Babilonia y las cien puertas de Tebas.

Una vez que tomé esta decisión, no me llevó mucho tiempo preparar el viaje. Hice mis arreglos con el Sr. Fletcher, y recibí de él una proposición de matrimonio que rehusé con el mismo buen humor que había caracterizado la oferta. Por lo menos él fue honesto.

—Pensé que merecía la pena intentarlo —observó él tranquilamente.

—Si no se intenta, no se gana —estuve de acuerdo.

El Sr. Fletcher me estudió amablemente por un momento.

—Srta. Amelia, ¿puedo preguntarle, en mi capacidad profesional, si tiene alguna inclinación hacia el matrimonio?

—Ninguna. Desapruebo el matrimonio por principio. —Las cejas entrecanas del Sr. Fletcher se levantaron. Agregué—, para mí. Supongo que está bastante bien para algunas mujeres; ¿qué más pueden hacer las pobres? ¿Pero por qué debería cualquiera hembra independiente e inteligente escoger sujetarse a los caprichos y tiranías de un marido? ¡Le aseguro, tengo que encontrar a un hombre tan sensato como yo!

—Puedo creer bien eso —dijo el Sr. Fletcher.

Vaciló por un momento; yo me imaginé que podía verle luchar contra el deseo de hacer una declaración poco profesional. Perdió la lucha.

—¿Por qué lleva usted tal ropa espantosa? —estalló—. Si no es

para desalentar a pretendientes...

—¡Realmente, Sr. Fletcher! —Exclamé.

—Ruego su perdón —dijo el abogado, enjuagándose la frente—. No puedo creer lo que me ha pasado.

—Yo tampoco. En cuanto a mi ropa, encaja con la vida que llevo. Las modas actuales son poco prácticas para una persona activa. Las faldas son tan apretadas que una debe empezar a andar como un niño, los corsés de ballenas tan ajustados que es imposible respirar profundamente... y ¡el polisón! De todas las artimañas tontas endosadas a las impotentes mujeres, el polisón es ciertamente la peor. Los llevo, dado que es imposible conseguir un vestido sin ellos, pero por lo menos puedo insistir en sensatos tejidos oscuros y en un mínimo de ornamento. ¡Qué tontería si tengo que mirar borlas, volantes y rasos carmesí, o un vestido adornado con pájaros muertos, como uno que he visto!

—Y aún así —dijo el Sr. Fletcher, sonriendo—, siempre he pensado que tendría buen aspecto con borlas, volantes y raso carmesí.

La oportunidad de sermonear había restaurado mi buen humor. Devolví la sonrisa, pero sacudí la cabeza.

—Déjelo, Sr. Fletcher. No puede halagarme, conozco el catálogo de mis defectos demasiado bien. Soy demasiado alta, soy demasiado flaca en algunas zonas y demasiado ampliamente dotada en otras. Mi nariz es demasiado grande, la boca es demasiado ancha, y la forma del mentón es positivamente masculina. Tez cetrina y cabello negro azabache no están de moda esta temporada, y he sido informada de que los ojos de un gris tan profundo, bajo el conjunto de unas cejas negras severas, golpean con terror a quien los contempla, incluso cuando brillan con benevolencia, lo cual mis ojos rara vez hacen. Ahora, creo que he tratado con ese tema. ¿Volvemos a nuestros negocios?

Ante la sugerencia de Fletcher hice mi testamento. No tenía la intención de morir durante un gran número de años, pero me di cuenta de los peligros de viajar a las regiones poco saludables que me proponía visitar. Dejé toda mi fortuna al Museo Británico, donde papá había pasado tantas horas felices. Me sentía bastante sentimental acerca de ello; papá muy bien podría haber muerto en la Sala de lectura, y posiblemente a los asistentes les habría tomado

más de dos días darse cuenta de que ya no respiraba.

Mi último acto antes de partir fue contratar a una compañera. No lo hice por conveniencia. Oprimido como está mi sexo, en esta década, según cabe suponer culta, de 1880, una mujer de mi edad y situación en la vida puede viajar al extranjero sola sin ofender a nadie excepto al excesivamente mojigato. Contraté una compañera porque, en resumen, me sentí solitaria. Toda mi vida había cuidado de papá. Necesitaba a alguien, no para cuidarme, sino al revés. La Srta. Pritchett era una compañera perfecta. Era unos pocos años mayor, pero uno nunca lo habría supuesto por su vestimenta y modales. Le gustaban los vestidos de fina muselina con delicados volantes, que colgaban con torpeza sobre su forma huesuda, y su voz era un chillido agudamente ridículo. Era torpe, su estupidez era tan intensa que rayaba la ingenuidad; tenía el hábito de desmayarse, o, por lo menos, de desplomarse en una silla con la mano apretada sobre el corazón, siempre que ocurría la menor dificultad. Esperaba con ilusión mi asociación con la señorita Pritchett. Empujarla por las calles malolientes de El Cairo y los desiertos de Palestina proporcionaría a mi mente activa la distracción que necesitaba.

Después de todo, la señorita Pritchett me falló. Las personas de ese tipo rara vez caen enfermas; están demasiado ocupadas fingiendo estar enfermas. Más tan pronto como alcanzamos Roma, la señorita Pritchett sucumbió a la fiebre tifoidea, como la hembra sin carácter que era. Aunque se recuperó, demoró mi salida hacia Egipto durante dos semanas, y se puso de manifiesto que no podría mantener el ritmo hasta después de una larga convalecencia. Por lo tanto la despaché de vuelta a Inglaterra bajo el cuidado de un clérigo y su mujer, que dejaban Roma. Naturalmente me sentí obligada a pagarle el salario hasta que pudiera asegurarse otro puesto. Se fue llorando e intentando, mientras el coche se marchaba, besar mi mano.

Ella dejó un vacío en mis planes cuidadosamente trazados, y era la causa de mi mal humor cuando dejé el hotel ese día decisivo. Ya llevaba dos semanas de retraso, y todos los alojamientos habían sido arreglados para dos personas. ¿Debería intentar encontrar otra compañera, o resignarme a viajar en solitario? Debía tomar mi decisión pronto, y estaba reflexionando acerca de ello cuando fui a

hacer una visita final al *Campo Vaccinio*, donde se asentaba el antiguo Foro de Roma.

Era una tarde fresca de diciembre; el sol se oscurecía intermitentemente por nubes. Piero parecía un perro frío, a pesar de la chaqueta caliente que había comprado para él. Yo no sentía el frío. Era un día con mucho viento, con sombra y sol alternos, bastante apropiado para la escena. Las columnas rotas y las piedras caídas estaban oscurecidas por masas caídas de hierbas, ahora marrones y quebradizas. Había otros visitantes vagando cerca. Les evité. Después de leer algunas de las inscripciones rotas, y de identificar, para mi satisfacción, los lugares donde cayó Cesar y donde los senadores aguardaron la llegada de los Godos, me senté en una columna caída.

Piero se apiñó a mis pies con las rodillas levantadas y los brazos envueltos alrededor de la cesta que había estado llevando. Encontré el duro y frío asiento suficientemente cómodo; hay algo que decir sobre el polisón, de hecho. Fue la compasión hacia Piero lo que me hizo ordenarle que abriera la cesta que la cocina del hotel había proporcionado. Sin embargo, se negó a mi oferta de té caliente con una mirada lastimosa. Presumo que habría aceptado brandy.

Bebía mi té cuando advertí que había un grupo de personas a cierta distancia, que parecía estar reunido alrededor de un objeto oculto por sus cuerpos. Envié a Piero a ver que era, y seguí bebiendo mi té.

Después de un intervalo volvió saltando con los ojos oscuros brillando. Nada encanta a esta alta burguesía tanto como la desgracia; por lo tanto no me sorprendí cuando informó que los “turisti” estaban reunidos alrededor de una joven señora inglesa que había caído muerta sobre el suelo.

—¿Cómo sabe usted que es inglesa? —Pregunté.

Piero no contestó con palabras; atravesó una serie extraordinaria de muecas para indicar una certeza tan profunda que no requería evidencia. Los ojos en blanco, las manos volaron, alzó los hombros y los dejó caer. Qué más sería la señora sino inglesa.

Inglesa o no, dudaba que la señora estuviera muerta. Eso era sólo el amor latino de Piero por lo dramático. Pero hasta donde podía ver, nadie en la multitud hacía algo excepto mirarla fijamente. Me puse de pie, por lo tanto, y después de sacudir el

polisón me acerqué el grupo. Mi parasol resultó útil para atravesar al grupo, tuve que aplicar el mango bastante bruscamente en las espaldas de varios caballeros antes de que se movieran. Finalmente penetré en el centro del círculo. Como había supuesto, nadie se comportaba con sentido o compasión. En vez de eso, varias de las señoras se adelantaban a sus escoltas, con comentarios acerca de la infección y la crítica al carácter probable de la dama caída.

Ella era tan lastimosa mientras yacía allí en el frío y húmedo suelo que sólo un corazón de piedra podría haber sido impasible. Hay muchos corazones de esa composición, sin embargo.

Me senté en el suelo y levanté la cabeza de la chica sobre mi rodilla. Lamenté mucho no haber llevado una capa o un manto. Sin embargo, eso fue fácilmente remediado.

—Su abrigo, señor —dije al caballero más cercano.

Era una persona corpulenta, con la cara roja de aquellos cuyas capas extra de carne deberían haber sido suficientes para mantenerle caliente sin el gabán forrado de piel que llevaba. Portaba un bastón con cabeza de oro que había estado utilizando para golpear a la chica caída, como un conferenciante en un museo de figuras de cera que indica las exhibiciones. Cuando me dirigí a él, giró hacia su compañero, a quien estaba hablando en un murmullo, y mi miró fijamente.

—¿Qué... qué? —bufó.

—Su abrigo —dije impaciente—. Démelo inmediatamente. —Entonces, mientras continuaba mirándome y su cara se volvió más y más roja, levanté mi voz—. ¡Señor, su abrigo, inmediatamente!

Puse el abrigo sobre la chica. Habiéndome asegurado de que sólo estaba desmayada, no tenía nada más que hacer que mirarla más de cerca. No estaba ni una pizca distraída por el farfulleo del caballero con la cara roja, de cuyo abrigo me había apropiado.

He dicho que soy una mujer simple. Por esta razón tengo un amor bastante desinteresado por la belleza en todas sus formas. Por lo tanto podía admirar desinteresadamente a la chica que yacía inconsciente ante mí.

Era inglesa, seguro; esa piel blanca impecable y el cabello dorado pálido no podían pertenecer a ninguna otra nación. Tenía una complexión rubia natural, ahora, en su estado de desmayo, su cara estaba tan pálida y era tan pura como el mármol. Los rasgos

podían haber sido los de una Venus antigua o de la joven Diana. Las pestañas eran varias sombras más oscuras que el cabello y formaban un contraste agradable. Estaba vestida, bastante inapropiadamente para el tiempo fresco, con un vestido de verano y una fina capa azul; tanto la capa como el vestido eran tristemente llevados, pero una vez habían sido caros, de una tela costosa y mostraban una buena confección. Los guantes en sus pequeñas manos habían sido reparados pulcramente. La chica presentaba una imagen de pobreza y abandono que excitaron mi curiosidad tanto como despertaron mi compasión; me pregunté qué había reducido a una joven mujer de obvio refinamiento a este estado. Supuse que había sufrido principalmente de frío y hambre; la delgada cara blanca estaba pálida y hundida.

Mientras miraba, sus pestañas dorado oscuras revolotearon y se levantaron, revelando unos ojos de un exquisito azul profundo. Miraron fijamente, somnolientamente durante un rato, y entonces se fijaron en mi cara. La expresión de la chica cambió; un toque de color apareció en las delgadas mejillas y luchó por incorporarse.

—Estese quieta —dije, empujándola abajo con una mano y atrayendo a Piero con la otra—. Se ha desmayado y está todavía débil. Coma algún alimento, si le complace, antes de que continuemos con medidas adicionales para aliviarla.

Ella trató de protestar; su estado impotente y el círculo de ojos hostiles que la miraban fijamente claramente la angustiaban. Fui perfectamente indiferente a los observadores, pero dado que ella parecía avergonzada, decidí deshacerme de ellos. Les dije que se fueran. Lo hicieron, menos el caballero cuyo abrigo estaba sobre la chica.

—Su nombre y hotel, señor —dije, cortando una protesta fuerte —. Su abrigo le será devuelto esta tarde. Una persona de su masa excesiva no debería llevar tal ropa pesada en ningún caso.

La señora a su lado, que tenía los mismos rotundos contornos y la misma dura cara roja, exclamó en voz alta.

—¡Cómo se atreve, señora! ¡Nunca he oído tal cosa!

—Es muy posible que no —concordé, dirigiéndole una mirada que la hizo dar un paso atrás—. No dudo que sea demasiado tarde para despertar en usted ningún débil sentido de la compasión cristiana o la emoción humana normal, así que no lo intentaré.

Márchese, señora, y llévese a ésta... apenas puedo decir "caballero"... esta persona masculina con usted.

Mientras hablaba, administraba pedacitos de alimento de mi cesta a la chica caída. La manera melindrosa con la que comía, a pesar de su hambre obvia, confirmó mi suposición de que era una dama. Tuvo mejor aspecto cuando terminó un pedazo de pan y el resto de mi té; y dado que la multitud se había retirado a una cierta distancia pude, con la ayuda de Piero, levantarla. Entonces, nos encaminamos, en carruaje, a mi hotel.

* * *

El médico que convoqué me aseguró que mi diagnóstico había sido correcto. La señorita sólo sufría de hambre y frío. No había signo de infección y se estaba recuperando rápidamente.

Un plan se había perfilado en mi mente, y lo consideré, caminando a zancadas arriba y abajo por el salón de mi suite, como es mi hábito cuando me pongo a pensar. No me llevó mucho tiempo alcanzar una decisión. Aunque la chica parecía frágil, debía tener una constitución robusta para haber resistido, en su estado debilitado, al aire podrido y al agua de Roma. Claramente no tenía amigos ni parientes a quién recurrir, o no se habría hundido en tal estado. Igualmente claro era que no se la podía dejar en ese estado.

Habiéndolo decidido, fui a decirle a la señorita lo que se iba a hacer.

Estaba incorporada en la cama, tomando sopa de la mano de mi criada, Travers. Ninguna de las dos parecía estar disfrutando del proceso. Travers es una contradicción viviente a las teorías de los fisonomistas, porque la cara y la forma no reflejaban en absoluto su personalidad. Es una persona pequeña, de cara alegre con alma de una seca solterona. Ella no aprobaba que tomara a una "descarriada", como habría dicho, y su mirada agria expresaba sus sentimientos. Para ser justos, ésa era la única manera en que Travers podía expresar sus sentimientos. Yo no permito quejas verbales.

—Eso valdrá —dije—. Demasiado alimento quizás sea imprudente en el presente momento. Váyase, Travers, y asegúrese de cerrar la puerta.

Cuando obedeció, estudié a mi paciente y me complació lo que vi. Mi camisón de franela era considerablemente demasiado grande

para la chica. Necesitaría ropa, cosas delicadas y finas, para que encajaran con el tipo de prendas que solía llevar. Yo nunca había sido capaz de llevarlas. Ella parecería delicada con sombras pálidas, azul, rosa y lavanda. Había color en su cara ahora, un delicado rubor rosa que la hacía aún más bonita. ¿Cómo, me pregunté, habría acabado tal chica en ese estado?

Mi mirada debió haber sido más intensa de lo que me di cuenta. Los ojos de la chica cayeron. Entonces levantó la cabeza y habló, con una firmeza que yo no había esperado. Su voz eliminó cualquier duda persistente en cuanto a su clase; era la de una señorita educada.

—Estoy más en deuda de lo que puedo decir —empezó—. Pero le aseguro, señora, que no me aprovecharé de su caridad. Ahora estoy bastante recuperada; si llama a su criada para que me devuelva mi ropa, la libraré de mi presencia.

—Su ropa ha sido tirada —dije distraídamente—. No merecía la pena lavarla. Usted debe permanecer en cama durante el resto del día en cualquier caso. Ordenaré que mañana venga una modista. Hay un barco que sale para Alejandría el viernes próximo. Una semana debería ser suficiente. Usted necesitará hacer algunas compras, por supuesto, pero primero será mejor ver lo que tiene con usted. Si me dice dónde ha estado viviendo, enviaré a un hombre en busca de sus cajas.

Su cara fue muy expresiva. Registró una variedad de emociones mientras yo hablaba; los ojos azules habían destellado con indignación y luego se estrecharon con sospecha. Pero la última emoción fue de perplejidad boquiabierta. Esperé a que hablara, pero solamente abrió y cerró la boca, así que dije impacientemente:

—La voy a llevar a Egipto conmigo, como mi compañera. La señorita Pritchett me ha fallado; sufrió de fiebres tifoideas. Había acordado pagarle diez libras al año. Naturalmente seré responsable de equiparla a usted para el viaje. ¡Apenas puede viajar con un camisón de franela!

—No —replicó la chica, pareciendo aturdido—. Pero... pero...

—Me llamo Amelia Peabody. Usted me llamará Amelia. Soy una soltera con independencia económica, viajando por placer. ¿Hay otra cosa que desee saber de mí?

—Sé todo cuanto necesito saber —dijo la chica calladamente—.

No estaba enteramente inconsciente cuando usted vino en mi rescate, y espero poder reconocer la bondad verdadera de corazón. ¡Pero mi estimada señorita Peabody, muy bien, Amelia, usted no sabe nada acerca de mí!

—¿Hay algo que deba saber?

—¡Quizás sea una criminal! ¡Quizás sea depravada... poco escrupulosa!

—No, no —dije tranquilamente—. He sido acusada de ser algo brusca en mis acciones y decisiones, pero nunca actúo sin pensar; es simplemente que pienso más rápidamente y más inteligentemente que la mayoría de las personas. Soy una excelente jueza del carácter. No podría engañarme acerca de usted.

Un hoyuelo apareció en la comisura de la boca de la chica. Tembló y se fue. Los ojos azules bajaron.

—Está engañándose —dijo, tan suavemente que apenas pude oírla—. No soy lo que usted cree. Le debo el contarle mi historia; y cuando la haya oído, entonces... entonces estará justificado que me ordene que salga fuera de su vista.

—Continúe —dije—. Seré la jueza en esto.

—¡Estoy segura que lo será! —El hoyuelo reapareció, pero no permaneció. Con la cara pálida y los ojos serenos, la chica comenzó a hablar.

HISTORIA DE LA CHICA

Me llamo Evelyn Barton-Forbes. Mis padres murieron cuando era niña, así que fui criada por mi abuelo, el Conde de Ellesmere. Veo que reconoce el nombre. Es un nombre antiguo y honorable — aunque muchos de los poseedores de la tenencia no hayan sido hombres de honor. Mi abuelo... bien, no puedo hablar bastante de él. Sé que es considerado por muchos como avaro y egoísta; aunque posee una de las fortunas más grandes de Inglaterra, nunca ha sido conocido como un filántropo. Pero siempre fue bueno conmigo. Yo era su mascota, su pequeña corderita, como me llamaba. Creo que quizás fui el único ser humano a quien nunca habló duramente. Me perdonó por ser una chica y no el heredero que tan ardientemente deseaba.

Sospecho que usted es una feminista, señorita... ¿Amelia? Entonces estará indignada, pero no sorprendida de saber que, aunque sea la única hija del hijo mayor del abuelo, no puedo

heredar su título ni las propiedades. Hay pocas excepciones en la regla de que sólo los descendientes masculinos pueden heredar. Cuando mi padre murió prematuramente, el siguiente heredero masculino fue mi primo, Lucas Hayes.

¡Pobre Lucas! No le he visto mucho, pero siempre me gustó, y no puedo evitar sino compadecerme de él porque el abuelo fue tan cruelmente injusto con él. Por supuesto mi abuelo nunca admitiría tal prejuicio. Él declara que tiene aversión a Lucas por sus extravagancias y hábitos salvajes. Pero presiento que tales cuentos son sólo rumores. El abuelo realmente odia a mi desgraciado primo por el pecado de ser el hijo de su padre. Verá, su madre, la hija mayor de mi abuelo, se escapó con... con un caballero italiano. — Perdone mi emoción, Amelia, usted comprenderá su causa ahora mismo. Ya está; estoy mejor ahora.

Mi abuelo es inglés hasta el corazón. Desprecia a todos los extranjeros, pero especialmente a ésos de ascendencia latina. Los considera astutos, escurridizos... oh, ¡no puedo repetir todas las cosas terribles que dice! Cuando mi tía se fugó para casarse con el Conte d'Imbrogiio, el abuelo la repudió y borró su nombre de la Biblia familiar. Aún cuando ella estaba muriéndose, él no envió ninguna palabra de consuelo ni perdón. Dijo que el Conte no era noble, sino un fraude y un cazador de fortunas. Estoy segura de que es falso. El Conte tenía muy poco dinero, para ser justos, pero eso no significa que su título no fuera verdadero. Sin embargo, Lucas, al alcanzar la madurez, sintió que era sabio cambiarse el nombre, dado que el verdadero enfurecía a mi abuelo. Ahora se llama a sí mismo Lucas Elliot Hayes, y ha abandonado su lado italiano.

Durante un tiempo pareció que Lucas había conseguido ganarse al abuelo por sus atenciones asiduas. Incluso me pregunté si el abuelo estaba considerando un matrimonio entre nosotros. Habría sido una solución feliz en un sentido, Lucas finalmente heredaría la propiedad y el título que traía consigo. Pero sin la fortuna privada de mi abuelo, la cual era suya para disponer de ella, el condado sería una carga más que un privilegio; y el abuelo no ocultaba su intención de dejarme ése dinero a mí.

Más si había tal esquema, fracasó. Al oír algunas de las nuevas malas conductas, el abuelo montó en cólera y Lucas fue enviado lejos. Me avergüenzo de admitir que me sentí aliviada. Aunque le

tenía cariño, no le amaba; y siendo una chica tonta y sentimental, me imaginaba que el amor debía preceder al matrimonio. Te veo fruncir el entrecejo, Amelia, al oír que utilizo tales términos para mí misma. Son demasiado suaves como pronto aprenderás.

El amor vino, como pensé; y demostró ser mi total perdición.

Mientras Lucas estuvo con nosotros, yo me había interesado en el dibujo. Lucas decía que tenía una considerable habilidad natural, y antes de que se fuera me enseñó lo que sabía. Después, deseé continuar, así que el abuelo, que me consentía más de lo que merecía, puso un anuncio para clases de dibujo. Así entró Alberto en mi vida.

No puedo hablar de él tranquilamente. Las características hermosas y el negro pelo brillante, el cual me parecía angelical, ahora toman un aspecto diabólico. Su voz suave, con sus tiernos acentos rotos —hablaba el inglés más bien mal— regresa a mí, en retrospectiva, como los cuchicheos astutos de un demonio. Él... él... Déjeme ser corta y sucinta. Me sedujo, en resumen, y me persuadió de que me fugara. Ante su instigación huí de mi casa; abandoné al anciano que me había amado y me había dado refugio; me lancé lejos de toda consideración de religión, educación moral o cariño natural. No puedo hablar de Alberto sin aborrecimiento; pero, créame, estimada Amelia, cuando digo que yo me culpo aún más. Cuán verdaderos son los viejos dichos, ¡el mal trae su propio castigo! Merezco mi destino despreciable; lo atraje a mí misma y no puedo culpar a los que me rehuyan...

Perdóneme. No cederé otra vez.

El final de la historia está cerca. Había tomado conmigo las pocas joyas, propias de una chica joven, que el abuelo me había concedido con gran generosidad. El dinero que me procuró la venta de esas joyas no duró mucho tiempo mientras avanzábamos a través de Europa hacia Roma. Alberto insistió en que viviéramos con un estilo que fuera digno de mí. El alojamiento que aceptamos en Roma no era digno de mí, pero mi dinero se había acabado. Cuando le pregunté a Alberto qué íbamos a hacer, fue evasivo. También fue evasivo acerca del matrimonio. Como buen católico, era totalmente inconcebible la idea de una ceremonia civil.

Pero yo no era católica. Oh, sus excusas fueron débiles, lo veo ahora, pero yo era tan ingenua.

Finalmente, el golpe llegó hace una semana. Alberto había sido cada vez más evasivo; estaba fuera una buena parte del día, y cuando volvía estaba intoxicado y triste. Me desperté una mañana, en el andrajoso y helado desván adonde nuestra pobreza nos redujo, para encontrarme sola. Él había tenido la cortesía de dejarme un vestido, una capa y un par de zapatos. Todos los otros objetos que poseía se fueron con él, desde mis cepillos de marfil a mis ornamentos del pelo. También había dejado una nota.

La vista de ese documento mal escrito y mal deletreado fue el golpe final; sus crudezas me dolieron aún más que el mensaje que contenía, aunque éste era suficientemente franco. Alberto me había seleccionado como su presa porque era una rica heredera. Había esperado que mi abuelo reaccionara contra nuestra fuga sacándome de su testamento, y a través de la comunicación con las autoridades inglesas en Roma supo que eso, de hecho, había sucedido. Creía, sin embargo, que con el tiempo el viejo, como él irrespetuosamente le llamaba, cedería. Su visita más reciente al cónsul —a quien siempre se había negado a que yo visitara— había destruido esta esperanza. Mi pobre abuelo sufrió un golpe muy violento a consecuencia de mi abandono cruel. Había retenido sus sentidos sólo lo bastante para redactar un nuevo testamento, dejándome fuera sin un chelín, y entonces cayó en una coma que se esperaba terminara en muerte. Al encontrar sus esperanzas frustradas, Alberto no vio razón alguna para malgastar más tiempo conmigo. Había, como él explicó, perspectivas más atractivas.

Usted sólo puede imaginarse débilmente mi estado de ánimo, Amelia. Estuve enferma durante varios días, cuidada a regañadientes por la anciana horrible que poseía la casa de alquiler. Supongo que ella no deseaba un cadáver en las manos, la caridad no formaba parte de sus acciones. Tan pronto como estuve lo bastante bien para hablar, descubrió que estaba sin dinero. Hoy mismo me desahució del último refugio que tenía, pobre como era. Salí, completamente decidida a terminar una vida que había llegado a ser intolerable. ¿Qué otra opción tenía? No tenía dinero y ningún medio de conseguir empleo. Por todo lo que sé, mi querido abuelo quizás ya esté muerto. Si algún milagro le hubiera preservado, el querido viejo caballero se negaría, con razón, a aceptarme de vuelta, incluso si pudiera comunicarme con él; y preferiría más bien

confesar a cualquiera que he sido traicionada cruelmente. Mi maldad fue suficientemente mala; no confesaría mi locura a ningún hombre. No, no tenía elección, o así me lo pareció entonces; pero usted no debe temer, su bondad me ha salvado de ese último crimen. No tomaré mi propia vida. Pero no puedo permanecer más aquí. Su semblante es tan benévolo como su mente; no lo traiciona ningún signo del aborrecimiento o repugnancia que debe sentir, pero usted no necesita salvarme. Verdaderamente, daría la bienvenida a las palabras de desprecio, el castigo alivia algunos de mis sentimientos de culpa. Hable, Amelia —señorita Peabody— hable, se lo ruego. Castígueme, y yo daré la bienvenida a sus reproches con el espíritu de la humildad cristiana en la que espero terminar mi existencia miserable.

* * *

Cuando terminó, los ojos azules de Evelyn nadaban en lágrimas, y su voz era inestable; pero había cumplido su promesa de permanecer tranquila. Había hablado con vigor y decisión a través de la última parte de esta narración vergonzosa. Estaba callada, tratando de decidir cuál de las muchas cosas debía decir primero. Mi silencio fue doloroso para la chica; ella respiró profundamente. Tenía las manos agarradas tan apretadamente que los nudillos estaban blancos; los hombros esbeltos bajo mi camisón de franela estaban tensos como preparados para un golpe. Yo estaba en un estado de algún tipo de confusión mental. Las palabras que por último salieron de mis labios no fueron en absoluto aquellas que tenía intención de decir.

—Dígame, Evelyn... ¿Cómo es? ¿Es agradable?

El asombro de Evelyn fue apenas más grande que el mío propio; pero habiendo empezado una vez, tenía que explicarme más completamente. Me di prisa.

—Me perdonará por tentar en lo que debe ser una fuente de dolor para usted; pero nunca he tenido la oportunidad de preguntar... Una oye historias tan opuestas. Mis cuñadas cuchichean, sacuden las cabezas y hablan de la cruz que una mujer debe soportar. Pero he visto a las chicas del pueblo en las praderas con sus novios y ellos parecen...parecen... en resumen, no parecen encontrar... ¡Madre mía! Cuán extraño, parezco no tener palabras. Eso me ocurre pocas veces. ¿Comprende usted lo que trato de

preguntar?

Por un largo momento Evelyn me miró fijamente, los ojos abiertos de par en par. Entonces una sonrisa extraordinaria le cruzó la cara. Se la cubrió con las manos; los hombros sacudiéndose convulsivamente.

—Debo disculparme —dije con resignación—. Ahora supongo que nunca lo sabré. No tenía intención...

Un sonido estrangulado proveniente de Evelyn me interrumpió. Ella bajó las manos. La cara estaba ruborizada y manchada de lágrimas. Estaba jadeando de risa.

Lo tomé por histeria, por supuesto, y me moví hacia delante en alerta. Ella agarró la mano levantada.

—No, no, no necesita abofetearme; no estoy en absoluto histérica. Pero, Amelia, usted es... usted es tan... ¿Es eso realmente todo lo que usted puede pensar en preguntarme, después de una historia como la mía?

Consideré el asunto.

—Por qué, realmente no pienso que haya nada que preguntar. La conducta vergonzosa de su abominable viejo abuelo y su canalla amante no requiere comentario. Presumo que sus otras conexiones familiares son igualmente insensibles, o usted habría apelado a ellos.

—¿Y no está repelida por mi carácter arruinado?

—No lo considero arruinado. Verdaderamente, la experiencia probablemente ha reforzado su carácter.

Evelyn sacudió la cabeza.

—¡No puedo creer que usted sea real!

—No hay nada extraordinario acerca de mí. Sin embargo, supongo... sí, estoy segura de que sería sabio que se asegurara de que soy lo que declaro ser antes de que usted acepte la posición que ofrezco. Mi padre tenía amigos en círculos universitarios; le puedo dar referencias de un clérigo aquí en Roma, y el cónsul sabe de mi...

—No. No necesito hacer tales indagaciones. —Con un gesto, Evelyn indicó que debía tomar asiento en la cama a su lado. Lo hice. Ella me estudió seriamente durante unos pocos momentos. Entonces dijo—: Antes de contestar a su pregunta, Amelia, quizás usted contestará una para mí. ¿Por qué dijo usted, “yo nunca lo sabré”? Refiriéndose, por supuesto, a la cuestión de...

—Bien, es improbable que tenga experiencia de primera mano alguna vez. Estoy informada completamente sobre el uso del espejo y el calendario. El último me dice que tengo treinta y dos años; el anterior reproduce mis rasgos simples sin adulación. Además, mi naturaleza no se presta a la humildad necesaria de una mujer en nuestra sociedad, no podría aguantar a un hombre que se dejara mandar por mí, y yo no aguantaría a un hombre que tratara de gobernarme. Sin embargo, soy curiosa. Había pensado... pero sin duda hablé francamente fuera de lugar. Mis hermanos me aseguran que lo hago constantemente.

—Si no he contestado a su pregunta —dijo Evelyn—, no es porque lo considere injusto, sino porque encuentro difícil dar una respuesta equilibrada. En este momento, mi recuerdo de las horas que pasé... ¿diremos que en los brazos de Alberto? ...hace que un estremecimiento de repugnancia me atraviese. Pero en aquel momento... en aquel momento... —Se inclinó hacia delante. Los ojos eran brillantes—. ¡Oh, Amelia, bajo las circunstancias correctas, es... en una palabra... perfectamente espléndido!

—Ah. Lo sospechaba tanto. Bien, mi estimada Evelyn, estoy en deuda con usted por esta información. ¿Y ahora consideraremos una pregunta más urgente? Sin duda usted deseará preguntar sobre esas referencias que mencioné antes de tomar una decisión en cuanto a...

—No. —Evelyn sacudió la cabeza vigorosamente. Sus rizos dorados bailaron—. No necesito referencias ni ningún tiempo para considerarlo. Adoraría ser su compañera, Amelia. Verdaderamente pienso que nos llevaremos bien juntas.

Con un movimiento rápido y elegante se inclinó hacia delante y me besó levemente en la mejilla. El gesto me tomó bastante por sorpresa. Dije algo entre dientes y dejé el cuarto. Nunca había tenido a una hermana. Comencé a pensar que quizás un gesto que había empezado como un acto de caridad me beneficiaría tanto como ayudaba a su objeto.

* * *

Puedo decir, sin el egoísmo indebido, que cuando decido hacer algo, lo hago rápidamente. La vieja ciudad letárgica de los Papas tembló bastante bajo mi mano despiadada durante la semana siguiente.

La semana me trajo varias sorpresas. Había esperado adoptar a

Evelyn y vestirla, más bien como si ella hubiera sido una bonita muñeca viva. Quise comprarle todas las prendas de vestir delicadas y poco prácticas que yo no podía llevar. Pero ella no era una muñeca, y pronto se hizo aparente ese hecho. No sé cómo lo logró, pues nunca contradijo una orden o a mí; pero finalmente adquirió un guardarropa que era encantador, sencillo y sorprendentemente económico. Y, en el proceso, yo adquirí de algún modo media docena de vestidos nuevos para mí, los cuales no había tenido intención de comprar. No eran la clase de vestidos que habría escogido para mí misma. Un vestido de noche, que yo ciertamente no necesitaba, hecho del más asombroso tono carmesí, con un escote cuadrado, cortado varios centímetros más abajo que nada que jamás hubiera llevado. La falda estaba drapeada hacia atrás sobre un polisón, mostrando unas enaguas cubiertas de lentejuelas. Evelyn escogió el tejido e intimidó a la modista lo bastante efectivamente, y mucho más calladamente de cómo yo lo habría hecho. Pensé que el vestido era bastante absurdo; me apretaba la cintura hacia abajo y hacía que mi pecho pareciera más amplio de lo que desafortunadamente eran. Pero cuando Evelyn dijo “llévalo”, lo llevé. Era una chica asombrosa. Ella también descubrió una debilidad, tan secreta que no fui consciente de mí misma, por la batista bordada; las docenas de prendas interiores y camisones finos que había tenido intención de conseguirle a ella acabaron siendo hechas a mis medidas.

Estuve en algo parecido a un estado de aturdimiento durante esa semana. Me sentía como si hubiera recogido un gatito patético y medio ahogado de una charca y luego se hubiera vuelto un tigre crecido. Sin embargo, conservé suficientes de mis instintos naturales para permitirme tomar ciertos pasos prácticos.

No soy en absoluto una aborrecedora de hombres, a pesar de las insinuaciones de cierta persona cuyo nombre todavía no he introducido en esta narración. Había encontrado, sin embargo, que pocas personas del sexo masculino eran de fiar, y la historia de Evelyn solamente había confirmado esta teoría. Era obvio que Alberto era una persona mentirosa. La historia que le había escrito acerca de su abuelo no era para ser creída sin investigación. Por lo tanto fui donde nuestro cónsul en Roma para hacer indagaciones.

Me decepcioné por varias razones al comprender que por esa

parte, si no otra, Alberto había dicho la verdad. El Conde de Ellesmere era conocido en persona por nuestro cónsul; y por supuesto la salud de un igual de su rango era un asunto de preocupación general. El conde de edad avanzada todavía no había muerto, pero la palabra de su fallecimiento se esperaba en cualquier momento. Había estado en coma profunda durante días.

Procedí a contarle al cónsul acerca de Evelyn. Él había oído rumores sobre este asunto; eso estaba claro, por el modo en que su cara cambió a su máscara diplomática en blanco. Tuvo la temeridad de protestar conmigo cuando le expliqué mis intenciones con respecto a la chica. Le corté enseguida, naturalmente. Sólo tenía dos razones para mencionar a Evelyn. Antes que nada, para averiguar si alguno de sus parientes había efectuado indagaciones acerca de ella. En segundo lugar, para informar a alguien de autoridad de su futuro paradero, en caso de que tales indagaciones debieran ser hechas en el futuro. La respuesta a la primera pregunta fue negativa. A pesar de la máscara diplomática, pude ver por la expresión del cónsul que él no esperaba tales indagaciones; conocía al viejo Conde demasiado bien. Por lo tanto le di mi dirección en El Cairo y partí, dejándole sacudiendo la cabeza y murmurando entre dientes para sí.

El veintiocho del mes abordamos el buque en Brindisi y navegamos hacia Alejandría.

Capítulo 2

Le ahorraré al Apacible Lector las descripciones del viaje y de la tierra pintoresca de Alejandría. Cada viajero europeo que puede escribir su nombre se siente obligado a publicar sus memorias; el lector puede consultar “Los viajes a Egipto de la Srta. Smith” o “Egipto en invierno del Sr. Jones” si se siente engañado con el ambiente del lugar, todas las descripciones son iguales. El viaje por mar fue abominable, pero estuve feliz de ver que Evelyn era una buena viajera. Avanzamos a El Cairo sin incidentes y nos establecimos en el Hotel Shepheard.

Todos permanecen en el Shepheard. Entre los viajeros que se encuentran diariamente en su magnífico comedor, se dice que uno puede encontrarse finalmente con todos sus conocidos, y desde la terraza del hotel, el indolente turista puede ver pasar ante sus ojos el panorama de la vida oriental mientras sorbe una limonada. Los tiesos viajeros ingleses pasan cabalgando, en asnos tan pequeños que los pies de los jinetes arrastran en el polvo; seguidos por Jenízaros con sus magníficos uniformes bordados en oro, armados hasta los dientes; por mujeres nativas envueltas hasta las cejas en el negro polvoriento, por árabes majestuosos con fluidas túnicas blancas y azules, los derviches con el pelo enmarañado y tocados fantásticos, vendedores de dulces con bandejas de delicias turcas, aguadores con sus contenedores de piel de cabra hinchados con el líquido y con el aspecto horrible como... Pero veo que sucumbo a la

tentación del viajero y pararé; la procesión es interminable y fascinante.

No había muchos viajeros ingleses en El Cairo ese invierno. Las luchas en Sudán aparentemente los habían alarmado. El loco Mahdi todavía sitiaba al valeroso Gordon en Jartum. Sin embargo, la expedición de relevo de Sir Garnet Wolseley había alcanzado Wadi Haifa, y los caballeros que nos encontramos en Shepheard nos tranquilizaron, o más bien tranquilizaron a Evelyn, cuando ella expresó dudas en cuanto a la prudencia de viajar al sur. Las luchas todavía estaban a cientos de kilómetros de Assuan, y cuando llegaran allí seguramente la guerra habría terminado, Mahdi tomado y su ejército bárbaro aplastado, el valeroso Gordon aliviado.

No soy tan optimista como los caballeros. El carpintero loco de Sudán se había mostrado como un general muy poderoso, como demostraban nuestras pérdidas en esa área. Sin embargo, no le dije nada a Evelyn, pues no tenía intención de cambiar mis planes para que encajaran con Mahdi o con alguien más. Planeaba pasar el invierno navegando Nilo arriba, y navegaría.

El viaje por agua es el único método cómodo de ver Egipto, y la estrecha longitud del país quiere decir que todas las antigüedades están cerca del río. Había oído sobre el placer de viajar por *dahabiyya* y estaba ansiosa por intentarlo. Llamar a estos medios de transportes casas flotantes es dar una pobre idea de su lujo. Pueden estar equipadas con todas las comodidades que el viajero escoja, y los servicios disponibles dependen únicamente de sus recursos. Pensaba ir a Boulaq, donde están los barcos amarrados, y decidirme por una el día después de nuestra llegada. Podríamos entonces inspeccionar algunas de las vistas de El Cairo y estar en camino en pocos días.

Cuando expresé mis intenciones a algunos de nuestros compañeros huéspedes en el salón del hotel, después de cenar, un chorro de hilaridad saludó mis observaciones. Me informaron que mis esperanzas eran vanas. Escoger una *dahabiyya* era frustrante, un proceso de pérdida de tiempo, el nativo egipcio era un hombre perezoso al que no se le podía apresurar. Tenía mis propias opiniones en ese aspecto, pero capté la mirada de Evelyn y permanecí silenciosa. Tenía un efecto asombroso en mí, esa chica;

pensé que si continuaba en su compañía mucho más tiempo, llegaría a suavizarme.

Ella estaba muy bonita esa noche, con un vestido de seda azul pálido, y atraía una considerable atención. Habíamos acordado no mencionar su verdadero nombre, ya que era bien conocido entre muchos ingleses; por lo tanto fue presentada como Evelyn Forbes. Cansadas por los torpes esfuerzos de algunas de las señoras del grupo por descubrir sus antecedentes, utilicé la fatiga como excusa para retirarnos pronto.

Me desperté a la mañana siguiente temprano. Una luz etérea y rosada llenaba el cuarto, y puede ver a Evelyn arrodillada en la ventana. Pensé que estaba meditando sobre acontecimientos pasados; había habido momentos de depresión, vencidos rápidamente, pero no inadvertidos por mí. Por lo tanto traté de quedarme inmóvil, pero un susurro inadvertido de la ropa de cama la hizo girar, y vi que la cara brillaba con placer.

—Ven y mira, Amelia. ¡Es tan hermoso!

Obedecer no fue tan sencillo como suena. Tuve que luchar primero por salir de los pliegues de la mosquitera que rodeaba la cama. Cuando me uní a Evelyn, compartí su placer. Nuestros cuartos daban al jardín del hotel, palmas majestuosas, oscuras siluetas en el pálido amanecer, se alzaban contra el cielo lleno de rayos azules y rosas. Los pájaros revoloteaban cantando de árbol en árbol; los diáfanos minaretes de las mezquitas brillaban como nácar encima de las copas de los árboles. El aire era fresco y exquisitamente limpio.

Nuestro día empezó también con tal belleza y paz, pero los muelles de Boulaq, donde fuimos después de desayunar, no fueron en absoluto pacíficos. Comencé a comprender lo que nuestros compañeros de viaje me habían advertido. Había más de cien barcos amarrados, la confusión y el ruido eran indescriptibles.

Los barcos son muy semejantes, variando sólo en tamaño. Los camarotes ocupan la parte detrás de la cubierta y su techo forma una cubierta superior la cual, amueblada y bajo un dosel, proporciona un encantador salón al aire libre para los pasajeros. La tripulación ocupa la cubierta de abajo. Ahí está la cocina, un cobertizo que contiene una estufa de carbón, y una colección de ollas y cacerolas. La *dahabiyya* es un barco de fondo plano y poco

calado, cuando las velas inmensas son desplegadas para captar la vigorosa brisa septentrional, presenta una imagen muy atractiva. Nuestro problema, entonces, era decidir qué barco alquilar. Al principio estuve desorientada por la variedad. No me llevó mucho, sin embargo, darme cuenta de que algunos de los barcos eran imposibles. ¡Hay niveles de suciedad; podía tolerar, verdaderamente esperaba, un estado de condiciones de salubridad inferior a Inglaterra, pero...! Desafortunadamente, los barcos más grandes eran generalmente los mejor conservados. No me importaba el gasto, pero parecía una nadería ridícula para dos de nosotras, y mi criada, parlotear acerca de un barco que tenía diez camarotes y dos salones.

Ante la insistencia de Evelyn habíamos contratado a un dragomán[1] esa mañana en el hotel. Yo no vi razón por la qué deberíamos hacerlo, había aprendido algunas frases en árabe durante el viaje a Alejandría, y tenía plena confianza en mi capacidad para tratar con un capitán egipcio de barco. Sin embargo, me rendí a Evelyn. Nuestro dragomán se llamaba Michael Bedawee; era copto, o cristiano egipcio, un hombre bajo, rellenito y de tez color café, una feroz barba negra y un turbante blanco, aunque debo confesar que esta descripción encajaría con la mitad de la población masculina de Egipto. Lo qué distinguía a Michael era la simpatía de su sonrisa y el candor de sus suaves ojos castaños. Le tomamos a él inmediatamente, y a él parecimos gustarle.

Con la ayuda de Michael seleccionamos un barco. El Philae era de tamaño mediano, y de una inusual pulcritud; a Evelyn y a mí nos gustó el aspecto del *reis* o capitán. Su nombre era Hassan, y era un egipcio de Luxor. Aprobé el conjunto firme de la boca y la mirada de los ojos oscuros —y el destello de humor en ellos cuando ensayé mis pocas palabras de árabe. Supongo que mi acento fue atroz, pero el *Reis* Hassan me felicitó por mi conocimiento de su idioma, y concluimos pronto el trato. Con orgullo de propietarias, Evelyn y yo exploramos los cuartos que serían nuestra casa durante los próximos cuatro meses. El barco tenía cuatro camarotes, dos a ambos lados de un pasillo estrecho. Había también un cuarto de baño, con agua. Al final del pasillo una puerta se abría al salón, el cual era semicircular, siguiendo la forma de la popa. Estaba bien iluminado por ocho ventanas y tenía un gran diván que se curvaba a lo largo

de la pared. Alfombras de Bruselas cubrían el suelo, los paneles eran blancos con adornos dorados, dando la sensación de luz y espacio. Las cortinas de la ventana eran escarlatas, una mesa de comedor hermosa y varios espejos con marcos dorados completaban el mobiliario.

Con la pasión de señoras equipando una nueva casa, discutimos qué más necesitaríamos. Había alacenas y estanterías en abundancia, y teníamos libros para llenar las estanterías; había traído una caja grande con libros de mi padre sobre antigüedades egipcias, y esperaba comprar más. Pero también necesitaríamos un piano. No tengo absolutamente ninguna capacidad musical, pero adoro escuchar música, y Evelyn tocaba y cantaba hermosamente.

Pregunté al *Reis* Hassan cuándo estaría listo para partir; y aquí recibí mi primer aviso. El barco acababa de volver de un viaje. La tripulación necesitaba tiempo para descansar y visitar a sus familias; ciertas revisiones misteriosas necesitaban ser hechas en el buque mismo. Finalmente establecimos la fecha de una semana, pero había algo en los ojos oscuros de Hassan que me hicieron preguntarme...

Nada fue como yo había planeado. Encontrar un piano conveniente tomó una cantidad irrazonable de tiempo. Quería nuevas cortinas para el salón, ese tono chocaba horriblemente con mi vestido de noche. Como Evelyn indicó, no teníamos ninguna prisa; pero yo tenía la sensación de que ella estaba aún más ansiosa que yo por ponernos en camino. Todas las noches cuando entrábamos al comedor la sentía encogerse. Más pronto o más tarde era muy probable que se encontrara con un conocido, y yo podía comprender por qué se encogía ante eso.

No malgastamos nuestros días; hay mucho que ver y hacer en El Cairo. Los bazares fueron una fuente de diversión constante; la procesión de personas que paseaban por los pasajes estrechos habría sido entretenimiento suficiente, sin la fascinación por los artículos en exhibición. Cada comercio ocupaba una sección propia: guarnicioneros, fabricantes de zapatillas, trabajadores del cobre y bronce, vendedores de alfombras, de tabaco y de dulces. No hay tiendas verdaderas, sólo alacenas diminutas, abiertas por delante, con una plataforma de piedra o mastaba, en la cual los comerciantes se sientan con las piernas cruzadas, aguardando a los

clientes. No pude resistirme a las alfombras, y compré varias para nuestro salón en el Philae, bellezas suaves y resplandecientes de Persia y Siria. Intenté comprar algunas chucherías para Evelyn; ella sólo aceptó un par de pequeñas zapatillas de terciopelo.

Visitamos los bazares, las mezquitas y la Ciudadela; y planeamos excursiones a algún lugar algo más lejos. Por supuesto estaba ansiosa por ver lo que quedaba de la antigua civilización, pero me di cuenta de lo que me esperaba ese día cuando pagamos nuestra primera visita a Gizeh.

Todos van a ver las pirámides. Desde que el puente del Nilo fue construido, están a una hora y media del hotel. Salimos a primera hora de la mañana para tener tiempo de explorarlas completamente.

Había visto grabados de la Gran Pirámide y leído extensamente sobre ella, pensaba que estaba preparada para la vista. Pero no lo estaba. ¡Era mucho más grande de lo que me había imaginado! La inmensa mole estalla de repente a la vista cuando uno remonta la escarpada cuesta que lleva a la plataforma rocosa. Llena el cielo. ¡Y el color! Ningún grabado en blanco y negro puede posiblemente preparar a una para el color de la piedra caliza egipcia, un tenue dorado a la luz del sol contra una bóveda celestial azul.

La vasta meseta en la que están las tres pirámides está acribillada con tumbas; hoyos, montones caídos de albañilería, desmenuzando pirámides más pequeñas. En el medio de un agujero arenoso se proyecta la cabeza de la Esfinge, su cuerpo enterrado en la siempre invasora arena, pero portando más majestad en sus características imperfectas que cualquier otra escultura hecha por el hombre.

Avanzamos hacia la más grande de las tres pirámides, la tumba de Khufu. Surgía como una montaña mientras nos acercábamos. Las irregularidades aparentes de sus costados se veían ahora como bloques inmensos, cada uno más alto que la cabeza de un hombre; y Evelyn se preguntó de forma audible cómo se suponía que uno subía esa escalera gigante.

—Y con faldas largas —gimoteó.

—No importa —dije—. Nos las arreglaremos.

Y lo hicimos, con la ayuda de seis árabes —tres cada una. Uno a cada lado y otro empujando detrás, fuimos levantadas fácilmente de

bloque en bloque, y pronto estuvimos en la cumbre. Evelyn un poco pálida, pero yo apenas hice caso de su pena o le di el debido valor; estaba demasiado absorbida ante la magnífica vista. La plataforma encima de la pirámide tiene aproximadamente diez metros cuadrados, con bloques arrancados del nivel superior que permanecían como asientos cómodos. Me senté y miré fijamente hasta que mis ojos lagrimearon, por el esfuerzo pensé entonces; pero quizás había otra razón.

En el este, las ondulantes colinas amarillas de Mokattam formaban un marco para una imagen cuyos encantos más cercanos incluían la franja verde de tierra cultivada junto al río, y a lo lejos, brillando como las torres de un país de hadas, las cúpulas y los minaretes de El Cairo. Al oeste y el sur el desierto se estiraba en una neblina dorada. Por el horizonte había otras formas artificiales, los puntos diminutos de las pirámides de Abusir, Sakkarah y de Dahshoor.

Miré hasta que no puede mirar más; y desperté de un ensueño que había durado demasiado tiempo al agarrarme Evelyn de la manga.

—¿Podemos descender? —rogó—. Creo que me estoy quemando.

La nariz ciertamente se le estaba poniendo rosa, a pesar de la protección del sombrero de ala ancha. Con remordimiento consentí, y fuimos bajadas por nuestros alegres guías. Evelyn declinó entrar en la pirámide conmigo, habiendo oído historias de su atmósfera asquerosa. Ella sabía que era mejor no disuadirme. La dejé con algunas damas que también se habían negado el gusto, y, atando mis faldas, seguí a los caballeros de la partida a las profundidades.

Era un lugar horrible, aire sofocante, escombros crujiendo bajo los pies, la oscuridad apenas perturbada por el parpadeo de las velas sostenidas por nuestros guías. Me deleité con cada momento de ello, desde la larga travesía por el pasaje a la Cámara de la Reina, la cual es tan baja que uno debe andar agachado por la cintura, a la peligrosa subida por la Gran Galería, esa magnífica pendiente de altos techos en la cual uno debe arrastrarse en la semioscuridad, dependiendo de los brazos nervudos de los egipcios para evitar una caída hacia atrás por la cuesta de piedra. Había murciélagos también. Pero al final me levanté en la Cámara del

Rey, forrada con sombrío basalto negro, contenía sólo el inmenso ataúd negro en que fue colocado Khufu para descansar, hacía unos cuatro mil años; y con el sudor que me bajaba por el cuerpo y con cada aliento de esfuerzo, me sentí más abrumada de satisfacción que lo que me había sentido en mi niñez —cuando William, mi hermano, me desafió a trepar al manzano en el jardín, y yo, encaramada en la rama más alta, le miré caerse de una más baja. Se rompió el brazo.

Cuando finalmente salí al exterior, la cara de Evelyn era digna de contemplar. Me pasé los dedos por el cabello desaliñado y observé.

—Ha sido perfectamente espléndido, Evelyn. Si quisieras verlo, estaría feliz de verlo otra vez...

—No —dijo Evelyn—. No, bajo ninguna circunstancia.

Para entonces llevábamos en El Cairo una semana, y realmente tenía esperanzas de ponernos en marcha en los siguientes quince días. Había estado en Boulaq varias veces, ayudando al *Reis* Hassan —intimidándolo, como Evelyn lo denominó. En días recientes no había podido encontrarlo en el barco, aunque una vez vi una ondulación de una combinación a rayas que se parecía a la suya, desaparecer sobre la popa cuando me acerqué.

Después de Gizeh, dejé a Hassan en paz. Tenía un nuevo interés, pero llamarlo interés es subestimar mis sentimientos. ¡Admiraba, deseaba... codiciaba las pirámides! Volvimos a Gizeh. Visité la Segunda y la Tercera pirámide. Fuimos a Sakkarah para ver la Pirámide Escalonada. Hay otras pirámides en Sakkarah. Habiendo sido construidas con escombros con un frente de piedra, a diferencia de las pirámides de piedra sólida de Gizeh, las pirámides más pequeñas de Sakkarah son sólo montones de escombros ahora que las capas exteriores de piedra han sido arrancadas para construir otras cosas; pero no me importó. Ahí estaban, o habían estado, las pirámides, y las pirámides eran ahora mi pasión. Estaba determinada a entrar en uno de estos montones más pequeños, cuya cámara de enterramiento tiene grabadas hermosas imágenes de jeroglíficos, y lo habría hecho, pero por Evelyn no lo hice. Sus protestas, cuando vio el pozo en forma de embudo en el cual me proponía bajar, fueron terribles de oír. Indiqué que con dos hombres sosteniendo la cuerda podría hacerlo bastante bien; pero

ella se mantuvo firme. Tuve que rendirme cuando amenazó con seguirme abajo, ya que vi que estaba horrorizada con la idea. Travers no simpatizaba tampoco con mis indagaciones en la pirámide. Lloró en voz alta sobre el estado de mi ropa, algunas de las cuales tuvieron que ser dejadas como irreparables, y protestó con los recuerdos de murciélagos que me llevé inadvertidamente del interior de las pirámides. Una mañana, cuando propuse un viaje a Dahshoor, donde hay varias pirámides espléndidas, Evelyn se negó de pleno. Sugirió en su lugar visitar el museo de Boulaq. Estuve de acuerdo. No estaba lejos de los muelles; podría ir y ayudar a Hassan después del museo.

Esperaba conocer a M. Maspero, el director francés de antigüedades. Mi padre se había escrito con él y esperaba que mi nombre le fuera familiar. Lo fue; y fuimos afortunadas de encontrar a Maspero en el museo. Generalmente estaba fuera, nos informó su ayudante, cavando en busca de los tesoros que le habían hecho conocido en el mundo erudito.

A este ayudante, Herr Emil Brugsch, lo conocía por su reputación, fue el primer europeo en observar la famosa reserva de Momias reales que había sido descubierta unos pocos años atrás. Mientras esperábamos a M. Maspero, Brugsch nos contó acerca de la familia de ladrones de Tebas que había descubierto el escondite de las Momias hacía diez años. El descubridor, un sospechoso personaje llamado Abd er-Rasool Ahmed, había estado buscando una cabra perdida entre los precipicios rocosos cerca de su aldea de Gumah. ¡La cabra se había caído en una grieta, o en el túnel, a más de diez metros de profundidad; descendiendo, Ahmed hizo un descubrimiento increíble: las Momias de los grandes faraones de Egipto, ocultas en la antigüedad para mantener sus cuerpos sagrados a salvo de los ladrones que habían saqueado sus tumbas originales!

Sin que sus ojos abandonaran nunca mi cara, Herr Brugsch explicó, con modestia afectada, que él fue el responsable del trabajo de investigación que había descubierto finalmente las Momias. Los coleccionistas le enviaban fotografías de objetos que portaban nombres reales, y él se había dado cuenta de que éstos debían provenir de una tumba. Dado que las tumbas reales conocidas estaban en Tebas, había puesto sobre aviso a la policía para que

vigilaran a algún campesino de esa ciudad que tendría más dinero del que podría haber ganado honestamente. Así la sospecha se centró en la familia de Abd er-Rasool; y, con los ladrones riñendo mientras tanto sobre la disposición del botín, uno de ellos traicionó el secreto a Brugsch.

No me preocupé por este caballero. Su hermano es un erudito respetable y muy conocido, y el Sr. Emil había sido empleado por Maspero y su antecesor, M. Mariette, durante muchos años; pero su mirada descarada y el duro semblante me afectaron desagradablemente, como lo hizo su insensible descripción del interrogatorio a los desgraciados hermanos de Abd er-Rasool. No se le movió ni un músculo de la cara bronceada mientras describía las palizas con cañas de palma, y como les colocaron a los sospechosos ollas calientes en las cabezas. Pero no pude evitar estar fascinada por la versión de un testigo ocular del increíble descubrimiento. Brugsch admitió que sus sensaciones, mientras era bajado por el agujero, no fueron enteramente cómodas. Estaba armado, por supuesto, pero sus armas no habrían servido contra la traición, y todos los habitantes del área odiaban a los representantes del gobierno. ¡Y entonces sus sentimientos, cuando se paró en la sofocante penumbra de la pequeña cueva, entre un revoltijo de muerto reales...! Supo que los cuerpos debían ser movidos inmediatamente para evitar su robo, y logró esta difícil tarea en sólo ocho días. Estaba describiendo el viaje de la barcaza hacia el norte —los bancos del río revestidos con mujeres de luto, desgarrándose las prendas de vestir y vertiendo polvo sobre sus cabezas mientras los cuerpos de los antiguos reyes pasaban flotando — cuando Maspero se nos unió.

El director de antigüedades era un hombre corpulento y afable con ojos centelleantes y una corta barba negra. Un verdadero francés, se inclinó sobre mi mano y saludó a Evelyn con admiración. Habló de mi padre en los términos más altos. Al ver cuán ocupado estaba, nos disculpamos pronto, y él rogó perdón por no mostrarnos el museo él mismo. Quizás se nos uniría más tarde, dijo, mirando a Evelyn.

—Has hecho otra conquista —dije suavemente a Evelyn, cuando nos fuimos—. M. Maspero apenas podía apartar los ojos de ti.

—Ni Herr Brugsch los ojos de ti —contestó Evelyn con una

sonrisa—. Estaba ansioso por acompañarte; ¿viste su ceño cuando M. Maspero le dijo que tenía trabajo que hacer?

—No trates de darme tus admiradores —repliqué—. No necesito tales adulaciones deshonestas; y si las necesitara, Herr Brugsch no sería mi elección.

Me alegré de que el director no estuviera con nosotras cuando empezamos nuestra visita. La cortesía había evitado que le contara lo que pensaba de su museo. No es que el lugar no fuera fascinante, contenía muchas cosas maravillosas. ¡Pero el polvo! ¡Y el desorden! Mis instintos domésticos y eruditos estaban igualmente ofendidos.

—Quizás no estás siendo justa —dijo Evelyn ligeramente, cuando expresé mis sentimientos—. Hay tantos objetos; nuevos son descubiertos a diario; y el museo es todavía demasiado pequeño, a pesar de la ampliación reciente.

—Más razón para la cercanía y el orden. En los primeros días, cuando los aventureros europeos se llevaban lo que descubrían en Egipto, no había necesidad de un museo nacional. Entonces M. Mariette, el predecesor de Maspero, insistió en que Egipto debería mantener algunos de sus tesoros nacionales. La cooperación entre Gran Bretaña y Francia, para regular y ayudar a este desafortunado país, ha tenido como resultado dar a los franceses todo el control sobre el departamento de antigüedades. Supongo que ellos deben tener algo; después de todo, nosotros controlamos las finanzas, la educación, los asuntos exteriores, y otros asuntos. Pero podríamos imponer un poco de la pulcritud inglesa aquí, en vez de la indiferencia francesa.

Habíamos penetrado en un cuarto interior llenó de objetos que parecían ser sobras de las exhibiciones más impresionantes en los vestíbulos delanteros del museo: jarrones, collares de cuentas, pequeñas figuras *ushebti* talladas, lanzadas atropelladamente en los estantes y en cajas. Había varias personas en el cuarto. Les hice poco caso, con indignación creciente, continué:

—¡Deberían quitar el polvo por lo menos! ¡Mira esto!

Y, cogiendo una estatuilla verde azulado de un estante, la froté con mi pañuelo y le mostré a Evelyn la mancha que salió.

Un rugido, un rugido verdaderamente animal, sacudió la calma del cuarto. Antes de que pudiera recobrarme para buscar su fuente, un torbellino descendió sobre mí. Una mano vigorosa y bronceada

me arrebató la estatuilla. Una voz retumbó en mi oreja.

—¡Señora! Hágame el favor de dejar esa reliquia incalculable. Ya es bastante malo ver que ese asno incompetente, Maspero, las mezcla; ¿completará usted su idiotez destruyendo los fragmentos que él ha dejado?

Evelyn se había retirado. Yo estaba sola. Reuniendo mi dignidad, me giré para encarar a mi atacante.

Era un hombre alto, con hombros como un toro y una barba negra de corte cuadrado como esas de las estatuas de antiguos reyes asirios. Desde una cara bronceada casi con el tono de un egipcio, unos vívidos ojos azules me quemaron. Su voz, como sabía por una buena causa, era profunda y baja, reverberando. El acento era de un caballero. Los sentimientos no.

—Señor —dije, mirándolo de arriba abajo—. No le conozco...

—¡Pero yo la conozco, señora! Me he encontrado con las de su clase con demasiada frecuencia, alborotadoras mujeres inglesas torpes y arrogantes. ¡Dioses! Esa clase cubre la tierra como mosquitos, y es enloquecedora. ¡Las profundidades de las pirámides, las alturas del Himalaya, no hay lugar en la tierra que esté a salvo de ustedes!

Tuvo que detenerse el bramido en ese momento, dándome la oportunidad que yo había estado esperando.

—Y ustedes, señor, son los machos ingleses más ruidosos y más maleducados. Si las damas inglesas cubren la tierra, es con la esperanza de contrarrestar parte del daño que sus señores han perpetrado. Pavoneándose, ruidosos, seguros de su propia superioridad...

Mi adversario estaba enfurecido, como había esperado que estuviera. Pequeñas manchas de espuma parecieron en la oscuridad de la barba. Sus comentarios subsiguientes fueron incomprensibles, pero varios objetos frágiles vibraron peligrosamente en los estantes.

Retrocedí un paso, agarrando con fuerza mi sombrilla. No me intimido fácilmente, ni soy una mujer pequeña; pero este hombre se cernía sobre mí, y la cara enrojecida que había empujado contra la mía sugería violencia. Tenía dientes muy blancos y muy grandes, y yo estaba segura de que había conseguido vislumbrar la mayor parte.

Una mano cayó en su hombro. Levantando la mirada, vi a

Evelyn con un joven que era una copia más ligera y lampiña de mi adversario —pelo oscuro, ojos azules, alto pero no tan voluminoso.

—Radcliffe —dijo urgentemente—. Estás alarmando a esta dama. Te ruego...

—No estoy en absoluto alarmada —dije tranquilamente—. Excepto por la salud de su amigo. Parece tener un ataque. ¿Es susceptible generalmente a sufrir debilidad del cerebro?

El hombre más joven tenía ahora ambas manos en los hombros de su compañero. Él no parecía preocupado, verdaderamente, sonreía de oreja a oreja. Era un joven atractivo; por el modo en que Evelyn le miraba el trasero sospeché que ella compartía mi opinión.

—Mi hermano, señora, no mi amigo —dijo alegremente—. Debe perdonarle, ahora Radcliffe, cálmate. El museo siempre tiene este efecto sobre él —explicó, mirándome—. Usted no debe culparse por trastornarlo.

—Ciertamente no debería culparme si mi inocua conducta causó tal incumplimiento violento e inexcusable de la cortesía elemental...

—¡Amelia! —Evelyn me agarró del brazo cuando un rugido de rabia explotó de la persona con barba—. Deja que todo se calme y no os provoquéis el uno al otro.

—Yo no provoco a nadie —dije con serenidad.

Evelyn intercambió una mirada con el joven. Como si algún mensaje hubiera pasado entre ellos, los dos se movieron, el hombre joven tiró de su agitado hermano, Evelyn usó un agarre más suave pero igualmente firme para empujarme. Los otros visitantes nos miraban con curiosidad maleducada. Una señora tiró de su compañero fuera de la sala. Otra pareja la siguió, dejando a un solo espectador, un árabe con una túnica fluida, con un pañuelo en la cabeza, y gafas verde brillantes, que continuó mirando las bufonadas de los incomprensibles extranjeros con divertido desprecio.

Unos pasos rápidos en el vestíbulo anunciaron la llegada de M. Maspero, que aparentemente había sido alertado del alboroto. Cuando nos vio, sus pasos se ralentizaron y una sonrisa se extendió por su cara.

—Ah, c'est le bon Emerson. Debería haberlo sabido. ¿Se han conocido? ¿Se han presentado?

—No hemos sido presentados —dijo la persona llamaba

Emerson, en un grito ligeramente modificado—. ¡Y si usted hace cualquier tentativa de presentarnos, Maspero, le tiraré al suelo!

M. Maspero rió entre dientes.

—Entonces no me arriesgaré. Vengan, señoras, y permítanme que les muestre algunos de nuestros objetos más finos. Estos son poco importantes, sólo una miscelánea.

—Pero son más interesantes —dijo Evelyn con su voz apacible —. Admiro los colores suaves de las joyas.

—Ah, pero estas chucherías no son valiosas, no es oro, sólo cuentas y amuletos, hechos de fayenza[2], común como la arena. Encontramos tales pulseras y collares por centenares.

—¿Fayenza? —repitió Evelyn—. ¿Entonces el coral encantador, el delicado verde azulado que parece turquesa, no son piedras verdaderas?

El hombre de barba negra nos había dado la espalda y fingía mofarse de una colección de *ushebtis*; sin embargo, supe que escuchaba a escondidas. Su hermano no fue tan grosero. El joven estaba mirando tímidamente a Evelyn, y cuando ella preguntó por las joyas él comenzó a contestar. El exaltado Maspero se le anticipó.

—Mais no, mademoiselle, son imitaciones de coral, turquesa, lapislázuli, hecho con pasta coloreada común en el antiguo Egipto.

—Son encantadores, también —dije—. Y la antigüedad de ellos asombra a la imaginación. ¡Pensar que estas cuentas adornaron la bronceada muñeca delgada de una doncella egipcia cuatro mil años antes de que nuestro Salvador naciera!

El moreno barbudo se giró.

—Tres mil años —corrigió—. ¡La cronología de Maspero, como todo su trabajo, es inexcusablemente inexacta!

Maspero sonrió, pero creo que su próximo acto fue incitado hasta cierto punto por la irritación que era demasiado cortés para expresar directamente. Levantando un collar de diminutas cuentas azules y de coral, se lo entregó a Evelyn con una reverencia cortés.

—Guárdelo como recuerdo de su visita, si usted estima tales cosas. No, no... —gesticuló alejando las protestas de Evelyn—, no tiene importancia; sólo lamento no tener nada más fino para una dama tan encantadora. Para usted, también, Mademoiselle Peabody —y otra cuerda de cuentas fue apretada en mi mano.

—Oh, pero... —empecé, con una inquieta mirada hacia la

persona de barba oscura, quien estaba temblando como un motor a punto de estallar.

—Hágame el honor —insistió Maspero—. A menos que usted tema los insensatos cuentos de maldiciones y fantasmas egipcios vengadores...

—Ciertamente no —dije firmemente.

—¿Pero qué de las maldiciones de M. Emerson? —preguntó Maspero, los ojos le centelleaban—. Regardez... está a punto de decirme cosas poco amables otra vez.

—No tema —gruñó Emerson—. Me voy. Solo puedo soportar el estar en esta casa de horror suya pocos minutos. En nombre de Dios, hombre, ¿por qué no clasifica usted sus botes?

Se fue corriendo, arrastrando a su compañero más ligero con él. El joven giró la cabeza; su mirada fue directamente a Evelyn y quedó fija en su cara hasta que le sacaron del cuarto.

—Casi tiene el temperamento galo —dijo Maspero con admiración—. Uno observa la magnificencia de sus rabias con respeto.

—No puedo estar de acuerdo con usted —dije—. ¿Quién es el hombre?

—Uno compatriota suyo, querida señora, que se ha interesado por las antigüedades de este país. Ha hecho un admirable trabajo de excavación, pero me temo que él no admire al resto de nosotros. Ha oído sus injurias hacia mi pobre museo. Injuria mis métodos de excavación con el mismo ardor. Pero, verdaderamente, no hay arqueólogo en Egipto que se haya librado de su crítica.

—No quiero hablar de él —dije, con una inhalación.

—Nosotras pensamos que su museo es fascinante, M. Maspero —agregó Evelyn discretamente—. Podría pasar días aquí.

Pasamos varias horas más inspeccionando las exhibiciones. Yo no se lo habría dicho a todo el mundo, pero sentí una cierta simpatía por las críticas del odioso Emerson. Las exhibiciones no estaban organizadas tan metódicamente como podrían haber estado y había polvo por todas partes.

Evelyn dijo que estaba demasiado cansada para bajar al barco ese día, así que tomamos un carruaje de vuelta al hotel. Estuvo pensativa y silenciosa durante el camino; mientras nos acercábamos a El Cairo, dije con astucia:

—El joven hermano del Sr. Emerson no tiene el temperamento familiar, creo. ¿Llegaste a oír su nombre?

—Walter —dijo Evelyn, y se ruborizó traicioneramente.

—Ah. —Fingí no notar el rubor—. Le encontré muy agradable. Quizás nos los encontremos otra vez en el hotel.

—Oh, no, no permanecen en Shepheard. Walt... el Sr. Walter Emerson me explicó que su dinero va todo para la excavación. Su hermano no está apoyado por ninguna institución ni museo; sólo tiene un pequeño ingreso anual y, como Walter dice, si tuviera la riqueza de las Indias, la consideraría insuficiente para sus fines.

—Pareces haber cubierto bastante terreno en un tiempo muy corto —dije, mirando a Evelyn por el rabillo del ojo—. Es una lástima que no podamos continuar la relación con el Sr. Emerson más joven, y evitar a su hermano loco.

—Me sorprendería que los encontráramos otra vez —dijo Evelyn suavemente.

Tenía mi propia opinión en ese aspecto.

Por la tarde, después de un descanso, fuimos a comprar suministros médicos. Las guías turísticas aconsejan que los viajeros lleven una cantidad considerable de medicinas y drogas, dado que no hay doctores al sur de El Cairo. Había copiado la lista de remedios sugerido por mi guía, y estaba determinada a hacer las cosas apropiadamente. Si no hubiera sido una mujer, quizás habría estudiado medicina; tengo una aptitud natural para el tema, poseyendo manos firmes y muchos menos remilgos acerca de la sangre y las heridas que muchos hombres que conozco. Planeaba comprar unos pocos pequeños cuchillos quirúrgicos también; me imaginé que podría amputar un miembro, o por lo menos un dedo de la mano o del pie, más pulcramente si llegaba el caso.

Nuestro dragomán, Michael, nos acompañó. Pensé que parecía más callado de lo habitual, pero estaba ocupada con mi lista: píldoras azules, calomel, ruibarbo, polvo de Dover, polvo de James, ácido fénico, láudano, quinina, ácido sulfúrico, ipecacuana... Fue Evelyn quien le preguntó a Michael cual era el problema. Él vaciló, mirándonos.

—Es mi hija, está enferma —dijo por último—. Solo es una niña, por supuesto.

El vacilar de su voz y su semblante preocupado traicionaba la

emoción paternal que contradecía las palabras, así que modifiqué lo que había empezado como un comentario indignado en una oferta de ayuda. Michael protestó, pero estaba claro que daría la bienvenida a nuestra ayuda. Nos guió a su casa.

Era una estrecha vieja casa, con los balcones de madera complejamente tallados que son típicos de El Cairo Viejo. Me pareció terriblemente sucia, pero comparada con la mugre y la suciedad que habíamos visto en otras partes, podría haber sido peor. El cuarto donde la niña yacía era espantoso. Las contraventanas de madera estaban cerradas con barras, por temor a que los espíritus malvados entraran para dañar a la niña más aún, y el hedor era espantoso. Apenas podía ver a la pequeña víctima, la única iluminación provenía de una lámpara de arcilla llena de grasa humeante, con una mecha de tela retorcida. Mi primer movimiento, por lo tanto, fue ir a las ventanas y abrirlas.

Una ola de chillidos de protesta surgió de las mujeres apiñadas en el piso. Eran seis, vestidas de negro polvoriento, y que yo pudiera ver no hacían nada excepto añadirse a la contaminación del aire y mantener a la niña despierta con sus gemidos interminables. Las desahucié. Permití que se quedara la madre de la niña. Era una cosita pequeña, con grandes ojos oscuros, y no tenía, sospeché, más de quince años.

Sin preocuparse por sus delicadas faldas de guingán, Evelyn ya estaba sentada en el suelo al lado del jergón donde estaba tumbada la niña. Suavemente le apartó los enredados rizos negro de la cara y desalojó un grupo de moscas de alrededor de sus ojos. La madre hizo un gesto de protesta, pero lo bajó después de una mirada asustada hacia mí. Evelyn y yo ya teníamos razones para estar horrorizadas por la manera en que estas personas permitían que los insectos infestaran los ojos de los niños; había visto a niños lastimosos tan acosados por moscas que parecía que llevaban gafas negras. Si intentaban rozar el picor, alejando a las criaturas mugrientas, las madres les abofeteaban las manos. Uno ve a niños diminutos que ya han perdido la vista de uno o de ambos ojos por esta espantosa costumbre; y, por supuesto, la mortalidad infantil es muy alta. Una autoridad declara que tres niños de cada cinco.

Miré a la cara agonizante de Michael, y a la cara ruborizada de la pequeña víctima, y decidí que ésta era una niña que no

sucumbiría si yo lo podía evitar. ¡Cuán afortunado que acabáramos de venir de comprar suministros médicos!

No fue difícil descubrir la causa de la enfermedad de la niña.

Ella se había caído y se había cortado, como hacen los niños; la infección había entrado en la herida, la cual naturalmente no había sido lavada ni limpiada. Un brazo pequeño estaba hinchado. Cuándo corté en la hinchazón, después de desinfectar el cuchillo como mejor pude, la sustancia infectada chorreó fuera en una inundación maloliente. Limpié y vendé la herida, entonces sermoneé a los distraídos padres con la necesidad de mantenerla limpia. Evelyn fue una torre de fuerza. No fue hasta que volvimos al hotel que se puso callada y completamente enferma. Despedí a Michael para el resto del día, diciéndole que regresara a casa y mantuviera a su horda de parientes femeninos fuera del cuarto de la niña.

Para la noche, Evelyn se sentía mejor, e insistí en que nos vistiéramos y cenáramos abajo, en vez de tomar un tazón de sopa en nuestro cuarto, como ella deseaba hacer. Aunque ella nunca se quejara, sabía que a menudo se deprimía. No habíamos oído todavía ninguna palabra sobre el destino del Conde, pero Evelyn esperaba noticias de su muerte diariamente, y su tierno corazón se inquietaba al pensar en él muriendo sólo. Por mi parte, sentía que el malvado viejo encontraba el fin que generosamente merecía.

En su traje de noche de suave rosa, con los anchos puños de encaje y el corpiño fruncido, Evelyn parecía bastante encantadora; la caída nostálgica de la boca sólo se añadía a su apariencia atrayente. Me puse mi raso carmesí, sintiendo que necesitamos algo brillante y alegre, aunque yo todavía me sintiera cohibida en el vestido. Hicimos una buena entrada. Varios de nuestros conocidos caballeros nos siguieron al salón después de la cena, y procuraron ganarse una sonrisa de Evelyn. De repente vi que se le extendía el rubor por la cara. Sospeché la causa aún antes de seguir su mirada hacia la puerta. Allí estaba el joven Walter Emerson, con un aspecto muy guapo vestido de etiqueta. Sólo tenía ojos para Evelyn, y cruzó el cuarto tan rápidamente que casi tropezó con una mesa baja.

Había traído a su hermano con él. Tuve que suprimir una risa ante la vista del irascible Emerson, él llevaba un aspecto de tal melancolía. Su ropa de noche parecía haber sido sacada del bolso

de viaje y colocada sin el beneficio de la plancha; el cuello pareció estar demasiado apretado. Había perdido todo su pavoneo y andaba arrastrando los pies detrás de Walter como un gran oso negro, recorriendo con miradas sospechosas a los viajeros elegantemente vestidos de su alrededor.

Después de saludarme apresuradamente, Walter se giró hacia Evelyn y pronto estuvieron inmersos en una conversación. Los otros caballeros, al ser ignorados se desvanecieron; y fui abandonada cara a cara con Emerson. Él se paró mirando abajo, hacia mí, con una expresión de triste desaliento.

—Debo disculparme —gruñó.

—Las acepto —dije, e indiqué el lugar cerca de mí en el sofá—. Siéntese, Sr. Emerson. Estoy sorprendida de verle aquí. Habría entendido que la vida social no era de su gusto.

—Fue idea de Walter —dijo Emerson francamente. Se sentó, tan lejos de mí como los límites del pequeño sofá lo permitían—. Odio tales cosas.

—¿Qué cosas? —Pregunté, disfrutando enormemente. Era delicioso ver al Emerson arrogante, temeroso de la sociedad.

—El hotel. Las personas. El... el... en resumen, todo esto. —Ondeó una mano despreciativa hacia la hermosa cámara y a sus ocupantes finamente vestidos.

—¿Dónde preferiría estar usted? —Pregunté.

—En cualquier lugar de Egipto excepto aquí. Específicamente, en el sitio de mis excavaciones.

—¿En el polvo del desierto, lejos de todos los consuelos de civilización? Con sólo árabes ignorantes por compañía...

—Ignorantes quizás; pero sin las hipocresías de la civilización. ¡Buen Dios, cómo me enfurece oír los comentarios pagados de sí mismos de los viajeros ingleses con respecto a los “nativos”, como ellos les llaman! Hay buenos y malos entre los egipcios, como en cualquier raza; pero por lo general son unas personas admirables, amistosas, alegres, leales, inteligentes, cuando enseñan. Durante siglos estas personas han sido oprimidas por un despotismo vicioso y cruel. Están acribillados por la enfermedad, por la pobreza y por la ignorancia, pero no tienen ninguna culpa.

Estaba recuperando su confianza. Con los puños apretados en las rodillas, me miró. Me gustó por su defensa de las personas

oprimidas, pero no pude resistir el tentarle.

—Entonces usted debe aprobar lo que nosotros los ingleses hacemos en Egipto. Asumiendo la responsabilidad por las finanzas del país...

—Bah —dijo Emerson vigorosamente—. ¿Cree usted que estamos actuando con benevolencia? Pregunte a los habitantes de Alejandría cómo disfrutaron siendo bombardeados por las cañoneras inglesas, hace dos años. No somos tan salvajes como los turcos, pero tenemos el mismo propósito, nuestro propio interés. ¡Y permitimos que ese francés imbécil administre mal el departamento de antigüedades! No es que nuestros llamados eruditos propios sean mejores.

—¿Todos están equivocados? —Pregunté—. ¿Todos excepto usted?

Mi ironía fue inadvertida. Emerson consideró la pregunta gravemente.

—Hay un hombre joven, Petrie es su nombre, que parece tener alguna idea del método en la arqueología. Está excavando en el Delta este invierno. Pero no tiene influencia; y mientras tanto todos los años, cada día que pasa ve destrucción que no puede ser remediada. ¡Estamos destruyendo el pasado! Cavando como niños en busca del tesoro, arrancando objetos del suelo sin mantener registros apropiados de cómo y dónde fueron encontrados...

Miré a Evelyn. No podía oír lo que ella y Walter discutían, la voz de Emerson era demasiado fuerte, pero ella parecía encontrar la conversación agradable. Concentré mi atención de nuevo en Emerson, que todavía despotricaba.

—... ¡pedacitos de alfarería! Algo debe ser hecho con la alfarería, sabe usted. Uno debe estudiar los variados tipos, descubrir qué clases de alfarería acompañan a ciertas clases de ornamentos, las armas, el mobiliario...

—¿Para qué propósito?

—Por qué, hay una docena de propósitos. La alfarería, como otros objetos, cambia y se desarrolla con el tiempo. Podríamos elaborar una secuencia cronológica básica que nos permitiría fechar no sólo la alfarería, sino otros objetos encontrados con ella. Y no sólo la alfarería puede ser útil. Cada objeto, cada pequeño pedacito del pasado nos puede enseñar algo. La mayor parte de estos objetos

ahora son tirados en basureros, o se los llevan los turistas ignorantes, perdidos para siempre para la ciencia. Maspero guarda sólo los objetos impresionantes, y la mitad de ésos están perdidos o son aplastados o son robados, en ese reputado museo suyo.

—Comprendo —dije—. Por ejemplo, se deberían hacer estudios de los restos anatómicos. Se podría averiguar la raza a la cual los antiguos egipcios pertenecieron, y las mezclas raciales. ¿Son ellos del mismo linaje hoy como lo eran en tiempos antiguos? Pero los eruditos no reúnen huesos y Momias, lo hacen sólo para mostrarlas como curiosidades.

Emerson dejó caer la mandíbula.

—Buen Dios —dijo—. ¿Una mujer con una mente inquisitiva? ¿Es posible?

Dejé pasar el insulto, habiendo llegado a estar interesada en lo que él decía. Estuve a punto de seguir con el tema aún más cuando hubo una interrupción dramática.

Evelyn estaba sentada junto al sofá, con Walter inclinado sobre el respaldo de su silla. De repente, ella se puso de pie. Girándome, vi que la cara se le había puesto tan blanca como el lino. Miraba fijamente con una mirada de horror hacia la entrada del cuarto.

Eché un vistazo. El cuarto estaba lleno de personas, pero no vi nada que explicara su agitación. Antes de poder hacer un examen más penetrante, Evelyn se desplomó sobre el suelo. Cuando Walter, torpe por la agitación, logró alcanzarla y levantarla en sus brazos, estaba pálida como una muerta; se recuperó con alguna dificultad.

Ella no contestó a nuestras preguntas; sólo fue capaz de reiterar su deseo de volver a nuestros cuartos.

—Permítame que la lleve —rogó Walter—. Usted no es una carga; no puede andar...

Tendió sus brazos. Ella se encogió atrás, como si él hubiera ofrecido golpearla.

—No, no —jadeó—. Amelia me ayudará. Puedo andar, verdaderamente puedo. Le ruego que no me toque.

El pobre Walter estaba tan blanco como Evelyn. Pero no había nada que hacer sino acceder a sus deseos. Ella caminó, vacilante, pero sin ninguna ayuda excepto la mía, hacia las escaleras. Mientras subíamos, sólo tuve tiempo de asegurarle a Walter que le dejaría saber a la mañana siguiente como estaba Evelyn, si quería

visitarnos.

Mi doncella estaba esperando cuando alcanzamos nuestros cuartos. Evelyn rechazó sus atenciones, que fueron dadas a regañadientes; ella parecía encogerse ante cualquier compañía excepto la mía, pero todavía se negaba a decirme qué estaba mal. Ante su petición, despedí a Travers, diciéndole que se acostara.

—Creo que enviaré a Travers a casa —dije, procurando darle una nota casual, dado que Evelyn no hablaría del asunto que estaba en primer lugar en nuestras mentes—. Ella odia todo... el país, los egipcios, el barco...

—Y a mí —dijo Evelyn, con una sonrisa débil.

—No tiene una opinión demasiado alta de mí, tampoco —dije, complacida de ver que Evelyn recobraba su espíritu—. Podemos manejarnos sin ella bastante bien. Haré los arreglos mañana. Evelyn, no me contarás ahora...

—Más tarde —dijo Evelyn—. Te lo explicaré más tarde, Amelia, cuando tenga... ¿No volverás al salón? Tenías una conversación tan agradable con el Sr. Emerson. Estoy segura de que todavía está allí. Tranquilízale a él y a su... Podrías tranquilizarles a ambos y hacerles llegar mis disculpas. Estoy bien, sólo necesito descansar. Me iré directamente a la cama. Realmente estoy bastante bien.

Este discurso, entregado en un rápido tono monótono, fue bastante diferente de la chica a la que había llegado a conocer. La miré inquisitivamente; ella se negó a encontrarse con mis ojos. Comencé a hablar, completamente preparada para romper una reticencia que ahora me alarmaba; entonces sonó un golpe fuerte en la puerta de la sala.

Evelyn comenzó a convulsionarse. La palidez se extendió de nuevo sobre su cara. La miré, demasiado desconcertada para hablar. ¿Quién podría ser ese visitante, que golpeaba tan perentoriamente? ¡Y a tal hora! No era demasiado tarde para actividades sociales nocturnas, pero era ciertamente demasiado tarde para que nadie viniera a nuestros cuartos. No podía creer que la ansiedad de Walter le condujera a dar tal paso. Además, estaba claro por el comportamiento de Evelyn que ella sospechaba quién podría ser el visitante y que su sospecha le ocasionaba un profundo temor.

Sus ojos se encontraron con los míos. Enderezó los hombros y puso en los labios una línea firme antes de abrirlos para hablar.

—Abre la puerta, Amelia, si te parece bien. Estoy siendo una miserable cobarde. Debo encarar esto.

Supongo que su discurso transmitió un indicio a mi mente. Recuerdo que no sentí sorpresa cuando abrí la puerta y vi al hombre parado allí. Nunca le había visto antes, pero la tez atezada, el suave pelo negro, la audaz belleza confirmó la sospecha que la conducta de Evelyn había despertado.

—Ah —dije—. Signor Alberto, presumo.

Capítulo 3

Alberto se colocó una mano en el corazón e hizo una reverencia. Su aspecto, al igual que sus modales, rayaba la insolencia; y mientras movía sus ojos de mi cara hacia la puerta interior donde Evelyn estaba pálida e inmóvil como una estatua, fue todo lo que pude hacer para no abofetearlo.

—¿Me invita a entrar? —preguntó, mirándome—. Creo que usted preferiría hablar de asuntos del corazón en la intimidad.

Retrocedí; en silencio le hice gestos de que entrara, suavemente cerré la puerta detrás de él. Quería golpearla. Alberto se apresuró hacia Evelyn.

—¡Ah, mi querida perdida, amada de mi corazón! ¿Cómo has podido abandonarme? ¿Cómo has podido dejarme con la angustia de tu destino?

Evelyn levantó la mano. Alberto se detuvo a pocos centímetros de ella. Creo realmente que el bribón la habría tomado en sus brazos si ella no se hubiera movido. Entonces inclinó la cabeza a un lado y dijo, en tono de profundo reproche:

—¡Me empujas! ¡Me confundes! Ah, comprendo. Has encontrado a una protectora rica. Ella te dio regalos y abandonaste al pobre amante que sólo te da amor.

Mi parasol estaba en la esquina. Fui y lo cogí. Aunque Evelyn estaba silenciosa, pienso que estaba demasiado atónita por la insolencia del hombre como para hablar. Me acerqué a Alberto y le

pinché en el chaleco con mi parasol. Él saltó atrás.

—Eso hará —dije vigorosamente—. Usted abandonó a esta dama; no le abandonó ella, aunque debería haber sido lo bastante sabia para hacerlo. ¿Cómo se atreve a venir aquí después de escribirle ese mensaje abominable, después de tomar todas sus posesiones...?

—¿Mensaje? —Alberto puso los ojos en blanco—. No dejé ningún mensaje. Salí para buscar empleo, así como para comprar alimento para mi amada, fui golpeado por un caballo mientras cruzaba la calle. Estuve semanas en el terrible hospital, delirado, gritando por mi Evelyn. Cuando me recuperé, me tambaleé hasta el cuarto que era mi paraíso. ¡Pero ella se ha ido! Mi ángel ha volado. ¡Yo no dejé ningún mensaje! Si hay mensaje, mi enemigo debe haberlo dejado. Tengo muchos enemigos. Muchos que me odian, que tratan de robar mi felicidad, que me envidian a mi ángel.

Me miró de manera significativa.

Raramente he visto tal actuación dramática tan poco convincente. Pero no estaba segura de que no convenciera a Evelyn; el amor tiene un efecto muy desgraciado sobre el cerebro, y temí que algún cariño persistente hacia el bribón todavía la moviera.

No necesitaba tener miedo. El color de Evelyn había vuelto; ciertamente, las mejillas estaban ruborizadas bonitamente con una emoción que reconocí como ira.

—¿Cómo te atreves?—dijo ella en voz baja—. ¿No me has hecho bastante daño? Oh, tienes razón para reprocharme; merezco tu desprecio. No por haberte dejado, sino por haberme marchado contigo en primer lugar. ¿Pero cómo osas venir aquí e insinuar tales cosas acerca de esta dama? No eres digno de ocupar el mismo cuarto que ella. ¡Fuera, no quiero verte nunca más!

Alberto se tambaleó hacia atrás unos pasos. Estaba fingiendo el golpe y la angustia, pero la punta del paraguas, que tenía contra su estómago, pudo haberle ayudado a retirarse.

—No puedes hablar en serio. Estás enferma. No... no entiendes. Vine para casarme contigo. Te ofrezco mi mano y mi nombre. No hay ningún otro camino para ti. Ningún otro hombre se casará contigo ahora, no cuando sepa...

Era un hombre ágil; saltó con destreza hacia atrás cuando traté de bajar el parasol sobre su cabeza, y cuando lo levanté para un

segundo intento, Evelyn me agarró el brazo.

—Por favor, no rompas un buen parasol —dijo, curvando un labio—. Él no lo vale.

—Pero está tratando de chantajearte —dije, jadeando con rabia —. Te está amenazando con la exposición a menos que estés de acuerdo con...

—Él puede publicar mi infamia al mundo —dijo Evelyn fríamente—. Créeme, Amelia, ya no tiene más poder sobre mí. Si hubiera quedado alguna huella persistente de cariño, esto la hubiera terminado.

Alisándose el pelo, que se le había despeinado por su rápido movimiento, Alberto nos miró fijamente con afectado horror.

—¿Chantaje? ¿Amenaza? Dio Mio, ¿cómo no me comprendes? Yo no haría...

—Mejor que no -interrumpí—. Al primer signo de problemas por su parte, bribón, le mandaré a prisión. Las prisiones egipcias son vastamente incómodas, me han dicho, y tengo mucha más influencia con el gobierno presente que usted.

Alberto se enderezó.

—Ahora es usted quien me amenaza —dijo con satisfacción—. No hay necesidad de amenazas. Si la señora no me desea, me voy. He venido sólo por el honor. Lo veo ahora. Comprendo. ¡Hay otro! ¿Es verdad, no? ¿Quién es él, ése canalla que me roba el corazón de mi amada?

Evelyn, que había aguantado magníficamente, ahora mostró signos de romperse... lo cual no era de extrañar.

—No puedo soportar más de esto —cuchicheó—. ¿Amelia, no podemos hacer que se vaya? ¿Podemos pedir ayuda?

—Ciertamente —dije.

Pasé a Alberto, que retrocedió nerviosamente, y abrí la puerta de un tirón. Hay generalmente un asistente de turno en cada piso, y quería llamarle. Pero no hubo necesidad. Sentado en el suelo, al otro lado del vestíbulo de nuestra puerta, estaba nuestro dragomán, Michael. No me paré a preguntar por qué estaba allí. Él saltó sobre sus pies cuando me vio, y le hice gestos para que se acercara.

—Toma a este hombre por el cuello y échalo —dije, haciendo gestos hacia Alberto.

Michael pareció sorprendido, pero no vaciló. Cuando se estiró

hacia Alberto, éste último retrocedió.

—No hay necesidad, me voy, me voy —exclamó—. Dejo Egipto. Mi corazón está roto, mi vida está...

—No me importa eso —repliqué—. Una pregunta antes de que se vaya. ¿Cómo nos encontró aquí, y cómo consiguió el dinero para seguirnos?

—Fui al cónsul inglés en Roma, ¿que más? Trabajé en el barco... estoy mareado, tengo frío, pero trabajo para seguir a mi corazón...

—Suficiente de eso. Váyase, ahora, o Michael...

—Me voy. —Alberto se enderezó. Puso los ojos en blanco una última vez hacia Evelyn; entonces Michael dio un paso hacia adelante y Alberto cerró la puerta con más velocidad que dignidad.

—Le sigo, para estar seguro de que se ha ido —dijo Michael.

—Gracias —contestó Evelyn con gratitud—. Su niña, Michael... ¿cómo está? ¿Quiere que vayamos otra vez?

—No —dijo Michael—. No, señora. Vengo a decirle que está mejor. Se ha despertado, ha pedido comida. Vine a darles las gracias, a decirles que cuando quieran algo de Michael, pídanlo, incluso si es su vida. Ahora seguiré al hombre malvado.

Con un gesto que extrañamente combinó humildad y dignidad, partió; y mientras se cerraba la puerta, Evelyn rompió a llorar.

La tormenta pasó pronto. Mientras corrí de acá para allá buscando las sales aromáticas y pañuelos, Evelyn se recuperó e insistió en que me sentara. Ella me quitó el parasol, que yo todavía tenía.

—Estás más trastornada de lo que admitirás —dijo—. Permíteme ordenar un vaso de vino.

—No, no hay necesidad. Pero quizás tú...

—No. —Evelyn se sentó y me miró fijamente—. Mi emoción predominante, extrañamente, es de alivio. Me siento como si hubiera exorcizado algún espíritu malo.

—Fue a Alberto a quien viste en el salón, cuando te desmayaste.

—Sí. No me creerás, Amelia; pero cuando le vi allí parado, mirándome con esa insolente sonrisa de burla, pensé en él como en un demonio de la mente, conjurado para recordarme mi pasado. Estaba tan feliz en ese momento, con... con...

—Con Walter. ¿Por qué te encoges al mencionar su nombre? ¿Le amas?

—No puedo utilizar esa palabra; no después... Pero, sí; le podría amar, si tuviera el derecho de amar a algún hombre decente.

—¡Oh, vamos, estás siendo absurdamente melodramática! Estamos casi en el siglo XX; abandona tu moral pasada de moda.

—¿Piensas que Walter me pediría matrimonio si supiera mi pasado?

—Bien... —Me encogí de hombros incómodamente—. Parece un joven agradable, pero es un hombre, después de todo. Pero por qué debería saberlo alguna vez.

No había necesidad de que Evelyn contestara. Él lo sabría porque ella se lo diría. El candor era una parte esencial de su naturaleza. Ella me sonrió tristemente.

—Vamos a cambiar de tema, Amelia. Todo lo que quería decir era que estaba insensatamente aliviada de encontrar a Alberto de carne y hueso. ¡Hemos terminado con él ahora; pero cuán asombroso que me siguiera hasta aquí!

—Sí. Me pregunto...

—¿Qué?

—Si quizás tu abuelo no se ha recuperado después de todo.

Evelyn jadeó.

—¡Cielos, Amelia, cuán cínica! Y cuán lista. ¡Oh, cómo espero que sea eso!

—No esperes demasiado. Quizás haya otras razones igualmente cínicas que puedan explicar la aparición de Alberto aquí. Daré algunos pasos, mañana, para ver que puedo averiguar. También debo ir a Boulaq y apurar a *Reis* Hassan. Cuanto más pronto dejemos El Cairo, mejor para ambas.

—Sí —dijo Evelyn, sonriendo nostálgicamente—. Llega a estar abarrotado de gente a quien no deseo ver. Pero Walter no estará aquí mucho más tiempo. Él y el Sr. Emerson salen en dos días.

—¿Adónde van?

—No puedo recordar el nombre. Es a varios cientos de kilómetros al sur; los restos de una ciudad del faraón hereje.

—Amarna —dije—. Sí. Bien, niña, vamos a acostarnos. Ha sido un día agotador.

Pero el día no había acabado todavía.

Evelyn cayó dormida casi inmediatamente. Estaba agotada, pobre chica, por sus experiencias emocionales. Podía oírla respirar

tranquilamente mientras yo yacía insomne bajo mi dosel de red blanca. Su cama y el dosel estaban al otro lado de mi cuarto, el cual estaba cerca de la ventana. Había un pequeño balcón fuera. Había dejado las contraventanas abiertas, como hacía siempre; la red nos protegía de insectos, y el aire de la noche era especialmente dulce y fresco. La luz de la luna atravesaba la ventana, iluminando los objetos en su sendero pero dejando los rincones del gran cuarto en sombra. Un rayo de luz de plateada brilló distraídamente en mi cama.

Pocas veces soy incapaz de dormir, pero los acontecimientos del día me habían dado alimento considerable para pensar. Bastante extrañamente, me encontré principalmente preocupada por el exasperante Sr. Emerson y sus peculiares ideas. Peculiares... pero estimulantes. Pensé acerca de ellas durante un tiempo; y entonces giré forzosamente mis pensamientos a asuntos más importantes.

Walter y Evelyn... Ahora había un sujeto inquietante. Si había sido lo que ella fingía ser, una dama empobrecida que servía como mi compañera, un casamiento entre los dos quizás sería eminentemente conveniente. Pero sospechaba que el Sr. Emerson mayor controlaba a su joven hermano; no había ingresos suficientes como para mantener a una mujer para Walter y una expedición arqueológica para Emerson, y, si había que hacer una elección, Emerson tendría el voto decisorio. Y la pobre Evelyn tenía razón; tendría que decirle a Walter la verdad, y dudaba que cualquier hombre lo tomara de manera apropiada. Quizá se casara con ella y luego pasara el resto de su vida perdonándola noblemente. Nada puede ser más enfurecedor que ser perdonado una y otra vez.

Giré inquietamente en mi cama. Los muelles chirriaron y algo fuera de la ventana, un pájaro nocturno o un insecto, chirrió en respuesta. Giré sobre un lado, con la espalda hacia la luz de la luna brillante, y yací inmóvil, determinada a dormirme. En vez de eso, mis pensamientos giraron hacia Alberto, y comencé a especular acerca de su motivo para seguir a Evelyn. No podía darle a la criatura el menor grado de altruismo ni amor; debía tener otra razón para seguirla. Pensé en varias respuestas posibles. Sin duda él tenía otras perspectivas en la mente cuando la abandonó. Quizás uno de tales esquemas le había traído a Egipto, el destino de tantos viajeros de Italia, y habiéndose encontrado a Evelyn bajo la

protección de una mujer rica, como debo parecérselo a él, había decidido ver lo que podía conseguir de mí.

Con tales pensamientos revoloteando en mi mente no me adormecí más que antes. Me distrajeron los usuales ruidos nocturnos, sin embargo; ignoré los sonidos extraños hasta que un ruido repentino, cerca de la mano, golpeó mi oreja. Era el sonido de chirrido de una de las tablas del piso. Lo conocía bien, el tablón defectuoso estaba entre mi cama y la ventana, y mi pie lo había pisado varias veces ese día.

Giré sobre mi espalda. No estaba alarmada, asumí que o me había equivocado acerca del origen del sonido o que Evelyn había despertado y se había arrastrado hacia la ventana para ver una vista del jardín iluminado por la luna.

Tumbada sobre la cama, tan cerca que su cuerpo rozó los pliegues de la red blanca, había una aparición increíble.

Pareció estar envuelta en una niebla blanca, como una emanación de niebla. Esto enturbiaba sus rasgos, pero el resumen general de la figura era suficientemente simple. Podría haber salido del vestíbulo principal del museo de Boulaq, donde Maspero guardaba sus apreciadas estatuas de tamaño natural de antiguas damas y caballeros egipcios. Como las estatuas pintadas, esta aparición tenía el color de la vida, aunque estaban desteñidos por la fría luz de la luna. El bronceado cuerpo, desnudo hasta la cintura; el ancho collar de cuentas naranja y azules; el tocado doblado de lino, a rayas blanquirrojas.

Estaba atónita. ¡Pero no por temor... no, nunca suponga por un momento que tuve miedo! Estaba paralizada simplemente por la sorpresa. La figura estaba totalmente inmóvil. Ni siquiera pude detectar la subida y bajada de su pecho. Levantó un brazo, entonces, en un gesto de amenaza inconfundible.

Me incorporé y, con un grito, me estiré hacia la cosa. Yo no creo en apariciones. Quería poner mis manos sobre ella, sentir el calor y la solidez de la carne humana. Desafortunadamente, me había olvidado de la endemoniada mosquitera.

(Mi Crítico me recuerda que “endemoniada” no es una palabra que una dama deba utilizar. Le contesto que alguna expresión fuerte sí usan, y que he evitado otras mucho más fuertes).

Fue la red, por supuesto, eso le había dado a la aparición su aura

fantasmal, y encajaba tan bien con la presunta apariencia sobrenatural de la cosa que había olvidado su existencia. Hundí la cabeza en una nube de tejido amortiguador, la ropa de cama y las faldas de mi camisón se enredaron en sus miembros. Para cuando me liberé de esos impedimentos estaba jadeando en busca de aliento, y la habitación estaba vacía. Sólo había tenido éxito en despertar a Evelyn, quien estaba gritando agitadamente y trataba de escapar de su propia red.

Nos encontramos en la ventana; Evelyn me agarró por los hombros y trató de sacudirme. Yo debía parecer una mujer salvaje con el pelo soltándose de las trenzas nocturnas y derramándose por los hombros. Mi prisa por llegar a la ventana había persuadido a Evelyn, como ella confesó luego, de que estaba empeñada en mi autodestrucción.

Después de que me hube asegurado de que no había huellas del visitante en el balcón ni en el jardín de abajo, le expliqué a Evelyn lo que había sucedido. Ella había encendido una vela. A la luz de su llama vi su expresión, y supe lo que ella estaba a punto de decir.

—No fue un sueño —insistí—. No sería sorprendente que soñara con fantasmas de antiguos egipcios; pero creo que sé la diferencia entre realidad y sueño.

—¿Te pellizcaste? —preguntó Evelyn con seriedad.

—No tuve tiempo de pellizcarse —dije, paseando enojadamente de aquí para allá—. Ya ves la red rota...

—Creo que luchaste un combate valeroso con la ropa de cama y la red —dijo Evelyn—. Objetos reales y los vistos en sueños se mezclaron...

Dejé salir una fuerte exclamación. Evelyn pareció alarmada, temiendo que me hubiera ofendido; pero no fue su incredulidad lo que me había incitado a gritar. Agachándome, recogí del suelo un duro objeto que mi empeine desnudo había pisado dolorosamente. En silencio lo tendí para la inspección de Evelyn.

Era un pequeño ornamento, de cerca de dos centímetros de largo, hecho de fayenza verde azulada, en forma del dios halcón Horus, la clase de ornamento que a menudo cuelga en los collares llevados por los antiguos muertos egipcios.

* * *

Estaba más determinada que nunca a dejar El Cairo. Por

supuesto, no creía en fantasmas. No; algún agente humano maligno había estado trabajando en el cuarto iluminado por la luna, y eso me preocupaba más que los fantasmas. Pensé inmediatamente en Alberto como un posible culpable, pero realmente no parecía haber razón al por qué debía emprender una artimaña tan extraña. Él no era del tipo de los asesinos; era vicioso, pero débil. ¿Y qué ganaría con asesinar a Evelyn o a mí misma?

Un criminal de otra clase quizás esperara sacar beneficio, sin embargo, y llegué a la conclusión de que mi visitante había sido un aspirante a ladrón, un poco más imaginativo que sus socios, que esperaba, por medio de su imitación de un antiguo egipcio, confundir a una víctima recién despertada lo bastante para efectuar su escapada. Era una idea bastante ingeniosa, realmente; casi deseé poder encontrar al inventivo ladrón.

Decidí no convocar a la policía. La policía egipcia es perfectamente inútil, y no había visto la cara del hombre lo bastante cerca como para identificarlo, suponiendo que las autoridades pudieran rastrear a un hombre por las atiborradas calles de El Cairo. El hombre no volvería; me había encontrado alerta y amenazadora y buscaría una presa más fácil.

El haber llegado a esta conclusión me tranquilizó la mente de algún modo, así que se lo expliqué todo a Evelyn, esperando calmar sus nervios. Estuvo de acuerdo con mis deducciones, pero pienso que ella todavía medio creía que había estado soñando.

Tomé la precaución de investigar las actividades de Alberto. No pude descubrir dónde estaba alejándose. Había cientos de pequeñas posadas en El Cairo, y presumiblemente utilizaba una de éstas, para ciertamente no había sido divisado en ninguno de los hoteles europeos. Supe, sin embargo, que un hombre de su descripción había comprado un billete para el tren de la mañana a Alejandría, y decidí que podíamos despedir a Alberto de nuestros pensamientos.

Walter no fue tan fácil de despedir. Llamó a la mañana siguiente, tan temprano como fue decentemente posible. Evelyn se negó a verlo. Comprendí y elogié sus motivos; cuanto menos le viera, más fácil sería la eventual despedida. Sin conocer sus verdaderos sentimientos, Walter lo entendió mal naturalmente. Le aseguré que físicamente ella estaba recuperada y entonces le informé que no podía recibir visitas. ¿Qué más podía él asumir sino

que ella no quería verlo? Llegó incluso más lejos al preguntar si había sido algún acto suyo lo que le había causado el desmayo de la noche anterior. Le aseguré que ese no era el caso, pero el pobre muchacho estaba escéptico. Pareciéndose a un pálido héroe Byroniano, me pidió que le despidiera de Evelyn de su parte. Él y su hermano salían al día siguiente hacia su excavación.

Lo sentí tanto por el joven que casi dejé escapar parte de la verdad; pero sabía que no tenía derecho a violar la confianza de Evelyn. Así que subí las escaleras, para consolar a la otra mitad del par de sufridos amantes, y el tedioso asunto fue demasiado, cuando un poco de sentido común por ambas partes habría resuelto el asunto a la satisfacción de todos.

Con la ayuda de Michael conseguí meter prisa a la tripulación de barco. La devoción recién nacida de Michael era completa; hizo todo lo que pudo para ayudarnos, aunque a veces pensé que él compartía la opinión de los hombres; que yo era una interferencia, una hembra ilógica. Uno de mis conocidos del Shepheard me había informado que yo había cometido un error al seleccionar a un cristiano como mi dragomán, pues los coptos no son aceptados tan fácilmente como correligionarios por las tripulaciones y capitanes musulmanes. Sin embargo, el *Reis* Hassan y Michael parecieron llevarse bastante bien, y los preparativos continuaron rápidamente. El piano fue movido al salón, y las cortinas colgadas; se vieron hermosas. La tripulación comenzó a rezagarse en sus casas. Envié a Travers a Inglaterra, y la vi irse sin ninguna pena.

Estuvimos muy ocupadas durante esos días, haciendo compras de más suministros y visitando a Michael, donde jugamos con la niña y practicamos nuestro árabe con las señoras de la casa; afinamos el piano, hicimos las visitas finales a Gizeh (entré en la Gran Pirámide otra vez, pero Evelyn no), fuimos al museo varias veces más, y llamé a las autoridades inglesas. Me encontré con otro de los viejos conocidos de mi padre en el ministerio de finanzas; me regañó por no haberle llamado antes y así haber podido tener la oportunidad de entretenerme. Fue muy amable; tanto así, que comencé a sentirme incómoda con la manera en que sus ojos me examinaron. Por último estalló:

—Mi querida señorita Amelia, realmente usted ha cambiado; ¿es consciente de cuánto ha cambiado? El aire de Egipto debe sentarle

bien, parece mucho más joven que cuando la vi en Sussex.

Llevaba un vestido que Evelyn había seleccionado para mí, un fular amarillo mostaza bordeado de verde, con faldas drapeadas.

—Plumas bonitas, mi estimado señor —dije vigorosamente—. Se están convirtiendo incluso en viejas. Ahora, me pregunto si usted podría ayudarme...

Había ido, por supuesto, para enterarme sobre el abuelo de Evelyn. Podía ver que mi amigo estaba sorprendido por mi interés, pero era demasiado caballeroso para preguntar la causa. Me informó que las noticias de la muerte del conde le habían llegado en los pasados quince días. No conocía los detalles, sólo los hechos desnudos, no era un tema que le consumiera interés. Yo estaba inhibida porque no podía hacer las preguntas que necesitaba hacer sin traicionar el secreto de Evelyn. No deseaba que su identidad llegara a ser conocida en Egipto, dado que nos proponíamos pasar el resto del invierno allí. Así que tuve que irme con mi curiosidad parcialmente insatisfecha.

Sin embargo, pude conocer al Mayor, ahora Sir Evelyn-Baring, el cónsul general y agente inglés, entró en la oficina cuando yo la dejaba. Me recordó a mis hermanos. Una sólida respetabilidad inglesa se asentaba sobre él como una capa de polvo. El pulcro bigote, sus quevedos de oro, la configuración redondeada de su impecable vestimenta, todo hablaba de su fiabilidad, capacidad y estupidez. Sin embargo, él había hecho un trabajo admirable tratando de restaurar la estabilidad financiera de un país en deuda, e incluso cuando le conocía era bien celebrado por ser el poder principal en Egipto. Fue perfectamente cortés conmigo, asegurándome su buena voluntad por ser de ayuda de cualquier manera posible. Había conocido a mi padre, dijo, por su reputación. Yo estaba empezando a conseguir una imagen de mi querido padre sentado calladamente en el centro de una red cuyas hebras se extendían por todo el globo.

Planeábamos salir el viernes. Era un jueves por la tarde cuando nuestro visitante llegó, y la conversación con él aclaró varios puntos que habían estado hasta ahora turbios, y planteó nuevos problemas no fácilmente resolubles.

Estábamos en el salón; insistí en que bajáramos. Evelyn había estado pensativa y triste todo el día, meditando acerca de su abuelo

y, según sospechaba yo, acerca del pensamiento de apresurar a Walter hacia el sur, lejos de ella. Los Emerson no contrataban ni siquiera una pequeña *dahabbiya*; Walter había explicado que alquilaban un espacio en el barco de vapor que llevaba sus suministros, y que dormían en la cubierta con la tripulación, enrollados en sus mantas. Pensé en mi delicada Evelyn viviendo en tales condiciones y no pude arrepentirme enteramente de la pérdida de Walter.

Ambas estábamos cansadas, habiendo estado ocupadas todo el día con detalles de última hora como siempre ocurre cuando uno prepara un viaje; y creo que dormitaba un poco cuando una exclamación de Evelyn me despertó. Por un momento pensé que estábamos a punto de tener una repetición de la noche de la aparición de Alberto. Evelyn se había levantado y miraba fijamente hacia la puerta. Sin embargo, su expresión no era tanto de alarma como de incredulidad; y cuando me giré para ver la causa de su asombro, contemplé a un joven caballero que venía rápidamente hacia nosotras, con una ancha sonrisa en la cara y la mano extendida a modo de saludo.

Por un momento pareció como si la fuera a abrazar. El decoro prevaleció; pero él tomó la floja mano de ella entre las suyas bronceadas y la sacudió con entusiasmo.

—¡Evelyn! ¡Mi querida niña! No puedes imaginarte el alivio, el placer. ¿Cómo has podido asustarme tanto?

—Y tú no puedes imaginarte mi sorpresa —exclamó Evelyn—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Seguirte, por supuesto, ¿qué otra razón podría tener? No podría descansar mientras tuviera dudas sobre tu seguridad. Pero nos hemos olvidado, Evelyn. —Giró hacia mí con la misma sonrisa ancha—. Debo preguntar; ésta debe de ser la señorita Peabody. La bondadosa, la noble, la señorita Peabody de gran corazón, a quien debo la recuperación de mi estimada prima. ¡Oh sí, lo sé todo! Visité al cónsul inglés en Roma; así es como la localicé a usted aquí. Y sabiendo lo que ese caballero no hizo, de las circunstancias que habían llevado a Evelyn a Roma. No, prima, no hablaremos de ellas, ni ahora ni nunca, pero conociéndolas puedo dar a la señorita Peabody el crédito que merece. ¡Mi estimada señorita Peabody! ¡Perdone, pero no puedo refrenar mi entusiasmo; soy un hombre

apasionado!

Agarrándome la mano, la estrujó tan completamente como había estrujado la de Evelyn, sonriendo todo el tiempo como una edición más joven del inmortal Pickwick[3].

—Realmente, señor —dije—. Estoy bastante abrumada...

—Lo sé, lo sé. —Dejando caer mi mano, el joven caballero estalló en las carcajadas más alegres imaginables—. Abrumo a la personas. No lo puedo evitar. Siéntense por favor, señoras, para que pueda sentarme yo, entonces tendremos una conversación agradable.

—Quizás pueda considerar el presentarse —sugerí, masajeando con suavidad mis dedos.

—Perdóname, Amelia —exclamó Evelyn—. Permíteme presentarte a mi primo, el Sr. Lucas Hayes.

—Te lo permitiré; si él se calla lo suficiente para ser presentado, no lo sé. —Miré intensamente al joven, que sonreía ampliamente, sin preocuparse por mi agudeza—. Pero me imagino que ya no es el Sr. Hayes. ¿No debo decir "su señoría"?

Una sombra nubló la cara de Evelyn. El nuevo conde se inclinó y le tocó la mano.

—Dirá Lucas, espero, señorita Peabody. ¡Siento que la conozco tan bien! Y puede ser doloroso para Evelyn que le recuerden su pérdida. Veo que las noticias las han alcanzado.

—Lo hemos sabido hace pocos días —dijo Evelyn—. Había tratado de prepararme, pero... Por favor, cuéntame, Lucas. Quiero oírlo todo.

—¿Estás segura de desearlo?

—Oh, sí. Debo oír cada detalle, incluso si es doloroso para mí; y aunque sé que no debería, no puedo evitar esperar que me perdonara, y que al final... tuviera tiempo para una palabra amable, un mensaje...

Ella se inclinó hacia delante, con las manos agarradas, los ojos azules empañados con lágrimas. Parecía muy bonita y atractiva, la cara del joven conde reflejaba su admiración.

—Evelyn, estoy seguro de que sentía bondad, aunque... Pero os contaré todo. Sólo permíteme formar mis pensamientos.

Mientras los formaba tuve tiempo para estudiarle con una curiosidad que no intenté ocultar. Era un joven alto, de hombros

anchos, vestido con una elegancia que rayaba la afectación. Sus botas de charol brillaban como un espejo, su chaleco estaba bordado con capullos. Un diamante inmenso brillaba en medio de la inmensa parte delantera de una camisa blanca como la nieve, y sus pantalones eran tan ajustados que cuando se sentó esperé que algo se rasgara. La alegría sincera de su cara era muy inglesa, pero la tez atezada y los grandes ojos oscuros traicionaban la nacionalidad de su padre. Le miré entonces a las manos. Estaban bien formadas, si acaso grandes y atezadas, y también estaban cuidadas como las de una mujer. Siempre he pensado que las manos son expresivas del carácter. Había advertido que las de Emerson estaban llenas de callos y desfiguradas por las cicatrices y rasguños de un trabajo manual.

No hay intento de ocultar el lector que me encontraba ilógicamente predispuesta contra mi nuevo conocido. Digo ilógicamente porque sus modales habían sido irreprochables, si no exaltados. Su subsiguientes discurso le mostró como un hombre de honor y de corazón. Aún así, no me gustó.

Lucas empezó su explicación.

—Sabes, me imagino, que después de tu... tu partida, nuestro reverenciado progenitor cayó en tal rabia que sufrió una apoplejía. No esperábamos que se recuperara de ella, pero el viejo caballero tenía asombrosos poderes de recuperación; he notado que un genio feroz parece dar a sus poseedores una fuerza excepcional. Ahora, Evelyn, no me debes mirar con tanto reproche. Tenía algún cariño por nuestro abuelo, pero no puedo dejar pasar el trato hacia ti. Me debes permitir una palabra ocasional de crítica.

—Cuando oí qué sucedió, fui inmediatamente al Castillo Ellesmere. No fui el único en responder; tú, que conoces a nuestra familia, puedes imaginarte la escena de pandemonium que encontré a mi llegada. Tías, tíos y primos de todos grados habían descendido, como los carroñeros que son, comiendo y bebiendo tanto como podían, e intentando todas las estratagemas despreciables para entrar en el cuarto del enfermo, donde la víctima yacía como un hombre asediado. No pude decidir cuál de ellos fue el peor. Nuestro primo segundo Wilfred trató de sobornar a la enfermera; Tía Marian se sentó en una silla fuera de la puerta y tenía que ser empujada hacia atrás siempre que la abrían, el joven Peter Forbes, ante la

instigación de su madre, se subió por la hiedra de fuera de la ventana hasta el cuarto del enfermo y sólo fue repelido por el lacayo y tu humilde sirviente.

El camarero vino en ese momento, Lucas ordenó café. Me miró y estalló en otras de esas carcajadas campechanas.

—Mi querida señorita Peabody, usted tiene un semblante tan expresivo como un libro abierto. Puedo leer sus pensamientos; ¿le digo lo que está pensando? Está pensando que soy como la sartén que le dice al cazo apártate que me tiznas, que soy tan carroñero como el resto. ¡Y, por supuesto, tiene absolutamente razón! Respetaba a nuestro abuelo por sus buenas cualidades. Tenía unas pocas; si tuviera más tiempo, quizás pudiera recordar alguna de ellas... No, estimada señorita Peabody, la franqueza es mi peor fallo. No puedo fingir emociones que no siento, ni siquiera para mejorar mi posición en el mundo, y no seré tan hipócrita como para fingir que amaba a nuestro abuelo. Evelyn es una pequeña santa; ella encontraría cualquier excusa para un hombre que la derribó y la pisoteó...

Terminó cuando hice un gesto de advertencia. La cara de Evelyn estaba ruborizada, los ojos fijos en las manos, cruzadas apretadamente en el regazo.

—Evelyn es una santa —repitió Lucas con más énfasis—. Sólo una santa podría haber amado al abuelo. Pero yo no puedo evitar compadecer al viejo caballero en ese momento. Daba lástima. Él muriéndose y no tener a nadie allí que le amara.

—Yo estaba en una posición más fuerte que mis compañeros carroñeros, porque era el heredero, y los médicos y los abogados que rodeaban a mi abuelo sabían eso. Mientras él fue incapaz de hablar o de moverse, la autoridad fue mía, y la ejercité para deshacerme de la familia. Si las maldiciones tienen algún efecto, debo morir miserablemente. Pero no me preocupé por eso, y no puedo evitar pensar que el silencio y la paz que traje al castillo ayudaron a la recuperación del abuelo. Para asombro de los médicos, comenzó a recuperarse. En unas pocas semanas se tambaleaba alrededor de su cuarto, jurando contra las enfermeras y tirándole la loza a su asistente como era su entrañable hábito. Sin embargo, los médicos le habían advertido que cualquier esfuerzo o emoción podría provocarle otro ataque y éste ciertamente sería

fatal.

—Uno de sus primeros actos, Evelyn, ante tu salida, fue llamar a su abogado y hacer un nuevo testamento. Sepas esto; sepas que te dejó cinco libras para comprar un anillo de luto. Me nombró su heredero, no por cariño, sino porque detestaba a los otros parientes aún más que a mí. Cuando se recuperó lo suficiente, hablé inmediatamente con él sobre la indecencia de tu tratamiento. Yo no tenía objeción en heredar, pero había bastante para ambos, y no podría disfrutar de mi parte si te creía necesitada.

—Es innecesario decir que mi interferencia fue recibida sin favor. Verdaderamente, tuve que abandonar la tentativa por el temor de causar otra medida. El estimado abuelo me insinuó que debía marcharme, pero tuve la asistencia de sus consejeros médicos cuando me quedé a pesar de las insinuaciones. Él todavía estaba bastante débil, y era necesario molestarle lo menos posible. Yo era el único con la autoridad apropiada para defenderle de molestos visitantes y la ejercité de lleno.

—Creí honestamente que comenzaba a ablandarse, hasta que... sucedió una tarde cuando estaba lejos de la casa. Fue virtualmente la primera vez que salí, tenía negocios... Ah, bien, permíteme ser sincero. Necesitaba diversión. Había sido un mes triste. Me culpo; en mi ausencia, el abuelo arrastró los viejos pobres huesos fuera de la cama y puso a los sirvientes a empacar tus pertenencias. Nada de valor, ay; sólo tu ropa y complementos, y la docena de chucherías y pequeños recuerdos que te había dado. No dejó ni uno, me dijeron que el abuelo asaltó tus habitaciones reuniendo objetos y tirándolos en cajas. Una energía demoníaca le había dominado, para cuando volví a casa, las cajas habían sido empacadas, atadas y despachadas por el carretero local. El castillo fue barrido de cualquier objeto que le pudiera recordar a ti, y había colapsado, como el viejo montón de huesos que era. La casa estaba alborotada, con médicos llegando y conferenciando, los sirvientes histéricos, y la nieve cayendo pesadamente, como en una escena de una novela triste. ¡Fue espantoso!

—Desde esa noche, el abuelo nunca se recuperó. Por la mañana estaba mucho peor, y aunque trató de hablar un par de veces, nunca pronunció una oración. Pero, mi querida Evelyn, estoy convencido de que quería hablar de ti. Estoy seguro de que te perdonó y te

quiso de vuelta. Espero que creas eso.

La cabeza de Evelyn estaba inclinada. Gotas de cristal salpicaban sobre sus manos.

—Una narración muy conmovedora —dije secamente—. Evelyn, estropearás ese vestido. Las manchas de agua sobre raso son malas.

Evelyn respiró hondo y se tocó ligeramente los ojos. Lucas tuvo el descaro de guiñarme. Le ignoré.

—Bien —dije—, eso resuelve un problema, ¿verdad, Evelyn? Los motivos de nuestro visitante llegan a ser más comprensibles. El individuo a quien yo me refiero no había oído sobre la muerte, pero estaba informado de la recuperación anterior. La esperanza es eterna.

—No necesitas ser tan discreta —dijo Evelyn sin entusiasmo—. Lucas debe saber a quién nos referimos. Sus modales han sido la generosidad misma, pero no le insultaré restando importancia a mi espantoso...

—Me insultarás si te refieres al asunto otra vez —interrumpió Lucas—. El pasado se ha terminado; al menos deberías ser lo bastante afortunada para encontrarte con un cierto individuo algún día en un lugar tranquilo... Evelyn, permíteme terminar mi narración. Has oído la parte penosa, permíteme continuar con asuntos más felices.

—¿Más felices? —Evelyn sonrió tristemente.

—Más felices, espero. Espero que no puedas ser insensible a mis acciones, mis sentimientos... Tan pronto como las exequias de nuestros antepasados se celebraron, me embarqué en tu persecución. ¡Y aquí estoy, esperando sólo tu consentimiento para compartir nuestra fortuna, no puedo llamarla mía; y, si quieres, nuestro título, nuestras vidas, y nuestro nombre!

Se recostó en su silla, sonriéndonos a ambas como un joven Papá Noel.

Realmente tenía problemas manteniendo mi antipatía hacia el Sr. Lucas; mis prejuicios lucharon y casi dominaron. La oferta era magnífica, noble; y fue hecha con una delicadeza que yo no habría creído posible.

Entonces el significado de la última frase de Lucas penetró en mi cerebro, y exclamé:

—Señor, ¿está haciendo una proposición matrimonial?

—No creo que mis palabras estén abiertas a cualquier otra interpretación —dijo Lucas, sonriendo ampliamente.

Evelyn se sentó boquiabierta y mirándole fijamente. Dos veces trató de hablar; dos veces su voz falló. Entonces carraspeó y a la tercera tuvo éxito.

—Lucas, esto es demasiado. No puedo creer... no puedes querer decir...

—¿Por qué no? —Inclinándose hacia delante, capturó las manos entre las suyas—. Nos conocemos, Evelyn. Sentido común, valores y, espero, cariño mutuo nos definen el uno al otro. Oh, sé que no me amas. Sé que tu corazón está magullado y temeroso. Déjame ofrecerle un refugio en mi corazón. Déjame enseñarte a amarme como yo te adoro.

Sus intensos ojos oscuros brillaron con una luz ardiente; sus guapos rasgos reflejaban una expresión de ternura. Realmente no vi cómo una chica podía resistirse. Pero, como había aprendido, Evelyn estaba hecha de un material más duro de lo que parecía. Y, como estaba a punto de aprender, el sentimiento que había entrado en su corazón era más fuerte de lo que yo había supuesto.

—Lucas —dijo suavemente—. No puedo decirte cuánto me conmueve tu oferta. Toda mi vida te honraré y te reverenciaré como uno de los caballeros más nobles que he conocido. Pero no puedo casarme contigo.

—Si temes la censura... —empezó Lucas.

—La temo... más por ti que por mí. Pero eso no es por lo que rehúso tu generosa oferta. Nunca tendré mucho. Hay una imagen consagrada en el corazón...

Lucas dejó caer las manos. Su expresión era de incredulidad.

—No el despreciable...

—No. —Evelyn se ruborizó—. Ciertamente no.

—¡Estoy muy aliviado de oírlo! —Lucas pareció pensativo. Entonces su cara se aclaró—. Querida Evelyn, no estoy desanimado. Estaba preparado para una negativa, aunque la razón que citas me coge desprevenido más bien. Sin embargo, no altera los hechos del caso. Un cariño tan repentino, perdóname prima, pero es la verdad, no puede ser un cariño profundo. Con el tiempo lo venceré. ¡En vez de a un padre, me vuelvo hacia la señorita Peabody, y pido su permiso para cortejarte del modo apropiado!

Giró hacia mí, con la mano en el corazón y una sonrisa amplia en los labios. No pude evitar sonreírle, aunque fuera una sonrisa bastante agria.

—Apenas puedo evitar que disfrute de la compañía de su prima —dije—. Pero tendrá que trabajar rápidamente, Sr. Lucas; salimos mañana por la mañana para un viaje Nilo abajo. Así que sólo tiene unas pocas horas para hacer su oferta de matrimonio.

—Mañana por la mañana —exclamó Lucas—. ¡No tengo ninguna modestia indebida acerca de mis dotes de convicción, pero realmente..!

—Perdón —dijo Evelyn, en su voz apacible—. Lucas, no puedo animarte. Nunca cambiaré de opinión. Pero lamento que no disfrutemos de tu compañía durante más tiempo.

—Realmente, Evelyn, debemos discutir esto —dijo Lucas—. Soy tan terco como tú, y mucho más fuerte; no pienso abandonar mis esperanzas. Pero mi estimada chica, tú no supones que estoy haciendo del casamiento un requisito previo para disfrutar de los derechos que son moralmente tuyos, aunque no hayan sido establecidos legalmente. La mitad de la fortuna de nuestro abuelo te pertenece. Lo dispondré inmediatamente cuando volvamos a casa. Ahí es a donde perteneces, a casa. Puedes tener tu propia casa donde quieras... si Dower House en Ellesmere no te conviene, encontraremos otra...

Él dejó de hablar. Evelyn sacudía la cabeza.

—Mi abuelo tenía el derecho de disponer de su propiedad como escogiera. No puedo tomar lo que no es mío, Lucas, y si tratas de dármelo te lo devolveré. Más aún, he acordado pasar el invierno con Amelia. Una compañera ya la ha abandonado, yo no lo haré, ella depende de mí.

—¿Entonces en la primavera...?

—No prometo eso.

—No, pero... Comprendo tu argumento con respecto a la señorita Peabody; sería verdaderamente una pobre devolución para su bondad abandonarla ahora, a última hora. Enteramente, es una buena idea. El invierno en Egipto, recuperar tu salud y espíritu; mientras tanto podemos trabajar una buena mentira, con la que confundir a nuestros amigos en casa, cuando se pregunten dónde has estado todo este tiempo.

—No, Lucas, realmente...

—Una buena mentira es absolutamente esencial, mi amor. Que nunca te preocupe lo que sospechen, juntos los encararemos.

—Lucas, me desorientas —exclamó Evelyn—. No has puesto atención a nada de lo que he dicho...

—Lo hago, lo hago. Pero no lo tomo como final... No, mi estimada prima, Egipto es un lugar espléndido en el que pasar el invierno; siempre he querido venir aquí. Si no te puedo convencer de mi sinceridad para la primavera, abandonaré mis esperanzas. Vamos, señorita Peabody, usted es nuestra Minerva, nuestra fuente de sabiduría; ¿qué dice usted?

—Oh, ¿se me permite decir algo? Bien, mi estimado señor Ellesmere, entonces debo confesar que usted tiene alguna justicia de su lado; y tú, Evelyn, no puedes negar el deseo de tu primo de ayudarte. Si no aceptas todo el dinero que quiere darte, puedes con la conciencia tranquila aceptar una anualidad respetable. Si deseas regresar a casa...

—Oh, Amelia, ¿cómo puedes decir eso?

—Muy bien —dije, inhalando para ocultar mi placer—. Entonces llevaremos a cabo nuestro viaje Nilo abajo. Cuando acabe, considerarás la oferta de tu primo. ¿Les parece eso justo a ambos?

Lucas me estrujó la mano y la sacudió con entusiasmo. Evelyn asintió. Ella no era favorable a la idea, pero era demasiado imparcial para oponerse.

—Sin embargo —continué—, el Sr. Lucas tendrá que realizar su cortejo desde lejos. Apenas le puedo ofrecer un cuarto en nuestra *dahabbiya*. No sería apropiado.

—No había pensado que usted fuera el tipo de dama que se preocupa por la conveniencia —dijo Lucas, con una mirada significativa—. Sin embargo, emplearé mi propio *dahabbiya* y estaré tras su rastro tan pronto como sea posible. No os escaparéis tan fácilmente, señoras. ¡Navegaré donde navegáis y amarraré donde vosotras amarréis!

—Eso suena muy romántico —dije con serenidad—. Espero que no se decepcione; no es tan fácil arreglar estas cosas en Egipto.

—Así he sido informado. —Lucas se levantó, cuadrando los hombros—. Por lo tanto debo ponerme a ello inmediatamente.

—No puede hacer nada esta noche —dije.

—¡Ah, usted me subestima, estimada señora! Mañana, cuando las acompañe a su barco, alquilaré uno para mí mismo. Tampoco es demasiado tarde, esta noche, para adquirir un dragomán. El vestíbulo todavía está lleno de los pobres hombres y se dice que son esenciales para los viajeros. Quizás usted me podría recomendar uno bueno.

—No —dije.

—Michael quizás sepa de alguien —dijo Evelyn, mirándome sonriente.

—Ha regresado a casa —contesté.

—Seguro que está en algún lugar cerca —dijo Evelyn suavemente—. Nunca se va hasta que nos hemos retirado. Verdaderamente, creo que el hombre duerme aquí, te tiene tanta devoción desde que salvaste la vida de su niña. Haría lo que fuera por ti.

—Tú eres la única a quien tiene devoción —dije—. No puedo imaginarme dónde consigues esas ideas, Evelyn.

Michael se había encaprichado bastante de Evelyn y estaba, como ella había pensado, todavía en el hotel. Lo encontramos y, con el permiso de su señoría, les dejamos conversando.

Estaba realmente enfadada con Evelyn por ayudar a su primo con sus planes, si no la conociera tan bien, me habría imaginado que quería animarle. Pero esa era la debilidad de Evelyn. Era demasiado amable y demasiado veraz. He encontrado que ambos son unos rasgos inoportunos del carácter

Capítulo 4

Había pensado evitar al Sr. Lucas haciendo una salida escandalosamente temprana a la mañana siguiente. Le subestimé. Los rayos rosáceos del alba apenas acariciaban el cielo cuando descendíamos por el vestíbulo del hotel, para encontrar a Lucas esperando, con una brazada de flores para Evelyn y una sonrisa astuta para mí. Insistió en acompañarnos a Bouiaq, y mientras el barco pequeño nos llevaba a la *dahabbiya* estuvo de pie en la costa, ondeando ambos brazos como un semáforo y mostrando todos los dientes en una sonrisa.

Con mucha bulla y el murmullo de alegres voces, los hombres tomaron sus lugares. Soltaron las cuerdas del amarradero; los remeros empujaron lejos del banco; la gran vela se hinchó cuando tomó el viento; y salimos, con un saludo de seis armas de nuestra tripulación, contestado por otros barcos del banco.

Nos sentamos en la cubierta superior, con un toldo para protegernos del sol. Las alfombras, las sillas de salón y las mesas, habían transformado esta área en un cómodo salón, y el camarero, el joven Habib, inmediatamente apareció con té de menta y bizcochos. Evelyn perdió su mirada pensativa y se incorporó, señalando y exclamando ante las vistas. El peor pesimista del mundo debe haber respondido a la felicidad de tal excursión en tal día. El sol estaba bien arriba, brillando desde un cielo despejado. La brisa apacible nos abanicaba las mejillas.

Los palacios y los jardines de la ribera se deslizaban tan suavemente como en sueños, y con cada minuto que pasaba nuevas bellezas del paisaje y la arquitectura se mostraban ante nuestros ojos ansiosos. A lo lejos las formas de las pirámides estaban grabadas contra el cielo, el aire era tan limpio que parecían monumentos en miniatura, a sólo unos kilómetros.

Nos sentamos en la cubierta todo ese día; la experiencia era tan nueva y tan encantadora que nos era imposible arrancarnos de allí. A la hora de cenar unos olores deleitables vagaron por el aire desde la cocina situada cerca de la proa. Evelyn comió con un mejor apetito del que yo la había visto desplegar durante días, y cuando nos retiramos al salón mientras caía la noche, tocó a Chopin hermosamente en el pianoforte. Yo estaba sentada al lado de la ventana mirando la exquisita puesta de sol y escuchando los tiernos compases, es un momento que siempre permanecerá en mi memoria.

Tuvimos muchos de tales momentos mientras los días pasaban, pero debo reducir mi entusiasmo, podría escribir otra de esas guías turísticas repetitivas acerca de viajes, el cantar misterioso de los miembros de la tripulación mientras atracábamos durante la noche, el intercambio de saludos con los barcos a vapor Cook que navegaban por el río; las visitas a los monumentos de Dashoor (pirámides) y Abusir (más pirámides).

La mayoría de los viajeros se apresuran por el río tan rápidamente como sea posible, planeando parar en varios sitios históricos en el viaje de regreso. El viaje río arriba es el difícil, contra la corriente, que, como el lector sabe, fluye de sur a norte; uno depende del prevaleciente viento septentrional, y cuando falla, como hace a menudo, de los brazos musculosos de los hombres. Después de mirarles remolcar el pesado barco por un área de bancos de arena con el agua en calma, no pudimos soportar infligirles este trabajo más a menudo de lo que fue imprescindible. Ver a los pobres hombres enjaezados a una cuerda, como antiguos esclavos, era positivamente doloroso.

Tenía razones privadas para desear empujar lo más rápido posible. El energético Sr. Lucas encontraría dificultades en alquilar una *dahabbiya* tan inmediatamente como esperaba, pero yo no subestimaba su terquedad, y me imaginé unas pocas semanas de paz

y tranquilidad antes de que nos alcanzara.

Sin embargo, mi estudio de la historia me había contado que el método común de viaje es la manera equivocada. Los monumentos cerca de El Cairo están entre los más viejos; para ver la historia egipcia desarrollarse ante nosotros en la sucesión apropiada, debemos parar en nuestro camino al sur en vez de esperar hasta el viaje de regreso. Quería ver las tumbas de la Duodécima Dinastía y los templos de la Decimoctava Dinastía antes de ver lo que quedaba del posterior período griego y romano. Por lo tanto, había diseñado un itinerario antes de dejar El Cairo y lo presenté al *Reis* Hassan.

Usted habría pensado que sugerí una revolución, por el modo en que ese hombre protestó. Estaba informada, por Michael, de que debíamos aprovechar el viento y la vela donde, y mientras lo permitiera.

Comenzaba a comprender un poco de árabe para entonces, y comprendí algunos de los comentarios que Michael no traducía. Según el *reis* yo era una mujer, y por lo tanto, no mejor que un tonto. No sabía nada acerca de barcos, o acerca del viento, o sobre navegar o el Nilo; ¿quién era yo para decirle a un capitán experimentado cómo conducir su barco?

Era la persona que había empleado el barco. Le señalé esto al *Reis* Hassan. Espero no necesitar decir quién ganó el enfrentamiento. Como adolece a los hombres, de todos los colores y todas las naciones, él fue incapaz de aceptar un hecho desagradable, sin embargo; yo seguía discutiendo con él cada vez que proponía parar.

Menos encallar en bancos de arena —un suceso bastante común, hicimos un tiempo admirable. El viento fue bueno. Por lo tanto, me encontré con alguna dura resistencia por parte del *reis* cuando le dije que pararíamos en Bern Hassan, que está a unos 269 kilómetros al sur de El Cairo. Blandiendo mi copia de la historia de M. Maspero, le expliqué que las tumbas en Beni Hassan son del tiempo de Usertsen de la Duodécima Dinastía; cronológicamente siguen a la pirámide de Gizeh, donde habíamos estado, y preceden a las antigüedades de Luxor, donde nos proponíamos ir. Dudaba que él comprendiera mi argumento. Sin embargo, paramos en Beni Hassan.

La aldea era típica. Habría informado a un hombre que

mantenía a su perro en tal perrera. Pequeñas casuchas de barro, techadas con tallos de maíz, parecían como si hubieran sido lanzadas al azar al suelo. Estas cabañas están arracimadas alrededor de un patio interior, donde está la cocina; hay un fuego, una piedra para moler maíz, unos pocos frascos de almacenamiento, y eso es todo. Las mujeres hilan, muelen, o cuidan a sus niños. Los hombres se sientan. Los niños, los pollos, y los perros se tumban en una masa indiscriminada, todos sucios e igualmente desnudos; pero los niños son unas cositas lindas cuando no están desfigurados por las moscas y la enfermedad.

Cuando aparecimos, la aldea borbotó como si alguien la hubiera agitado con un palo. Fuimos sitiados por manos extendidas, algunas vacías, rogando el inevitable *backsheesh*[4]; algunas sostenían objetos en venta, antigüedades robadas de las tumbas, o fabricadas por comerciantes emprendedores para engañar al imprudente. Dícese de algunos europeos y norteamericanos.

Evelyn retrocedió con un grito cuando un objeto indescriptiblemente horrible fue empujado bajo su nariz. Al principio parecía ser un lío de palos secos marrones envueltos en una tela mugrienta; entonces mi mirada crítica lo reconoció como lo que era —la mano de una Momia, rota por la muñeca, los huesos secos sobresalían, negro por el betún que había penetrado en los tiempos antiguos. Dos pequeños anillos de oropel adornaban los dedos huesudos, y los pedacitos de vendas podridas eran empujados para demostrar la delicadeza en toda su horrible realidad.

El vendedor no se desanimó en absoluto por nuestras exclamaciones mutuas de repugnancia; requirió comentarios agregados de Michael convencerlo de que nosotras no poseeríamos un objeto tan repulsivo. Muchos viajeros compran tales recuerdos, Momias aún enteras, que son exportadas del país como un montón de madera en vez de restos humanos.

La cara sensible de Evelyn estuvo pensativa mientras seguíamos.

—Cuán extraño y lastimoso —dijo pensativamente—. ¡Pensar que ese objeto horrible quizás fue agarrado una vez ardientemente por un marido o amante! Era muy pequeño, ¿no era, Amelia, la mano de una mujer?

—No pienses en ello —dije firmemente.

—Ojalá pudiera parar de pensar en ello. Mis reflejos deben

morar en la fragilidad de la carne, en la vanidad humana, y en los otros preceptos de fe cristiana... En vez de eso me estremezco ante el horror de lo que es, después de todo, sólo un poco de carne de desecho, la prenda de vestir desechada del alma. ¡Amelia, si me ha tocado debería haber muerto!

Fuimos hasta las tumbas. Querido lector, usted puede descansar seguro de que no perdí el tiempo durante el viaje. Tenía conmigo los libritos del Reverendo Samuel Birch sobre el estudio de los jeroglíficos egipcios, y mis horas de estudiar detenidamente estas fuentes fueron devueltas completamente cuando pude indicar a Evelyn el grupo de signos jeroglíficos que señalaba el nombre del jefe de este distrito durante la Duodécima Dinastía. No hay emoción igual a ver los verdaderos signos, pintados en las paredes de piedra que se desmenuzan en vez de verlos impresos en una página; encontrar en ellos significado y sentido...

Pero temo que me estoy dejando llevar por mi entusiasmo erudito. Las tumbas tenían un interés considerable aún para turistas casuales, las escenas pintadas en la pared son alegres y bonitas, mostrando las actividades de las que al muerto le gustaba disfrutar durante su vida, así como las industrias seguidas en sus propiedades. Sus siervos soplaban vidrio y trabajaban el oro en joyas; atendían a la familia, hacían alfarería y trabajaban en los campos.

Algunos años después, estas mismas tumbas espléndidas fueron mutiladas salvajemente por nativos egipcios que extrajeron fragmentos de las pinturas para venderlas a comerciantes de antigüedades. Pero cuando nosotras las vimos fui consciente de algunos de los abusos de los que Emerson había hablado. Los fragmentos de pintura y yeso se descascarillaban constantemente de las paredes, que estaban grises por el humo de las velas de los guías. Los viajeros visitantes no eran más cuidadosos que los egipcios desinformados; cuando nos paramos en una tumba miré a un caballero norteamericano que se alejaba tranquilamente con un trozo caído de piedra que formaba parte de una bonita imagen de un joven becerro. Le grité, pero Evelyn evitó que le siguiera para recuperar el fragmento. Como ella indicó, otra persona lo habría tomado de todos modos.

El nombre de Emerson ha vuelto ahora a la narración; pero el

lector no debe suponer que estuvo ausente de nuestros pensamientos durante los felices días de navegación. Evelyn no se refirió a Walter, pero cuando introduje su nombre, la luz ansiosa en sus ojos, la manera indefensa en la que ella giró hacia mí me dijo que, aunque ausente de la lengua, el nombre estaba bastante cerca de sus pensamientos.

En cuanto a mí misma, pensaba a menudo en Emerson, aunque no, por supuesto, de la misma manera que Evelyn consideraba a su joven hermano. No; el pensamiento de Emerson era un mosquito picajoso, que me producía un picor que constantemente demandaba ser frotado. (El Crítico comenta sobre la falta de elegancia de esta comparación. Insisto en dejarlo pasar). Las críticas de Emerson seguían repitiéndose en mi mente, vi evidencia de descuido y vandalismo en los monumentos dondequiera que fuéramos, y me picaba (usted ve la conveniencia de mi analogía), rabiaba positivamente por estar al cargo del departamento entero de antigüedades. ¡Hubiera asentado las cosas apropiadamente!

Conseguimos conocer a algunos de nuestra tripulación bastante bien. El cocinero era un caballero mayor, negro y desdentado, de Assuan, el cual producía las comidas más deliciosas sobre dos pequeños quemadores de carbón. Los camareros, Habib y Abdul, eran chicos guapos que podían haber salido directamente de una antigua pintura egipcia, con hombros anchos y largos y delgados cuerpos. Les tomamos cariño a ambos, especialmente a Habib, que se reía de la manera más contagiosa siempre que yo le hablaba en árabe. A los miembros de la tripulación sólo les podía distinguir imprecisamente por la tez, que pasaba del negro al café con leche, de otro modo parecían idénticos, con su fluidas túnicas a rayas y turbantes blancos.

Adquirí un nuevo nombre durante el viaje. Los egipcios tienen apodos para todos, y algunos de ellos son bastantes divertidos e irrespetuosos. Maspero nos contó sobre un amigo suyo, un caballero norteamericano llamado Wilbour, que es el orgulloso poseedor de una barba blanca magnífica. Los árabes le llaman “Padre de la Barba”. Mi nombre era igualmente descriptivo; me llamaban Sitt Hakim, la doctora. Sentí que merecía el título; apenas pasaba un día donde no remendaba alguna raspadura o corte, aunque, para mi pena, no fui llamada para amputar nada. Cuando parábamos en las

aldeas nativas, siempre se me acercaban madres de ojos oscuros, niñas mismas algunas de ellas, portando a sus bebés lastimosos. Había utilizado virtualmente todas mis existencias de medicinas para los ojos para cuando dejamos Beni Hassan, y supe, desafortunadamente, que mis esfuerzos eran como una sola gota de agua en un desierto. La llave de la regeneración de Egipto yacía en las mujeres. Cuanto más tiempo fueran ellas forzadas al matrimonio y a la maternidad mucho antes de estar listas para tales responsabilidades, vendidas como animales al licitador más alto, sin ni siquiera los conocimientos rudimentarios de higiene y gobierno de la casa, sin instrucción, sin ayuda y degradadas, más fallaría el país en darse cuenta de su potencial. Resolví que hablaría con el Comandante Baring tan pronto volviéramos a El Cairo. Supuse que el hombre no tenía ninguna noción sobre asuntos que estuvieran fuera de sus libros de contabilidad; los hombres nunca la tienen.

Con tales reflexiones y estudios, los días pasaron maravillosamente. La compañía de Evelyn se añadió inmensurablemente a mi placer. Era la amiga perfecta: sensible a la belleza, sensible a mis humores y a las penosas vistas frecuentes de pobreza y enfermedad; interesada en aprender todo lo que pudiera de la historia que se desplegaba ante nosotras; alegre; sin quejarse. Me encontré temiendo la primavera. Habría sido tan agradable esperar años en la compañía de Evelyn; podríamos haber vivido como hermanas, disfrutando de los consuelos domésticos de Inglaterra, y viajando siempre que nos aburriéramos con la domesticidad. Pero eso claramente no se podía esperar. Tanto si Evelyn cedía al acuerdo de su primo o no, ciertamente se casaría algún día; y más bien creía que Lucas prevalecería. Tenía todos los argumentos de su lado. Así que decidí disfrutar del momento y olvidar el futuro.

Después de Beni Hassan, el siguiente sitio de interés para los historiadores está cerca de una aldea llamada Haggi Qandil. La región tiene un más que famoso nombre; a veces se la llama Tell—el—Amarna, y fue la ciudad del rey hereje Khuenaten, si verdaderamente fue un rey, y no una reina disfrazada, como algunos arqueólogos han declarado. Había visto copias de los extraños retratos de este monarca, y tenía que admitir que su forma tenía más semejanza femenina que masculina.

Aún más intrigante era la especulación de las creencias religiosas de éste peculiar personaje. Había abandonado el culto a los viejos dioses de Egipto y ofreció su devoción al sol, Aton. ¿Veneró sólo a este dios? ¿Fue el primer monoteísta de quién la historia nos da un registro? ¿Y qué conexión podría haber entre este supuesto monoteísmo y el monoteísmo de los hebreos? Moisés fue educado en la corte de Egipto. ¡Quizás la elevada fe de Yahveh derivó, finalmente, de la religión iconoclasta de un antiguo faraón egipcio!

Evelyn estuvo más que sorprendida cuando propuse esta idea, y tuvimos una pequeña discusión agradable. Le di una conferencia sobre Khuenaten; ella siempre estaba ansiosa por aprender.

—Él abandonó la ciudad real de Tebas —le expliqué—, y construyó una nueva capital dedicada a su Dios, en una tierra que nunca había sido contaminada por otro culto. Herr Lepsius descubrió algunas de las inscripciones bordeadas, colocadas en las piedras alrededor de la ciudad de Khuenaten. Hay también tumbas en los precipicios, bastante interesantes; los dibujos son bastante diferentes en estilo a las usuales decoraciones de las tumbas. Si el viento nos es favorable, creo que una visita quizás sea provechosa. ¿Qué dices?

Yo estaba hojeando mi copia del Diccionario Geográfico de Brugsch (Heinrich Brugsch, el arqueólogo, no su hermano de mala reputación) mientras hablaba, pero miré a Evelyn por el rabillo del ojo, y vi el traidor color en sus mejillas. Ella dejó su lápiz, era una artista bastante buena y había hecho varios dibujos bonitos por el camino, y miró a través del río hacia los precipicios.

—¿Cómo se llama este lugar, Amelia?

Hojeé enérgicamente las páginas de Brugsch.

—El antiguo nombre del lugar era...

—El nombre moderno es El Amarnah, ¿verdad?

—Hay tres aldeas en el lugar, el-Till, el-Haggi Qandil y El-Amariah. Una corrupción de estos nombres...

—Sí, sí, recuerdo... recuerdo a Walter hablando de ello. Ahí es donde él y el Sr. Emerson trabajan. No tendrías ninguna razón para recordar eso, por supuesto.

Decidí que Evelyn estaba siendo sarcástica. Ella rara vez se permitía este lujo, así que lo dejé pasar en esta ocasión.

—¿De veras? —Dije casualmente—. Bien, supongo que no hay ningún motivo por el que debamos necesariamente encontrarnos con los Emerson. El sitio es grande y las tumbas están dispersas. Lo tomaremos como asentimiento, entonces. Hablaré con *Reis* Hassan.

Debido a una dificultad con el viento, no alcanzamos la aldea de Haggi Qandil durante dos días. Verdaderamente, tuvimos algún problema en alcanzarla, si no hubiera estado decidida, el *Reis* Hassan no habría parado. Mencionó vientos desfavorables, enfermedad en la aldea, la lejanía de los restos arqueológicos del río, y varios otros argumentos no pertinentes. Usted habría pensado que el buen capitán habría aprendido ya la inutilidad de discutir conmigo; pero quizás disfrutaba de ello. La honradez me obliga a admitir que Hassan puede haber tenido alguna razón de su lado. Encallamos en un banco de arena fuera de la aldea y tuvimos que ser llevadas a tierra por los aldeanos. Dejamos al *Reis* Hassan mirando con tristeza a su tripulación, que trataba de liberar el barco y progresaban muy poco.

Michael, nuestro dragomán, se dirigió a la aldea. Era una aldea egipcia típica, quizás un poco más despreciable que otras. Las calles estrechas estaban abarrotadas con desechos de todas clases, humeando bajo el ardiente sol. El polvo y la arena transportados por el viento revestían cada superficie. Los perros sarnosos estaban tumbados en la calles, mostrando las costillas. Desnudaron los dientes mientras pasábamos, pero eran demasiado miserables para levantarse.

Niños semidesnudos nos miraban fijamente con los ojos bordeados de moscas, y gimoteaban por un *backsheesh*.

Michael se hundió en la multitud, gritando órdenes, y finalmente nos presentaron una selección de asnos. Escogimos los de aspecto menos miserable, y después continué con el ritual que había causado considerable diversión a lo largo del camino, y que desconcertaba incluso a nuestro leal Michael. Siguiendo mis órdenes, interpretadas por Michael, los propietarios reacios apartaron las telas mugrientas de la espalda de los animales, los limpiaron con cubos de agua, y los untaron con el ungüento que les suministré. Los asnos fueron cubiertos, entonces con telas frescas a modo de silla, suministradas por mí, que eran lavadas después de cada uso. Pienso que fue la única vez que les quitaron las telas a

estos asnos pequeños en toda su vida, llagas e insectos proliferaban debajo de ellas.

Los ceños en las caras de los propietarios de los asnos se volvieron sonrisas anchas cuando les di generosamente una propina por sus inusuales esfuerzos; aproveché la oportunidad de añadir un corto sermón sobre la ventaja económica de atender el ganado, pero nunca estuve segura de cuánto de este discurso tradujo Michael. Con los ahora sonrientes asistentes corriendo a los costados, trotamos a través del desierto hacia las tumbas.

Los precipicios, que corrían cerca del río en otras áreas, retroceden aquí, dejando una llanura semicircular de unos once kilómetros de largo por seis de ancho en su parte más amplia. La tierra cultivada es sólo una tira estrecha con un anchura de menos de medio kilómetro, más allá todo es un ardiente desierto amarrillo —marrón, hasta alcanzar las estribaciones rocosas de los precipicios donde están horadadas las tumbas.

Botábamos hacia adelante con un buen estilo, bizqueando contra el deslumbrante sol, cuando percibí una figura que venía hacia nosotros. El aire de Egipto es tan limpio que uno puede distinguir detalles desde distancias imposibles en Inglaterra; vi inmediatamente que la persona que se acercaba no era un nativo. Llevaba pantalones en vez de ondulantes faldas. Mis órganos internos (si se me permite referirme a estos objetos) dieron un extraño salto. Pero pronto me di cuenta de que el hombre no era Emerson. Evelyn le reconoció al mismo tiempo. Estábamos lado a lado, oí su exclamación suave y la vi apretar las manos en las riendas.

Walter no nos reconoció inmediatamente. Sólo vio a dos viajeras europeas, y corrió hacia nosotras con más velocidad. No fue hasta que estuvo casi sobre nosotras que se dio cuenta de quienes éramos, y se paró tan bruscamente que un chorro de arena se disparó de sus tacones. Continuamos trotando decorosamente hacia él mientras él se paraba oscilando y mirándonos como un hombre en sueños.

—¡Gracias a Dios que usted está aquí! —exclamó, antes de que pudiéramos saludarle—. Esto es... ¿usted está realmente aquí? ¿No es una visión, ni un espejismo?

Los ojos estaban fijos en la cara de Evelyn; pero su agitación era tan grande que deduje alguna otra causa de problemas que el amor

frustrado.

—Estamos realmente aquí —le aseguré—. ¿Qué está mal, Sr. Walter?

—Emerson. Mi hermano. —El muchacho se pasó la mano a través de la frente húmeda—. Está enfermo. Desesperadamente, peligrosamente enfermo... No tiene a ningún médico con usted, por supuesto. Pero su *dahabbiya*... ¿le podría llevar a El Cairo..?

El peligro de su hermano y la aparición inesperada de Evelyn habían convertido el cerebro del pobre chico en papilla. Me di cuenta de que debía tomar el control.

—Vuelve corriendo al barco y consigue mi equipo médico, Michael —dije—. Date prisa, por favor. Ahora, Sr. Walter, si nos enseña el camino...

—Un médico... —Dijo entre dientes Walter, todavía mirando Evelyn como si no la creyera.

—Usted sabe que no hay médico más cercano que El Cairo —dije—. A menos que vea al Sr. Emerson, no puedo decir si es conveniente moverle. Tomaría días llevarle a El Cairo. Vamos, Sr. Walter.

Le pinché con mi parasol. Él echó a andar, se giró, y comenzó a correr otra vez en la dirección de la que había venido. Los asnos, despertados por mi voz, rompieron a trotar. Con las faldas volando, los parasoles ondeando, nos precipitamos hacia adelante, seguidos por una nube de arena.

Emerson se había situado en una de las tumbas que habían sido excavadas en la pared de piedra de las colinas que bordeaban la llanura. Las entradas parecían rectángulos negros contra la piedra quemada por el sol. Los últimos metros tuvimos que trepar por un sendero que ascendía por el precipicio. Walter se dedicó a Evelyn; los asistentes de los asnos me habrían ayudado, pero les golpeé con mi parasol. No necesitaba ayuda. Estaba jadeando un poco cuando finalmente alcancé la entrada a la tumba, pero era —sí, lo confieso — con agitación más que esfuerzo.

El dintel y las jambas de la entrada estaban cubiertos con relieves tallados. No tenía tiempo para ellos en ese momento; entré. Una vez dentro lancé una mirada rápida y completa alrededor y comprendí por qué Emerson había escogido establecer su domicilio en la morada del antiguo muerto, antes que en una tienda. El cuarto

era largo y estrecho, un corredor más que una cámara, como más tarde descubrí. El final estaba perdido en sombras, pero la difusa luz del sol iluminaba el área junto a la entrada. Las cajas de embalaje de madera servían de mesas. Algunas estaban cubiertas con latas de comida, otras con libros y papeles. Una lámpara mostraba cómo el cuarto se iluminaba por la noche. Unas pocas sillas plegables eran los únicos otros muebles, salvo por dos catres. En una yacía la forma inmóvil de un hombre.

Estaba tumbado tan quieto que el horror me agarró, pensé por un momento que habíamos llegado demasiado tarde. Entonces un brazo se extendió y una voz ronca murmuró algo. Crucé el cuarto y me senté en el suelo al lado del catre

No le habría reconocido. La barba, que había estado confinada a la parte baja de las mejillas y la mandíbula, se extendía hacía arriba en un rastrojo negro que casi se encontraba con la línea del cabello. Los ojos estaban hundidos y los pómulos se destacaban como palos. No tenía necesidad de tocarle para darme cuenta de que ardía de fiebre. Bastante calor irradiaba de su cara. Su camisa había sido abierta, descubriendo la garganta y el pecho, y exponía una cantidad considerable de vello negro; estaba cubierto hasta la cintura con una sábana que con los tirones de sus delirios se le había entrelazado alrededor de los miembros.

Evelyn se hundió de rodillas a mi lado.

—¿Qué hago, Amelia? —preguntó calladamente.

—Humedece algunas telas en agua. Walter, usted debe ver que no nos quedemos sin agua, envíe a los hombres a por más. Supongo que no puede comer, ¿ha tomado agua para beber?

—No la tomará —dijo Walter.

—La tomará porque yo se lo ordenaré —dije cruelmente, y comencé a enrollarme las mangas.

Cuando Michael llegó con mi bolsa, habíamos logrado poner a Emerson más cómodo. La aplicación constante de agua en su cara y pecho había bajado algo su temperatura, y yo había forzado unas pocas gotas por entre los labios agrietados. Él golpeó mi sombrero y me envió al suelo de una forma poco elegante antes de que lo consiguiera, pero la resistencia solamente aumentó mi determinación. Entonces le di una fuerte dosis de quinina, tumbada sobre su pecho y apretándole la nariz, mientras Walter sostenía sus

brazos y Evelyn se sentaba sobre sus piernas. No fue sorprendente que cayera en un sueño inquieto después de estos esfuerzos, y yo pude concentrar mi atención en los futuros arreglos. Michael fue enviado de vuelta a la *dahabbiya* en busca de ropa de cama y suministros. Evelyn fue con él, para ayudarlo a seleccionar las cosas personales que necesitaríamos. Le ordené quedarse a bordo, pero ella se negó, con la callada determinación que mostraba ciertas veces. Así que me dirigí a Walter para escoger una tumba agradable para nosotras.

Él me estaba mirando fijamente del modo más peculiar. No habló, pero siguió abriendo y cerrando la boca. Si no hubiera sido un hombre tan guapo, me habría recordado a una rana.

—Confío en que haya una tumba agradable cerca —repetí, resistiendo el deseo de pincharle con mi parasol—. Vaya adelante, Walter, no debemos perder tiempo; quiero el lugar barrido y arreglado para cuando llegue nuestro equipaje. ¿Dónde están sus trabajadores? Algunos de ellos pueden ocuparse de este asunto.

—Una tumba agradable —repitió Walter estúpidamente—. Sí. Sí, señorita Peabody, hay varias otras tumbas cerca. No sé si usted las llamaría agradables...

—Walter, está siendo incoherente —dije—. No es momento de perder la cabeza. Comprendo su preocupación, pero no hay necesidad de ella ahora. Estoy aquí. No tengo intención de marcharme hasta que el Sr. Emerson esté en pie otra vez. Siempre he querido pasar algún tiempo en una expedición arqueológica; debe ser una experiencia deliciosa. No tiene objeto mover a su hermano, la crisis llegará en las próximas horas, antes de que podamos alcanzar el pueblo más cercano. Creo que no hay causa para la alarma. Él tiene una constitución fuerte; y a riesgo de sonar repetitiva, puedo decir que tengo experiencia.

Walter estaba sentado en el suelo a mi lado. Miraba mientras yo retorcía otra tela y la pasaba sobre el pecho de Emerson. Entonces, sin advertencia, se inclinó hacia delante, me tomó por los hombros, y me besó sonoramente en la mejilla.

—La creo, señorita Peabody; no hay razón para la alarma con usted aquí. ¡Creo que usted se enfrentaría a Satanás si viniera y la molestara!

Antes de que pudiera contestar, se puso en pie de un salto y

salió.

Me volví hacia mi paciente y retorcí otra tela. No había nadie allí excepto yo misma y Emerson, y él estaba durmiendo, así que me permití sonreír. Algún Diseñador Eterno había robado a Pedro para pagar a Pablo; un Emerson tenía una ración extra de encanto y el otro no tenía ninguna. ¡Pobre Evelyn; no es de extrañar que hubiera sucumbido! Por suerte Emerson no presentaba tal peligro para ninguna mujer.

Tuve que admitir, sin embargo, que parecía bastante patético en su presente estado. Un coloso caído es más lastimoso que un alfeñique caído. Mientras le enjuagaba la cara caliente, se alisaron algunas de las líneas de dolor y dio un pequeño suspiro, como el de un niño hundiéndose en un sueño tranquilo.

* * *

La crisis de la fiebre vino esa noche y estuvimos completamente ocupadas. Ni Evelyn ni yo vimos nuestras camas hasta el alba. Walter había hecho que algunos de sus trabajadores limpiaran una tumba para nosotras, y Michael la había equipado confortablemente; pero no dejaría a mi paciente, y Evelyn no me dejaría a mí. O quizás era a Walter a quien era reacia a dejar. No tenía tiempo ni energía para preguntar, Emerson empezó a delirar hacia la puesta del sol, y llevó toda mi fuerza y la de Walter evitar que se hiciera daño, o nos lo hiciera a nosotros. Adquirí una hermosa magulladura en una mejilla cuando el agarre de Walter en el brazo de su hermano falló por un momento. Nunca he visto a un hombre así, usted habría creído que era un alma egipcia atravesando los peligros del más allá, y nosotros monstruos con cabeza de cocodrilo tratando de apartarle del cielo. Bien, seguimos luchando con él para que permaneciera en la cama, y le forcé a tragar más medicina; en las horas tempranas de la mañana cayó en un coma que debía terminar, como yo sabía, con la muerte o la recuperación.

De algún modo, esas horas posteriores fueron peores que las luchas violentas de antes. Walter se arrodilló al lado de la cama, inconsciente a todo excepto al aliento jadeante de su hermano. La fiebre subió, a pesar de nuestros esfuerzos. Mis manos estaban doloridas de retorcer telas, y mis huesos dolían, especialmente los de mi mano izquierda; en algún momento antes de caer en el coma,

Emerson la había agarrado y ahora no la soltaba. Aterrorizaba sentir el agarre fuerte de esa mano y ver la inmovilidad del resto de su cuerpo. Tuve el sentimiento supersticioso de que él se adhería como a una cuerda salvavidas, y que si forzaba sus dedos a soltarse caería en el abismo insondable de la muerte.

Cuando la noche llegó me sentí mareada y aturdida por la falta de sueño. La escena era extraña: la luz de la humeante lámpara lanzaba sus sombras sobre las caras tensas de los observadores y el semblante hundido del hombre enfermo; la calma total de la noche, rota a intervalos largos por el aullido del chacal —el más solitario, más desolador sonido en la tierra.

Entonces, en la hora más oscura antes del alba, llegó el cambio.

Fue tan palpable como un aliento de aire frío contra la cara. Por un momento mis ojos fallaron, y no sentí nada. Oí un sonido, como un estrangulado sollozo, de Walter. Cuando abrí los ojos le vi, estaba tumbado al pie de la cama, con la cara oculta y la mano descansando en el brazo de su hermano. La cara de Emerson estaba totalmente en paz. Entonces su pecho subió en una sola inspiración larga, y siguió moviéndose. La mano que sostenía la mía se quedó sin fuerzas. Estaba fresco. Viviría.

No podía estar de pie, mis miembros estaban demasiado agarrotados por haber estado agachada. Walter tuvo que medio llevarme a mi cama. Él se sentaría con Emerson el resto de la noche, en caso de que hubiera una recaída, pero yo no temía eso. Caí dormida como un tronco, mientras Evelyn se lavaba las manos y la cara.

Cuando desperté más tarde esa mañana no pude asumir por un momento dónde estaba. Los muros de piedra en vez de los paneles blancos de mi camarote, una superficie dura debajo en vez de mi sofá suave. Comencé a girarme, y dejé salir un grito de dolor; la mano izquierda, con la cual había tratado de levantarme, estaba hinchada y magullada.

Entonces regresó la memoria; hice palanca para levantarme de la plataforma donde había dormido y busqué a tientas mi bata. Al otro lado del cuarto Evelyn todavía dormía el sueño de agotamiento. Un rayo de luz que entraba a través de un hueco de la cortina, colocada apresuradamente como puerta, le rozaba el pelo y lo hacía resplandecer como oro.

Cuando di un paso fuera del saliente delante de mi cámara improvisada, el calor me llegó como un golpe. A pesar de mi ansiedad no pude evitar detenerme a mirar. Debajo de mí el panorama del desierto se estiraba hasta la curva azul del río, con los precipicios occidentales más allá como murallas de oro apagado. Las cabañas de la aldea estaban limpiadas por la distancia; medio ocultas por las formas elegantes de las palmeras, entre el verde de los campos cultivados, parecían pintorescas en vez de desagradables. A medio camino entre la aldea y los precipicios un grupo de formas negras, ocupadas como hormigas, se movían entre una gran nube polvorienta de arena. Supuse que ése era el sitio de la excavación actual.

Anduve por el saliente a la siguiente tumba, desde ahí podía oír sonidos de altercado. Mi ansiedad había sido innecesaria. Emerson era él mismo otra vez.

Deseo comprender claramente que mis sentimientos esa mañana brillante eran ésos de pura caridad cristiana. Hacia Emerson yo sentía la comparación e interés que uno siempre siente hacia una persona que ha cuidado.

Estos sentimientos no duraron ni dos minutos.

Cuando entré vi a Emerson medio fuera de la cama, refrenado sólo por el brazo de Walter. Estaba parcialmente vestido; los miembros inferiores estaban cubiertos por las prendas de vestir más increíbles, de color rosa. Estaba gritando a Walter, que ondeaba un pequeño plato bajo su nariz como un arma.

Emerson dejó de gritar cuando me vio. Su expresión era apenas de bienvenida, pero estaba tan contenta de ver los ojos despiertos y sensatos, en vez de resplandeciendo desenfrenadamente con la fiebre, que le di una sonrisa alegre de perdón antes de inspeccionar el contenido del plato que Walter sostenía.

Me olvidé de mí misma entonces; lo admito. Había aprendido casualmente varias expresiones fuertes de mi padre, y las utilizaba en su presencia, dado que él nunca oía una palabra de lo que yo decía, pero intentaba evitarlas en otra compañía. La vista del asqueroso contenido gris verdoso del plato fue demasiado para mi autocontrol.

—Buen Dios —estallé—. ¿Qué es eso?

—Guisantes de lata —dijo Walter. Parecía lleno de disculpas,

tanto como podía—. Vea, señorita Peabody, son una excelente fuente barata de alimento. También tenemos carne de vaca enlatada, judías y col, pero pensé que esto sería más...

—Tírelo —dije, tapándome la nariz—. Dígale a su cocinero que hierva un pollo. ¿Se puede obtener pollos, espero? Si esto es lo que ustedes comen, no es de extrañar que su hermano tuviera fiebre. Es una maravilla que no tenga también disentería e intestinos inflamados.

Walter se llevó la mano a la frente en un saludo militar y salió.

Me giré hacia Emerson. Se había dejado caer a la cama y tiró de la sábana hasta el mentón.

—Vamos, señorita Peabody —dijo, arrastrando las palabras ofensivamente—. Comente mis otros fallos orgánicos si es su voluntad. Comprendo que le debo agradecer el salvar mi vida. Walter está inclinado a dramatizar las cosas; sin embargo, gracias por atenderme a su inimitable manera. Considérese agradecida. Ahora váyase.

Había pensado irme, hasta que me lo dijo. Me senté en la cama y me estiré hacia su mano. Él le dio un tirón lejos.

—Deseo tomar su pulso —dije impacientemente—. Pare de actuar como una soltera tímida.

Me dejó sostenerle la muñeca durante unos pocos momentos. Luego la liberó de un tirón.

—Ojalá la señorita Nightingale[5] hubiera permanecido en casa donde pertenece —gruñó—. Cada inglesa despreciable ahora quiere llegar a ser la dama de la lámpara. ¡Ahora, señora, si sus instintos están satisfechos, váyase o me levantaré de mi cama!

—Si eso es lo que tiene intención de hacer, ciertamente me quedaré. No puede levantarse hoy. Y no piense en asustarme con amenazas. Le he vigilado toda la noche, recuerde; su anatomía no es cautivadora, de acuerdo, pero estoy tolerablemente familiarizada con ella.

—Pero mi pavimento —gritó Emerson—. ¿Qué sucede con mi pavimento? ¡Usted demonio de mujer, debo ir y ver qué le están haciendo!

“Mi pavimento” había sido un tema recurrente en su delirio, y yo me pregunté sobre qué estaba hablando. La única alusión que se me ocurrió fue la descripción del Evangelio de San Juan: “Cuando

Pilatos por lo tanto oyó lo que se decía, llevó a Jesús adelante, y se sentó en el tribunal en un lugar que es llamado el Pavimento...". Sin embargo, aunque considerara a Emerson bastante capaz de blasfemar, dudaba que comparara su enfermedad con ese martirio divino.

—¿Qué pavimento? —pregunté.

—Mi pavimento pintado. —Emerson me miró considerando su respuesta muy cuidadosamente—. He encontrado parte del palacio real de Khuenaten. Los pavimentos, las paredes y los techos estaban pintados. Algunos han sobrevivido milagrosamente.

—¡Bueno...eso es, cuan asombroso! ¿Quiere decir que el palacio del real hereje estuvo una vez en esa inmensidad de arena que ahora se extiende?

—¿Conoce a Khuenaten?

—Sí, verdaderamente. Es una personalidad fascinante. ¿O piensa usted que fue una mujer?

—¡Tonterías! Eso es típico de los tontos que manejan la investigación arqueológica de hoy. La idea de Mariette, que estaba cautivado por los Nubios y cas... esto es, operado de...

—He leído esa teoría —dije, cuando él paró tartamudeando—. ¿Por qué no es posible? Creo que la operación produce características femeninas en un macho.

Emerson me dio una mirada rara.

—Eso es un modo de ponerlo —dijo secamente—. Me parece más probable que las peculiaridades físicas de Khuenaten son una convención artística. Usted notará que sus cortesanos y amigos son mostrados con peculiaridades semejantes.

—¿De verdad?

—Sí. Mire allí. —Emerson comenzó a incorporarse y agarró la sábana cuando se deslizó. Era un hombre muy peludo—. Esta tumba perteneció a un alto noble de la corte de Khuenaten. Sus paredes están decoradas con relieves del estilo extraordinario de Amarna.

Mi curiosidad se despertó, me estiré hacia la lámpara. Este movimiento produjo un chillido de rabia de Emerson.

—¡La lámpara no! Yo sólo la utilizo cuando debo. Los tontos que iluminan las tumbas con alambre de magnesio y lámparas son vándalos; el humo grasiento deposita una película sobre los relieves. El espejo... tome el espejo. Si lo sostiene en el ángulo apropiado le

dará luz suficiente.

Había observado el espejo y me había preguntado por este inesperado signo de vanidad. Debería haberlo sabido. Me tomó algún tiempo lograr entender el asunto, con Emerson haciendo observaciones sarcásticas; pero finalmente, con una torsión afortunada de la muñeca brilló un rayo de luz reflejada a través de la puerta donde estaba parada, y miré fijamente con maravilla y delicia.

Los relieves eran superficiales y estaban desgastados, pero tenían una vivacidad que inmediatamente me atrajo. Allí parecía haber un desfile o procesión; todas las pequeñas figuras seguían a la forma poderosa del faraón, con diez veces el tamaño de los hombres inferiores. Conducía un carro ligero, manejando su equipo de caballos encabritados fácilmente; en el carruaje con él había una persona coronada ligeramente más pequeña. Las cabezas estaban giradas una hacia la otra, parecía como si sus labios estuvieran a punto de tocarse.

—Él debe haberla amado mucho, para darle un lugar tan prominente a su lado —reflexioné en voz alta—. Estoy inclinada a estar de acuerdo con usted, Emerson; ningún hombre que fuera menos que un hombre violaría la tradición mostrando su devoción por su hermosa mujer. Incluso su nombre, Nefertiti...la hermosa mujer ha llegado...

—¿Usted lee los jeroglíficos? —exclamó Emerson.

—Un poco.

Indiqué, sin tocarlo, el cartucho oval en el que estaba escrito el nombre de la reina y luego moví mi dedo hacia los óvalos vacíos que habían contenido una vez los nombres de Khuenaten.

—He leído sobre esto... sobre cómo los sacerdotes triunfantes de Amón destruyeron el nombre del hereje real después de su muerte. Es extrañamente perturbador ver el salvajismo de su ataque. ¡Cómo le deben haber odiado, para arrasar incluso su nombre!

—Haciéndolo así esperaban aniquilar su alma —dijo Emerson—. Sin identidad, el espíritu del muerto no podría sobrevivir.

La incongruencia de la conversación, con un caballero con prendas interiores rosa, no me chocó hasta que Evelyn apareció en la puerta, y bruscamente desapareció. Desde ninguna parte, su voz tímida preguntó si podía entrar.

—Oh, maldición —exclamó Emerson, y tiró de la sábana sobre su cabeza. Desde debajo una voz amortiguada mandó que Evelyn entrara.

Evelyn entró. Estaba apropiadamente vestida con un vestido verde pálido de algodón, y parecía tan pulcra y delicada como si hubiera tenido todos los servicios de la *dahabbiya* a su disposición en vez de una palangana de agua tibia. Estaba un poco ruborizada. Conociéndola como lo hacía, concluí que estaba divertida, aunque yo no podía imaginarme por qué. Emerson bajó la sábana hasta el puente de la nariz. Sobre los pliegues un par de ojos azules miraron a Evelyn con malevolencia. Ella no le miró.

—Entra, Evelyn, y mira estos relieves —exclamé, haciendo brillar mi espejo con habilidad—. Aquí está al rey cabalgando en su carruaje y su reina a su lado...

—Estoy segura de que son fascinantes, Amelia, pero ¿no crees que sería mejor esperar a un momento más propicio? El Sr. Emerson necesita descanso, y realmente no estás vestida para un acto social... —Había un temblor sospechoso en su voz. Lo suprimió y siguió—, Walter parece estar teniendo algún problema con el pollo que ordenaste.

—Supongo que debo encargarme, como de costumbre. —Con una última mirada lenta al grupo de soldados que corrían, volví a colocar el espejo.

—Mientras se encarga de eso, podría echar un vistazo a mi pavimento —dijo Emerson a regañadientes—. Está ahí parada parloteando como un loro, y a cada momento la pintura se está descascarillando...

—Usted fue quien la destapó —le recordé—. ¿Qué planea hacer para protegerlo?

—He construido un refugio de madera, pero eso es sólo una pequeña parte del problema. ¿La pregunta es, qué conservante podemos aplicar que no dañe la pintura? Se desmenuza; un cepillado normal simplemente mancha la superficie. Y los barnices que han sido utilizados en tales casos son atroces; oscurecen y agrietan...

—Pero usted, por supuesto, ha encontrado una solución —dije.

—Una solución es precisamente lo que es. Una mezcla débil de tapioca y agua, cepillado en la pintura...

—Ha dicho que el cepillar estropeaba la pintura.

Emerson parecía tan digno como puede parecer un hombre bajo tales circunstancias adversas.

—Lo rozo con el borde del dedo.

Le miré fijamente con reacia admiración.

—Usted es resuelto, le diré eso.

—Es un trabajo lento; tengo que hacerlo yo mismo, no puedo fiarme de ninguno de los trabajadores. Sólo he cubierto parte de ello. —Gimió con honda emoción—. Le digo, mujer, debo levantarme y ver mi pavimento.

—Veré su pavimento —repliqué—. Permanezca en la cama o tendrá una recaída y estará enfermo durante semanas. Incluso usted debe ver que eso sería insensato.

No esperaba una respuesta, habría sido grosero. Me dirigí al saliente. Evelyn me agarró de la manga.

—Amelia, ¿adónde vas?

—A ver el pavimento del Sr. Emerson, por supuesto. ¿Me has visto alguna vez romper mi palabra?

—No, pero... ¿No piensas que deberías adoptar una ropa más apropiada?

Con alguna sorpresa eché un vistazo. Me había olvidado de que llevaba mi bata y las zapatillas.

—Quizás tengas razón, Evelyn.

Como el lector sin duda se habrá dado cuenta, nunca me ha interesado la moda femenina. Sin embargo, mientras estuve en Londres, había conocido a la Liga Racional en el Vestir, y me había hecho hacer un vestido en ese estilo. Era de tela de la India color pizarra, con un corpiño liso, casi masculino y unos pocos adornos sencillos en los puños como su único ornamento. Pero la característica atrevida de este vestido era la falda dividida. Las dos piernas eran tan anchas que parecía una falda ordinaria, no me daba la libertad de acción que deseaba, pero era una gran diferencia y más práctica que los llamados vestidos de paseo entonces de moda. Había mantenido esta prenda de vestir muy abajo en mi baúl; en El Cairo no tuve bastante valor para llevarla. Ahora la saqué, sacudí las arrugas y me la puse.

Cuando descendí por el sendero caliente y rocoso, agradecía la falda dividida; pero todavía añoraba los pantalones. A los pies de la

cuesta encontré a Walter discutiendo con el cocinero, un individuo malhumorado con sólo un ojo funcional. Nunca entendí de qué iba la discusión, pero la resolví, y vi el pollo, que el cocinero había estado ondeando bajo la nariz de Walter, desplumado y en la olla antes de continuar. Walter se ofreció a acompañarme, pero le envié de vuelta con su hermano. Emerson necesitaba un perro guardián; yo no.

Encontré el lugar donde los trabajadores estaban empleados y me presenté a mi misma al capataz, Abdullah. Era un hombre con una figura majestuosa, de casi metro ochenta de altura, su fluida túnica blanca como la nieve, la larga barba gris y el voluminoso turbante le daban el aspecto de un patriarca bíblico. No era nativo de una de las aldeas locales, sino que provenía del Alto Egipto y había trabajado con Emerson antes.

Abdullah me dirigió al pavimento, que estaba a alguna distancia. Era fácil de encontrar, sin embargo, a causa del techo bajo de madera que había sido erigido sobre él.

Había una gran extensión de ello, seis metros de ancho por quizás cuatro y medio de largo, milagrosamente, magníficamente preservado. Los colores eran tan frescos como si acabaran de ser aplicados, azules exquisitos, rojos resplandecientes y fríos verdes, con toques de blanco y profundo negro azulado para acentuar los detalles. Los pájaros volaban con las alas extendidas sobre jardines exuberantes donde las flores florecían. Animales jóvenes, terneros y niños, jugueteaban entre la maleza, como peces en el agua. Casi les podía oír gritando y balando con la alegría completa de la vida.

Todavía estaba agachada en el suelo, mirando, cuando Evelyn y Walter me encontraron.

—Amelia, es la parte más calurosa del día; los trabajadores han parado para comer y descansar, todas las personas sensatas están en el interior. Regresa y toma el almuerzo.

—No comeré ni un mordisco de ese pollo de aspecto miserable. —Dije—. Evelyn, mira; sólo mira. Nunca he visto nada como esto. ¡Y pensar que las sandalias bordadas de oro de la hermosa Nefertiti pueden haber caminado a través de esta superficie!

—Es exquisito —estuvo de acuerdo Evelyn—. ¡Cómo adoraría dibujarlo!

—¡Que idea tan espléndida! —exclamó Walter—. Y cómo

complacería a mi hermano tener una copia, en caso de accidente. Soy el artista oficial de la expedición, entre otras cosas, y soy muy malo en ello.

Evelyn inmediatamente negó cualquier habilidad, pero Walter continuó presionándola. Me cansé de sus mutuos arrobamientos después de un tiempo y me tambaleé sobre mis pies.

Tuvimos un almuerzo atroz: pollo fibroso y duro y algunas verduras no identificables cocinadas en una masa insípida. Mi devoto Michael estuvo a mano, le llevé aparte para susurrarle un discurso. Decidí postergar el discutir los futuros arreglos con Evelyn y Walter hasta esa noche. Hacía bastante calor, y después de mi intranquila noche estaba preparada para dormir la siesta.

Michael era una joya. Cuando Evelyn y yo salimos de nuestra tumba por la tarde, el lugar estaba transformado. Mesas, sillas, incluso una pequeña alfombra, habían sido esparcidas por el saliente, convirtiéndolo en una encantadora plaza o balcón pequeño, un balcón con una vista como pocos dueños de propiedades disfrutan. La brisa fresca de la tarde abanicó nuestras mejillas, y a través del río la puesta del sol más espléndida que había visto jamás, incluso en Egipto, convirtió el cielo en un tapiz resplandeciente de luz. Desde abajo, un olor suculento vagaba por el aire hasta las narices apreciativas. Michael había traído alimento así como muebles, y supervisaba al criminal del cocinero.

Me hundí lujosamente en una de las sillas. Michael subió trotando por el precipicio con altos vasos de limonada. Walter pronto se nos unió. Estuve a punto de preguntar cuándo podría examinar a mi paciente, cuando un sonido de crujido de guijarros nos hizo girar a todos las cabezas.

Emerson se hallaba de pie en la puerta de su tumba. Estaba completamente vestido y parecía relativamente respetable, menos la cara; estaba tan gris como las sombras en los oscuros precipicios occidentales; y una de sus manos estaba apretada con fuerza en la jamba de piedra.

Los hombres nunca tienen ningún uso en una emergencia. Fui la única que se movió; y alcancé a Emerson justo a tiempo para agarrarlo por los hombros y evitar que su cabeza golpeara contra la piedra mientras caía. Era una piedra dura y espinosa, podía sentir mil puntas agudas a través de mis faldas cuando me senté, más de

repente de lo que había planeado, ya que Emerson era un peso considerable. Me vi forzada a sostenerlo apretadamente contra mí con ambos brazos, o habría caído por el saliente.

—No hay absolutamente ningún límite a la estupidez arrogante de este hombre —exclamé, mientras Walter se apresuraba hacia nosotros—. Traiga a Michael y ayude a su hermano a volver a la cama, Walter. ¡Y por amor de Dios! —agregué enojadamente, cuando la cabeza inconsciente de Emerson rodó contra mi seno y las cerdas negras me arañaron a través de la tela de mi corpiño—, por piedad, ¡desházase de esta barba!

Capítulo 5

Emerson era más afortunado de lo que merecía. Su actuación falta de juicio no causó una recaída, pero se sintió demasiado débil para asumir el mando durante algunos días. Claramente algo había que hacer; igual de claramente, yo era la que debía hacerlo.

Saqué a Emerson de su desmayo, le obligué a tomar otra dosis de quinina y dejé a Abdullah sentado sobre sus piernas para mantenerlo acostado. Sus maldiciones resonaron por todo el valle cuando le dejé.

Fuera, el cielo se había oscurecido. Una brillante red de estrellas cubría la bóveda de color añil; el brillo transformaba los acantilados en ardientes siluetas fantasmales, las sombras de las rocas. Codo con codo, Evelyn y Walter estaban sentados mirando a través del valle.

Había tenido la intención de discutir mis planes con ellos; pero una mirada me dijo que no les importaban. No necesité ver sus caras, sus siluetas eran elocuentes.

Había decidido que no era necesario llevar a Emerson a un ambiente más civilizado. Para cuando alcanzáramos El Cairo debería estar camino de recuperarse, a menos que la sustracción de sus amadas antigüedades le provocase un ataque de pura furia, lo que era muy probable. Le dije a Michael que nos quedaríamos donde estábamos durante una semana más o menos, para entonces Emerson debería estar fuera de peligro. Michael me aseguró que a

la tripulación del barco le gustaría mucho descansar una semana, siempre que se les pagara. Él estaba preocupado porque rehusé quedarme en el barco, e ir y venir a las excavaciones diariamente. No vi la necesidad de ello, simplemente sería una pérdida de tiempo.

Durante los siguientes dos días todo fue sobre ruedas. Por lo menos yo pensaba que era así. Más tarde descubrí que había habido funestas señales, si alguien inteligente las hubiera visto. Desafortunadamente no lo hice. Estaba muy ocupada con mi... es decir, con el pavimento de Emerson.

Su idea de la tapioca y el agua era buena, pero la mejoré añadiéndole una cucharadita de almidón y dos de bismuto por cada cuarto de agua. Él tenía razón sobre la imposibilidad de usar un cepillo común para aplicar la mezcla. Había usado mi mano derecha, mi mano izquierda... y estaba casi a punto de quitarme los zapatos y medias para usar los dedos del pie, cuando Evelyn intervino.

Ella había estado copiando la pintura, y lo hacía espléndidamente. Estaba asombrada de su habilidad; captaba no sólo las formas y los colores, sino el espíritu vital e indefinible que había en la mente del artista original. Incluso Emerson emitió gruñidos de admiración cuando ella le mostró el trabajo de su primera jornada. Pasó la segunda mañana pintando y luego subió para un descanso, dejándome trabajando. Habiendo cubierto los bordes de la pintura, puse a algunos trabajadores a construir pasarelas a través del pavimento; los soportes descansaban sobre los espacios en blanco donde una vez estuvieron los pilares, así no se alteraba la pintura, pero tuve que vigilar a los hombres estrechamente. Pensaban que el proceso era completamente ridículo, y habrían arrastrado las tablas a través de la frágil superficie si no los hubiera supervisado a cada instante.

Habían terminado el trabajo y yo estaba recostada a través de la pasarela trabajando en una nueva sección cuando oí la voz de Evelyn. Alzando la mirada me sorprendió ver que el sol declinaba. Mi último dedo útil comenzaba a sangrar, así que decidí detenerme; las manchas de sangre serían imposibles de quitar de la pintura. Gateé hacia atrás a lo largo de las juntas.

Cuando alcancé la orilla, Evelyn me cogió de los hombros y trató

de zarandearme.

—¡Amelia, esto debe detenerse! ¡Mira tus manos! ¡Mira tu cutis! Y tu vestido, y tu pelo, y...

—Esto parece ser más bien duro para el guardarropa de una — admití, bajando la mirada hacia mi vestido arrugado, polvoriento y manchado de tapioca—. ¿Qué hay de malo en el cutis, y mi pelo, y...

Emitiendo un ruido de exasperación, Evelyn me escoltó de regreso a la tumba, y puso un espejo en mis manos.

Parecía una india piel roja. Aunque el refugio de madera me había protegido de los rayos directos del sol, aún así el reflejo de la luz del sol tiene poder en este clima. Mi pelo caía en unas polvorientas greñas de duende alrededor de mi cara enrojecida.

Permití a Evelyn refrescarme y conducirme fuera a nuestra pequeña terraza. Walter nos estaba esperando, y Michael apareció enseguida con unos refrescos. Esa tarde era una ocasión especial, pues Emerson se uniría a nosotros por primera vez. Se había recuperado de forma notable; una vez que captó la situación se dedicó a recuperarse con la inexorable intensidad que debía haber esperado. Estuve de acuerdo en que él podría vestirse y unírsenos para la cena, siempre que se protegiera bien contra el frío nocturno.

Había rechazado adustamente cualquier ayuda para vestirse. Ahora hizo una aparición solemne, rechazando con un gesto a Walter, y me quedé mirándolo fijamente.

Supe que la barba había desaparecido, pero no le había visto desde la operación. Había oído casualmente parte del procedimiento esa mañana. Fue imposible no oírlo, los gritos de furia de Emerson eran audibles a un kilómetro de distancia, y Walter tuvo que alzar la voz para hacerse oír.

—Un exceso de pelo reduce drásticamente la fuerza —le había oído explicar, con voz estrangulada por la risa—. Sujétale los brazos, Michael, tengo miedo de rebanarle la garganta sin querer. Radcliffe, sabes que a las víctimas de la fiebre les rapan el pelo del todo...

—Ese es un cuento de viejas —replicó Emerson furioso—. Y aunque no fuera así, el pelo de la cabeza y el de la cara no son lo mismo.

—De verdad que no puedo proceder si te resistes —se quejó

Walter—. Muy bien... la señorita Peabody estará encantada.

Se produjo un breve silencio.

—¿A Peabody le agradará que conserve la barba? —inquirió Emerson.

—La señorita Peabody afirma que los hombres se dejan barba para ocultar unos rasgos débiles. Barbillas planas, manchas en la cara...

—¡Oh!, ¿eso dice? ¿Insinúa que mi barbilla es débil?

—Ella nunca la ha visto —señaló Walter.

—Hmph.

Eso fue todo lo que dijo, pero por el silencio que siguió al gruñido, supe que Walter había ganado.

Viendo, como ahora hacía, el semblante barbilampiño de Emerson, entendí por qué se dejaba bigote. La parte inferior de su cara se veía un poco rara, mucho más pálida que el resto, pero las facciones no eran desagradables, aunque la boca estaba cerrada en una línea tan apretada que no podía adivinar su forma. La barbilla ciertamente no era débil; al contrario, era casi demasiada cuadrada y protuberante. Pero tenía un hoyuelo. Nadie con un hoyuelo en la barbilla puede parecer completamente adusto. Un hoyuelo, para Emerson, no tenía carácter. ¡No era extraño que deseara esconderlo!

Los ojos desafiantes de Emerson encontraron los míos, y el comentario que había estado a punto de hacer murió en mis labios.

—¿Té o limonada? —Inquirí.

Cuando le di su taza, una interjección medio reprimida salió de sus labios. Walter siguió su mirada.

—¡Mi estimada señorita Peabody, sus pobres manos!

—Debe haber alguna forma mejor de ocuparse de ellas —mascullé, tratando de enrollarme la falda alrededor de los miembros en cuestión—, no he pensado mucho en ello hasta ahora.

—Naturalmente que no —dijo Emerson con brusquedad—. Las mujeres no piensan. Un poco de previsión impediría la mayoría de los sufrimientos de los que se quejan constantemente.

Walter frunció el ceño. Fue la primera vez que vi en la mirada del joven hacia su hermano algo distinto a la admiración cariñosa.

—Debería darte vergüenza hablar así, Radcliffe —dijo quedamente—. La mano de la señorita Peabody estuvo hinchada y dolorida durante horas después de que pasaras la crisis de tu

enfermedad, la sujetaste con mucha fuerza; y tuve que llevarla hasta su cama porque sus extremidades estaban agarrotadas por arrodillarse a tu lado durante toda la noche.

Emerson pareció un poco incómodo, pero creo que yo estaba más avergonzada. El sentimentalismo siempre me hace pasar vergüenza.

—No me lo agradezca, por favor —dije—. Habría hecho lo mismo por un gato enfermo.

—Por lo menos debe dejar de trabajar en el pavimento —dijo Walter—. Mañana me encargaré de la tarea.

—No puede trabajar en el pavimento y supervisar a los trabajadores al mismo tiempo —discutí, sintiendo una molestia inexplicable.

Emerson, recostado en su silla, se aclaró la garganta.

—Abdullah es un capataz excelente. No hay necesidad de que Walter esté encima en todo momento. ¿O sí, Walter?

No sé cómo había presentido la verdad, pero el silencio inquieto de Walter fue suficiente respuesta.

—Ya veo —insistió Emerson, en una voz de firmeza quieta—. Sabía que algo te preocupaba. ¿Qué es? Las especulaciones infructuosas serán peor para mí que la verdad, Walter; sé sincero.

—Estoy dispuesto a ser sincero, pero no es fácil ser explícito —dijo Walter, sonriendo débilmente—. Ya sabes cómo se vuelve uno de sensible a los sentimientos de los hombres. Hay tantos signos significativos, el canto de las cuadrillas de trabajo, la forma en la que se mueven de un lado a otro, las bromas y la risa, o la falta de ellas. No sé cuánto tiempo lleva sucediendo. Sólo lo noté hoy.

—Entonces no ha estado sucediendo mucho tiempo. Tienes demasiada experiencia para no darte cuenta, por ocupado que estés. —Emerson miró significativamente a Evelyn, quien le escuchaba sentada con las manos unidas en el regazo—. ¿Son hostiles los trabajadores? ¿Están escondiendo algo que no quieren que sepamos?

Walter negó con la cabeza; el cabello oscuro cubrió su alta frente, dándole la apariencia de un alumno preocupado.

—Nada de eso, creo. Tu enfermedad los alteró; ya sabes lo supersticiosos que son, cómo están dispuestos a buscar demonios detrás de cada accidente. Pero realmente no puedo explicar la

sensación. Hay una laxitud general, una desaceleración, una... una quietud. Como si supieran algo que no sabemos... y tuvieran miedo ello.

Las cejas de Emerson se juntaron. Se dio una palmada en la rodilla.

—Debo verlo por mí mismo.

—Si se atreve a salir al sol mañana, estará de regreso a la cama a mediodía —dije firmemente—. Quizá pueda echar una mirada a mi alrededor. Aunque odio descuidar mi pavimento, incluso por un día.

—Peabody, no debe tocar el pavimento mañana —dijo Emerson —. Aquí la infección está en el aire; perderá un dedo o dos si continúa frotándolos en carne viva.

No estoy acostumbrada a que me hablen en ese tono. Por raro que parezca, no me enfadó la orden, o el nombre. Emerson me miraba con una especie de súplica. Su boca se había relajado. Era, como había sospechado, un órgano bien formado.

—Quizá tenga razón —dije.

Evelyn se atragantó con su té y colocó precipitadamente la taza en el suelo.

—Sí —continué—. Sin duda tiene razón. Entonces supervisaré a los trabajadores mañana y veré lo que puedo averiguar. ¿Qué está desenterrando ahora, Walter?

La conversación se volvió técnica. Evelyn nos demostró el progreso de su dibujo; esta vez Emerson llegó incluso a mascullar "No está nada mal", y a sugerir que Evelyn podría copiar algunos de los relieves de la tumba cuando hubiera terminado el pavimento.

—Un artista adiestrado sería una bendición en expediciones como ésta —exclamó él, con los ojos brillando de entusiasmo—. No podemos conservar todas las reliquias; somos como el niño con el dedo en el dique. Pero si tenemos copias de ellas antes de que se destruyan...

—Me gustaría aprender algo sobre los jeroglíficos —dijo Evelyn —. Podría copiarlos más exactamente si supiera lo que quieren decir. Por ejemplo, parece haber una docena de diferentes tipos de aves, y deduzco que cada uno tiene un significado diferente. Cuando las inscripciones están desgastadas no siempre es posible ver cómo era la forma original; pero si una supiera un poco del

idioma...

Emerson frunció las cejas hacia ella, pero estaba claro que estaba impresionado; antes de que pasara mucho tiempo dibujaba aves en su servilleta y Evelyn trataba de copiarlas. Miré a Walter. Su cara ingenua estaba iluminada de placer mientras observaba a su admirado hermano y a la chica que amaba. Sí, él la amaba; no había duda de ello. Ella también le amaba. Y a la primera declaración de él, ella destruiría cruelmente su felicidad por una convención que me parecía de lo más absurda. Sabiendo lo que iba a ocurrir, me dolía el corazón al ver el rostro de Walter.

Esa noche nos quedamos hasta tarde en nuestra pequeña terraza, observando el desvanecer del crepúsculo y el resplandor de las estrellas; incluso Emerson guardaba un amigable silencio bajo la dulce influencia de la escena. Quizá todos tuvimos el presentimiento de lo que iba a suceder; quizá sabíamos que ésta sería nuestra última tarde tranquila.

* * *

Me cepillaba el pelo a la mañana siguiente cuando oí la barahúnda desde abajo. Unos minutos después Walter subió corriendo por el camino y me llamó a voces. Salí fuera, temiendo algún desastre; pero su expresión era de excitación en lugar de alarma.

—Los trabajadores han hecho un descubrimiento —comenzó—. No en las ruinas de la ciudad sino arriba, dentro los acantilados. ¡Una tumba!

—¿Eso es todo? Por Dios, el lugar está plagado de tumbas por doquier.

Walter estaba genuinamente entusiasmado, pero noté que sus ojos se desviaban detrás de mí hacia donde Evelyn estaba frente al espejo, escuchando mientras ataba un lazo alrededor de su pelo.

—¡Pero ésta tiene a un ocupante! Todas las demás tumbas estaban vacías cuando las encontramos, habían sido robadas y saqueadas en la antigüedad. Sin duda esta nueva tumba también ha sido despojada del oro y las joyas que una vez contuvo, pero hay una Momia, una Momia auténtica. Y lo que es aún más importante, señorita Peabody, es que los aldeanos vinieron a mí con las noticias en lugar de robar la tumba. Eso demuestra que no, que las impresiones que expresé la última tarde eran sólo imaginaciones.

Los trabajadores deben de confiar en nosotros, o no vendrían.

—Confían en el señor Emerson porque les paga el valor total de cada objeto valioso que encuentran —dije, remetiendo precipitadamente mi cabello en una redecilla—. No tienen motivos para recurrir a los traficantes de antigüedades con esas condiciones.

—Qué importa —Walter casi bailaba de impaciencia—. Me voy, no puedo esperar a verla, pero pensé que le podría gustar acompañarme. Temo que el camino estará en mal estado...

—Eso me temo yo también —dije lúgubremente—. Debo dedicarme a conseguir un guardarropa adecuado. Lo razonable sería mejorar las faldas, pero no es suficiente. ¿Crees, Evelyn, que podríamos confeccionar algunos pantalones a partir de una o dos faldas?

El camino era agreste, pero lo superé. Algunos aldeanos nos acompañaron. Mientras caminábamos, Walter explicó que las tumbas que ocupábamos eran conocidas como las Tumbas del Sur. Otro grupo de sepulcros antiguos estaban al norte, y eran, muy lógicamente, conocidas como las Tumbas del Norte. La tumba recién descubierta era una de este grupo.

Después de algunos kilómetros finalmente vi un cuadrado, ahora familiar, abriéndose en los acantilados por encima de nosotros, y luego otro más allá del primero. Habíamos llegado a las Tumbas del Norte, y una cuesta empinada de cascotes pronto nos llevó a la entrada de la nueva tumba.

Walter era un hombre diferente. El joven cortés había sido suplantado por el erudito. Impartió órdenes enérgicamente para conseguir antorchas y cuerdas. Luego se volvió hacia mí.

—He explorado estos lugares antes. No le recomiendo que venga conmigo, a menos que le gusten los murciélagos en el pelo y gran cantidad de polvo.

—Guíeme —dije, atando una cuerda con una media lazada alrededor de mi cintura.

Tuve a Walter rigurosamente bajo control desde entonces. No habría discutido conmigo aunque hubiera propuesto saltar desde una pirámide.

Había estado en varias tumbas antiguas, pero todas habían sido despejadas para los visitantes. Estaba algo sorprendida de encontrarme con que ésta estaba casi tan limpia, y tenía muchas

menos dificultades de lo que Walter había temido. Había gran cantidad de escombros sueltos debajo de los pies, y en una ocasión tuvimos que cruzar un hoyo profundo, que había sido cavado para desalentar a los ladrones de tumbas. Los aldeanos lo habían atravesado con una tabla que parecía frágil. Aparte de eso, el camino no estaba del todo mal.

Walter también estaba afligido por la relativa limpieza. Lanzó un comentario sobre su hombro.

—El lugar está demasiado limpio, señorita Peabody. Sospecho que ha sido saqueado varias veces; no encontraremos nada de interés aquí.

El corredor acababa, después de un corto trecho, en una pequeña cámara excavada en la roca. En el centro de la habitación había un sarcófago de madera basta. Levantando su antorcha, Walter lo examinó.

—No hay nada que temer —dijo, interpretando mal mi expresión—. Las envolturas están todavía en el lugar; ¿Lo ve?

—Naturalmente —dije.

Había visto Momias antes, por supuesto en museos. A primera vista ésta no tenía nada que la distinguiera de cualquier otra Momia. Las podridas vendas de color marrón habían estado envueltas en patrones intrincados, casi como un tejido. La cabeza sin rasgos sobresalientes, la forma de los brazos cruzados a través del pecho, las extremidades tiesas, extendidas, sí, era como las otras Momias que había visto, pero nunca las había visto en su hábitat natural, como se suele decir. En la mohosa y sofocante cámara, iluminada sólo por la débil llama de las antorchas, la forma inmóvil tenía una majestuosidad grotesca. Me pregunté quién había sido él, o ella: ¿Un príncipe, una sacerdotisa, una joven madre de familia, o un abuelo anciano? ¿Qué pensamientos habían vivido en el cerebro marchito, qué emociones habían llevado lágrimas a los ojos resecos o sonrisas a los labios descarnados? Y el alma, ¿vivía en los dorados campos de grano de Amenti, tal como los sacerdotes habían prometido a los buenos creyentes, igual que nosotros buscamos la vida eterna con el Redentor que esa gente nunca conoció?

Walter no parecía estar absorto en piadosas meditaciones. Fruncía el ceño mientras observaba al ocupante del sarcófago. Después se dio la vuelta, sosteniendo la antorcha en lo alto mientas

inspeccionaba las paredes de la cámara. Estaban cubiertas de inscripciones y del mismo tipo de relieves a los que me había acostumbrado en las Tumbas del Sur. Todo giraba alrededor de la figura majestuosa del faraón, algunas veces solo, pero normalmente con su reina y sus seis hijas pequeñas. Más arriba, el dios Aten, representado como el disco redondo del sol, abrazaba el perímetro con largos rayos que terminaban en diminutas manos humanas.

—¿Y bien? —pregunté— ¿Excavará aquí, o quitará al pobre tipo de su sarcófago y le desenvolverá en un entorno más confortable?

Por un momento Walter se vio alarmantemente como su hermano afeitado cuando tiró de su labio inferior pensativamente.

—Si le dejamos aquí, algún saqueador emprendedor lo destrozará con la esperanza de encontrar ornamentos que a veces están envueltos en los vendajes. Pero no tengo muchas esperanzas, señorita Peabody. Algunas tumbas fueron utilizadas para posteriores entierros, por gente pobre que no podía construir sus propias tumbas. Ésta me parece más bien una Momia tardía, muy posterior al período en el que estamos interesados, y demasiado pobre para contener cualquier ornamento valioso.

Le entregó su antorcha a uno de los aldeanos y le habló al hombre en árabe, repitiendo el comentario, supuse. El hombre irrumpió en un discurso entusiasta, negando con la cabeza hasta que los pliegues de su turbante se agitaron.

—Mohammed dice que nuestra Momia no es un plebeyo —explicó Walter, sonriéndome—. Es un príncipe, un príncipe mago, nada menos.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sabe. Aunque Mohammed pudiera leer los jeroglíficos, lo que no puede hacer, no hay inscripción en el sarcófago que proporcione el nombre de la Momia. Sólo trata de aumentar la recompensa que le debo por este descubrimiento.

Así que Mohammed era el descubridor de esta tumba. Estudié al hombre con interés. Se parecía a todos los demás aldeanos, delgado, enjuto, anodino, su piel curtida por el sol le hacía parecer considerablemente mayor de lo que probablemente era. La duración de la vida en estos pueblos no es alta. Mohammed probablemente no tenía más de treinta, pero la pobreza y la mala salud le habían dado el rostro de un hombre viejo.

Viendo mis ojos posados en él, me miró y me sonrió melosamente.

—Sí —dijo Walter, pensativo—. Debemos llevarnos a nuestro anónimo amigo. Radcliffe puede desenvolverlo; le dará algo que hacer.

Emerson estuvo encantado con el descubrimiento; cayó sobre la Momia mascullando exclamaciones, así que después de comprobar que su temperatura y pulso eran normales, le dejé con su macabra tarea. Cuando se unió con nosotros en la cornisa esa tarde, sin embargo, estaba gritando desilusionado.

—Greco-egipcia —masculló, extendiendo sus largas piernas—. Lo sospeché en cuanto vi el patrón de las envolturas. Sí, sí; los signos son inconfundibles. Estoy familiarizado con ellos por mi investigación; nadie ha trabajado en este problema, aunque una secuencia cronológica podría ser resuelta si una...

—Mi estimado compañero, todos estamos familiarizados con tus puntos de vista sobre el estado deplorable de la arqueología en Egipto —le frenó Walter, con una risa—. Pero estás equivocado con esta Momia. Mohammed jura que es la de un príncipe mago, un sacerdote de Amón, que puso una maldición sobre esta ciudad de herejes.

—Mohammed es un vil embaucador que quiere más dinero —expresó Emerson con un gruñido— ¿Qué sabe él acerca de herejes y sacerdotes de Amón?

—Ahí hay otro proyecto para ti —dijo Walter—. Investigar las tradiciones y las leyendas de esta gente.

—Bueno, pues sus leyendas están equivocadas en este caso. El pobre tipo cuyas envolturas deshice esta tarde no era un sacerdote. Francamente me deja completamente perplejo haberlo encontrado aquí. La ciudad fue abandonada después de la muerte de Khuenaten, y no pensé que hubiera habido aquí un asentamiento en la época tolomeica. Los actuales habitantes no ocuparon el lugar hasta este siglo.

—Dudo que la tumba fuera usada por el funcionario que la construyó —dijo Walter—. Los relieves del corredor no estaban acabados.

—¿Qué ha hecho con nuestro amigo? —pregunté—. Espero que no piense en convertirlo en el tercer ocupante de su dormitorio; no

creo que sea higiénico.

Emerson estalló en una carcajada inesperada.

—Estar muerto es el colmo de la insalubridad, supongo. No tenga cuidado; la Momia descansa en una caverna al pie del camino. Sólo deseo poder dar razón de su posición original tan fácilmente.

—Yo podría echar un vistazo a la tumba por la mañana —dije—. Eso dejaría la tarde para trabajar en el pavimento...

—¿Y qué espera encontrar? —La voz de Emerson se elevó—. ¡Dios mío, señora, parece pensar que es un arqueólogo adiestrado! Piensa que puede entrar ahí dentro y...

Walter y Evelyn interrumpieron simultáneamente en un intento de cambiar el tema. Tuvieron éxito por el momento, pero Emerson estuvo malhumorado y brusco el resto de la tarde. Cuando traté de palparle la frente para ver si tenía fiebre, se retiró hacia su tumba, irradiando claramente su malhumor.

—No le preste atención, señorita Peabody —dijo Walter, cuando estuvo fuera del alcance de los oídos—. Todavía no es él mismo, y la inactividad forzosa enfurece a un hombre de su energía.

—No es él mismo —coincidí—. En su estado normal de salud es aún más gritón y pendenciero.

—Todos estamos al límite —dijo Evelyn en voz baja—. No sé por qué es así; pero estoy nerviosa.

—En ese caso deberíamos irnos a la cama —dije, levantándome —. Algo de sueño apaciguará tu mente, Evelyn.

Poco sé de lo que trajo la noche, no una cura para mentes perturbadas, sino el comienzo de un problema mayor.

Es un hecho reconocido que las personas que duermen acostumbran a responder sólo a los ruidos poco familiares. Un guardián del zoológico duerme plácidamente a pesar de los rugidos nocturnos de los animales a su cargo, pero el chirrido de un ratón en su pulcra cocina puede hacer que se despierte al instante. Había acostumbrado a mi mente dormida a los sonidos de Amarna. Ciertamente eran pocos; era uno de los lugares más silenciosos de la tierra, creo. Sólo el lejano ulular ocasional de un chacal enfermo de amor alteraba el silencio. Por lo tanto, esa noche en particular, no fue sorprendente que el sonido en la puerta de nuestra tumba, por insignificante que fuera, hiciera que me enderezara, con el corazón

a toda velocidad.

La luz entraba por las aberturas de la cortina, pero no podía ver nada afuera. El sonido continuó. Era un ruido muy extraño, una raspadura apenas perceptible, seca, como la fricción de un objeto de hueso en la roca.

Una vez que mi pulso se hubo calmado, pensé en las explicaciones. ¿Alguien en la cornisa del exterior de la tumba, Michael vigilando, o Walter insomne en el exterior de la cámara de su dama? De alguna forma mis nervios no se quedaron convencidos por ninguna idea. En todo caso, el sonido me mantenía despierta. Busqué a tientas mi parasol.

La frecuente mención de este artículo puede provocar el regocijo del lector. Le aseguro a ella (o a él, según el caso) que no tenía intención de ser pintoresca. Era un parasol muy robusto, con un rígido mango de hierro, y lo había escogido deliberadamente por su solidez.

Sujetándolo, entonces, en previsión de un posible acto de violencia, llamé suavemente:

—¿Quien está ahí?

No hubo respuesta. El sonido de raspadura se detuvo. Fue seguido, después de un momento o dos, por otro sonido, que se extinguió rápidamente, como si alguien, o algo, hubiera emprendido una apresurada aunque silenciosa retirada.

Salté de la cama y corrí hacia la puerta. Reconozco que vacilé antes de apartar la cortina. Un parasol, incluso uno de acero, no era de mucha utilidad contra un animal salvaje. El sonido de raspadura bien podría haber sido causado por unas garras; y aunque me habían dicho que ya no había leones en Egipto, abundaron en la antigüedad, y un espécimen aislado podría haber sobrevivido en una región desolada. Mientras escuchaba con todas mis fuerzas, oí otro ruido, como una roca o un guijarro rodando. Era realmente lejos. Así reconfortada, aparté la cortina y, después de una mirada cuidadosa hacia afuera, di un paso por la cornisa.

La luna estaba alta y brillante, pero su posición dejaba la cornisa en sombras. Contra este oscuro fondo, un objeto destacaba pálidamente. Estaba en el extremo más alejado de la cornisa, donde se curvaba para rodear un saliente de roca; y tuve conciencia de una extraña constricción de mi diafragma cuando lo vi.

Era una silueta amorfa. Tenía la altura y la anchura de un hombre, pero era más parecida a una estatua humana de piedra blanca que a una forma humana, dividida en la parte inferior como una imitación de las extremidades inferiores de un hombre. Las rígidas extremidades, sobresalían como los brazos a la altura del hombro, pero no eran brazos; los brazos humanos nunca estaban tan rígidos.

Mientras estaba allí, parpadeando para remediar lo que pensaba que debía ser un defecto de mi vista, la forma desapareció. Debió de doblar la esquina del sendero. El débil suspiro de un gemido flotó hacia mí. Pudo haber sido el suspiro del viento; pero no sentí moverse el aire.

Me retiré a mi cama, pero no dormí bien el resto de noche. El primer rayo del amanecer me encontró completamente despierta, y estuve encantada de levantarme y vestirme. Había logrado convencerme a mí misma de que lo que vi era un animal grande de algún tipo, levantado sobre sus patas traseras como un gato o una pantera rampantes; así que el horror de la noche no me golpeó por completo hasta que salí un momento a la cornisa, que ahora estaba iluminada por el sol naciente. Cuando lo hice, algo crujió bajo mi pie.

La salida del sol en Egipto es un espectáculo glorioso. El sol, detrás de los acantilados a mi espalda, brillaba sobre las montañas occidentales; pero no tenía ojos para las bellezas de la naturaleza. El sonido y la sensación de la sustancia que mi pie había pisado, eran terriblemente familiares. Con renuencia me incliné a recogerla, aunque mis dedos se contrajeron al tocarla.

Sostenía un pequeño fragmento de tela manchada de marrón, tan seca que crujía como el papel cuando mis dedos se cerraron. Había visto una tela así antes. Era el vendaje purulento que una vez había envuelto a una Momia antigua.

Capítulo 6

Permanecí en el alfeizar durante algún tiempo, tratando de pensar con sensatez. Emerson había pasado algunas horas con la Momia. Fragmentos de las frágiles ropas, atrapadas en sus prendas de vestir, podrían haber caído aquí cuando se sentó a cenar la noche anterior. Pero tan pronto como la idea se introdujo en mi mente, el sentido común la descartó. Había un rastro regular de esas cosas que se dirigía hacia el alfeizar, hasta dónde alcanzaba a ver. Si las ropas de Emerson hubieran estado tan sucias me habría dado cuenta. Es más, la silla de Emerson estaba a unos dos metros de distancia de la puerta del dormitorio. No se había acercado a nuestra habitación la noche anterior; y el montón más grande de fragmentos estaba allí, como si hubiera sido depositado por una criatura que permaneció durante mucho tiempo en el umbral.

No sé qué instinto me puso en acción... el temor por los nervios de Evelyn, quizás, o la preocupación por las supersticiones de los trabajadores. En todo caso, entré corriendo, cogí un trapo, y barrí los horribles fragmentos del alfeizar. Evelyn todavía dormía; desde abajo, el aroma del café llegaba a mis fosas nasales. Michael empezaba el turno temprano.

No era la única en madrugar. Mientras permanecía al lado de la fogata sorbiendo el té, Emerson bajó por el camino. Me ofreció una hosca inclinación y se detuvo por un momento, como si me desafiara a que le ordenara que volviera a la cama. No dije nada; y

después de un momento continuó y desapareció en la cueva donde su preciosa Momia había sido depositada.

No había estado dentro más que unos pocos segundos cuando el aire de la dulce mañana fue desgarrado por un espantoso grito. Dejé caer la taza, salpicándome los pies con el té caliente; antes de poder hacer más, Emerson salió de repente de la cueva. Los ojos encendidos fueron directos hacia mí. Alzó los dos puños en alto.

—¡Mi Momia! ¡Ha robado mi Momia! ¡Por Dios, Peabody, esta vez ha ido demasiado lejos! La he estado vigilando; ¡no crea que no he sido consciente de sus maquinaciones! Mi pavimento, mi expedición, la lealtad de mi hermano, incluso mi pobre e indefenso esqueleto han caído víctimas de su intromisión; pero esto... ¡esto es demasiado! Usted está en contra de mi trabajo, quiere mantenerme débil e indefenso en la cama, ¡así que robó mi Momia! ¿Dónde está? Dígalo de una vez, Peabody, o...

Los gritos despertaron al resto del campamento. Vi a Evelyn tratando de mirar con curiosidad desde el alfeizar de arriba, agarrando el cuello del camisón bajo la barbilla. Walter bajó dando saltos, tratando de ponerse los revoloteantes faldones de la camisa en la cinturilla y al mismo tiempo acabando de abrocharse los botones.

—Radcliffe, Radcliffe, ¿qué estás haciendo? ¿No puedes comportarte ni cinco minutos?

—Me acusa de robarle su Momia —dije. Mi tono fue algo alto—. Pasaré por alto sus otras ridículas acusaciones, lo cual sólo puede ser producto de una mente perturbada...

—¡Perturbado! ¡Pues claro que estoy perturbado! ¡De todos los males del mundo, una hembra entrometida es el peor!

En este momento estábamos rodeados por un círculo de caras que miraban atentamente; los trabajadores llegados del pueblo habían sido atraídos por el alboroto. No pudieron entender los comentarios de Emerson, pero el tono de enfado era bastante comprensible; sus oscuros ojos estaban abiertos con gran preocupación y curiosidad mientras observaban la extraordinaria actuación de Emerson. Destacado en la multitud permanecía Mohammed, el hombre que nos había dirigido a la tumba el día anterior. Había una expresión de lo más peculiar en su rostro... un tipo de maliciosa sonrisita. Eso me interesó mucho más que no

conseguir responder al último estallido de Emerson, y me aparté, dejándolo ondeando los puños en el aire vacío. Mohammed me vio. Al instante se borró la sonrisa y abrió los ojos de par en par con una mirada de piadosa alarma que podría haberle sentado bien a un ángel.

Viendo la inutilidad de la comunicación con Emerson cuando se encontraba en ese estado, Walter se giró hacia la cueva donde estaba guardada la Momia. Salió rápidamente otra vez; su rostro expresivo me dijo la verdad antes de hablar.

—La Momia ha desaparecido —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Sólo quedan restos de las envolturas. ¿Por qué robaría alguien un espécimen tan humilde?

—Esta gente robaría a sus abuelas y las vendería si hubiera un mercado de decrépitas ancianas —gruñó Emerson.

Había observado que sus ataques de rabia, aunque violentos, se terminaban pronto. Después parecía enormemente refrescado por el estallido, y negaría, de hecho, haber perdido en algún momento los estribos. Ahora me hablaba como si nunca hubiera hecho las escandalosas acusaciones.

—¿Qué hay de desayuno, Peabody? —Estaba meditando una réplica adecuada cuando Walter habló de nuevo.

—Es realmente incomprensible. Los hombres podrían haber robado la Momia cuando la encontraron primero. ¿Y en qué se han convertido los vendajes que extrajiste?

—Eso, al menos, tiene una fácil explicación —respondió Emerson—. No pude desenvolver los vendajes. Las resinas perfumadas en las que empaparon el cuerpo se pegaron al envoltorio en una masa sólida. Tuve que hacer una incisión y abrir el tórax. Como sabes, Walter, las cavidades del cuerpo a menudo contienen amuletos y restos de... ¡Peabody! Señorita Peabody, ¿qué pasa?

Su voz se apagó en un débil zumbido de insecto, y la luz del sol se oscureció. Una espantosa visión apareció en mi mente. Si la luna hubiera estado más alta —si hubiera visto al visitante nocturno con más claridad— ¿hubiera contemplado el cuerpo violado, completamente abierto?

Estoy contenta de decir que ésta fue la primera y la última vez que sucumbí a la superstición. Cuando abrí los ojos me di cuenta

que Emerson me estaba sosteniendo, su rostro alarmado cerca del mío. Me enderecé y vi el manto de oscuro rubor en sus mejillas mientras le apartaba los brazos.

—Una debilidad momentánea —dije—. Creo... creo que quizás me sentaré.

Walter rápidamente me ofreció el brazo, y no lo desdeñé.

—Está agotada, señorita Peabody —dijo cálidamente—. No podemos permitirnos tales sacrificios. Hoy debe descansar; insisto en ello.

—Hummm —dijo Emerson. Los ojos no expresaban ni preocupación ni agradecimiento sino más bien especulación mientras me examinaban el rostro.

Conforme el día pasaba no pude evitar recordar el comentario de Evelyn sobre la noche anterior. Descarté mencionárselo por el nerviosismo del momento; ahora no podía negar que la atmósfera era incómoda. Ni yo misma era capaz de calmarme con nada. Después de trabajar con el pavimento durante un tiempo fui al emplazamiento donde Walter y Abdullah dirigían a los trabajadores.

Había más de cincuenta personas trabajando. Los hombres estaban extrayendo la arena que había cubierto los cimientos de los templos y las casas, poniéndola en cestas con una pala, las cuales eran acarreadas por niños, chicos y chicas. Era necesario depositar la arena a cierta distancia, para no cubrir próximas excavaciones. El trabajo era tedioso, excepto cuando los hombres alcanzaban el nivel del suelo, donde objetos abandonados eran encontrados; pero todos los trabajadores, niños y adultos por igual, normalmente trabajaban alegremente y de buena gana. Los egipcios eran una gente muy musical, sin embargo las lastimosas canciones estilo tirolés sonaban extrañas para los oídos europeos; pero hoy ningún enérgico coro agilizaba el trabajo. Los niños que acarreaban las cestas eran lentos y adustos.

Me uní a Abdullah, el capataz, que permanecía en una pequeña elevación de tierra observando a los excavadores.

—Hoy no cantan —dije—. ¿Por qué no, Abdullah? —Ni un músculo se movió en el circunspecto rostro moreno; pero noté una lucha interna.

—Son gente ignorante —dijo, después de un rato—. Temen muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Los *Afrits*[6], los demonios... toda clase de cosas extrañas. Temen a los fantasmas de la muerte. La Momia... se preguntan a dónde ha ido.

Eso es todo lo que pudo o quiso decir. Regresé al pavimento con el espíritu algo perturbado. Difícilmente podía desdeñar la ignorancia de los nativos cuando yo había experimentado los mismos desenfrenados pensamientos.

El lector bien podría preguntarse por qué no conté mi aventura. Me hice la misma pregunta; pero sabía la respuesta, y eso no reflejaba credibilidad a mi carácter. Temía que se burlaran. Casi pude oír las enormes carcajadas de Emerson haciendo eco por todo el valle cuando le contara que había visto a su Momia perdida paseando a medianoche. Y todavía sentía que debía contarlo. Sabía que no había visto una Momia viva. Mi cerebro lo sabía, aunque mis nervios no. Me pasé el resto del día pasando tapioca y agua sobre mi encantador pavimento, y manteniendo un intenso debate interno —el sentido común contra la vanidad.

Cuando nos reunimos en el saliente para nuestra acostumbrada reunión vespertina, pude ver que los otros también estaban angustiados. Walter parecía muy cansado; se dejó caer en una silla con un suspiro y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Qué día tan horrible! Parece que no hemos logrado nada.

—Bajaré mañana —dijo Emerson. Me miró—. Con el permiso de Peabody o sin él.

Walter se enderezó.

—Radcliffe, ¿por qué te diriges a la señorita Peabody con tan poco respeto? Después de todo lo que ha hecho por nosotros...

No era normal en Walter hablar con tanta dureza; otro indicio, si hubiera necesitado uno, de la crispada atmósfera.

—Oh, no importa —dije tranquilamente—. Sabe, a palabras necias, oídos sordos. Sobre su regreso al trabajo mañana...

Miré a Emerson de arriba a abajo. La evaluación clínica lo molestó, como sabía que haría; se retorció como un escolar culpable, y exclamó.

—¿Cuál es su diagnóstico, Sitt Hakim?

Sinceramente, no me gustaba su aspecto. Había adelgazado considerablemente. Los huesos de su cara eran demasiado

prominentes, y los ojos todavía estaban hundidos en sus cuencas.

—Estoy en contra —dije—. No está lo bastante fuerte todavía como para estar bajo el sol. ¿Ha tomado hoy la medicina?

La respuesta de Emerson no es apropiada para las páginas de este respetable libro. Walter se levantó de golpe con un fuerte reproche. Sólo la presencia de Michael con el primer plato de la cena, evitó una pelea. Nos fuimos pronto a la cama. Pude ver que Emerson tenía la total intención de volver a las excavaciones al día siguiente; así que necesitaba dormir, y después de mi agitada noche yo también estaba demasiado cansada.

Aunque no dormí bien. Tuve sueños inquietos. Me desperté de uno a altas horas de la noche, y mientras los ojos, empañados por el sueño, se enfocaban, vi una delgada y blanca forma de pie al lado de la puerta. Mi corazón dio tal brinco que pensé que me atragantaría. Cuando reconocí a Evelyn, casi me desmayo del alivio.

Se giró, al oír mi grito ahogado.

—Amelia —susurró.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás levantada a estas horas? ¡Dios mío, niña, casi me das un susto de muerte!

Parecía fantasmagórica mientras se deslizaba hacia mí, los pies desnudos no hacían ruido, el camisón blanco flotaba detrás de ella. Encendí una lámpara; la cara de Evelyn estaba tan pálida como su camisón. Se sentó al borde de la cama, y vi que estaba temblando.

—Oí un sonido —dijo—. Un sonido tan espeluznante, Amelia; como un largo y desconsolado suspiro. No sé cuánto tiempo ha durado. Me despertó; estoy sorprendida de que no te haya despertado a ti también.

—Lo oí, y se hizo parte de mi sueño —respondí—. Soñé con la muerte y alguien llorando sobre una tumba... ¿Entonces qué ha pasado?

—No quería despertarte; has trabajado muy duro hoy. Pero el sonido continuaba y continuaba, hasta que pensé que debería ir; era tan deprimente, tan indeciblemente triste. Tenía que saber qué lo provocaba. Así que fui, aparté la cortina y miré al exterior. —Hizo una pausa y se puso incluso más pálida.

—Continúa —la insté—. No necesitas temer mi escepticismo, Evelyn. Tengo razones, las cuales oirás a su debido tiempo, para creer la historia más disparatada posible.

—No quieres decir que tú también...

—Dime lo que viste.

—Una forma alta y pálida, sin rasgos y completamente desnuda. Permanecía en la sombra, pero... Amelia, ¡no tenía rostro! No había señales de nariz ni boca ni ojos, solo un óvalo plano y blanco, sin pelo, sólo una suave envoltura. Los miembros estaban rígidos...

—Basta de evasivas —grité impacientemente—. ¡Lo que viste se parecía... era como... parecía ser... en resumen... una Momia!

Evelyn me miró fijamente.

—¡También la viste! Tienes que haberlo hecho, o no podrías aceptar esto tan fácilmente. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Uno podría añadir «¿por qué?» —dije sarcásticamente—. Sí, vi esa forma la noche anterior. Esta mañana encontré rastros de envolturas podridas en el alfeizar fuera de la habitación.

—¿Y no dijiste nada de esto a Walter... o a mí?

—Sonaba demasiado ridículo —admití—, particularmente después de enterarme de que la Momia que habíamos descubierto había desaparecido misteriosamente durante la noche.

—¿Ridículo, Amelia? Desearía pensar así. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendré el valor de hablar ahora que te tengo de apoyo. Pero me estremezco al pensar en lo que dirá Emerson. Ya puedo oírlo: ¿Una Momia andante, Peabody? ¡Venga ya! ¡No me extraña que el pobre tipo quiera ejercicio, después de estar rígidamente tumbado durante dos mil años!

—Sin embargo, debemos decirlo.

—Sí. Por la mañana. Será tiempo de sobra para mi humillación.

Pero la mañana trajo una nueva sensación, y nuevos problemas.

Me levanté pronto. Emerson, otro madrugador, ya se estaba paseando en las cercanías de la tienda cocina. Un casco salacot[7], colocado en un ángulo desafiante, proclamaba sus intenciones del día. Le eché un vistazo a eso, y a su demacrado rostro, y resoplé de modo significativo; pero no hice ningún comentario. El desayuno estaba preparado; volvimos a la mesa en el saliente, donde Evelyn y Walter se nos unieron; la comida casi estaba terminada cuando Emerson explotó.

—¿Dónde están los hombres? ¡Por Dios, deberían haber estado aquí hace una hora!

Walter sacó el reloj de su bolsillo y le echó un vistazo.

—Media hora. Parece que andan con retraso esta mañana.

—¿Ves alguna señal de actividad en dirección al pueblo? —Exigió Emerson, protegiéndose los ojos y tratando de ver a través de la arena—. Te lo dije, Walter, pasa algo. Encuentra a Abdullah.

El capataz, que dormía en una tienda cercana, no fue encontrado en ningún sitio. Al final distinguimos una pequeña figura blanca cruzando la arena. Era Abdullah; por lo visto había ido al pueblo en busca de las tardías fuerzas trabajadoras. Todos estábamos al final del camino esperando a que se acercara. Extendió las manos en un gesto elocuente y miró a Emerson.

—No vendrán.

—¿Qué quieres decir con que no vendrán? —exigió Emerson.

—Hoy no trabajarán.

—¿Quizás es alguna fiesta? —preguntó Evelyn—. ¿Algún día sagrado musulmán?

—No —respondió Emerson—. Abdullah no cometería tal error, incluso si yo lo hiciera. Creería que los hombres insisten en un aumento, pero... Siéntate, Abdullah, y cuéntame. Vamos, vamos, amigo mío, déjate de tanta ceremonia. Siéntate digo, y cuenta.

Rechazándolo, Abdullah se puso en cuclillas sobre el suelo desnudo, en la mismísima postura en la que sus antecesores tan a menudo pintaban. Su inglés no era muy bueno, así que me tomaré la libertad de resumir sus comentarios.

Hombre concienzudo, se había puesto en camino hacia el pueblo cuando los trabajadores no aparecieron a tiempo. El miserable grupito de cabañas ofrecían un aspecto inquietante. Está tan desierto y silencioso como si una plaga lo hubiera golpeado. Ningún niño jugando en las polvorientas calles; incluso los perros sarnosos habían desaparecido.

Alarmado, Abdullah había ido a la casa del alcalde; que era, me enteré por primera vez, el padre de Mohammed. Tuvo que aporrear la puerta cerrada antes de que por fin lo admitieran, y le tomó su tiempo extraer los hechos al alcalde. Primero dijo sólo que los hombres no vendrían. Una vez presionado, dijo que tampoco vendrían el día siguiente —o ningún otro día—. Su hijo estaba con él; y fue de Mohammed que Abdullah por fin recibió la declaración. Mientras Abdullah lo repetía, su rostro conservaba la muy educada impasibilidad, pero los ojos observaban a Emerson inquietos.

Los trabajadores se habían trastornado por la Momia que Mohammed había encontrado. El hombre repitió su absurda afirmación —de que la Momia era un espléndido sacerdote-mago, un siervo del gran Dios Amón que el Faraón Khuenaten había derrocado de su trono espiritual. La ira del dios depuesto encontró un recipiente en el sacerdote; a través de él, Amón maldijo, para siempre, la ciudad hereje y a todo el mundo que pusiera el pie en esa tierra para desenterrarla. Los aldeanos sabían que ninguno de ellos había robado la Momia. Su desaparición podía ser explicada de una sola manera; restablecida a la luz del sol, y animada por su descubrimiento de que nuevos herejes estaban trabajando para destapar la ciudad maldita, se había levantado y abandonado el campamento. Pero no había abandonado la ciudad, ni hablar. Caminaba por la noche, y antes de la medianoche había visitado la aldea. Sus gemidos despertaron a los durmientes y una docena de hombres habían visto su forma fantasmal paseando por las calles. Los aldeanos eran demasiado prudentes para no prestar atención a la advertencia, la cual amablemente Mohammed interpretó: no más trabajo para los infieles. Deben abandonar la profana ciudad de Khuenaten a la desolación de las arenas y marcharse. A menos que lo hagan, la maldición los visitaría a ellos y a todos los que les ayudaran en lo más mínimo.

Emerson escuchó este extraño batiburrillo sin el menor cambio de expresión.

—¿Lo crees, Abdullah? —preguntó.

—No. —Pero la voz del capataz carecía de convicción.

—Ni yo. Somos hombres cultos, Abdullah, no como esos pobres campesinos. Amón-Ra es un dios muerto; si alguna vez pudo maldecir una ciudad, perdió ese poder hace cientos de años. Las mezquitas de tu fe se asientan sobre las ruinas de los templos, y los muecines llaman a los fieles para rezar. No creo en maldiciones; pero si lo hiciera, creería que nuestro dios —llámale Jehová o Alá, el Único— tiene el poder de proteger a sus fieles contra los demonios de la noche. Pienso que tú también lo crees.

Nunca admiré más a Emerson. Había tomado precisamente el tono adecuado con su sirviente, y mientras Abdullah elevaba la mirada a la alta forma de su patrón, hubo una chispa de divertido respeto en sus oscuros ojos.

—Emerson habla bien. Pero no dice lo que ha pasado con la Momia.

—Robada. —Emerson se sentó en cuclillas sobre sus delgadas caderas, así él y Abdullah estaban frente a frente—. Robada por un hombre que deseaba provocar desunión en el campamento, y que se ha inventado esta historia para respaldar su objetivo. No voy a nombrar a éste hombre; pero recuerda que Mohammed estaba enfadado porque te traje para ser el capataz en vez de darle a él ese cargo. Su padre, que lo adora, no lo ha disciplinado apropiadamente; incluso los hombres de la aldea le guardan rencor.

—Y le temen —dijo Abdullah. Se levantó con un único y fluido movimiento, los blancos ropajes cayendo en elegantes pliegues—. Pensamos igual, Emerson. ¿Pero qué haremos?

—Bajaré a la aldea y hablaré con el alcalde —dijo Emerson, levantándose—. Ahora vamos a comer, Abdullah. Lo has hecho bien, y estoy agradecido.

El alto capataz se alejó, no sin una inquieta mirada hacia Emerson. Evelyn me miró. Asentí. No quise hablar delante de Abdullah pero había llegado la hora de contar mi historia. Antes de poder empezar, Walter se echó a reír.

—¡Qué historia más increíble! Pensareis que debería estar acostumbrado a la disparatada superstición de este pueblo, pero me sorprendo constantemente ante su credulidad. Son como niños. Una Momia, paseando por las calles de la aldea... ¿puede simplemente haber algo más absurdo?

Me aclaré la garganta tímidamente. No era un buen preludio para la historia que iba a contar.

—Es absurdo, Walter, pero no es imaginación. Los aldeanos no son los únicos que vieron a la Momia. Evelyn y yo vimos esa forma aquí en el campamento.

—Sabía que estabais escondiendo algo —dijo Emerson, con una adusta satisfacción—. Muy bien, Peabody, estamos escuchando.

Lo conté todo. No lo conté muy bien, siendo sólo demasiado consciente de la expresión desdeñosa de Emerson. Cuando acabé, Walter estaba sin habla. Mi apoyo provino, de modo inesperado, del mismo Emerson.

—Esto no prueba nada, excepto que nuestro villano, y tenemos una buena idea de su identidad ¿no?, se ha tomado la molestia de

vestirse con harapos y pasearse por ahí para asustar a la gente. Confieso que estoy sorprendido; no pensé que Mohammed sería tan activo, o tan imaginativo.

Cuando dijo la última palabra, un recuerdo asaltó en mi mente. En el hotel del Cairo otro imaginativo bribón había entrado en mi habitación, vestido como un antiguo egipcio. Empecé a hablar y los hombres me hicieron cambiar de opinión; lo más seguro es que no hubiera conexión entre los dos sucesos.

—Voy al pueblo —dijo Emerson—. Tengo que ocuparme antes de esa gente; creo que puedo persuadir al alcalde. ¿Walter?

La distancia a la aldea era de varios kilómetros. Estoy segura de que no es necesario decir que formé parte de la expedición. Evelyn se quedó atrás, sintiéndose dispar ante el esfuerzo; con Abdullah y Michael en el campamento, estaba ampliamente protegida. Emerson, que se había opuesto a mi ida con su habitual berrinche, estaba molesto de que mantuviera el paso fácilmente. Por supuesto no hubiera podido hacerlo así si él hubiera estado en un estado físico normal, y estaba cada vez más preocupada por él mientras caminaba lentamente por la arena.

El reflexivo silencio de la aldea era lo más alarmante. Primero pensé que no nos admitirían en la ligeramente más presuntuosa casucha que albergaba al alcalde de la aldea, pero los repetidos golpes de Emerson en la desvencijada puerta al fin produjeron una respuesta. La puerta se abrió una mera rendija; la marcada y puntiaguda nariz y los ojos cubiertos de arrugas del anciano jeque se asomaron. Emerson le dio un empujón a la puerta. Agarró al anciano señor cuando se tambaleó hacia atrás y cortésmente lo puso derecho. Estábamos dentro.

Deseé salir inmediatamente. El hedor del lugar era indescriptible. Los pollos, las cabras y la gente estaban hacinados en la pequeña y oscura habitación; sus ojos brillaban como estrellas en las sombras. No fuimos invitados a sentarnos, es más, no había superficie en el lugar en la cual poder sentarnos sin problemas. Los pollos se posaban en el largo diván, que era el mueble más llamativo de la habitación.

Emerson, con los brazos doblados y la barbilla levantada, llevó la discusión en árabe. No pude entender lo que se dijo, pero era fácil de seguir el curso de la conversación. El alcalde, un pequeño

anciano arrugado, cuya nariz puntiaguda casi tocaba con su huesuda barbilla, mascullaba las respuestas. No era insolente o desafiante; su actitud podría haber sido más fácil de combatir que su evidente terror.

Poco a poco los otros habitantes del lugar se escabulleron; sólo las cabras y los pollos se quedaron. Una simpática cabra estaba particularmente intrigada con la manga de mi vestido. La aparté distraídamente, tratando de mantener el hilo de lo que estaba sucediendo entre los oradores, y lentamente caí en la cuenta de la verdad. El alcalde apenas podía soportar estar en la misma habitación con nosotros. Siguió retrocediendo hasta que la espalda estuvo contra la pared.

Entonces alguien se deslizó entre la estrecha abertura que ofrecía la entrada de la habitación trasera —la única otra habitación que el palacete del alcalde tenía. Reconocí a Mohammed. Con su aparición la conversación tomó un nuevo giro. Su padre se giró hacia él con patético placer, y Mohammed asumió el rol en la discusión. Era insolente; su mismo tono era una ofensa. Los puños de Emerson se apretaron y los labios se pusieron tensos mientras escuchaba. Entonces Mohammed me miró e irrumpió en inglés.

—La Momia odia a los forasteros —dijo, sonriendo—. Forasteros iros. Pero la mujer no. A la Momia le gusta la mujer inglesa...

Emerson estuvo sobre él con un salto. El pobre y anciano padre gritó alarmado, pero fue Walter quien arrancó a su hermano enfurecido de la garganta de Mohammed. El hombre se desplomó, gimiendo, cuando los dedos de Emerson fueron separados, pero aún a la mala luz vi la mirada que le dirigió a su agresor y me recorrió un escalofrío.

—Aléjate —Walter dijo en voz baja, sosteniendo el brazo rígido de su hermano—. Aléjate, no hay nada más que podamos hacer aquí.

No nos demoramos en la aldea, sino que atravesamos su única calle estrecha lo más rápidamente que pudimos. Cuando alcanzamos el claro limpio del desierto, Emerson se detuvo. El rostro le brillaba con sudor; bajo su bronceado estaba de un gris enfermizo.

—Creo que os debo a ambos una disculpa —dijo gruesamente—.

Eso fue estúpido por mi parte, he arruinado cualquier oportunidad que hubiéramos tenido de convencer al alcalde.

—Escuché lo que el hombre dijo —contestó Walter—. No te culpo, Radcliffe; fue todo lo que pude hacer para controlarme. Me siento seguro de que Mohammed tiene intención de apartarnos, tu acción fue imprudente, pero no creo que importe.

—Me asombro de su descaro —exclamé—. ¿No se da cuenta de lo que se arriesga con las autoridades al oponerse a usted?

La cara de Emerson oscureció.

—Egipto está más agitado de lo que esos tontos satisfechos de sí mismos de El Cairo se dan cuenta. El derviche loco en Sudán ha revuelto a los campesinos; la mayoría de los egipcios añoran en secreto su éxito y se relamen con cada derrota inglesa. Yo no daría un chelín por las vidas de los extranjeros aquí si el Mahdi se acercase a la Primera Catarata.

—¡Pero seguramente no hay el menor peligro de eso! Gordon todavía está haciendo una valiente defensa en Jartum, y la expedición de Wolseley está a punto de ayudarle. ¿Cómo pueden los rebeldes nativos sin entrenar tener éxito contra las tropas inglesas?

La respuesta de Emerson fue de lo más convincente porque yo en secreto lo creía por mí misma, pero no le daría la satisfacción de parecer como si estuviera de acuerdo.

—Esos rebeldes sin entrenar ya han masacrado a media docena de ejércitos ingleses, incluyendo al del Coronel Hicks. Tengo un gran temor hacia la seguridad de Gordon; será un milagro si la expedición de refuerzo llega a tiempo. Todo el asunto de Sudán ha sido una obra maestra de pifias de principio a fin. Mientras tanto, parecemos estar frente a una rebelión secundaria aquí y no lo toleraré. —Tropezando un poco, empezó a andar.

—¿Adónde va? —pregunté—. El campamento está por aquí.

—Hay otras dos aldeas en la llanura. Si los hombres de Haggi Qandil no trabajarán, lo intentaremos en el Till y en al Amar-nah.

—Temo que será inútil. —Walter alcanzó a su hermano y trató de agarrarle del brazo. Emerson se lo sacudió—. Radcliffe, para y escucha; no estás en condiciones de andar por todas partes del desierto hoy, y puedes estar seguro de que la historia de Mohammed ha alcanzado las otras aldeas también. Luchan entre sí, pero son de la misma calaña. Tus esfuerzos no servirán allí más de

lo que lo hicieron en Haggi Qandil.

Los pies de Emerson se arrastraban, pero el mentón era terco. Decidí terminar el asunto antes de que se cayera de espaldas.

—Déjele ir, Walter —dije—. Sabe que es demasiado terco para escuchar razones. Lo que nosotros ahora necesitamos es un consejo de guerra; debemos consultar con Abdullah, y también con Michael, que es un hombre astuto. Puedo pensar en varias cosas que podríamos hacer, pero también podemos esperar hasta después de que su hermano se haya desmayado, entonces no estará por enmedio, discutiendo y gritando. Creo que podremos arrastrarlo de vuelta al campamento desde aquí. Si no, Abdullah y Michael pueden venir por él.

Emerson todavía estaba en pie cuando alcanzamos el campamento. Walter le llevó a la tumba para suministrarle un reconstituyente; luego nos encontramos para el sugerido consejo de guerra.

Ésta fue la primera vez que Michael oyó lo que sucedía. Él pasaba las noches en la *dahabiyya*, consideraba la caminata de seis kilómetros insignificante; como cristiano y extranjero no era bienvenido en la aldea. Agachado en la alfombra a mi lado, escuchó sin hacer comentarios; pero los dedos se desviaron al crucifijo de oro que tenía alrededor del cuello, y siguió tocándolo durante el resto del debate. Le pregunté sus sugerencias.

—Dejar este lugar —dijo inmediatamente—. Estoy protegido contra los demonios —y sus dedos se cerraron sobre el crucifijo—, pero en este lugar hay también hombres malvados. El barco espera; todos nos vamos, los caballeros también.

—Seguramente usted no cree en demonios, Michael —dijo Evelyn con su voz apacible.

—Pero, señora, está en el Libro Sagrado. Dios permite que los demonios y los *afreets* existan; ¿cómo podemos decir que el Libro Sagrado miente? No temo a los demonios, no, soy un verdadero creyente. Pero éste no es un buen lugar.

Abdullah asintió vigorosamente. Su fe no era la de Michael, pero debajo de tanto el cristianismo como el islam, yacen las supersticiones oscuras de la religión pagana.

—Michael ha hecho una de las propuestas que yo tenía intención de hacer —dije, asintiendo en dirección a Michael, quien

sonrió con orgullo satisfecho—. Debéis afrontar el hecho, caballeros, de que no podéis hacer más aquí en este momento. Sugiero que os retiréis y alistéis trabajadores de alguna otra parte de Egipto. Ellos no serán susceptibles a la influencia que pueda aportar Mohammed, y cuando los aldeanos locales vean que el trabajo continúa sin incidentes, se darán cuenta de que la idea de una maldición es una tontería.

Walter estaba claramente impresionado con el argumento, y con el punto adicional que yo no había hecho, la salud de su hermano. Miró a Emerson, que no decía nada; pero el mentón sobresalía tanto que tuve que reprimir el urgente deseo de golpearlo.

—Hay otros sitios en Egipto que necesitan ser excavados —agregó Evelyn—. Muchos de ellos, por lo que dices. ¿Por qué no intentarlo en otro lugar hasta que el resentimiento se haya extinguido aquí?

—Una sugerencia interesante —dijo Emerson. Su voz era muy tranquila, rechinaba como una piedra de molino—. ¿Qué dices, Abdullah?

—Muy bien, muy bien. Vamos. Hay trabajo en Sakkarah, Luxor. Conozco tumbas en el Valle de los Reyes —agregó, con una mirada astuta hacia Emerson—. Tumbas reales, muchas no encontradas todavía. Yo le encuentro la tumba de un buen rey y nos vamos a Tebas, donde está mi casa, donde tengo amigos que trabajan con mucho gusto.

—Hmm —dijo Emerson—. Ciertamente hay tumbas sin descubrir en el Valle de los Reyes. Es una sugerencia tentadora, Abdullah. Pareces olvidar, sin embargo, que uno no puede excavar en Egipto sin el permiso del Departamento de Antigüedades. Pasé por bastantes dificultades sacándole esta concesión a Maspero; ciertamente no me permitirá excavar en ningún lugar donde espera encontrar objetos interesantes. Hay también un asunto secundario de dinero para ser considerado. Walter... ¿tú qué opinas?

Walter había estado mirando a Evelyn. Comenzó cuando su hermano se dirigió a él, y un débil color le manchó las mejillas bronceadas.

—Que, Radcliffe, haré lo que quieras, lo sabes. Pero insisto en una cosa firmemente. Tanto si tú y yo nos vamos o nos quedamos, las damas deben irse. No es que nuestra situación represente ningún

peligro; pero es desagradable, y las damas ya nos han entregado demasiado de su tiempo. Deben partir; hoy, si es posible.

Una lágrima brilló en mi ojo cuando miré al valeroso joven. Era un verdadero británico, ordenando a la chica que amaba que se alejara del peligro y permaneciendo leal a la cabra loca de su hermano. Evelyn se agarró las manos y me miró implorantemente. Ella sentía la misma lealtad hacia mí, y no se opondría a mi decisión. No había necesidad para su llamamiento. No tenía intención de ser apartada, como un lío de ropa sucia, a un lugar seguro detrás de las líneas de batalla.

—La sugerencia tiene buenas intenciones, pero no puedo aceptarla —dije vigorosamente—. O nos vamos todos, o nos quedamos todos.

Emerson giró ahora su completa atención hacia mí. Respiró profundamente; los botones de su camisa se tensaron contra el ancho pecho. Estaban todos flojos, y me recordé traer mi costurero tan pronto como el debate acabara.

—Ah, señorita Peabody —dijo, con un gruñido bajo—. Mi estimada señorita Peabody. Puedo tomarme la libertad de preguntar cómo diablos... —Su voz subió en un rugido; un gesto de Walter le paró, y continuó con una voz moderada que chocaba con el esfuerzo de control—. ¿Cómo demonios se ha visto mezclada usted en mis asuntos? Soy un hombre paciente; rara vez me quejo. Pero mi vida era tranquila y pacífica hasta que usted entró en ella. ¡Ahora se comporta como si fuera el líder de la expedición! Estoy bastante de acuerdo con Walter; las mujeres deben irse. ¡Ahora no discuta conmigo, Peabody! ¿Se da cuenta de que podría cargar con usted y llevarla hasta su barco? Michael y Abdullah estarían encantados de hacer el trabajo.

Eché un vistazo a Michael, que escuchaba boquiabierto.

—No, Michael no le obedecería. Él preferiría verme fuera de aquí, estoy segura, pero no desatendería mis deseos. Ahora, Emerson, no pierda tiempo en discutir. Puedo ver que piensa quedarse aquí, y debo admitir que soy reacia a abandonar el trabajo... a ver como el león inglés se esconde con la cola entre las piernas...

—Oh, Dios —dijo Emerson. Puso los ojos en blanco hasta que se vio el blanco. Sentí que la observación no estaba pensada como una

oración, pero decidí no hacer un asunto de ello. Continué.

—Habiendo decidido quedarnos, debemos considerar el siguiente paso. Usted no puede obtener trabajadores aquí. A menos que mi tripulación...

Miré a Michael, que sacudió la cabeza, y seguí:

—No, pensaba que no lo harían. Y temo que cualquier trabajador que usted pueda traer sería susceptible al mismo acoso. Sugiero, entonces, que hoy todos nosotros trabajemos en terminar el pavimento. Evelyn debe completar su dibujo; aplicaré el resto de la tapioca. Esta noche continuaremos con la obvia línea de acción. ¡Debemos atrapar a la Momia, y desenmascararla!

Walter se enderezó y aplaudió.

—Señorita Amelia, usted es una maravilla. ¡Por supuesto! Con cuatro de nosotros en guardia...

—Seis de nosotros —dije—. Creo que eso es suficiente; no hay necesidad de meter a la tripulación de barco en esto. Sugiero que uno de nosotros vigile la aldea. Mohammed debe escapar con su disfraz si quiere rondarnos, y dado que está decidido a deshacerse de nosotros, probablemente nos pagará con una visita esta noche. El resto de nosotros estará al acecho. ¿Tienen armas?

Evelyn dejó salir un pequeño grito de alarma.

La cara de Emerson experimentó una serie de convulsiones silenciosas. Dijo con voz amortiguada:

—No tengo armas. Son peligrosas e innecesarias.

—Entonces tendremos que utilizar garrotes —dije.

Los labios de Emerson se retorcieron.

—No puedo aguantar esto —murmuró, y se puso en pie de un salto. Mientras se alejaba, vi que sus hombros se sacudían incontrolablemente, y me di cuenta de que debía estar más débil de lo que pensaba.

—Descanse bien —grité después de su retirada—. Todos debemos dormir esta tarde, para estar alerta esta noche.

La única respuesta de Emerson fue una clase de rugido débil. Desapareció en su tumba, me giré hacia Walter, que estaba mirando fijamente a su hermano.

—Está débil, agotado Walter. Usted tendría que...

—No —dijo Walter—. No lo creo.

—¿Qué está mal con él, entonces?

Aturdido, Walter sacudió la cabeza.

—Es imposible... Pero si no lo conociera mejor, juraría que se reía.

* * *

El resto del día continuó según lo planeado... en mi plan. Evelyn terminó su dibujo del pavimento. Eran exquisitos; había captado perfectamente las apagadas sombras a pastel del original. La envié de vuelta a descansar, mientras terminaba de aplicar la capa protectora. Terminé temprano, y cuando volví al campamento me encontré la cena en camino. Gracias a mis esfuerzos, había un nuevo espíritu en el lugar. Éramos una pequeña y reducida fuerza, pero estábamos unidos. Incluso Michael y Abdullah parecían alegres y alerta. Durante la cena elaboramos el resto de nuestros planes.

Walter y Abdullah fueron a vigilar la aldea, con atención especial a la casa del alcalde. Como todos los grupos primitivos, la aldea se retiraba tan pronto como el sol se ponía. No esperábamos mucha actividad antes de la medianoche, pero los observadores fueron a ocupar sus lugares tan pronto como oscureció completamente. Mohammed debería aparecer, estaban allí para seguirle. Probablemente no guardaría el disfraz de Momia en casa; Emerson se sentía seguro de que su padre no era uno de los conspiradores. El temor del anciano había parecido real. Mohammed, entonces, iría al lugar —había muchos en los precipicios que se desmoronaban— donde había ocultado su disfraz, y se lo pondría allí. Los observadores no iban a intervenir hasta que le vieran realmente con su disfraz.

Entonces lo prenderían; uno le mantendría cautivo mientras el otro corría a darnos las noticias. En una bolsa para restos humanos, acarrearíamos al bribón de vuelta a la aldea y expondríamos su engaño.

Ante la remota oportunidad de que Mohammed pudiera eludir a nuestros valerosos observadores, el resto de nosotros preparó un segundo escudo de defensa. Evelyn, con Michael para protegerla, se retiraría a su cámara, aunque no a la cama, por supuesto. Desde la puerta Michael vigilaría. Mientras tanto, Emerson y yo tomaríamos nuestras posiciones en su tumba, que estaba a alguna distancia del saliente del que nosotras, las señoras, ocupábamos. Cualquier visitante tendría que pasar por esta puerta para alcanzar a Evelyn,

que así estaría doblemente protegida. Debo confesar que me sentía un poco inquieta por Evelyn. El comentario vil de Mohammed encajaba también ordenadamente con la muda evidencia del envoltorio que se desmenuzaba fuera de la puerta de la cámara donde Evelyn dormía.

Tan pronto como oscureció, Walter y Abdullah se escabulleron. Acomodé a Evelyn, con Michael listo, él sostenía un garrote largo, y aunque comenzaba a mostrar signos de intranquilidad mientras el crepúsculo misterioso se extendía, me sentí segura de que lo usaría si algo amenazaba a Evelyn. No esperaba que surgiera tal necesidad. Si la Momia eludía a los observadores en la aldea, Emerson y yo nos encargaríamos de él.

Después de asumir un disfraz conveniente, me arrastré por el saliente a la tumba de Emerson. Él estaba sentado en la caja de embalaje que servía como escritorio, escribiendo a la luz de una lámpara. Cuando me deslicé sigilosamente en la cámara, dejó caer la pluma y me miró fijamente.

—¿Es esta una fiesta de disfraces, Peabody? La Momia ganará el premio gordo en cualquier caso; su anciana gitana no competirá.

—Obviamente es necesaria la ropa oscura si no deseo ser vista —contesté, con alguna molestia—. La bufanda negra de la cabeza evita que mi pelo salga volando, y la tierra es necesaria para oscurecer la palidez relativa de la cara y manos. Estuve a punto de sugerir las mismas precauciones para usted. Y apague la lámpara, por favor.

—Apagaré la lámpara en el momento habitual —dijo Emerson fríamente—. Si alguien está mirando, no deseamos alarmarlo con ninguna desviación de nuestra rutina. Le sugiero que se agache allí, en el rincón, Peabody, donde no será visible desde la puerta. Nadie jamás creería, viéndola con el aspecto que tiene en este momento, que yo la he invitado, para... er... propósitos amorosos.

No pensé que valiera la pena dignificar esta observación con una respuesta. Dándole una mirada altanera, me fui a mi rincón.

Las siguientes horas se arrastraron tediosamente. Al principio me divertí mirando a Emerson, que continuó escribiendo como si yo no estuviera allí. Necesitaba un corte de pelo. A pesar de su enfermedad el pelo tenía un aspecto sano, grueso y negro, y un poco ondulado donde se curvaba sobre el cuello. El movimiento de

los músculos de la espalda, bajo la fina camisa, era interesante para una estudiante de anatomía.

Después de un tiempo esta ocupación perdió su interés. Me arrastré a la mesa hecha con una caja de embalaje, esta maniobra se ganó un gruñido irritado de Emerson, tomé uno de los libros que estaban dispersos por la superficie. Era un volumen sobre las pirámides de Gizeh, de un tal señor Petrie. Recordé haber oído mencionar a Emerson a este joven erudito si no con aprobación, pues Emerson no hablaba de nadie con aprobación, por lo menos sin la invectiva que dirigía hacia la mayoría de los otros arqueólogos, así que comencé a leer con considerable interés. Podía ver por qué Emerson aprobaba al señor Petrie. El cuidado meticuloso con que sus medidas fueron llevadas a cabo, verificadas, y vueltas a verificar era más que impresionante. Había refutado totalmente las teorías místicas de la gente que pensaba que la Gran Pirámide era una gran profecía en piedra; y su descripción de los métodos utilizados por los antiguos para cortar y dar forma a las piedras con los instrumentos más primitivos convencían y eran interesantes. Así que leí, a la débil luz, con el silencio roto solamente por el susurro mientras daba la vuelta a una página, y por el rasguño de la pluma de Emerson. Supongo que debía presentar una figura curiosa allí agachada con mis polvorientas falda y capa negras, y la cara sucia inclinada sobre el tomo.

Finalmente, Emerson dejó la pluma y se levantó. Bostezó y se estiró ostentosamente. Entonces, sin una mirada en mi dirección, apagó la lámpara. La oscuridad se adueñó de cada objeto. Cuando mis ojos se ajustaron gradualmente, distinguí la entrada abierta, un cuadrado de cielo brillante con estrellas.

Coloqué el libro con cuidado sobre la mesa y me arrastré a la puerta. Un susurro de Emerson me informó de su posición; ocupé mi puesto al otro lado de la puerta.

Siguió un espacio de tiempo aún más aburrido. No tenía ningún libro con que engañar el tiempo, y Emerson no parecía inclinado a la conversación. Creía que era seguro cuchichear; podíamos ver a alguna distancia, y habríamos visto a un intruso mucho antes de que él pudiera oír voces bajas. Tampoco creía realmente que Mohammed llegaría hasta aquí. No tenía razón para esperar una emboscada, y sería atrapado por Abdullah y Walter tan pronto

como se traicionara asumiendo su traje de Momia.

Pero Emerson aplastó mi primera tentativa de discutir las teorías del señor Petrie, así que no lo intenté otra vez.

La belleza de la noche era increíble. Nunca he visto grupos de estrellas tan densos como ésos que espolvorean el cielo nocturno de Egipto; ardían como el tesoro de un faraón contra la oscuridad. El aire fresco y dulce refrescaba como el agua después de una sed larga, y el silencio era infinitamente calmante, incluso el lejano aullido de los chacales parecía encajar, un grito solitario que lloraba la pérdida del pasado esplendor.

Confieso que me quedé medio dormida, inclinada contra la pared, cuando otro sonido rompió el silencio. Realmente no lo esperaba; estaba tan sorprendida y tan estúpida por el sueño que me moví, y el roce de la manga contra la piedra sonó como una alarma. El brazo de Emerson se movió en un brusco gesto de advertencia. Los ojos se fueron acostumbrándose a la oscuridad y a la luz, pero no me ayudó a ver sus movimientos; fui consciente del momento en que todo su cuerpo se puso tenso y la cabeza se movió hacia adelante mientras miraba.

Desde su lado de la puerta, él podía ver el final lejano del saliente y la cuesta más baja donde estaban localizadas la tienda de la cocina y la tienda de Abdullah. Miré al otro final del saliente, donde estaba la tumba de Evelyn. No había nada que ver allí, aunque pensé que la cortina ante la puerta estaba echada para atrás solo un poco, donde Michael estaba vigilando.

Emerson tendió la mano. Esa noche, nos comprendíamos el uno al otro sin necesidad de palabras. Me agarré a su mano y di dos pasos lentos y silenciosos a su lado.

La cosa estaba allí. Pálida a la luz de la luna, parada inmóvil, no en el saliente, sino en la cuesta más baja. La luna brillaba de lleno sobre ella y no podía haber error sobre su naturaleza. Casi podía distinguir la pauta de los vendajes a través de su pecho. La cabeza sin formas distintivas estaba envuelta con tela. Era suficiente malo ver esta monstruosidad cuando estaba parada inmóvil; pero mientras miraba, la cabeza giró. Su lento movimiento ondulante fue horroroso, como el de una criatura del abismo sin ojos buscando ciegamente alguna fuente de atracción, más seductora que la luz del hombre.

La mano de Emerson se cerró sobre mi boca. Le permití que la dejara, había estado a punto de jadear en voz alta y él había oído la inspiración que le advirtió de mi intención. Demencialmente la Momia pareció oírlo también, aunque supiera que eso era imposible. Levantó la cabeza, como si mirara hacia el saliente.

Los dedos de Emerson estaban fríos como el hielo; no era tan insensible como fingía. Y cuando el brazo derecho de la criatura se levantó, en un gesto amenazante, el autocontrol de Emerson se rompió. Soltándome tan bruscamente que me tambaleé, saltó al saliente.

Me puse de pie. El secreto era inútil ahora. Grité una advertencia mientras Emerson, desdeñando el sendero del saliente, saltó sobre el borde y se deslizó por la cuesta entre una avalancha de guijarros. Era una cosa imprudente con la pobre luz, y recibió las consecuencias usuales de la imprudencia. Emerson perdió pie, resbaló, y cayó de cabeza.

La Momia estaba en marcha otra vez. La miré por un momento; su torpeza, las zancadas con las rodillas tiesas alcanzaron una velocidad inesperada. Supe que sería incapaz de alcanzarla, ni, para ser honesta, estaba ansiosa por hacer algo así. Bajé por el sendero y elegí el camino a través de las piedras caídas donde Emerson luchaba por incorporarse. Evelyn y Michael estaban en el saliente, llamándome, y les grité un breve resumen mientras seguía hacia adelante.

—Estuvo aquí; se ha ido. Michael, no baje. No se aparte del lado de la señorita Evelyn.

Por esta vez, estaba lista para otorgar al horror nocturno cualquier grado de astucia. Esto quizás fuera una distracción para atraernos lejos de su víctima prevista.

¿Por qué creía yo que la criatura tenía más intención que la de asustarnos? Emerson hizo esta pregunta, cuando todos nos calmamos y estábamos sentados en su tumba, discutiendo el acontecimiento.

—No puedo decirlo con seguridad —contesté, de una forma indecisa que era inusitada en mí—. En parte, es simplemente lógica; si fracasa en atemorizarnos por la mera apariencia de la cosa, debe recurrir a medidas más drásticas. Entonces está la declaración de Mohammed, recuerda, Emerson, cuando fuimos a la aldea...

No le había contado a Evelyn esto, y no tenía intención de hacerlo. Emerson comprendió mi referencia y asintió. Tenía un aspecto muy sombrío, las vendas ensangrentadas alrededor de la frente y las manos se añadían a la atmósfera belicosa de nuestra reunión del consejo.

—Sí, lo recuerdo. Creo que eso fue una amenaza vacía, sin embargo; ni siquiera Mohammed se atrevería... Bien, esto ha sido una noche inútil. Tendré algo que decir al joven Walter cuando vuelva como si tal cosa. Mohammed les ha engañado a él y a Abdullah muy limpiamente.

—¿No deberíamos salir y buscarlos? —preguntó Evelyn ansiosamente—. Puede haberles sucedido algún accidente.

—A ambos no, por eso envié a dos hombres, para que uno pudiera ayudar al otro en caso de algún contratiempo. No, mis dos incapaces amigos probablemente todavía rondan la aldea en espera de que Mohammed salga. Lo podrán ver cuando regrese, pero a menos que tenga el disfraz sobre su cuerpo, no hay utilidad en apresarle. No, señorita Evelyn, no trate de hacerme cambiar de idea. Walter está perfectamente a salvo, y nosotros sólo vagaríamos sin rumbo en la oscuridad si fuéramos a buscarle.

Hasta ahora lo extraño de nuestra situación había roto la formalidad con la que él se dirigía a Evelyn por su primer nombre. Por otra parte, reflexioné con sorpresa, todos nosotros habíamos sido informales, asombrosamente. Varias veces, con la tensión de la emoción, yo me había olvidado mientras me dirigía a Walter por su nombre de pila. Sentía una verdadera calidez hacia el muchacho; parecía como si le hubiera conocido hacía mucho. Emerson, por supuesto, no podía ser llamado por ningún otro nombre. Su impertinencia hacia mí no me permitía dirigirme hacia él respetuosamente, y no estaba inclinada a llamarle por su nombre.

Nadie durmió durante el resto de la noche, aunque Emerson persuadió a Evelyn para que se acostara en su catre. Tuvimos una espera larga; los primeros rayos del alba teñían de rojo el cielo cuando los vagabundos volvieron; y su asombro, cuando oyeron lo que había sucedido, fue igual al nuestro cuando oímos su informe. Ambos estaban dispuestos a jurar que nadie había dejado la aldea esa noche. Walter había vigilado la casa del alcalde, desde una incómoda posición en un árbol cercano. No había modo posible de

que Mohammed pudiera haber sido la Momia.

Capítulo 7

Recuerdo estar en el saliente, inconsciente a la lenta belleza del amanecer en los precipicios, cuando el impacto de la declaración de Walter se hundió en mi mente. Ninguno de nosotros trató de discutir con él; creer que Mohammed había engañado a ambos observadores, siendo inconsciente de la vigilancia, estaba realmente más allá de los límites de la credibilidad.

De repente Emerson se levantó de la silla y corrió por el saliente. Supe a dónde iba. Cómo lo sabía no lo puedo explicar, pero lo sabía, y también sabía lo que encontraría. Le seguí más pausadamente, mis pasos lentos por el terror del descubrimiento. Cuando le alcancé estaba al lado del refugio de madera con que había cubierto el pavimento pintado. La pintura ya no estaba allí. Sólo había una amplia extensión de fragmentos rotos cubiertos de arena. La destrucción fue atroz; algunas secciones habían sido molidas a polvo.

Así que mi trabajo había sido para nada y el sacrificio de mis dedos pelados en balde. Éste no fue mi primer pensamiento, sin embargo. La pérdida insensata e injustificada de la belleza preservada milagrosamente dolió como un golpe físico.

Sin premeditación consciente mi mano alcanzó la de Emerson; sus dedos se cerraron dolorosamente sobre los míos y estuvimos allí un momento con las manos juntas. Después de un rato Emerson pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y apartó mi mano.

El corte en su frente todavía rezumaba sangre, pero supe que la expresión ojerosa y ceñuda no era causada por el dolor físico. No me ofendí por su gesto.

—Una aparición vengativa, nuestra Momia —dije.

—Todo parte integral de la historia ridícula que Mohammed promulga —dijo Emerson—. El sacerdote de Amon que inflige su venganza en la ciudad de Khuenaten. Peabody, ¿se le ha ocurrido que éste complot es demasiado complejo para un hombre de la inteligencia limitada de Mohammed?

—Quizás subestima su inteligencia.

—No lo creo. Su motivo es igualmente oscuro para mí. ¿Por qué se tomaría tantos problemas por una venganza insignificante? Nuestra presencia trae ingresos a la aldea, dinero que esa gente necesita mucho, por poco que nos pueda parecer a nosotros.

—Pero si Walter tiene razón en declarar que Mohammed nunca dejó la aldea...

—No puedo aceptar eso. ¿Quién más puede ser la Momia?

—Entonces usted piensa que debemos buscar algún poder detrás de Mohammed. ¿Quién podría ser?

—Eso es igualmente difícil de comprender. A menos que algún rico excavador aficionado codicie el sitio...

—¡Oh, no sea ridículo! —Exclamé—. A continuación acusará a M. Maspero de planificar esto para desacreditarle.

Esta observación imprudente terminó la discusión. Emerson me lanzó una mirada odiosa y comenzó a volver al campamento.

Nuestros espíritus estaban decaídos esa mañana; si no hubiera sido por la terquedad de Emerson, pienso que habríamos salido hacia Amarna. Sólo la intervención de Evelyn evitó una batalla a escala en el desayuno, y fue ella quien insistió en que todos durmiéramos antes de discutir el asunto otra vez. Todos nuestros temperamentos estaban tensos, dijo; no podíamos pensar claramente. Esto fue, por supuesto, el tacto de Evelyn; su genio nunca estaba tenso y yo soy racional bajo todas las circunstancias. Era Emerson quien debía descansar para ser sensato, aunque dudaba que el sueño mejorara mucho su disposición.

Todos dormíamos, entonces, cuando un grito de Abdullah, de guardia abajo, nos despertó para darnos cuenta de que algún nuevo factor había entrado en escena. Tropezando salimos de la tumba,

parpadeando contra la brillante luz del sol distinguí una procesión acercándose a nosotros desde la dirección del río. La primera figura estaba montada en un asno. Pronto fue claramente identificable.

Me giré hacia Evelyn, que estaba de pie haciéndose sombra sobre los ojos con la mano.

—Los refuerzos han llegado —observé—. Será interesante ver qué hace Lord Ellesmere con nuestro pequeño misterio.

—¡Lucas! —exclamó Evelyn.

Walter, seguido por su hermano, salió a tiempo de oír nuestro intercambio. Ante la exclamación de Evelyn la miró penetrantemente. La sorpresa en la voz de Evelyn podría haber sido tomada por otra emoción; y Walter se giró para ver al recién llegado con ceño. Lucas nos había visto; levantó el brazo y lo ondeó vigorosamente. Podíamos ver el destello de los dientes blancos contra una cara que ahora estaba curtida casi tan profundamente como la piel de los nativos. El ceño de Walter se hizo más profundo.

—¿Así que conoce a este intruso infernal? —preguntó Emerson —. Habría esperado que fuera un amigo suyo, Peabody.

—Después de todo, Emerson, este sitio no es su propiedad privada —contesté animadamente—. Es sorprendente que no hayamos tenido más visitantes.

Este comentario razonable pareció golpear a Emerson; asintió amablemente. Seguí dándole explicaciones que sentí que se le debían.

—Lord Ellesmere es un pariente lejano de Evelyn. Le encontramos en El Cairo cuando estábamos a punto de salir a navegar, y nos contó su intención de realizar el mismo viaje. Esperábamos encontrarnos en Luxor. Sin duda reconoció al Philae en sus amarras, y preguntó sobre nuestro paradero.

Estaba bastante contenta con este informe, que me pareció transmitir la información necesaria sin agregar ningún hecho extraordinario. Pensaba advertir a Lucas que no traicionara su verdadera relación con Evelyn, ni la de ella con el último Lord Ellesmere. Ninguno de los Emerson estaban interesados en escándalos, a menos que concerniera a los amoríos de los antiguos faraones egipcios, así que era improbable que hubieran oído sobre la aventura de la joven heredera del último Lord Ellesmere; pero no tenía objeto correr riesgos.

Entonces miré a Evelyn; y el corazón se me hundió hasta las gastadas botas. ¿Cómo podía tratar de protegerla, cuando ella tenía la completa intención de exponer todo el asunto si llegara a ser necesario? Ella había palidecido mientras miraba el avance de su primo; los labios formaban una expresión que yo había llegado a conocer muy bien. La cara del joven Walter, mientras miraba de Evelyn al recién llegado, revelaba sus propios sentimientos más claramente que un discurso.

Experimenté una revelación en ese momento. Deseaba a Walter para Evelyn. Encajaban idealmente; él era un joven hombre adorable y honorable, que la trataría bien. Si tenía que cederla, no me quejaría de verla bajo el tierno cuidado de un hombre como Walter. Decidí, en ese instante, que así debía pasar. Pero preveía que llevaría algún esfuerzo, incluso para mí.

Ahora Lucas estaba cerca. Llegó gesticulando, riéndose y gritando saludos. Walter se giró hacia Evelyn.

—¿No bajará a encontrarse con ese familiar?

Su tono era positivamente rencoroso. Sonreí para mí.

Evelyn señaló:

—Sí, por supuesto —dijo.

—Yo me encontraré con él —dije, tomándola del brazo—. Espera aquí; haré que Michael traiga té.

Lucas cayó sobre mí con gritos de alegría. El hombre me habría abrazado si yo no le hubiera rechazado con un empujón bien... colocado. Interrumpí su murmullo con la advertencia que había pensado darle; y él me disparó una mirada censurable.

—No era necesaria tal advertencia señorita Amelia, se lo aseguro. ¿Pero dígame, qué están haciendo aquí? Su *reis* me informó que han estado aquí casi una semana. Quién son sus amigos y por qué...

Siguieron las explicaciones y las presentaciones, lentamente, dado que Lucas siguió interrumpiendo. Las interrupciones cesaron, sin embargo, cuando yo —por supuesto fui yo quien contó la historia— alcancé la parte de la narración que implicaba a la Momia. Lucas escuchó en silencio. Una sonrisa se le extendió lentamente por la cara, y cuando concluí mi historia él estalló en un grito de alegría.

—¡Excelente! ¡Espléndido! No pensé ni por un momento cuando

embarqué para Egipto que tendría tal suerte. Esto es como uno de los cuentos del Rider Haggard[8] o una de las novelas de Herr Ebers[9]. ¡Espero encontrarme con la Momia!

—No sé si ese encuentro sucederá alguna vez, Lord Ellesmere —dijo Walter—. No hay ningún motivo por el que usted deba preocuparse con nuestros problemas. Si acompañara a las damas a la seguridad, nosotros...

Lucas se inclinó hacia delante; impetuosamente colocó una mano sobre el brazo del otro joven.

—Pero, amigo mío, usted no me privaría de una parte de esta aventura. No reclamo ninguna intención noble; estoy seguro de que ustedes lo pueden manejar bastante bien sin mí. ¡Mis motivos son puramente egoístas, y por lo tanto debería ceder ante mí!

Al mirar su cara sonriente, al oír su tono jovial, pude entender por qué el Scrooge del señor Dickens encontraba a su alegre sobrino tan irritante. También fui sacudida por el contraste entre los dos jóvenes. Eran casi de la misma edad, pensé. La altura delgada de Walter le hacía parecer un muchacho al lado de la anchura de hombros y pecho de Lucas. El pelo oscuro caído y las delgadas mejillas le hacían parecer aún más joven. Lucas estaba vestido con su elegancia habitual; el salacot brillaba como la nieve al sol, el traje ligero estaba hecho a medida como un uniforme y le quedaba como un guante. La camisa de Walter estaba abierta en la garganta, mostrando la piel enrojecida y pelada. Las botas eran andrajosas y polvorientas, las manos callosas de los duros trabajos.

En eso, parecía relativamente respetable junto a su hermano, cuya frente y mano vendadas se añadían a su aspecto de un golpeado guerrero que acababa de salir de un campo de batalla. Emerson contemplaba a Lucas con una expresión que me hacía pensar que podríamos ser aliados en esto, si no en nada más. Cuando habló, fue un gruñido áspero que fue más peligroso que sus gritos.

—Usted debe apelar a mí, milord, para el permiso de unirse a nuestro grupo. Confieso que no puedo pensar en ningún medio de evitar que plante una tienda dondequiera que escoja.

Eso fue positivamente un discurso amable por parte de Emerson. Lucas pareció darse cuenta; giró su encanto considerable hacia Emerson, que continuó estudiándole con todo el entusiasmo de un

viejo y brusco mastín que miraba los brincos de un perrito. Cuando Lucas expresó interés en las antigüedades del área, se enderezó un poco y se ofreció a mostrarle algunas de las tumbas.

—Hemos destapado muy poco de la ciudad —explicó—. Las ruinas que quedan no son interesantes para un profano. Los tallados en las tumbas tienen una cierta atracción, sin embargo.

—Lamento no haber tenido tiempo de examinarlas más de cerca —interrumpí—. Quería preguntarle, Emerson, si quizás no habría más tumbas por descubrir. ¿Qué hay de la tumba del propio noble, por ejemplo? Él, de todos los demás, debe haber tenido un sepulcro aquí.

—Ése es uno de los proyectos que había esperado emprender esta temporada —contestó Emerson—. La tumba real nunca ha sido limpiada apropiadamente, aunque estos aldeanos malvados quitaran todo lo de valor vendible tiempo atrás. No había mucho; los relieves en la tumba nunca fueron terminados, y me pregunto si Khuenaten fue enterrado aquí alguna vez, aunque todavía pueden verse fragmentos de un sarcófago en la cámara de enterramiento. Hmmm. Sí, Peabody, me gustaría revisarla. Suponga que vamos esta tarde.

—La tumba real no es de mi gusto hoy —dijo Lucas, extendiendo sus pies perezosamente—. Está a bastante distancia me han dicho, y el sendero es escabroso.

—Estropearía el acabado de sus botas —concordó Emerson gravemente—. Usted parece saber algo acerca de Amarna, Lord Ellesmere. La tumba real no está en la lista de visitas ordinarias del viajero.

—Oh, me he convertido en un interesado estudiante de todos los excrementos egipcios. Ya he hecho una colección espléndida de antigüedades y espero adquirir más por el camino. Pienso establecer una galería egipcia en Castillo de Ellesmere.

Emerson había estado manteniéndole bajo vigilancia estrecha —por alguna razón que yo no podía imaginar— pero esto fue demasiado para él.

—Otra colección de aficionados, mostrada ignorantemente y aislada para los eruditos —estalló—. Por supuesto usted está reuniendo sus antigüedades de los comerciantes, milord, lo que significa que han sido hurtadas caprichosamente de los lugares originales, sin mantener ningún registro...

—Parece que he golpeado inadvertidamente un lugar sensible —dijo Lucas, sonriendo a Evelyn.

Ella no le devolvió la sonrisa; en su lugar dijo gravemente:

—Los sentimientos del señor Emerson están más que justificados, Lucas. Es vital que las excavaciones sean llevadas a cabo sólo por arqueólogos entrenados. Algunos objetos son frágiles y pueden ser dañados por manos no especializadas. Más importante, la procedencia de un objeto a veces nos puede decir mucho, dónde fue encontrado, con qué otros objetos, etcétera. Si lo visitantes no compraran a comerciantes y campesinos, dejarían de cavar de forma ilícita.

—Querida, te estás convirtiendo en una entusiasta tú misma —exclamó Lucas—. Eso es lo que necesitaré para mi galería egipcia, un experto que atenderá y clasificará mi colección. Entonces quizás el señor Emerson no me despreciará.

Los ojos de Evelyn cayeron bajo su mirada significativa.

—Emerson le despreciará en cualquier caso —dije—. Los únicos pasos que puede dar para redimirse son, uno, dejar de comprar antigüedades; y dos, presentar las que tiene al Museo Británico. Los eruditos de allí cuidarán apropiadamente de ellas.

Emerson murmuró algo que, aunque indistinto, era claramente poco halagüeño para el Museo Británico.

Lucas se rió.

—No, no puedo abandonar mi colección, quizás el señor Emerson leerá mi papiro para mí.

—¿Tiene un papiro? —Pregunté con interés.

—Sí, uno bastante bueno, marrón por la edad, se está desmenuzando, cubierto con esas pequeñas rayas extrañas que fueron, según me han dicho, desarrolladas a partir de la escritura jeroglífica de imágenes. Cuando lo desenrollé...

Un siniestro gemido surgió de Emerson.

—Lo desenrolló —repitió.

—Sólo la primera sección —dijo Lucas alegremente—. Comenzó a romperse entonces, así que pensé... que. Señor Emerson, parece usted bastante pálido. Entiendo que he hecho algo reprochable.

—También podría confesar un asesinato —exclamó Emerson—. Hay demasiadas personas en el mundo así, pero el suministro de antiguos manuscritos está limitado severamente.

Lucas pareció sumiso por la reprobación.

—Se lo daré, entonces, si lo siente tanto. Quizás contará como mi cuota de admisión a este grupo encantador —agregó más alegremente—. Debo volver a mi *dahabiyya* en busca de suministros, si voy a pasar la noche. ¿Nos permitirá que echemos un vistazo alrededor, verdad? Apenas puedo esperar para ver las escenas de la aparición de la Momia, y seleccionar una tumba para mí mismo.

Emerson no asintió más que entre dientes. Me sentía perpleja por su amabilidad inicial. Entonces se me ocurrieron dos explicaciones. Estaba preparada para creer cualquiera o ambas, dado que ninguna reflejaba cualquier crédito en Emerson.

El dinero para la excavación era difícil de conseguir; un patrocinador rico podría aliviar las ansiedades de Emerson en éste área. Además, estaba claro como el agua que Lucas estaba interesado en Evelyn. Sus ojos rara vez abandonaban su cara, y no hacía ningún intento por ocultar su tierna preocupación. Emerson debía darse cuenta de que Walter también amaba a la chica. No estaría complacido de perder a su devoto acólito; quizás comprendía a Walter también, para suministrar fondos para el enorme estómago de su investigación. Favoreciendo a un rival de su hermano, mantenía a ese hermano bajo el pulgar calloso. Mis sospechas fueron confirmadas cuando Emerson se volvió positivamente alegre mientras mostraba a Lucas el campamento. En cuanto a Lucas, burbujeaba con entusiasmo y admiración. ¡Nada más podría ser más encantador! ¡Él no podía imaginarse nada más delicioso que acampar en una antigua tumba! El paisaje era magnífico, el aire era como el vino, y —en resumen, usted habría pensado que nuestra meticulosa Señoría estaba entusiasmándose con un hotel moderno de lujo y una vista de una arboleda grandiosa. Abrumó a Emerson con preguntas; sacudió la cabeza por la perfidia de Mohammed y las supersticiones de los visitantes; insistió en apretar la mano del fiel Abdullah, que vio con desconfianza esta demostración. Sobre lo único que expresó dudas fue acerca de Michael.

—¿Está segura de que puede fiarse de él? —preguntó en voz baja, mientras caminábamos por delante de la tienda del cocinero, donde Michael estaba preparando un almuerzo sencillo. El devoto

hombre se había hecho cargo de los deberes serviles, que habrían estado comúnmente por debajo de su dignidad, desde que los aldeanos nos habían abandonado. Habíamos decidido no implicar a ninguno de nuestros sirvientes del barco; no había modo de decir cómo reaccionarían a la historia, mucho menos ante la vista de la Momia.

—Yo confío en él implícitamente —contestó Evelyn firmemente —. Amelia salvó la vida de su hija; él lo haría por ella, creo.

—Entonces no hay más que hablar —dijo Lucas. Pero dijo más, una gran cosa. Michael era, después de todo, un nativo. ¿No era él tan supersticioso como los aldeanos? ¿Podría ser de fiar para arriesgar, no sólo su vida, sino su alma inmortal, como creía, con un demonio de la noche?

—He considerado eso —contestó Emerson brevemente—. No necesita preocuparse acerca sobre eso, su Señoría.

Su tono no permitía discusión. Incluso Lucas reconoció esto, y abandonó el tema.

De las tumbas en nuestra vecindad inmediata sólo unas pocas eran habitables; algunas estaban bloqueadas por piedras caídas o montones de escombros. Eran semejantes en el plano, teniendo un vestíbulo grande con columnas más allá del pasillo de entrada, desde donde otro pasillo llevaba a más cuartos, inclusive la cámara de enterramiento. Evelyn y yo ocupábamos una tumba que había pertenecido una vez a un artesano real, que portaba el atractivo título de Lavador de las Manos de su Majestad. El título me encantó porque era un recordatorio de la constancia de la naturaleza humana; no podía evitar recordar a nuestros propios monarcas Tudor y Stuart, que fueron servidos por altos nobles que consideraban un honor ser los poseedores oficiales de los pantalones reales.

Pero me estoy apartando del tema.

Lucas fue disuadido con dificultad de que no se cambiara a la más grandiosa de las tumbas cercanas, la de Mahu, que había sido jefe de policía de la ciudad. Limpiarla hubiera llevado días. Así que los sirvientes de Lucas fueron puestos a trabajar en otra tumba más pequeña, y uno de ellos fue devuelto a la *dahabiyya* con una larga lista de los requisitos de Lucas para uno o dos días.

Después del almuerzo nos separamos, Evelyn a descansar,

Walter a trabajar en el registro de algunos fragmentos de alfarería que habían sido encontrados en el último día de excavación y Lucas a explorar. Trotando sobre su pequeño asno, parecía lo suficientemente ridículo con sus largas piernas arrastrando. Cuando no estuvo a la vista, Emerson se giró hacia mí.

—Vamos, Peabody.

—¿A dónde?

—Dijo que quería ver la tumba real.

—¿Qué, ahora?

—Ahora es tan bueno momento como cualquiera.

Alcé la mirada al abrasador sol, en ese momento cerca del cenit; entonces me encogí de hombros. Si Emerson pensaba dominarme con tales tácticas, pronto averiguaría que podía mantener el ritmo de cualquier proyecto que él propusiera. Fui a mi tumba para ponerme mi ropa de trabajo. Estaban espantosamente arrugadas y polvorientas, y deseé haber comprado varios vestidos semejantes.

Cuando salí, Emerson iba de un lado para otro y miraba su reloj.

—¿Vendrá Walter? —Pregunté, caminando despacio deliberadamente.

—Walter mejor se queda aquí. Debe haber alguien de guardia; le he dicho a Abdullah que vaya tras su señoría, en caso de que el tonto se rompa una pierna tratando de escalar los precipicios o se caiga del asno. Vamos, vamos, Peabody; si no se da prisa iré solo.

Fui, no porque me lo hubiera ordenado, sino porque sospechaba que él quería una discusión privada conmigo.

Sin embargo, no resultó tal desarrollo. La caminata era demasiado difícil para una conversación tranquila. Giramos un *wadi*, o largo cañón rocoso, y seguimos su curso durante varios kilómetros. Era el área más desolada que había visto jamás. Las paredes escarpadas y áridas del *wadi* estaban veteadas y agrietadas, ni una sola brizna de hierba ni maleza encontraba sustento en la tierra abrasada por el sol. El suelo del valle estaba cubierto con piedras de todos los tamaños, desde enormes cantos rodados a guijarros, que habían caído de los precipicios. El silencio era absoluto. Era como estar en otro mundo; un mundo en el que la vida era una intrusión.

Después de aproximadamente tres kilómetros las paredes de piedra se cerraron y *wadis* más pequeños se abrieron a derecha e

izquierda. Giramos al noreste y seguimos nuestro camino por un valle estrecho. Mientras avanzábamos a trompicones Emerson comenzó a hacer preguntas, pero no fueron las preguntas que había esperado. En su lugar me interrogó sobre Lucas. Contesté tan brevemente como pude. El rumbo de la curiosidad de Emerson me convenció de que había tenido razón en ambas de mis suposiciones; tenía una inmensa curiosidad acerca de la extensión de la fortuna de Lord Ellesmere y el grado de su interés en Evelyn. Encontré cada vez más difícil evitar sus indagaciones y finalmente les puse fin provocando una riña. Eso nunca era difícil con Emerson. Caminó a zancadas por delante en ofendido silencio hasta que alcanzamos la tumba aislada que había sido preparada para el rey hereje y su familia.

En un esfuerzo de protegerla de los ladrones que buscaban los ricos tesoros enterrados con el muerto, la tumba real había sido situada en una parte remota de los precipicios. La medida de seguridad había fallado; la tumba había sido robada una y otra vez. Si Khuenaten fue enterrado allí alguna vez, la Momia real había desaparecido hacia siglos. Tirité, aún en el calor jadeante, cuando levanté la mirada a la cuesta, al elevado agujero oscuro que marcaba la entrada a la tumba. Un aire de siniestra desolación colgaba sobre el lugar. La desilusión y el fracaso la acechaban. Hacia el final de su vida, el real reformista debió saber que su revolución religiosa no tendría éxito. Después de su muerte su nombre fue arrasado. Pensé que no querría venir aquí después del anochecer; sería demasiado fácil oír, en los aullidos de los chacales, el lamento de un fantasma anónimo y muerto de hambre.

Emerson, no afectado por el aura del lugar, ya trepaba hacia la entrada. Antes fue una meseta pequeña, aproximadamente a cinco metros del suelo. Le seguí sin ayuda. Él había traído velas; encendimos dos de ellas y entramos.

Las tumbas de la realeza egipcia no eran las estructuras sencillas que sus súbditos construían. Ésta tenía pasillos largos, escaleras, vueltas y curvas diseñadas para frustrar la codicia de los ladrones. Estos dispositivos habían tenido tanto éxito como suelen tener tales dispositivos —es decir, ninguno en absoluto. La tumba real había sido vaciada violentamente, probablemente por los ladrones experimentados de Haggi Qandil. De otro modo, nosotros no

habríamos podido penetrar en su interior en absoluto, e incluso así, fue un viaje sin aliento, polvoriento e incómodo. Pudimos alcanzar la cámara de enterramiento porque un hoyo profundo, como el que había visto en la otra tumba, cortaba a través del pasillo. No había nada que hiciera de puente. La sugerencia de Emerson de que corriéramos y saltáramos no era probablemente para ser tomada en serio. Yo ciertamente no la tomé en serio.

Volvimos sobre nuestros pasos hasta la segunda escalera, donde tres pequeños habitáculos se localizaban muy cerca del pasillo principal. Aquí el despedazado relieve mostraba el cortejo mortuorio de una princesa, una de las hijas de Khuenaten. Había muerto joven, y la habían colocado para descansar en la tumba de su padre. El pequeño cuerpo, estirado rígidamente en su cama, parecía muy patético, y la pena de los padres, sosteniéndose las manos entre ellos en busca de consuelo, era extrañamente conmovedora. Uno casi podía oír un leve gemido de su angustia haciendo eco por los pasillos desiertos...

Y luego hubo un gemido... o al menos, un débil sonido de alguna clase. El lector sólo puede imaginar ligeramente el horroroso efecto de semejante sonido —o de cualquier clase de sonido— en aquellas oscuras y mohosas habitaciones que nunca habían sido habitadas salvo por los muertos. Antes de que mi cuero cabelludo estuviera a punto de erizarse, el sonido más débil fue seguido de otro, menos fantasmal, pero aún más alarmante. Era un fuerte estrépito de roca cayendo. Todo lo que el sonido perdía por razones de distancia lo recobraba con los rodantes ecos. Me asusté y dejé caer la vela.

Usando un lenguaje que ninguna dama debía recordar, mucho menos reproducir, Emerson escarbó alrededor de los escombros que cubrían el suelo hasta que encontró la vela. La encendió con la suya. Entonces me miró directamente y habló con la calmada voz que suele emplear en los momentos de emergencia.

—No es tonta, Peabody, aunque sea una mujer. Sabe lo que ese sonido puede significar. ¿Está preparada? ¿No se desmayará, o gritara, o se pondrá histérica?

Le lancé una mirada de fulminante desdén y el silencio llenó la habitación.

Con Emerson respirando pesadamente detrás de mí, hice mi camino a lo largo del corredor. No esperaba encontrarnos con

cualquier obstáculo allí. Las paredes y los pisos estaban esculpidos en la roca viva de las montañas. No; la dificultad estaría en la entrada, y mucho antes de que alcanzáramos aquel punto yo sabía que mi conjetura era lamentablemente correcta. Desde el pie de la escalera final vi que la luz que debería haber sido aparente en la entrada era... no aparente.

Subimos las escaleras, no sin dificultad, ya que las rocas cubrían los peldaños, y finalmente estábamos ante la entrada. La estrecha apertura estaba obstruida por piedras, algunas tan pequeñas como guijarros, otras tan grandes como cantos rodados.

Apagué mi vela. Era obvio que debíamos conservar la poca luz que poseíamos. Estaba agachándome para arrancar las rocas cuando Emerson se dio la vuelta para dejar su vela en una cornisa sobre un reguero de su propia grasa.

—Tenga cuidado —dijo él bruscamente—. Puede comenzar otro desprendimiento que nos barrerá por la escalera.

Cavamos mucho tiempo; no tanto como aparentaba, quizás, pero la primera vela casi se había consumido cuando un sonido llegó desde el exterior. Era, por no decir más, un evento bienvenido. Al principio las palabras eran indistinguibles. Entonces noté que la persona hablaba árabe. Reconocí la voz y, en la tensión del momento, entendí lo que decía. La voz era de Abdullah. Exigía saber si estábamos dentro.

—Por supuesto que estamos dentro —gritó Emerson furiosamente—. Oh, hijo de una mula ciega, con las piernas arqueadas, ¿dónde más deberíamos estar?

Un aullido, que tomé por uno de placer, siguió a esta pregunta. El aullido fue seguido de un grito claramente de otra voz:

—¡Agárrese, señorita Amelia! ¡Lucas está al cargo!

De repente Emerson lanzó sus brazos contra mí y me empujó contra la pared, presionando su cuerpo contra el mío. Aunque ahora estoy sola mientras escribo, mi Crítico se ha ido a otro lado, dudo en expresar los pensamientos que destellaron por mi mente en aquel momento. Yo sabía que Emerson no era nada débil, pero no había notado totalmente su fuerza hasta que sentí los músculos rígidos de su pecho contra el mío y sentí que mis huesos se resentían bajo la fuerza de su asimiento. Pensé... Esperé... Bien, ¿por qué no admitirlo? Pensé que él estaba abrazándome... que el alivio de

nuestro inesperado rescate había debilitado su mente.

Por suerte estas nociones absurdas no tuvieron tiempo de crecer en mi cerebro. Un horrible estruendo siguió a esto, cuando la barricada cedió el paso, y las grandes rocas cayeron por la escalera y golpearon contra las paredes. Sentí que Emerson se estremecía y supe que él había sido golpeado por al menos una roca, de cuyo impacto su rápida acción me había salvado; ya que mi cuerpo estaba protegido por el suyo y su mano grande presionaba mi rostro en el refugio de su hombro.

Estaba completamente sin aliento cuando él me liberó, y jadeé en busca de aire durante varios segundos antes de que me diera cuenta de que respiraba el limpio y caliente aire del mundo exterior y que la luz del sol corría en la bóveda.

La luz solar era demasiado brillante para mis ofuscados ojos, acostumbrados a la oscuridad. Sólo podía distinguir las siluetas de las cabezas y los hombros de dos hombres, sobre la pila de rocas que aún estaban en el umbral.

Emerson se apoyó contra la pared, su brazo izquierdo colgaba en un ángulo raro. Cuando Abdullah y Lucas llegaron trepando las rocas, Emerson volvió su cabeza hacia su capataz. Riachuelos de sudor caían por su rostro, convirtiendo el polvo que lo cubría en una máscara fangosa.

—Tú t... tonto —dijo él.

—Está siendo ofensivo —dijo Abdullah con inteligencia.

—Las palabras me fallan —dijo Emerson.

Pero por supuesto no lo hicieron; él continuó, aunque hablando a gritos ahogados.

—Un capataz con experiencia... sabe mejor... como empujar un ariete...

—Traté de decirle que fuera despacio —interrumpió Lucas—. Lamentablemente mi árabe es inexistente.

Él parecía tan culpable, y Abdullah en particular tan enigmático, que supe quién era con toda probabilidad el responsable del accidente. Sin embargo, no había ninguna razón para ahondar en el asunto.

—Él estaba preocupado por sacarnos —dije—. Evitemos las recriminaciones y las suposiciones. ¿Está roto su brazo?

—Dislocado —dijo Emerson, entre dientes—. Debo regresar...

Walter sabe...

—No podrá ir muy lejos —dije.

Esto era claramente notorio, y cualquiera salvo Emerson habría admitido el hecho inmediatamente. Sus rodillas se doblaban, y sólo la pared a su espalda lo mantenía erguido.

—Puedo hacer... lo que debo —contestó él.

—Sin duda; pero no hay ninguna necesidad. Una vez vi a nuestro cirujano local realizar esta operación en un agricultor cuyo hombro se había salido de su lugar. Si usted me dirigiera...

Pareció que la idea reanimó a Emerson. Sus ojos rodaron hacia mí; juro que vi un destello de placer.

—Esto no le gustará —dijo Emerson.

—A usted tampoco —contesté.

Prefiero no describir el procedimiento que siguió. Emerson no estaba de humor para hacer bromas cuando terminó, pero fui yo quien tuvo que sentarse en el suelo y poner la cabeza entre las rodillas. Por suerte Abdullah había traído agua; ambos habíamos tenido sed debido al calor y al polvo hasta antes del accidente. Un refresco me reanimó y ayudó a Emerson. Luego rompí mis enaguas a fin de sujetarle el brazo a su cuerpo de modo que no fuera golpeado innecesariamente. Él tenía su mal carácter de vuelta para entonces, e hizo un comentario grosero.

—Como usted diría, mi señor, es justo como uno de los romances del señor Haggard. La heroína siempre sacrifica una enagua en algún punto de la historia. Sin duda por eso las mujeres llevan estas ridículas ropas; realmente son útiles en emergencias.

Si el camino a la tumba real había parecido largo; el camino de regreso fue interminable. La fuerza de Lucas era de gran ayuda, y Emerson no desdeñó la ayuda de su brazo. Mientras caminábamos, Lucas explicó cómo logró encontrarnos.

Había tenido una pequeña aventura propia. Montando a caballo no lejos del pueblo, fue abordado por el dueño de su mula, que había abandonado al animal y el jinete cuando se acercaron al campamento. Ahora el dueño del burro exigía el regreso de su animal.

—Entonces se me ocurrió —explicó Lucas—, que usted probablemente carecía de burros así como de trabajadores, entonces decidí conservar ése, si podía. Si los aldeanos hubieran notado que

yo estaba de acuerdo con usted, nunca lo hubiera logrado en primer lugar. Ofrecí comprar a la desdichada pequeña bestia, pensando en que Evelyn lo usaría, por supuesto. Pero no hubo maneras; cuando insistí, estuve frente a una vociferante multitud de aldeanos y me desmontaron a la fuerza de mi corcel. No hubo ninguna violencia, pero estaba desorientado y muy enojado. Iba de regreso al campamento cuando me encontré a Abdullah. Dijo que usted había ido a la tumba real; y después de mi aventura, estaba algo preocupado por usted. ¡Entonces vinimos aquí... por suerte!

—¿Así que no vio el derrumbe? —preguntó Emerson.

—No.

—No pudo haber sido un accidente —gruñó Emerson—. Demasiado fortuito. ¿Por qué precisamente en ese punto, mientras estábamos dentro de la tumba?

—Tuvimos suerte que no fuera un desprendimiento más extenso —dije, tropezando en un espino.

—Hmmph —dijo Emerson, tratando de no gemir.

A uno o dos kilómetros del campamento fuimos encontrados por Walter y Evelyn, que, alarmados por nuestra ausencia prolongada, habían intentado buscarnos. Walter estaba completamente pálido cuando vio el vacilante caminar de Emerson con el cuerpo vendado, pero fue sabio para no compadecerse.

—Esto es de lo más inoportuno —dijo él pensativamente—. Otro accidente, ahora mismo, sencillamente confirmará las supersticiones de los aldeanos.

—No estamos en la obligación de decirles nada —dijo Lucas.

—Lo sabrán —dije—. Sospecho que uno de ellos tiene una buena razón para saber lo que ha ocurrido.

—¡Ajá! —exclamó Lucas—. ¿Cree que no fue ningún accidente?

Él estaba demasiado contento sobre todo ese asunto. Yo sabía que era injusto por mi parte culparle por disfrutar de la aventura; su relación con Emerson y Walter era de lo más tensa, así que no podía esperarse que lo sintiera por ellos como Evelyn y yo hacíamos. Y seguramente los descabellados acontecimientos de esos días habrían apelado al espíritu aventurero de cualquier joven caballero. Sin embargo, su sonrisa me enojó.

—No fue ningún accidente —dije bruscamente—. Era una expedición estúpida. De aquí en adelante debemos quedarnos en el

campamento, unos cerca de otros. Quizás no planeaban hacer un verdadero daño...

—No podemos asegurar eso —interrumpió Walter—. Si la roca hubiera golpeado la cabeza de mi hermano en vez de su hombro...

—Pero su herida fue un accidente inoportuno. Sucedió durante nuestra liberación, no durante el derrumbamiento, que apenas podría haber sido planeado para asesinarnos. Usted sabía nuestro destino; nos habría buscado si no hubiéramos vuelto, de modo que aun si Abdullah no hubiera decidido ir tras nosotros, no hubiéramos estado atrapados por mucho tiempo. No; la tentativa no estaba motivada por el asesinato. Creo que era sólo otra muestra de hostigamiento.

—Y si Peabody lo dice —comentó Emerson—, esa es la Palabra del Profeta.

Terminamos el viaje en un frío silencio.

Sin embargo, teníamos mucho de que estar agradecidos. Evelyn indicó esto cuando nos preparamos para cenar en nuestra hogareña tumba. No tenía buen aspecto esa tarde; noté su palidez y aspecto serio, tanto más porque contrastaba tan sorprendentemente con su aspecto durante la semana precedente. Ella había estado asustada, cansada, e incómoda, como todos; pero bajo la tensión había una felicidad tranquila, una especie de flor. Ahora la flor se había ido. Y por supuesto yo sabía la razón.

—¿Lucas te ha estado molestando? —pregunté, con mi tacto habitual.

Evelyn se estaba peinando delante del espejo. Sus manos vacilaron; una brillante cascada de dorado cabello cayó por su espalda.

—Me pidió que me casara con él otra vez.

—¿Y le dijiste...?

Evelyn se dio la vuelta. Los desordenados rizos de su cabello se esparcieron con la fuerza de su movimiento y cayeron sobre sus hombros. Nunca había parecido más encantadora, la nobleza de su voluntad y la fuerza de su emoción transformó su rostro.

—Amelia, ¿cómo puedes preguntarlo? Conoces mis sentimientos; nunca te los he ocultado, mi apreciada amiga. No puedo casarme con el hombre que amo; pero nunca seré la novia de otro.

—Estás equivocada —dije enérgicamente—. Walter te ama. Lo

sé; tú debes saberlo. Eres muy injusta con él, no le das la oportunidad...

—¿De conocer mi vergüenza... mi locura? No temas, Amelia; si él me pidiera que me casara con él, le diría la verdad.

—¿Y por qué asumes que él se retractará? Oh, estoy de acuerdo; debes ser sincera, él oiría la historia tarde o temprano, y tendría razón para sentirse resentido al escucharlo de otros que no seas tú. Pero es un espléndido muchacho, Evelyn; me gusta más con cada día que pasa. Él no...

—Es un hombre —dijo Evelyn, en un tono de cansada sabiduría que me habría hecho reír, si no hubiera estado tan afligida por ella —. ¿Qué hombre podría olvidar o perdonar tal cosa en su esposa?

—Bah —dije.

—Si yo tuviera algo que ofrecerle —continuó Evelyn apasionadamente—. La fortuna que una vez desprecié sería un don del cielo para él y su hermano. Si sólo...

—¿No creerás que ese espléndido joven te rechazaría por tu paso en falso y te perdonaría por una fortuna, verdad? —exigí indignadamente.

Los ojos de Evelyn se estrecharon.

—Amelia, ¿por qué hablas como si tuvieras cien años? Walter es sólo unos años más joven que tú, y tú aún estás en la flor de la vida. En la última semana parece que hubieras bebido de la fuente de la juventud; te ves más joven y más atractiva cada día.

La contemplé con asombro.

—Venga, ahora, Evelyn, no dejes que tu cariño por mí destruya tu sentido estético. He sido restregada por la arena, azotada por el viento, desecada y quemada por el sol, y he arruinado cada vestido decente que poseo. Olvídate de mí, y permítenos resolver tu problema de una vez por todas. Si sólo me escucharas...

—Te honro y te quiero —interrumpió ella, con voz baja—. Pero en este asunto no puedo seguir nada salvo mi propia conciencia.

—Pero es una tontería —me lamenté—. Amas esta vida. Tu aparente fragilidad oculta una voluntad de hierro; podrías ser tanto una ayudante como una esposa para Walter.

—Tú eres quién ama esta vida —dijo Evelyn, mirándome con curiosidad—. ¡Qué arqueólogo serías, Amelia!

—Hmmm —dije—. Es verdad. Es de lo más inoportuno que no

haya nacido hombre. Emerson me aceptaría como un colega; mi dinero apoyaría su trabajo; qué espléndidos momentos tendríamos, trabajando y peleándonos juntos. Oh, es una pena que sea una mujer. Emerson estaría de acuerdo.

—No estoy tan segura —dijo Evelyn. Había una débil sonrisa en sus labios.

—Me estás distrayendo otra vez —me quejé—. No puedes evitar la cuestión, Evelyn. Supón que yo financiara...

—No, Amelia —dijo Evelyn. Yo sabía que ese suave tono era tan concluyente como el gruñido de Emerson.

—Entonces acepta la oferta de Lucas. No, no, lo que quiero decir es su oferta de dinero. La mitad de la fortuna de su abuelo es tuya, moralmente. Si realmente crees que Walter aceptaría...

—Amelia, eso no es digno de ti. ¿Podría aceptar la generosidad de Lucas y usarla para comprar el afecto de su rival?

—Pones las cosas de tal manera —refunfuñé—. Es el camino honesto. —La animación de Evelyn se había esfumado; ella estaba pálida y triste.

—No, Amelia. No puedo... casarme con Lucas, tampoco aceptaré un penique de él. ¿Estás tan preocupada por librarte de mí? Me había atrevido a imaginar una vida juntas... Envejecer contigo, hilando lana, cuidando gatos y manteniendo un jardín en algún sitio del campo. Podríamos ser felices ¿no es así? ¡Oh, Amelia, no llores! Nunca te he visto llorar; no lo hagas por mi culpa...

Me abrazó y nos unimos, ambas sollozando violentamente. No lloraba a menudo, es verdad; no sé por qué estaba llorando en ese momento, pero lo encontré tranquilizante. Entonces me dejé ir, retorciéndome en la exuberancia de la emoción abiertamente expresada, y Evelyn me hizo llorar aún con más fuerza con las tiernas expresiones que ella decía ahogadamente.

—Realmente te quiero, Amelia; eres más querida para mí que cualquier hermana. Tu bondad, tu sentido del humor, tu piadoso carácter...

La última frase apeló demasiado fuertemente al sentido del humor que ella acababa de mencionar; dejé de llorar y comencé a reírme con desgana.

—Mi queridísima Evelyn, tengo el carácter de un demonio, y la disposición de una mula terca. ¡Qué hermosa es la amistad, que te

hace ciega a la verdadera naturaleza del amigo! Bien, niña, no llores más; sé por qué lloras, y no es debido a mi piadosa naturaleza. Supongo que el Omnipotente ordenará nuestras vidas como Él crea adecuado, y no hay ninguna razón para que nos preocupemos. He decidido no aceptar del todo Sus decretos; pero pase lo que pase, tú y yo no nos separaremos hasta que pueda entregarte a un hombre que te merezca. Aquí, sécate los ojos, y luego dame el pañuelo para que yo pueda secar los míos. No espero necesitar más de un pañuelo esta tarde.

Restregamos nuestras caras mojadas y seguimos con nuestro acicalamiento. Evelyn tenía un comentario más que hacer.

—Hablas como si yo fuera quien te va a dejar. ¿Seguirás conmigo, Amelia, para hilar la lana y bañar a perros falderos, después de que te hayas casado?

—Es el comentario más ridículo que hayas hecho —dije—. Y muchos de tus comentarios han sido muy tontos.

Capítulo 8

Cuando salimos del sepulcro, con los ojos algo enrojecidos y usando prendas de ropa limpias, encontramos reunidos a los hombres. Lucas había traído suficientes cosas como para surtir una tienda; había flores sobre la mesa y un reluciente juego de platería y cristal. La mirada en el rostro de Emerson mientras contemplaba la mesa elegantemente arreglada fue casi suficiente para compensar lo absurdo de la situación.

Lucas iba vestido con un traje limpio, impecable y costoso, hecho a la medida. Se puso de pie de un salto cuando aparecimos y sostuvo una silla para Evelyn. Walter sostuvo otra para mí. Lucas nos ofreció jerez. Se comportaba como si fuera el anfitrión. Emerson, que ahora contemplaba fijamente la puntera de sus deplorables botas, no decía nada. Tenía el brazo aún sujeto al costado, y llegué a la conclusión de que se sentía demasiado mal para ser tan desagradable como siempre.

—Tanta elegancia —comenté, mientras Lucas me alcanzaba una delicada copa—. Aquí no estamos acostumbrados a los lujos, su Señoría.

—No veo razón para privarse de las comodidades —respondió sonriendo—. Si el ascetismo fuera necesario, me atrevería a decir que me encontraría dispuesto a aceptar las más estrictas medidas; pero mientras el amontillado[10] y el cristal estén disponibles, haré uso de ellos.

Levantó su copa en un saludo fingido. No contenía amontillado, el líquido era más bien casi tan oscuro, con un matiz de color ámbar. Mi padre nunca bebía licores, pero mis hermanos no eran tan abstemios. Miré con ojo crítico la copa, y comenté:

—¿Piensa usted que beber es prudente? Debemos permanecer vigilantes esta noche. ¿O ha dejado de lado sus planes de esperar a nuestro visitante?

—¡Claro que no! Tengo una buena cabeza para el alcohol, señorita Amelia, y un poco de whisky sólo agudiza mis sentidos.

—Esa es la vana ilusión común en los bebedores —dijo Walter. Su tono era ofensivo. Lucas le sonrió.

—Apreciamos tu opulencia, Lucas —dijo Evelyn—, pero no es realmente necesaria. ¡Qué pesada carga debe ser para tu *dahabbiya*!

—Hubiera sido una carga más pesada si hubiese hecho las cosas a mi manera —replicó Lucas—. Sus cajas han arribado a El Cairo, Evelyn. Intenté traerlas conmigo; pero ese viejo cascarrabias, Baring, se negó a entregármelas.

—Ah, ¿sí? —dije—. Era un conocido de mi padre.

—Estoy bien enterado de eso. Debería sentirse halagada, señorita Amelia, de que el nuevo amo de Egipto se haya tomado el trabajo de ocuparse personalmente de sus asuntos. Las cajas le fueron enviadas a usted, dado que las señas que el cónsul de Roma tenía de Evelyn eran las suyas. Baring se hizo cargo de ellas en El Cairo y las custodia como el dictador que es. Le expliqué mi parentesco con Evelyn, pero se mantuvo inflexible.

—Tal vez su reputación le ha precedido —dije suavemente.

Era imposible ofenderlo. Se rió con ganas.

—Oh, claro que sí. Fui a la universidad con un joven pariente de Baring. Me temo que ciertas, eh, aventuras, han llegado a los distinguidos oídos del caballero.

—Eso no importa —dijo Evelyn—. Estoy agradecida por tus esfuerzos, Lucas, pero no necesito nada más que lo que tengo.

—No necesitas nada más que a ti misma —dijo Lucas afectuosamente—. Y eso es un tesoro suficiente. Pero tus necesidades y tus deseos son cosas muy distintas, Evelyn, algún día te convencerás de que es mejor aceptar lo que te mereces; aunque todos los tesoros enterrados de los faraones no podrían equipararse a tu real valía.

Evelyn se sonrojó y se quedó callada; era demasiado amable para reprocharle sus comentarios, los cuales estaban, por decir menos, fuera de lugar en ese momento y en aquella compañía. Me sentí bastante exasperada con la muchacha; ¿no podía ver que su respuesta a los floridos cumplidos de Lucas sólo inflamaba los celos del pobre Walter? Con la excesiva sensibilidad de los enamorados, éste malinterpretaba cada sonrojo, cada mirada.

Emerson apartó la vista de la puntera de sus botas y me miró frunciendo el ceño.

—¿Vamos a sentarnos aquí toda la noche intercambiando cumplidos? Peabody, sin duda usted habrá planeado los entretenimientos para la velada; ilumínenos sobre qué debemos hacer.

—No he pensado mucho en ello.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no?

Había descubierto que la manera más segura de molestar a Emerson era ignorar sus comentarios provocativos y responder como si se hubiera expresado en un cortés intercambio común y corriente.

—He estado pensando en la tumba real —expliqué—. En la salvación de la pequeña princesa y sus afligidos padres. Evelyn debería reproducirlo. Lo haría maravillosamente.

—Estoy sorprendido de que lo sugiera —exclamó Lucas—. Después de lo que sucedió hoy...

—Oh, no quiero decir que deba hacerlo ahora mismo, sino más adelante, cuando la situación haya sido esclarecida. Dado que su relación con Evelyn ha sido tan distante, Lucas, tal vez no sepa que es una espléndida artista. Ya ha hecho un cuadro del pavimento que fue destruido.

Lucas insistió en ver ese cuadro y lo exaltó excesivamente. La conversación se tornó hacia temas arqueológicos, y se le recordó el rollo de papiro que había mencionado.

—Hice que los portadores lo recogieran —dijo, buscando dentro de una caja a su lado—. Aquí tiene, Sr. Emerson. Dije que se lo entregaría y cumplo mi palabra.

El papiro estaba guardado en un estuche de colorida madera tallada, excepto por una única sección, la cual Lucas había desenrollado.

—La he puesto entre dos láminas de vidrio —explicó—. Parece ser el mejor método para evitar que continúe desintegrándose.

—Al menos tuvo bastante sentido común como para eso —refunfuñó Emerson—. Déselo a Walter, si es tan amable, su Señoría. Yo podría dejarlo caer, al tener sólo una mano sana.

Walter tomó en las palmas de las manos la sección enmarcada, tan gentilmente como si fuera un bebé. El sol se estaba poniendo, pero aún había luz más que suficiente. Mientras Walter se inclinaba sobre el pliego de papiro, un mechón de cabello cayó sobre su ceja. Sus labios se movían como si recitara una plegaria silenciosa. Parecía haber olvidado nuestra presencia.

Me incliné hacia adelante para ver mejor. Me pareció que el papiro se encontraba en bastante buen estado, comparado con otros que había visto en tiendas de antigüedades. Estaba parduzco por los años y los bordes se desmenuzaban, pero la escritura en tinta negra resaltaba claramente en el conjunto. Alguna que otra palabra estaba escrita en rojo, las cuales no habían perdurado tanto; se habían descolorido a un herrumbre marrón. Por supuesto que no tenía ninguna idea en absoluto de qué decía la escritura. Se parecía a la escritura jeroglífica; uno podía distinguir ocasionalmente la forma de un pájaro o una figura en cuclillas, cada una de las cuales representaba una letra en el antiguo alfabeto figurativo de los egipcios. Pero la mayoría de las letras eran formas abreviadas y se parecían a una escritura a mano como el arábigo, más que escritura jeroglífica.

—Es un espléndido hierático —dijo Emerson, quien se inclinaba sobre el hombro de su hermano—. Mucho más próximo a los jeroglíficos que otros que he visto. ¿Puedes descifrarlo, Walter?

—¿Quiere decir que el señorito Walter puede leer tal garabato? —exclamó Lucas.

—Señorito Walter —dijo secamente su hermano— es uno de los más destacados expertos mundiales en lenguaje antiguo. Yo sé un poco, pero soy fundamentalmente un excavador. Walter se ha especializado en filología. ¿Y bien, Walter?

—Tu parcialidad hace que me elogies demasiado —dijo Walter, devorando ávidamente la indescifrable escritura con los ojos—. Debo mostrarle esto a Frank Griffith; está con Petrie en Naucratis durante ésta temporada, y a menos que suponga mal, será uno de

nuestros estudiosos destacados. De todas maneras, creo que puedo descifrar unas pocas líneas. Estás en lo correcto, Radcliffe; esto es un espléndido hierático. Lo cual —explicó al resto de nosotros— era la escritura en cursiva usada en documentos y registros. Los signos jeroglíficos eran demasiado complejos y recargados para los escribas de un ajetreado reino. El hierático se desarrolló a partir de los jeroglíficos, y si miran atentamente, verán cómo los signos se parecen a los dibujos originales.

—¡Ya veo! —irrumpió Evelyn. Ahora todos estábamos inclinados sobre el papiro, excepto Lucas, quien bebía a sorbos de su whisky y nos observaba con su condescendiente sonrisa—. Este es sin duda un búho, la letra "m". Y la siguiente palabra se parece mucho al hombre sentado, el cual es el pronombre "Yo".

—Perfecto, absolutamente correcto —Walter estaba encantado —. Aquí está la palabra para "hermana". En egipcio antiguo, eso podría significar... —Su voz vaciló. Evelyn, sensible al menor cambio en sus impresiones, regresó a su silla silenciosamente.

—Hermana y hermano eran expresiones de cariño —dijo Emerson, finalizando la oración que su hermano había comenzado —. Un amante hablaba de su enamorada como "su hermana".

—Y éste —dijo Walter en voz baja— es un poema de amor.

—Espléndido —exclamó Lucas—. Léalo para nosotros, señorito Walter, si es usted tan amable.

Lucas había insistido en que fuéramos informales; pero al dirigirse a Walter por el título infantil estaba ciertamente encaminado a provocar. En ésta ocasión no tuvo ningún efecto; Walter estaba demasiado absorto en sus observaciones.

—Sólo puedo desentrañar unas pocas líneas —dijo—. No debería haberlo desenrollado, Lord Ellesmere; la hendidura pasa a través de parte del texto. Como sea, en esta parte se lee:

Me sumerjo contigo dentro del agua

Y vuelvo hacia ti otra vez

Con un pez rojo, que es... precioso sobre mis dedos.

—Aquí hay una brecha. Los enamorados están a la orilla del agua; un estanque, o el Nilo. Ellos... ellos disfrutan en el agua fresca.

—Para mí no suena como un poema de amor —dijo Lucas escépticamente—. Si yo ofreciera un pez, rojo o blanco, como

ofrenda de amor a una de las damas que conozco, no lo recibiría graciosamente. Una gargantilla de diamantes sería mejor recibida.

Evelyn se movió ligeramente en su silla. Walter siguió adelante:

—Esto es ciertamente una declaración de amor. Él está sobre una orilla del río...

El amor de la hermana está en aquella orilla;
Una extensión de agua en medio
Y un cocodrilo esperando sobre el banco de arena.
Pero me zambullo en el agua, camino en contra de la corriente;
Mi corazón es valiente contra el agua
Es el amor de ella el que me hace fuerte.

Se hizo un breve silencio cuando dejó de hablar. No sé que me impresionó más, el curioso encanto de las líneas o la pericia con la cual el modesto joven las había descifrado.

—Estupendo, Walter —grité, olvidando el decoro en mi entusiasmo—. Cuán inspirador es darse cuenta de que las nobles emociones humanas son tan antiguas como el hombre mismo.

—Me parece a mí no tanto nobles como imprudentes —dijo Lucas perezosamente—. Cualquier hombre que salte a un río habitado por cocodrilos se merece que lo devoren.

—El cocodrilo es un símbolo —dije desdeñosamente—. Un símbolo de los peligros y dificultades a los que cualquier amante fiel se arriesgaría con tal de conquistar a su enamorada.

—Eso es muy inteligente, señorita Amelia —dijo Walter, sonriéndome.

—Demasiado inteligente —gruñó Emerson—. Intentar leer las mentes de los antiguos egipcios es un asunto arriesgado, Peabody. Es más probable que el cocodrilo sea una típica extravagancia de enamorados, un alarde que suena bien, pero que ningún hombre juicioso llevaría a cabo.

Estaba a punto de replicar cuando Evelyn cayó en un acceso de tos.

—Bien, bien —dijo Lucas—. ¡Cuán feliz estoy de que mi pequeña ofrenda haya demostrado ser tan interesante! Pero, ¿no piensan que debemos hacer planes para esta noche? El sol casi se ha puesto.

Era una de las más impresionantes puestas de sol que jamás hubiera contemplado. El fino polvo en la atmósfera produce

asombrosas condiciones de luz, como no lo permite nuestro brumoso aire inglés. Había algo casi amenazante en el ocaso esa tarde; grandes bandas rojo sangre y púrpura real, azul translúcido como el vitrificado sobre la cerámica antigua, dorado y ámbar con reflejos cobrizos.

Le pregunté a Lucas si su equipo podría ayudarnos a vigilar el campamento, pero él negó con la cabeza.

—Evidentemente se encontraron hoy con algunos de los aldeanos. Su equipo también ha sido infectado, señorita Amelia. No me sorprendería si todos ellos huyeran.

—No pueden hacer eso —exclamé—. ¡Les estoy pagando! Tampoco creo que *Reis* Hassan abandonaría su responsabilidad.

—Tendrá alguna excelente excusa —dijo cínicamente Lucas—. Vientos adversos, clima amenazador, cualquier excusa para lanzar amarras en otro lado.

Me di cuenta entonces de que alguien estaba a mi lado. Dándome la vuelta, contemplé a Michael, a quien no había visto en todo el día.

—Sitt Hakim —como siempre se dirige a mí—. Debo hablarle en privado.

—Ciertamente —dije, aunque estaba sorprendida de su pedido y de que interrumpiera nuestra conversación.

—Después de cenar —dijo Lucas, dirigiendo al pobre hombre una mirada afilada. Michael retrocedió, y Lucas agregó—. Michael, o como sea tu nombre, no te necesitamos. Mis hombres servirán la comida. Les prometí que podrían volver antes del anochecer. La señorita Peabody hablará contigo más tarde.

Michael obedeció, con una última mirada suplicante hacia mí. Tan pronto como estuvo lo suficientemente lejos como para no escucharnos, dije:

—¡Lucas, en realidad no puedo permitir que usted ande reprendiendo a mis criados!

—¡Mi nombre de pila! —exclamó Lucas, con una amplia sonrisa —. Ha caído al fin, señorita Amelia; me ha hecho el honor de dirigirse a mí como a un amigo. Debemos brindar por eso. —Y rellenó su copa de vino.

—Ya hemos, usando la palabra libremente, bebido demasiado —repliqué—. En cuanto a Michael...

—Santo cielo, tanto escándalo por un criado —dijo Lucas despectivamente—. Creo saber sobre qué quiere hablarle, señorita Amelia, y si yo fuera usted no tendría tanta prisa por oírlo.

Levantó su copa como admirando el brillo del líquido en la luz mortecina.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Lucas se encogió de hombros.

—Vaya, pues que el tipo intenta largarse. Mis hombres me dicen que es un completo miedoso. Es debido a su farfulleo, y no en pequeña medida, a lo que atribuyo la cobardía de mis hombres. Sin duda tendrá alguna falaz excusa para abandonarla, pero la dejará de todas formas.

—No lo puedo creer —dijo Evelyn con firmeza—. Michael es un buen hombre. Leal, dedicado...

—Pero es un nativo —finalizó Lucas—. Con las debilidades de un nativo.

—Y usted está bastante familiarizado con las debilidades de los, eh, nativos —acotó Emerson. No había dicho mucho; por una vez su crispante ronroneo, como el resuello gutural de un enorme e irascible felino, no ofendió mis oídos.

—Los seres humanos son muy semejantes por todo el mundo —replicó Lucas con negligencia—. Los ignorantes siempre tienen sus supersticiones y su debilidad por el dinero.

—Me inclino ante sus superiores conocimientos —dijo Emerson —. He estado bajo la impresión de que no son sólo los ignorantes los que se corrompen por dinero.

—No puedo creer que Michael nos vaya a abandonar —dije, poniendo fin a la disputa—. Más tarde hablaré con él.

Pero más tarde fui forzada a admitir, por más que no me gustara nada, que Lucas había estado en lo correcto. Michael no estaba por ningún lado. Al principio, cuando no me buscó, asumí que había cambiado de parecer con respecto a querer hablar conmigo. No fue hasta que comenzamos a pensar en nuestros planes para la noche que nos dimos cuenta de que había desaparecido. Una búsqueda no aportó ningún rastro de él. Los sirvientes de Lucas, el más desarrapado grupo que hubiera visto, hacía mucho que habían partido, así que no pudimos preguntarles si lo habían visto.

—Ni siquiera ha tenido el coraje de presentarle a usted sus

excusas —dijo Lucas—. Contando con eso, se ha arrastrado lejos de aquí.

Pensé que la deserción de Michael nos había dejado en una condición bastante seria, pero cuando expresé la idea, Lucas se rió de mi preocupación.

—Deberíamos ir a tomar nuestros puestos —continuó Lucas—. Con el debido respeto a sus disposiciones, no creo que hayan encarado el asunto muy sensatamente.

—Escuchemos sus planes —dijo Emerson humildemente. No pude imaginar qué bicho le picó al hombre. Excepto por breves arrebatos de ironía, había adoptado una actitud de servil docilidad hacia Lucas, un hombre considerablemente más joven en edad y ciertamente inferior a él en experiencia. Tampoco podía creer que era la debilidad física lo que le refrenaba la lengua. Emerson criticaría al mismo Viejo Nick[11] cuando el individuo viniera a llevárselo mientras yaciera agonizante.

—Muy bien —dijo Lucas, hinchándose visiblemente—. No veo razón alguna para vigilar la aldea. Si vuestro villano intenta ahuyentarnos, vendrá hacia aquí, y es aquí donde debemos concentrar nuestras fuerzas. Pero no debemos demostrar fuerza. Ustedes lo espantaron la otra noche...

—Oh, ¿piensa que es eso lo que sucedió? —preguntó seriamente Emerson.

—Sólo observen la secuencia. La primera vez que vino se aventuró hasta la entrada de la residencia de las damas y permaneció allí por algún tiempo, si el testimonio de la señorita Amelia debe ser considerado cierto...

—Lo es —dije, apretando los dientes.

—Ciertamente no quise decir..., Muy bien, en tal caso; a la noche siguiente, cuando Evelyn lo vio, no sabemos cuán lejos había llegado. Puede no haberlo hecho más lejos que aquel punto, más abajo, donde ella lo vio. Pero en la tercera ocasión fue definitivamente cauteloso; nunca llegó del todo al saliente, y fue como si supiera que estaba despierta y esperando por él.

Incluso en la oscuridad pude sentir la ira creciente de Walter. El tono que Lucas había asumido era de verdad completamente insufrible. No me sorprendí cuando el muchacho interrumpió el discurso de Lucas con una voz que temblaba con sus esfuerzos por

mantener el control.

—Si usted tiene la intención de sugerir, Lord Ellesmere, que el infiel vio a Abdullah y a mí mismo, le aseguro...

—No, no, mi querido amigo —exclamó Lucas—. ¡Tengo la intención de sugerir que su amigo Mohammed fue advertido con antelación!

Hubo una apagada exclamación por parte de Emerson. Me sonó como si se estuviera estrangulando con un juramento que no se atrevía a decir en voz alta. Lucas lo tomó por una expresión de disgusto, y asintió con la cabeza gentilmente al hombre mayor.

—Sí; Michael. Estoy convencido de que ha estado en alianza con los aldeanos. Sin dudas le prometieron parte del botín.

—¡Botín! —exclamó Evelyn, con inusual calor—. ¿Qué recompensa podrían ofrecer, cuando son tan pobres que no pueden vestir a sus propios niños?

—Veo que no lo has considerado bien —dijo Lucas muy satisfecho de sí mismo—. Quizás yo pueda ver más claramente porque me he distanciado del terror que les ha angustiado los últimos días.

—Ilústrenos —dijo Emerson, pronunciando entre dientes. Los veía brillando en la oscuridad, como los colmillos de un lobo.

Lucas se reclinó en la silla. Estiró sus largas piernas y se contempló las botas con admiración.

—Me pregunté a mí mismo —comenzó—, qué motivo podría tener ésta gente para ahuyentarles. La mala intención no es explicación suficiente; necesitan el dinero que les está pagando. ¿No les parece obvia la respuesta? Por generaciones estos *fellahin* han estado robando las tumbas de sus antiguos ancestros. Sus hallazgos llenan las tiendas de antigüedades de El Cairo y Luxor, y ustedes los arqueólogos están siempre quejándose de que cada vez que encuentran una tumba, los nativos han estado allí antes. Sugiero que los aldeanos han descubierto recientemente una tumba, una de gran riqueza, o no estarían tan ansiosos por ahuyentarles antes de que puedan encontrarla.

La explicación se me había ocurrido, por supuesto. La había descartado, no obstante, y ahora expresé mis objeciones en voz alta.

—Eso significaría que todos los aldeanos están aliados con Mohammed. No creo que sea así. Si hubiera visto el trémulo miedo

del viejo alcalde...

—Ustedes, las damas, confían siempre en las personas —dijo Lucas—. Estos aldeanos son mentirosos innatos, señorita Amelia, y expertos en la simulación.

—Si realmente creyera que tal tumba existe, se requeriría un terremoto para hacerme marchar —dijo Emerson.

—Naturalmente —dijo Lucas alegremente—. Me siento de la misma manera. Razón de más para atrapar a nuestra Momia antes de que pueda hacer cualquier daño serio.

—Si su explicación es correcta, su Señoría, atrapar a la Momia no solucionará el problema. —Fue Walter quien habló—. Según usted, el poblado entero sabe que la Momia es un fraude. Desenmascararle no cambiará sus intenciones de forzarnos a marchar.

—Pero nos reportará un rehén —explicó Lucas con tolerancia—. El propio hijo del alcalde. Le obligaremos a dirigirnos hacia la tumba y luego despacharemos un mensaje de vuelta a El Cairo por refuerzos. Además, una vez que hayamos puesto al descubierto la supuesta maldición podríamos ser capaces de enrolar a las tripulaciones de los botes para ayudar a guardar la tumba. Consideran salvajes a los aldeanos; lo único que tienen en común es su supersticioso terror de los muertos.

—Otra objeción —dije—. Si Michael es un traidor, aunque todavía lo encuentro difícil de creer, entonces habrá advertido al poblado de nuestros planes para ésta noche. La Momia estará otra vez en guardia.

—Qué mente espléndidamente lógica tiene usted —exclamó Lucas—. Eso es muy cierto; y apunta a mi siguiente sugerencia. Debe parecer que estamos con la guardia baja, y tenemos que ofrecer a la Momia un cebo, a fin de atraerlo hacia nuestras garras.

—¿Qué tipo de señuelo? —preguntó Walter con recelo.

—No lo he pensado —dijo Lucas negligentemente—. Ha parecido que bebía más de lo que realmente he hecho, a fin de dar la impresión de que dormiré profundamente. Desearía que ustedes dos, caballeros, hubieran hecho lo mismo, pero evidentemente han fallado en seguir mi razonamiento. ¿Tienen ustedes cualquier sugerencia, en la dirección que he indicado?

Se hicieron varias sugerencias. Walter se ofreció a tomar su

puesto a alguna distancia, y luego fingir quedarse dormido. Emerson propuso hacerse notar en el claro y consumir una botella entera de vino, y luego derrumbarse sobre la arena como abrumado por la embriaguez. Esta última idea fue recibida con el callado desdén que merecía, y nadie habló durante un rato.

Entones Evelyn se movió y dijo:

—Creo que sólo hay un objeto que podría atraer a la criatura como para aventurarse lo suficientemente cerca para ser apresada. Me escabulliré para dar un paseo después de la medianoche. Si me encuentro lo suficientemente lejos del campamento...

El resto de su frase fue ahogada por nuestros gritos de protesta. Sólo Lucas permaneció en silencio; cuando la voz de Walter se extinguió, dijo pensativamente:

—¿Pero por qué no? No habría ningún peligro; el miserable sólo quiere coger a uno de nosotros solo, para jugarnos alguna ridícula broma.

—¿Llama usted a esto una ridícula broma? —preguntó Emerson, indicando su hombro vendado—. Está loco para considerar tal cosa, su Señoría. Walter —agregó severamente— guarda silencio. No hables si no puedes hablar con calma.

—¿Cómo podría cualquiera hablar con calma de una cosa así? —bramó Walter, en una buena imitación del mejor rugido de su hermano.

—En cualquier circunstancia es una idea atroz; pero recordando lo que dijo ese canalla de Mohammed, cuando estábamos en el poblado...

Retrocedió, echándole un vistazo a Evelyn.

—Lucas no lo sabe, Walter —le dije con firmeza.

—Pero yo sí. Oí por casualidad a Amelia y al Sr. Emerson hablando de eso. Con seguridad eso hace mi plan más factible.

Walter echaba chispas mudo de rabia. Lucas, por supuesto, demandaba saber de qué estábamos hablando. En vista de que Evelyn ya sabía lo peor, no vi razón para dejar de repetir la declaración para Lucas, y lo hice agregando:

—Después de todo, Evelyn, has sido vanidosa al asumir que la Momia sólo está interesada en ti. Mohammed me miraba a mí cuando estaba hablando; pienso que si tú vas a dar un paseo, yo también estaré disponible. Le daremos la posibilidad de elegir a su

presa. Quién sabe, tal vez prefiera a un tipo de dama más madura.

Esta vez la enérgica protesta fue dominada por la voz de toro de Emerson.

—¿Por qué, Emerson? —dije— ¿Tiene la intención de sugerir que la Momia no estará intrigada por mí? No debe insultarme.

—Es una tonta, Peabody —dijo Emerson con furia—. Y si supone que voy a permitir una conducta tan idiota, imbécil, estúpida...

El plan se organizó como había sugerido yo. Mientras lo discutíamos, se hizo más complejo. Al decir "discutíamos", me refiero a Evelyn, Lucas, y a mí misma. La contribución de Emerson se plasmó en un ruido sordo y bajo, como el sonido de un volcán a punto de hacer erupción. El tenso silencio de Walter era casi igual de amenazador. Se tomó el comportamiento de Evelyn como prueba de un entendimiento entre ella y Lucas, y reaccionó consecuentemente; no fue para nada difícil fingir una discusión, lo cual era parte de nuestro plan, en caso de que algún espía estuviera observando. Nos separamos cáusticamente. Walter trató de hacer una última protesta, y Lucas respondió sacando una pistola.

—Estaré todo el tiempo a menos de diez pasos de Evelyn —dijo en un susurro entusiasta, sosteniendo la pistola de modo que nadie fuera de nuestro grupo pudiera verla—. Pienso que nuestro vendado amigo se desalentaría sólo por ver esto. Si no, no tengo escrúpulos en usarla.

—¿Y yo qué? —pregunté.

Emerson fue incapaz de dejar pasar la oportunidad.

—Dios ayude a la pobre Momia que se encuentre con usted, Peabody —dijo con amargura—. Deberíamos proporcionarle una pistola, para equilibrar las probabilidades.

Diciendo esto, se marchó indignado seguido por Walter. Lucas rió entre dientes y se frotó las manos entre sí.

—¡Qué aventura! ¡Apenas si puedo esperar!

—Tampoco yo —dijo Evelyn—. Amelia, ¿lo reconsiderarías?

—Claro que no —dije en voz alta, y me marché con la cabeza alta. No me gustaba dejarlos solos a los dos juntos, pero me pareció acertado para sumarlo a la impresión de mala voluntad. Sería de ayuda más tarde, cuando Evelyn y yo escenificáramos nuestra discusión.

Era una discusión de un solo lado, pues Evelyn no podría ni

siquiera fingir gritarme. Yo compensé la deficiencia, y acabé la discusión saliendo furiosa de nuestra tumba con la almohada y la colcha bajo el brazo. Las llevé saliente abajo y dentro de la pequeña tienda que Michael había estado ocupando. Cualquier observador podría asumir sencillamente que Evelyn y yo habíamos tenido una riña, y que me había negado a compartir nuestro alojamiento.

No podía encender una luz, dado que sería visible a través de las paredes de lona de la tienda. No era una verdadera tienda de campaña inglesa, sólo un refugio bajo de lona; dentro no podía estar de pie. Acuclillándome en la arena, que era el suelo del refugio, pensé seriamente en el hombre que había sido su ocupante. No estaba del todo convencida de que Michael se hubiera marchado por propia voluntad. Por supuesto, los hombres son criaturas frágiles; una no espera que muestren la resolución propia de las mujeres. De todos modos, no me gustaba tener que retractarme de mi juicio sobre Michael, y estaba decidida a registrar la tienda con la esperanza de encontrar alguna pista. Había suficiente luz desde fuera para dejarme ver que las escasas posesiones de Michael habían sido retiradas; pero mientras me movía dentro de la tienda, mis dedos tocaron un objeto enterrado en la arena. Lo desenterré. No fue necesario ver la luz de luna brillando sobre la superficie metálica para comprender lo que era. Un crucifijo. Parte de la cadena todavía estaba allí, pero sólo una parte. Había sido arrancada, no desabrochada de la manera usual.

Mis dedos se cerraron apretados sobre el pequeño objeto. Michael nunca lo hubiera dejado; era la única cosa de valor que poseía, como un amuleto en contra del mal. La rotura de la cadena confirmó mi temor. Se había roto durante una lucha.

Sin hacer caso de posibles observadores, gateé alrededor en el reducido espacio buscando otras pistas, pero no encontré nada. Me sentí aliviada; temía encontrar manchas de sangre.

Tan absorta me encontraba en mis sospechas y las conjeturas que siguieron a mi hallazgo que el tiempo pasó volando. Un sonido desde afuera me trajo de vuelta a mí misma. Sentada, me estiré, levantando un borde de la lona y espié hacia fuera.

No había nada para ver, concretamente nada. Había calculado mal, y maldije mi estupidez. La tienda estaba detrás de un pequeño risco de piedras caídas que se extendían desde el acantilado; no

podía ver el saliente, o las entradas de la tumba. Eso nunca funcionaría. Debía estar en posición de ayudar a Evelyn si la Momia la perseguía; y, a pesar de mi alarde, no pensaba realmente que fuera tras de mí. Retorciéndome para salir de debajo de la tienda, comencé a gatear hacia adelante. En breve alcancé el final del risco y, levantándome sobre mis rodillas, observé cautelosamente a mi alrededor.

Me enorgullezco del dominio de mí misma; pero confieso que casi dejo escapar un grito cuando vi lo que estaba parado más allá del risco, a sólo unos pocos metros de distancia. Nunca antes lo había visto tan cerca. Alegamos ser seres racionales, pero hay una veta de salvajismo primitivo en todos nosotros. Mi cerebro negaba la superstición con fuerza, pero alguna debilidad interna profundamente escondida gimoteó y se acobardó ante la vista de la cosa.

Era una visión espeluznante a la luz fría de luna. En aquel aire seco y despejado, la luna derrama una anormal luz engañosa; los pequeños detalles son visibles, pero las sombras se distorsionan y engañan a los ojos; el pálido resplandor priva a los objetos de su color real y les da un enfermizo matiz verde grisáceo. La Momia se destacaba con una débil luminiscencia. Las manos vendadas parecían los muñones de un leproso, estaban alzadas como en una súplica; la criatura permanecía a menos de seis metros de distancia, dándome la espalda. Encaraba al saliente, y la ciega cabeza estaba ladeada hacia atrás como si las cuencas sin ojos pudieran ver.

Si Evelyn llevaba a cabo nuestro plan, emergería pronto desde la tumba y comenzaría a caminar a lo largo del saliente. La esperé; sabía sólo que había cuatro hombres fuertes y alertas apostados en las cercanías. Pero cuando la ligera forma blanca apareció en la oscuridad enlutada de la tumba, me sobresalté tan violentamente como si hubiera visto un espíritu real.

Evelyn se detuvo por un momento mirando fijamente a las estrellas. Sabía que estaba tratando de reunir coraje para dejar la seguridad de la cornisa, y mi corazón se conmovió por ella. Evelyn no podía ver a la Momia. En el momento que emergió, la Momia se movió con horrorosa velocidad, hundiéndose detrás de una roca al pie del acantilado.

He escrito que tenía cuatro guardianes al alcance de la mano;

pero no estaba absolutamente segura de eso. A pesar de las burlas de Emerson, no soy una mujer estúpida. Ya había considerado una idea que se les debe haber ocurrido a mis lectores más inteligentes, y al tiempo que Evelyn giró y comenzó a descender lentamente, mi cerebro revisó rápidamente este razonamiento.

Me había impresionado la insistencia de Walter de que Mohammed no había dejado el pueblo en una ocasión en la que fuimos visitados por la Momia. Además, por más que me desagrade estar de acuerdo con Emerson sobre cualquier asunto, me parecía tal como a él, que la trama era no-egipcia, si puedo usar ese término. No sólo era demasiado sofisticada para la astuta pero no cultivada mente de Mohammed, sino que apestaba bastante a romanticismo europeo. Podría haber sido inventada por un lector de novelas góticas, inspirado por una princesa egipcia y otros horrores de ficción.

Si Mohammed no era la Momia, ¿quién era? No es de extrañar que cierto nombre me viniera inmediatamente a la mente; él tenía la inteligencia superficial aunque fértil, y el bizarro sentido del humor adecuado a la conspiración.

Era completamente consciente de las objeciones a mi teoría. La más importante era la cuestión del motivo. ¿Por qué debería Lucas, Lord Ellesmere, llegar a extremos tan absurdos para asustar a su prima? ¿O era a mí a quien trataba de asustar? Sin embargo, no estaba preocupada por ello; los motivos de Lucas estaban más allá de mi comprensión, y pensé que era posible que él tuviera alguna idea insensata, como aterrorizar a Evelyn para que se marchara de Egipto y aceptara su protección. Nunca tendría éxito, pero tal vez no tuviera suficiente sentido común como para darse cuenta de ello. Las otras objeciones eran más difíciles. Posiblemente, Lucas podría habernos cogido a tiempo para interpretar su papel; nos habíamos entretenido y detenido a lo largo del camino. Pero él no podía haber anticipado nuestra estancia en Amarna. Había sido puramente fortuita, desconocida para él con antelación.

A pesar de las objeciones, me aferré a la idea de villanía de Lucas. La verdad es que yo quería que él fuera un villano, un auténtico cocodrilo, como el del antiguo poema, que yacía a la espera del amante que buscaba conquistar a su bien amada. Me ha parecido siempre que el instinto femenino supera a la lógica. Así es

que pueden creer que esperaba con considerable interés para ver si Lucas aparecería o no a rescatar a Evelyn.

Mi corazón latió con simpatía por la muchacha mientras avanzaba a lo largo del sendero que la alejaba de la seguridad. Ella puso en escena un buen acto de indiferencia; sólo una vez, mientras pasaba las habitaciones de Walter y su hermano, vaciló y echó una mirada a un lado. Pero cuadró los hombros y siguió. Alcanzó el fondo del saliente y se puso en marcha a través de la arena.

Si continuaba en la ruta que había escogido, pasaría demasiado cerca de la Momia para mi comodidad. Me preguntaba si era yo la única que sabía la posición precisa de la criatura. No estaba segura de dónde permanecían ocultos los hombres; quizás no habían visto a la cosa. Si fuera así, era de mi incumbencia interferir antes de que Evelyn fuera mucho más allá. No conocía las intenciones de la criatura. Ya sería suficiente el impacto si meramente saltaba a la vista y empezaba a gemir y agitar los brazos. Pero supongamos que tratara de tocarla. El horror de aquello, para una chica del temperamento sensible de Evelyn, sería espantoso. Y sin embargo, si me movía muy precipitadamente tal vez ahuyentara a la cosa antes de que los hombres pudieran agarrarla. Vacilé, en una agonía de duda.

Evelyn estaba caminando directamente hacia la gran roca detrás de la cual la Momia permanecía encubierta. Pero... ¡espera! Se había ocultado allí; y luego ya no estaba en aquel lugar. Debía haberse escabullido mientras mi atención había estado enfocada en Evelyn. ¿Dónde estaba ahora? ¿Qué estaba pasando? ¿Y dónde estaban nuestros incondicionales protectores? Excepto por la delgada figura blanca de Evelyn, ni un alma viviente se movía a la luz de luna. El silencio era tan intenso que podía oír el latido de mi corazón.

¡Un destello de color pálido entre las rocas al pie del sendero! ¡Cuán silenciosamente se había movido la criatura! Ahora estaba entre Evelyn y el saliente; ella no podría retirarse a ese sitio seguro. Ya no podía aguantar más el suspense. Comencé a levantarme. En el mismo momento la Momia salió a espacio abierto, emitiendo un bajo y gimiente gruñido, que hizo que Evelyn girara sobre sí para enfrentarle.

No más de treinta pasos separaban al espeluznante monstruo de

su deseada presa. Las manos de Evelyn fueron a su garganta. Ella osciló. Traté de ponerme de pie, me pisé los pliegues de la bata, tropecé, caí desplomada, con los miembros enredados y desde esa posición, observé el siguiente acto del drama.

Con pasos lentos y acompasados la Momia avanzó hacia Evelyn, quien no se movió. Una de dos, o estaba paralizada por el terror, o estaba llevando a cabo su parte del plan con lo que me pareció una devoción excesiva. Había estado en las nubes por ver llegar a los hombres, y no estoy avergonzada de admitirlo. El rostro en blanco y sin rasgos de la cosa era más aterrador que cualquier posible cicatriz o distorsión en el semblante. Dos huecos oscuros, bajo las crestas de las cejas, eran el único signo de ojos.

Escarbando en la arena, pateando inútilmente, grité. Evelyn ni siquiera volvió la cabeza. Se quedó parada como anonadada, con las manos sujetas sobre el pecho, mirando a la cosa avanzar. Entonces, justo cuando estaba a punto de explotar de frustración y horror, ¡el auxilio llegó! Walter fue el primero en aparecer. De un sólo gran salto surgió desde la tumba y alcanzó el borde del acantilado. Se echó hacia abajo, preparándose para deslizarse por el barranco. En el mismo momento Lucas salió de atrás de una pila de rocas que lo ocultaban. Ni siquiera me sentí decepcionada ante el fracaso de mi teoría, estaba tan aliviada de verle, y de ver el arma de fuego que llevaba. Gritó y apuntó la pistola.

La Momia se detuvo. Permaneció inmóvil por un momento, su cabeza girando de un lado al otro, como si estuviera considerando su siguiente movimiento. Su apariencia de fría resolución era exasperante para mí. Finalmente logré liberarme de mis engorrosas faldas y me tambaleé al ponerme de pie. Otro grito de Lucas me detuvo justo cuando estaba a punto de correr hacia Evelyn. Su significado era claro; no quería que me pusiera en la línea de fuego. La pistola permanecía apuntada directamente al pecho vendado de la Momia, pero Lucas no disparó; solo tenía la intención de amenazar, y no pude evitar admirar su calma en ese tenso momento.

Lucas lentamente dio un paso adelante, con el arma preparada. La cabeza sin ojos se volvió hacia él; de la criatura surgió un horrible y maullante grito. Fue demasiado para Evelyn, cuyos nervios estaban ya tensos al punto de romperse. Se tambaleó, sufrió

un colapso y quedó tirada como un bulto en el suelo. Con otro gemido espantoso, la Momia avanzó pesadamente hacia ella.

Me sentí segura entonces de que las envolturas de la Momia no ocultaban la forma de Mohammed. Esta gente conocía las armas de fuego y tenían un saludable respeto por ellas. Al tiempo que el pensamiento pasaba por mi mente, Lucas disparó.

La explosión tronó a través de la noche silenciosa. La Momia se detuvo y se sacudió hacia atrás. Una extremidad vendada fue hacia su pecho. Conteniendo el aliento, esperé a verlo caer. ¡No lo hizo! Se aproximó, más lentamente, emitiendo ese bajo gruñido maullante. Lucas tomó puntería con cuidado y disparó otra vez. Unos diez metros los separaban a los dos; esta vez pude haber jurado que vi el proyectil alcanzar de lleno el centro del putrefacto cuerpo de la criatura. Nuevamente manoteó hacia el lugar donde la bala le había golpeado; de nuevo avanzó.

Lucas dio unos pocos pasos hacia atrás. Su cara brilló con una lividez sudorosa; su boca abierta lucía como una herida oscura. Tanteó el bolsillo de su chaqueta. Deduje que su arma contenía sólo dos balas y que ahora tenía que recargarla.

Walter había hecho una pausa, suspendido en el borde del precipicio, para ver lo que sucedía. Ni hay que decirlo, las acciones que ha tomado tanto tiempo describir sólo ocuparon algunos momentos de tiempo real. Ahora, con un grito de advertencia, Walter se dejó caer. Sus pies calzados con botas golpearon el montón de rocas sueltas en declive con fuerza suficiente para iniciar un derrumbe en miniatura, pero no perdió el equilibrio. Resbalando, deslizándose, corriendo, alcanzó la base y se abalanzó sin detenerse.

Lucas también estaba gritando, pero no podía oírle por el estrépito del desprendimiento de rocas. No habría sabido que estaba hablando si no lo hubiera visto mover los labios. Había acabado de cargar la pistola; la levantó. Grité, pero demasiado tarde. Llevado por el ímpetu del salto, Walter se lanzó hacia la amenaza al tiempo que Lucas disparaba por tercera vez. Y ésta vez su bala encontró un blanco vulnerable. Walter permaneció inmóvil. Volvió la cabeza hacia Lucas. Su expresión era de asombro absoluto. Luego su cabeza cayó sobre su pecho; sus rodillas se aflojaron; y colapsó boca abajo sobre la arena. Por espacio de un latido no se oyó ni un sonido.

Lucas estaba de pie, congelado, la pistola colgando de su laxa mano; su cara era una máscara de horror. Y entonces, de la Momia provino un sonido que me congeló la sangre en las venas. La criatura estaba riéndose, o mejor dicho aullando, con un júbilo atroz que recordaba los chillidos de un alma perdida. Todavía riéndose, retrocedió, y ninguno de los horrorizados observadores se movió para impedirlo. Incluso después de que la cosa se desvaneciera de la vista alrededor de la curva del acantilado, podía oír su espantosa risa reverberando en las paredes rocosas.

Capítulo 9

Cuando llegué junto a Walter encontré a Emerson allí frente a mí. Dónde había estado, o cómo había llegado, no lo sabía; el cerebro y los órganos de la visión estaban nublados por el horror. Arrodillándose junto a su hermano menor, Emerson arrancó del cuerpo la camisa manchada de sangre. Luego miró a Lucas, que se había unido a nosotros y estaba mirando al hombre caído.

—Un disparo por la espalda —dijo Emerson, con una voz que no le había oído hasta ahora—. Sus colegas cazadores en Inglaterra no lo aprobarían, Lord Ellesmere.

—Dios mío —tartamudeó Lucas, encontrando su voz por fin—. Oh, Dios mío... no quise decir... le advertí que se mantuviera alejado, él cruzó corriendo, no pude evitar... Por el amor de Dios, señor Emerson, no me diga que está... está...

—No está muerto —dijo Emerson—. ¿Cree que estaría sentado aquí, discutiendo el problema, si le hubiese matado?

Mis rodillas cedieron. Me senté de golpe en la arena caliente.

—Gracias a Dios —susurré.

Emerson me dirigió una mirada crítica.

—Recobre la compostura, Peabody, no es momento para un ataque de nervios. Debería ver a la otra víctima; creo que sólo se ha desmayado. Walter no está malherido. La herida es alta y limpia. Afortunadamente el arma de su Señoría usa balas de calibre pequeño.

Lucas dejó salir el aire. Una parte del color había regresado a su cara.

—Sé que no le gusto, señor Emerson —dijo él, con una humildad nueva y favorecedora—. ¿Pero me creerá cuando le digo que las noticias que acaba de darnos han sido lo mejor que he oído durante mucho, mucho tiempo?

—Hmm —dijo Emerson, estudiándole—. Sí, su Señoría; si es un consuelo para usted, le creo. Ahora vaya y échele una mano a Amelia con Evelyn.

Evelyn se movía débilmente cuando llegamos hasta ella, y cuando supo lo que le había sucedido a Walter estuvo demasiado preocupada por él para pensar en sí misma. Es asombrosa la fuerza que puede prestar el amor; resistiéndose a dejarse vencer por el terror, caminó al lado de Walter mientras su hermano le llevaba hasta la cama, e insistió en ayudarme a limpiar y vendar la herida.

Me alivió descubrir que la valoración de Emerson era correcta. No tenía ninguna experiencia con heridas de disparos, pero unas razonables nociones de anatomía me hicieron saber que la bala había atravesado la parte carnosa del hombro derecho, sin herir ningún hueso.

No tuve corazón para despachar a Evelyn, pero realmente ella era más un estorbo que una ayuda; cada vez que trataba de alcanzar una tela o un vendaje que se suponía que ella debía entregarme, la encontraba mirando embobada al muchacho inconsciente, con lágrimas en los ojos y sus sentimientos escritos en el rostro con toda claridad para todo el que la viera. Apenas podía culparla; Walter me recordaba a un hermoso Adonis griego, muerto entre los juncos. Era delgado, pero su desarrollo muscular era admirable; largas pestañas oscurecían sus mejillas, rizos caídos sobre su frente, y las juveniles curvas de su boca componían una imagen que atraería a cualquier mujer sensible a la belleza y el sentimentalismo.

Walter estaba consciente cuando terminé de vendar la herida. Al principio no hablaba, sólo me observaba fijamente, y cuando hube terminado me dio las gracias con una pálida sonrisa.

Su primera mirada, sin embargo, había sido para Evelyn; y habiéndose asegurado de que estaba a salvo, no la miró otra vez. Cuando ella se giró para irse con la palangana de agua, vi que sus labios temblaban.

Emerson había sacado una nueva atrocidad —una pipa atroz que hedía como una tarde calurosa de verano en una granja avícola— y estaba sentado en un rincón expeliendo nubes de humo apestoso. Cuando hube terminado con Walter, Emerson se puso en pie y se desperezó.

—El entretenimiento vespertino ha terminado, parece —comentó él—. Igual podemos dormir un poco durante lo que queda de la noche.

—¿Cómo puede hablar de dormir? —exigí—. Tengo un montón de preguntas y comentarios...

—Más vale tarde que nunca, supongo —dijo Emerson, chupando su pipa—. No creo que Walter deba ser motivo de conversación, Peabody. Es un hombre adulto, fuerte, para...

—Bueno, Radcliffe, ya está bien, —interrumpió Walter. Su voz era débil, pero la sonrisa que me dirigió era su dulce sonrisa de siempre—. No me siento demasiado mal; y estoy de acuerdo con la señorita Amelia en que tenemos mucho que discutir.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Lucas, rompiendo lo que para él era un largo silencio—. Pero primero... ¿puedo sugerir un reconstituyente, de todos modos? Un poco de brandy podría aliviar el dolor de Walter...

—No apruebo el alcohol para esas heridas —dije con firmeza.

Emerson bufó a través de su pipa, produciendo una gran bocanada de humo.

—No siento mucho dolor —dijo Walter—. Pero quizá el brandy podría ayudar... a las damas. Ellas... han experimentado una sacudida considerable.

Así que tuvimos nuestro brandy. Emerson pareció disfrutar bastante del suyo. Aunque normalmente no apruebo las bebidas alcohólicas, son necesarias en algunas situaciones; yo misma sentía la necesidad de estimulantes, y el licor redujo la palidez de Evelyn. Ella llevaba todavía puesta su ropa de dormir y su bata, no había tenido tiempo para vestirse. Eran de un tejido bordado de azul claro, y podía ver que Lucas lo admiraba.

—Bien, Peabody —dijo Emerson—. ¿Cuál es su primera pregunta?

—Ahora no es fácil de decir. El episodio entero ha sido tan desconcertante... Antes, sin embargo, me gustaría saber qué ha

ocurrido con Abdullah.

—Cielos —exclamó Lucas—. Realmente le había olvidado. ¿Dónde está ese tipo?

—No malgasten sus sospechas en Abdullah —dijo Emerson—. Probablemente está siguiendo a la Momia. Le dije que lo hiciera si no conseguíamos atraparla. Pero supongo que volverá pronto... Ah, sí, creo que le oigo.

Sonrió complaciente como si hubiera planeado la oportuna llegada de Abdullah. La forma alta, majestuosa, del capataz apareció en la entrada de la tumba. Sus ojos se ampliaron cuando vio a Walter y perdimos algún tiempo en explicaciones antes de que Abdullah nos contase su historia. De nuevo, las traduzco en inglés común.

Fue situado por Emerson a alguna distancia del campamento. Escuchó los disparos pero por supuesto no supo lo que significaban. Sin embargo, le habían alertado, y así pudo divisar a la Momia cuando se marchó. Su velocidad le asombró; no hacía más que repetir.

—Corría con la rapidez de un hombre joven. —Había intentado atrapar a la criatura. Ciertamente, creo que le daba miedo hacerlo. Pero se había armado del coraje suficiente para seguirla, a prudente distancia.

—¿Adónde fue? —Exigí—. ¿Hacia el pueblo?

Abdullah negó con la cabeza.

—Al pueblo no. Al lecho de un río seco, hacia la tumba real. No lo seguí; pensé que me necesitarían, vine aquí.

Emerson se rió brevemente.

—¿Así que es el fantasma de Khuenaten lo que tenemos aquí? Vamos, Abdullah, eso no es racional. Nuestro fantasma es un vengativo sacerdote de Amón, recuerda, no un seguidor del rey hereje.

—Oh, basta —dije, impaciente—. No puedo culpar a Abdullah por no seguir a esa cosa. Estuvimos de acuerdo, o no, en que el villano, quienquiera que sea, debe ocultar su grotesco disfraz en algún lugar remoto. Iría de camino hacia allí. Quizá fue al pueblo más tarde.

Emerson estaba a punto de contestar cuando la voz suave de Evelyn lo interrumpió.

—Creo que deberíamos acabar la discusión. Walter debe descansar.

Walter abrió los ojos cuando ella habló, pero yo había visto también los signos de fatiga.

—Evelyn tiene razón —dije, levantándome—. Ella también ha tenido una experiencia desagradable.

—Estoy bien —masculló Walter.

—Por supuesto que lo está —dije, con una alegría que no sentía. Normalmente la fiebre sigue a esas heridas, y la infección está muy extendida en Egipto. Pero no había razón para anticipar los problemas—. Todo lo que necesita es descansar. Ven, Evelyn... Lucas...

—Debo decir una cosa primero —Lucas se inclinó sobre la cama de paja donde yacía el herido—. Walter, por favor dígame que perdona mi torpeza. No tenía intención...

—Fue muy estúpido, de todos modos —dijo Emerson, cuando Walter hizo un ligero gesto de conciliación.

—Tiene razón —masculló Lucas—. Pero si usted hubiera estado en mi lugar... usted lo vio, ya lo sé, pero no sintió el retroceso de la pistola, y luego ver esa cosa espantosa abalanzarse..., —Con un movimiento repentino sacó el arma de su bolsillo—. Nunca volveré a usar esto. Queda una bala....

Estiró el brazo, apuntando el arma hacia la entrada de la tumba. Su dedo estaba a punto de apretar el gatillo cuando Emerson se movió. Ese hombre no paraba de asombrarme; su salto tuvo la rapidez de un tigre que no habría esperado. Sus dedos atraparon la muñeca de Lucas con una fuerza que hizo gritar al hombre más joven.

—Imbécil —masculló Emerson alrededor de la boquilla de la pipa. Arrebatando el arma de la mano paralizada de Lucas, la metió en su cinturón—. El eco de un disparo en este lugar cerrado nos dejaría sordos. Sin mencionar el peligro de un rebote... Me haré cargo de su arma, Lord Ellesmere. Ahora vaya a la cama.

Lucas salió sin una palabra. Sentí una puñalada inesperada de piedad mientras le observaba marchar, con los hombros caídos y caminando con lentitud. Evelyn y yo le seguimos. Tan pronto como ella se hubo dormido regresé a la cornisa, y de algún modo no me sorprendí de ver a Emerson allí sentado. Sus pies colgaban sobre el

vacío, estaba fumando su pipa y mirando fijamente la serena imagen del cielo sembrado de estrellas con aparente disfrute.

—Siéntese, Peabody —dijo, haciendo un gesto hacia la cornisa, a su lado—. Esa discusión no llegaba a ninguna parte, pero creo que usted y yo podríamos aprovechar para tener una tranquila charla.

Me senté.

—Antes me llamó Amelia —dije, para mi propia sorpresa.

—¿Lo hice? —Emerson no me miró—. Un momento de locura, sin duda.

—Tenía derecho a estar distraído —admití—. Viendo a su hermano caído... No fue del todo culpa de Lucas, Emerson. Walter irrumpió en el camino de la bala.

—Visto que su Señoría ya había disparado dos veces sin resultado, habría supuesto que tendría el suficiente sentido común como para detenerse.

Temblé.

—Vaya a buscar un chal, si tiene frío —dijo Emerson, fumando.

—No tengo frío. Tengo miedo. ¿Es que ninguno de nosotros está dispuesto a admitir las consecuencias de lo que vimos? Emerson, la bala acertó en esa cosa. Yo lo vi.

—¿De veras?

—¡Sí! ¿Dónde estaba usted, que no lo vio?

—Vi sus manos, o sus patas, agarrándose el pecho —admitió Emerson—. Peabody, esperaba algo mejor de usted. ¿Se está volviendo una espiritista?

—Espero ser lo suficientemente razonable para no rechazar una idea simplemente porque sea poco ortodoxa —repliqué—. Una por una, nuestras explicaciones racionales han fallado.

—Puedo pensar al menos en dos explicaciones racionales para explicar el que las balas no dañaran a la criatura —dijo Emerson—. Un arma de ese tipo es sumamente imprecisa, aún en las manos de un experto, lo que creo que su señoría no es. Pudo haber fallado los dos disparos y la Momia fingir que estaba herida, para aumentar nuestra confusión.

—Eso es posible —admití—. Sin embargo, si estuviera en los zapatos de la Momia, o más bien en sus sandalias, odiaría depender de la mala puntería de Lucas. Veamos su otra explicación.

—Algún tipo de armadura —contestó Emerson de inmediato—.

¿No se supone que lee novelas, Peabody? Un caballero llamado Rider Haggard está consiguiendo mucha popularidad con sus libros de aventuras; su libro más reciente, las Minas del Rey Salomón, narra las experiencias fantásticas de tres exploradores ingleses que buscan las minas perdidas de diamantes de ese monarca bíblico. En un momento del libro, menciona la cota de malla, y su utilidad para doblar las espadas y las lanzas de las tribus primitivas. Creo que también detendría una bala de calibre pequeño. ¿No hemos oído hablar de hombres salvados de heridas de bala por un libro, normalmente una Biblia, que llevaban en un bolsillo del pecho? A menudo he pensado en que es una pena que nuestras tropas en Sudán no estén equipadas con una armadura. Incluso un chaleco de cuero acolchado, como el que llevaban los antiguos soldados ingleses de infantería, salvaría un buen número de vidas.

—Sí —admití—. Las vendas podrían ocultar algún tipo de protección. Y he leído que se han hallado armaduras de Cruzados en este continente misterioso, incluso en tiendas de antigüedades de El Cairo. ¿Pero se le ocurriría una idea tan ingeniosa a un hombre como Mohammed?

—Abandonemos esa idea de una vez por todas. Mohammed no era la Momia.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Su altura —replicó Emerson serenamente—. Por un momento Walter estuvo lo bastante cerca como para que pudiera comparar sus alturas. Era tan alto como él, o más. Mohammed y los otros aldeanos son personas pequeñas. La mala alimentación y las pobres condiciones de vida...

—¿Cómo puede ser tan frío? Hablar de la alimentación, en un momento como este...

—¿Por qué? —dijo Emerson, resoplando—. Estoy empezando a divertirme. Los instintos deportivos de Lord Ellesmere me han infectado; me recuerda que el deber de un inglés es conservar la calma bajo cualquier circunstancia. Incluso si estuviera siendo hervido para convertirse en la cena de un caníbal, no sería razón para...

—Esperaría que usted tomara notas de los hábitos dietéticos de los aborígenes incluso cuando el agua hirviera alrededor de su cuello —admití—. Pero no puedo creer que esté realmente tan

tranquilo acerca de la herida de Walter.

—Muy perspicaz por su parte. De hecho, tengo la intención de atrapar a la persona responsable de herirle.

Le creí. La voz de Emerson era calmada, pero mostraba una nota que me hizo alegrarme de no ser la persona a la que se refería:

—Se ha quitado los vendajes —dije repentinamente.

—Está absolutamente brillante esta noche, Peabody.

—Estoy segura de que no debería...

—No puedo permitirme el lujo de mimarme. Los problemas están a punto de estallar.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—¿Usted, pidiendo consejo? Déjeme tocarle la frente, Peabody, estoy seguro de que debe tener fiebre.

—Realmente, sus modales son atroces —exclamé, colérica.

Emerson levantó una mano para ordenar silencio.

—Deberíamos dar un paseo —dijo él—. A menos que quiera despertar a la señorita Evelyn. No sé por qué no puede seguir un debate razonable sin alzar la voz.

Me ofreció una mano para ayudarme a levantar; pero el tirón con el que me alzó no fue suave; por un momento mi peso colgó de su brazo de una manera poco digna. Me colocó sobre mis pies y se apartó caminando. Le seguí y le alcancé al pie del acantilado. Caminamos en silencio durante un tiempo. Incluso Emerson estaba afectado por la belleza de la noche.

Delante de nosotros, la luz de la luna caía en la ruinosa desolación de arena que una vez había sido la brillante capital de un Faraón. Por un momento tuve una visión; me pareció ver que las paredes derruidas se levantaban nuevamente, las villas majestuosas con sus verdes arboledas y sus huertos, las paredes blancas de los templos, adornados con brillantes relieves pintados, el destello de los mástiles cubiertos de oro, con gallardetes carmesíes ondeando al viento. La ancha avenida de tres carriles repleta de una multitud risueña de creyentes vestidos de blanco, yendo hacia el templo, y delante de todos ellos circulaba la carroza de oro del rey, conducida por par de caballos blancos como la nieve... Desvanecido. Todo había desaparecido en el polvo al cual todos debemos descender cuando llegue nuestra hora.

—¿Y bien? —dije, deshaciéndome de mi ánimo melancólico—.

Me prometió el beneficio de su consejo. Lo espero ansiosamente.

—¿Qué diría de levantar el campamento mañana?

—¿Abandonar? ¡Nunca!

—Es lo que esperaba que dijera una inglesa. ¿Estaría dispuesta a poner en peligro a la señorita Evelyn?

—¿Cree que la Momia tiene planes sobre ella?

—Me resisto a comprometerme en lo que se refiere a sus intenciones originales —dijo Emerson con pedantería—. Pero parece claro que la Momia está ahora interesada en ella. Me temo que no se siente atraído por sus encantos, Peabody. Debía de saber que usted estaba en la tienda de campaña; estaba observando, y por un momento pensé, viendo las paredes hincharse y vibrar, que toda la estructura caería sobre su cabeza. ¿Qué estaba haciendo... ejercicios físicos?

Decidí ignorar su malicia infantil.

—Estaba buscando pruebas de qué le había ocurrido a Michael —expliqué—. Encontré esto.

Le mostré el crucifijo, señalando la rotura de la cadena. Él se puso serio.

—Qué descuido por parte del asaltante, dejar una pista semejante.

—¿Cree que Michael fue secuestrado a la fuerza?

—Me inclino a creer que sí.

—¿Y usted no va a hacer nada? Un seguidor fiel, un ayudante en problemas nos necesita...

—¿Qué puedo hacer? —inquirió Emerson, de forma bastante razonable—. Un resultado de estas actividades ha sido mantenernos muy ocupados; no hemos tenido tiempo, o personal, para contraatacar; apenas podemos tomar medidas defensivas. Creo que Michael no ha sufrido daño.

—Ojalá pudiera estar tan segura. Bien, al menos podemos bajar al pueblo y pedir que nos sea devuelto. Qué pena que no pudiéramos apresar a la Momia. Podríamos haber hecho un canje de prisioneros.

—Podríamos hacer mucho más si tuviéramos a la Momia —contestó Emerson. Sacudió ligeramente su pipa y la metió en su bolsillo—. Parece como si las estrellas estuvieran en contra nuestra. Dos veces hasta ahora hemos estado a punto de tenerla en nuestras

manos. Pero no perdamos el tiempo en pensamientos vanos. Estoy preocupado por la señorita Evelyn...

—¿Supone que yo no lo estoy? Creo que debo sacarla de aquí. Al menos ella debería dormir en el *dahabbiya*, con la tripulación para protegerla.

—El barco está sólo a algunos kilómetros de aquí. Nuestro amigo momificado parece tener excelentes medios de transporte.

Sentí como si un cubo de agua fría hubiera caído sobre mí.

—¡Seguramente no se aventuraría hasta allí! Si su objetivo principal es convencerle para abandonar el lugar...

—No estoy en posición de indicar, inequívocamente, cuál puede ser el objetivo de una Momia viviente. Pero si ese es su propósito, una amenaza grave hacia la señorita Evelyn podría serlo. ¿Supone usted que Walter se quedaría aquí si creyera que ella corre peligro?

—Ah —dije—. Así que lo ha observado.

—No soy ciego, ni sordo, ni enteramente insensible. Presiento también que ella no es indiferente a él.

—Y, por supuesto, usted lo desaprueba.

—Porque, Peabody, usted conoce mi naturaleza mercenaria. Necesito dinero para mis excavaciones. El objetivo es noble, rescatar el conocimiento del vandalismo del hombre y del tiempo. Walter quizás haga un casamiento ventajoso; es un hombre guapo, ¿no cree? Usted apenas podría suponer que yo le permitiría tirarse sobre una chica sin dinero. La señorita Evelyn no tiene dinero ¿verdad?

Mientras hablaba, en un tono insufriblemente sarcástico, pensé que detectaba un olor débil a tela quemándose.

—Ella está sin dinero —contesté brevemente.

—Lástima —reflexionó Emerson—. Bien, pero si ella no es bastante buena para Walter, es una niña demasiado agradable para ser entregada a la Momia. Propongo que probemos nuestra teoría. Permitámosla dormir mañana por la noche en la *dahabbiya* y veremos que sucede. Usted tendrá que utilizar el engaño, Peabody, para inducirla a permanecer allí; a ella no le falta valor, y no dejará de buena gana a Walter. Sugiero que propongamos una expedición al barco mañana, para traer varios artículos. Dejaré a Abdullah para proteger a Walter...

—¿Por qué no llevar a Walter con nosotros? Estaría mejor en el

barco.

—No creo que debamos arriesgarnos a moverlo.

—Quizás no. Pero dejarlo aquí solo, con sólo Abdullah... No es el más seguro de los guardias. Creo que está cada vez más temeroso.

—Walter estará solo unas pocas horas, a la luz del día. Volveré tan pronto como las haya escoltado a la *dahabbiya*. Usted debe fingir una enfermedad, o algo, para mantener a la señorita Evelyn allí durante la noche.

—Sí, señor —dije—. ¿Y entonces?

—Entonces debe permanecer de guardia. Puedo estar equivocado; la Momia puede no venir. Pero si lo hace, usted y sólo usted será responsable de la seguridad de la señorita Evelyn. ¿Puede llevar a cabo esa tarea?

El olor a tela quemándose se hizo más fuerte. Tengo un olfato muy agudo.

—Ciertamente puedo.

—Mejor que sea así —dijo, y para mi consternación, sacó el revólver que le había quitado a Lucas. Yo me encogí cuando me lo ofreció.

—¡No, no sea absurdo! Nunca he manejado armas; podría herir a alguien. Puedo arreglármelas sin un arma, puede estar seguro.

—Así que confiesa algunas debilidades.

Había definitivamente un pequeño rizo de humo que salía del bolsillo en el cual Emerson había colocado su pipa. Estuve a punto de señalarlo. En vez de eso observé:

—He dicho que puedo arreglármelas sin un arma. ¿Cuántos hombres pueden reclamar tanto? Buenas noches, Emerson. Acepto su plan. No debe tener temor de que falle mi papel.

Emerson no contestó. Una expresión muy rara le había invadido la cara. Le miré por un momento, saboreando la situación con, temo, una malicia impropia de una mujer cristiana.

—El bolsillo está ardiendo —agregué—. Creo que cuando guardó la pipa no estaba apagada, pero le disgustan tanto los consejos... Buenas noches.

Me fui, dejando a Emerson bailoteando a la luz de la luna, golpeando el bolsillo con ambas manos.

* * *

Para mi alivio infinito, a la mañana siguiente Walter estaba

mejor. La temida fiebre de la infección no había aparecido, y era optimista acerca de sus perspectivas, siempre que no se agravara la herida. Sólo tuve tiempo para un rápido intercambio con Emerson esa mañana. Acordamos que Walter no debía intentar viajar a la *dahabbiya*.

Así que el plan que habíamos arreglado fue llevado a cabo. Tuvimos gran dificultad para persuadir a Evelyn de que fuera, pero finalmente estuvo de acuerdo, como pensó, para un viaje rápido de ida y vuelta al río. Mirando hacia atrás, mientras nuestra caravana tomaba forma, vi a Abdullah agacharse en el saliente, las rodillas arriba y la cabeza con turbante inclinada. Se parecía al espíritu de un antiguo escribiente meditando sobre el desolado sitio de su antigua casa.

La caminata, a través de la arena y bajo un sol abrasador, no fue fácil. Fue con alivio considerable que divisé el mástil y las velas del Philae, moviéndose suavemente sobre el ancla. Más allá, vi el barco de Lucas. Se llamaba el Cleopatra. Si esa famosa reina fue tan fatalmente encantadora como declara la historia, su tocaya no vivía de acuerdo a su modelo; el Cleopatra era más pequeño que el Philae y no tan limpio. Mientras nos acercábamos vi a algunos miembros de la tripulación holgazaneando en la cubierta, estaban tan sucios y despeinados como su barco, y la triste indiferencia con que nos miraron contrastó elocuentemente con la bienvenida apasionada de mis hombres. Usted habría pensado que habíamos vuelto de las garras de la muerte en vez de un lugar a sólo seis kilómetros. Reis Hassan pareció reconocer a Emerson; los dientes blancos brillaron en una sonrisa cuando sus manos se encontraron, y los dos cayeron en una animada conversación.

No necesitaba seguir el rápido árabe para saber que las primeras preguntas de Emerson eran concernientes a nuestro perdido Michael; había sido mi intención investigar ese asunto inmediatamente si él no lo hubiera hecho. La respuesta del *reis* fue igualmente inteligible, una firme negativa.

Y todavía, a pesar de mi ignorancia del idioma, sentí que había algo oculto detrás de la mirada fija del capitán y su rápida respuesta, alguna reserva que no quería indicar. Estaba lista, para entonces, para creer que todos a mi alrededor participaban en el complot, pero sabía que Hassan podría ser bastante inocente y no

tan exactamente sincero. Quizás estuviera ocultando a un Michael avergonzado y fugitivo; quizás había oído los cuentos de los aldeanos y fuera reacio a confesar sus propios temores.

La mirada de Emerson me indicó que él tenía dudas semejantes. Se volvió hacia el *reis* con una lluvia de preguntas, pero consiguió poca satisfacción. Michael no había sido visto. Sin duda, se había aburrido o se había sentido solo sin su familia, como "esos cristianos" acostumbraban a hacer, y había desertado.

Emerson pateó impacientemente cuando Hassan salió. A veces, realmente, se comportaba como un niño mimado, pero ahora apenas podía culparle. Estaba deseando volver con Walter, y no podía malgastar más tiempo en el interrogatorio; cuando un egipcio decide no hablar, requiere un Gran Inquisidor conseguir que suelte alguna palabra. Evelyn había bajado a empacar los artículos que eran nuestra razón aparente para venir. Lucas había ido a su propia *dahabbiya*. Emerson y yo estábamos solos en la cubierta superior.

—Debo volver —murmuró—. Peabody, no todo está bien. Los miembros de la tripulación han estado hablando con los aldeanos. Uno de ellos ya se ha escapado, y pienso que Hassan duda de su capacidad para controlar a los otros. No es que él lo admitiría...

—Sentí que algo estaba mal. Pero usted no debe esperar; estoy también inquieta acerca de Walter. Váyase.

—¿No se olvidará de lo que le he dicho?

—No.

—¿Y actuará como le he dicho?

—Sí.

El sol en la cubierta de arriba quemaba ardientemente, con el toldo enrollado. Líneas de sudor se deslizaba por la cara de Emerson.

—La situación es intolerable —exclamó—. Amelia, júreme que hará precisamente lo que le dije; no correrá riesgos insensatos, ni se expondrá...

—He dicho que lo haría. ¿No comprende el inglés?

—¡Buen Dios! Es usted quien falla en comprender; no se da cuenta de que no hay otra mujer viva a quien yo...

Se calló repentinamente. Desde el otro lado de la cubierta Lucas se acercaba, con las manos en los bolsillos y los labios fruncidos en un silbido. Los sones de "Rule, Britannia" flotaron a mis orejas.

Emerson me dio una larga y aguda mirada, una mirada que ardió hasta mi cerebro. Sin otra palabra se giró y desapareció por la escalera al piso de abajo.

No podía encarar a Lucas en ese momento. Seguí a Emerson. No estaba a la vista cuando alcancé el piso de abajo, así que seguí más hacia abajo, al área donde estaban situados los camarotes. Mis mejillas hormigueaban; sentí un deseo insensato de imitar el silbido de Lucas. Había hecho mucho calor en el piso de arriba; aún esos pocos momentos me habían quemado la cara hasta sentirla caliente y ruborizada.

En el pasillo estrecho y oscuro corrí hacia Evelyn.

—Amelia —gritó, agarrándome del brazo—. Acabo de ver al Sr. Emerson desde mi ventana. Se marcha, vuelve sin nosotras. Páralo, por favor; debo volver...

Con un comienzo de repugnancia recordé el papel que debía interpretar. Evelyn trataba de apartarme. Le puse las manos en sus brazos y me incliné pesadamente contra ella.

—Me siento mal —murmuré—. Realmente creo que debo acostarme...

Evelyn respondió como sabía que lo haría. Me ayudó a llegar a mi camarote y allí a aflojar mi vestido. Fingí estar débil; me temo que no hice un trabajo convincente, con la vergüenza por traicionar su confianza y la euforia extraña que burbujeaba dentro de mí; pero la pobre Evelyn nunca sospechó de mí. Trabajó diligentemente para restablecerme; verdaderamente, ondeó las sales aromáticas tan ardientemente bajo mi nariz que tuve un ataque de estornudos.

—Déjalo —exclamé entre paroxismos—. ¡Mi cabeza va a desprenderse en cualquier momento!

—Estás mejor —dijo Evelyn ansiosamente—. Esa era tu vieja voz fuerte. ¿Estás mejor, Amelia? ¿Me atrevo a dejarte por un momento? Correré tras el Sr. Emerson y le diré que espere...

Caí sobre la almohada con un gemido desgarrador.

—No puedo andar, Evelyn. Creo... creo que debo permanecer aquí esta noche. Por supuesto —agregué astutamente—, si sientes que debes irte... y dejarme aquí sola..., no trataré de impedírtelo...

Cerré los ojos, pero miré a Evelyn a través de las pestañas. La lucha en la cara de la chica me hizo sentir como Judas. Casi me debilité. Entonces recordé la mirada de Emerson y sus palabras. “No

hay otra mujer viva a quien yo...” ¿Qué quería decir? ¿En quien yo confiaría, como confío en su fuerza y valor? ¿Habría terminado la frase, interrumpida por Lucas, de ese modo? Si ése fuera el caso —y apenas podía haber algún otro significado— era un elogio que no podía acabar de merecer. El triunfo de convertir a ese misógino arrogante con una admisión de que la mujer, representada humildemente por mí, tenía cualidades admirables... No, pensé, si debo escoger entre Evelyn o Emerson —o más bien, entre Evelyn y mis propios principios— debo traicionar a Evelyn. Era por su propio bien.

Inmóvil, me sentía bastante incómoda, mientras la miraba luchar silenciosamente. Sus manos estaban apretadas tan fuertemente que los nudillos estaban blancos, pero cuando habló su voz fue resignada.

—Por supuesto que permaneceré contigo, Amelia. ¿Cómo puedes suponer que lo haría de otro modo? Quizás el sueño de una noche tranquila te repondrá.

—Estoy segura de que lo hará —dije entre dientes, incapaz de negarle a la chica ese consuelo. ¡Poco favor le haría saber qué tipo de noche me esperaba!

Debía haber permanecido en mi cama, negándome a comer, para llevar a cabo mi actuación, pero mientras transcurría el día, comencé a estar perfectamente hambrienta. La oscuridad cayó, y me sentí a salvo; ni siquiera Evelyn insistiría en que hiciéramos el viaje de noche. Así que confesé que me sentía un poco mejor, y estuve de acuerdo en que el alimento me haría bien. Tuve un momento espantoso intentando recoger la comida y no engullirla como un trabajador. El cocinero se había superado, como si fuera la celebración de nuestro regreso, y Lucas había traído varias botellas de champaña de su *dahabbiya*.

Estaba vestido de etiqueta; el austero blanco y negro encajaba en su firme cuerpo y guapa cara muy bien.

Había llegado a estar sumamente bronceado. Sentí como si debiera llevar las bandas y las órdenes carmesí de algún emisario extranjero exótico, o las túnicas bordadas en oro de algún jeque beduino.

Cenamos en la cubierta superior. El dosel había sido enrollado y la gran cámara del cielo, salpicado de estrellas, formaba un techo

más fino del que ningún palacio oriental podría jactarse. Mientras sorbíamos nuestra sopa, un sentimiento de irrealidad barrió a través de mí. Era como si la semana anterior nunca hubiera sucedido. Esta era una noche como las primeras noches en la *dahabbiya*, rodeada por las vistas, sonidos y sensaciones olfativas que tan rápidamente habían llegado a ser queridas y familiares. El suave golpeteo del agua contra la proa y el vaivén apacible del barco; las voces fluidas de los miembros de la tripulación abajo, tan suaves y mudas como la música para los oídos no entrenados; la brisa balsámica de la noche, llevando los olores sencillos a carbón quemado, brea y a egipcios sin lavar; y bajo todos ellos el indefinible y austero perfume del desierto mismo. Supe que nunca estaría libre de su encanto, nunca dejaría de desearlo después de que se fuera. Y aunque los acontecimientos extraños de los días pasados parecieran remotos y de ensueño, supe que de alguna manera indefinible, habían elevado el placer del viaje, dándole un fuerte sabor a peligro y aventura.

Lucas bebía demasiado. Debo admitir que toleraba el vino como un caballero; su discurso no llegó a ser mal pronunciado ni sus movimientos inestables. Sólo sus ojos mostraron el efecto, llegando a ser más grandes y más brillantes mientras la noche avanzaba, y su conversación llegó a ser, si es posible, más rápida y más fantástica. Un momento declaró su intención de volver al campamento, por miedo a perderse otro encuentro con la Momia; al siguiente, estaba ridiculizando todo el asunto, a los hermanos Emerson, su estilo de vida andrajoso, el absurdo de malgastar los años de juventud excavando en busca de ollas rotas y declarando su intención de mudarse a los lujos de Luxor y a las glorias de Tebas.

Evelyn estaba sentada como una estatua pálida, insensible a las mofas o a las miradas cada vez más suaves que su primo le dirigía. No se había vestido para cenar, pero llevaba un sencillo vestido de mañana de linón, de un desvaído rosa con diminutos capullos.

Lucas siguió mirando el vestido, finalmente estalló:

—No quiero criticar tu elección de vestido, prima, pero anhelo verte con algo de acuerdo con tu belleza y posición social. Desde esa primera noche en El Cairo no te he visto llevando un vestido que vaya contigo. ¡Qué lástima no haber podido traer tus cajas conmigo!

—Eres demasiado concienzudo, Lucas —contestó Evelyn—. Puede aliviarte saber que no estoy ansiosa por desembalar esas cajas. Nunca llevaré los vestidos otra vez; su elegancia me recordaría demasiado dolorosamente la generosidad del abuelo.

—Cuando volvamos a El Cairo las quemaremos sin abrir —declaró Lucas de forma extravagante—. ¡Un gran auto de fe por el pasado! Quiero suministrarte un guardarropa de acuerdo con tu posición social, mi estimada Evelyn, con prendas de vestir que no tendrán recuerdos dolorosos asociadas a ellas.

Evelyn sonrió, pero los ojos estaban tristes.

—Tengo el guardarropa que encaja con mi posición social —contestó, con una mirada de cariño hacia mí—. Pero no podemos destruir el pasado, Lucas, ni ceder a la debilidad. No; fortificada por mi fe como cristiana, examinaré los regalos del abuelo en soledad. Hay chucherías, recuerdos que no puedo compartir, los guardaré para recordarme mis errores. No en espíritu de autoflagelación —agregó, con otra cariñosa mirada hacia mí—. Tengo demasiado que estar agradecida para consentirme en ese error.

—Dicho como una inglesa y cristiana —exclamé—, pero verdaderamente, tengo dificultad en oírte hablar, Evelyn; ¿qué pasa abajo? Los hombres están haciendo mucho ruido.

Hablé en parte para cambiar un tema que era claramente doloroso para Evelyn, pero tenía razón; durante un tiempo el murmullo suave de las voces de la cubierta inferior había ido aumentando gradualmente de volumen. El sonido no era enojado ni alarmante; había considerables risas y algún cantar no organizado.

Lucas sonrió.

—Celebran su regreso. Ordené que les sirvieran una ración de whisky. Algunos de ellos se negaron, por motivos religiosos; pero la mayoría parecen dispuestos a olvidarse de las amonestaciones del Profeta por una noche. Los musulmanes son muy similares a los cristianos en algunas maneras.

—No debería haber hecho eso —dije severamente—. Deberíamos reforzar los principios de estas pobres gentes, no corromperlos con nuestros vicios civilizados.

—No hay nada vicioso en un vaso de vino —protestó Lucas.

—Bien, usted ha tenido suficiente —dije, apartando la botella cuando él se estiró hacia ella—. Le recuerdo amablemente, milord,

que nuestros amigos en el campamento están todavía en peligro. Si recibiéramos una señal de socorro durante la noche...

Evelyn dejó salir un grito de alarma, y Lucas me miró furioso.

—Su amigo Emerson no pediría ayuda si se estuviera quemando en la hoguera —dijo, con un tono de burla y desprecio que robó a la declaración cualquier efecto halagador—. ¿Por qué asusta a Evelyn innecesariamente?

—No estoy asustada —dijo Evelyn—. Y concuerdo con Amelia. Por favor, Lucas, no bebas más.

—Tu menor deseo son órdenes para mí —dijo Lucas suavemente.

Pero temí que la petición hubiera llegado demasiado tarde. Lucas ya había tomado más de lo que era bueno para él.

Poco después de esto Evelyn puso como pretexto la fatiga y sugirió que me retirara también, para recuperar mi fuerza. El recordatorio vino en el momento oportuno, porque había olvidado que supuestamente estaba enferma. La envié a su camarote y luego llamé al *reis*; el ruido de abajo era ahora tan grande que tuve miedo de que Evelyn no pudiera dormir. Hassan, por lo menos, no mostraba signos de embriaguez, pero tuve problemas para comunicarme con él, por supuesto, él hablaba muy poco inglés. ¡Cómo echaba de menos a nuestro devoto Michael! Finalmente conseguí que el *reis* comprendiera que nos retirábamos, y deseábamos que el ruido bajara. Se inclinó y se retiró; brevemente después las voces bajaron de tono.

Lucas había estado sentado en un silencio triste, mirando fijamente la botella de vino, que estaba al lado de mi codo. Dudaba en cuanto a si llevármela conmigo cuando me retirara. Me decidí en contra de ello. Lucas probablemente tenía muchas más.

Cuando me levanté, él saltó arriba y sostuvo mi silla.

—Dispense mis malos modales, señorita Amelia —dijo calladamente—. Pero verdaderamente, no estoy en absoluto bebido. Solamente quise transmitir esa impresión.

—Parece ser su plan predilecto —dije secamente, andando hacia la escalera. Lucas me siguió.

—Duermo en uno de los camarotes de abajo —dijo, en la misma voz suave—. Estaré despierto y listo en caso de que sea necesitado.

Ahora, yo no le había dicho nada a Lucas sobre mi conversación

con Emerson la noche anterior. Emerson no había necesitado advertirme contra ello; no confiaba mucho en Lucas yo misma. Su comentario quería decir eso, independientemente, él había llegado a la misma conclusión que habíamos alcanzado, y este hecho me alarmó y me interesó.

—Confío en no necesitarle —contesté.

Descendimos por la escalera estrecha y entramos en la zona de camarotes. Lucas me tomó del brazo y me hizo parar.

—Este es el camarote que estoy ocupando —susurró—. ¿Esperará un momento, señorita Amelia? Quiero mostrarle algo.

Esperé en el oscuro pasillo mientras él entraba en el camarote. Estuvo de regreso al instante, llevando un objeto largo, como un palo. Atisbé a través de la penumbra antes de ser capaz de identificarlo; y entonces empecé a protestar.

—No tema —dijo Lucas, levantando el rifle, o lo que fuera—. No está cargado. No cometería ese error de nuevo.

—¿Entonces por qué llevarlo?

—¡Sssh! —Lucas puso un dedo en sus labios—. Sólo usted y yo sabemos que no está cargado. Quizás la Momia no tenga razones para temer un arma de pequeño calibre, pero no será tan indiferente al proyectil de una rápida que puede derribar a un elefante embistiendo. Y si todo lo demás falla, ¡es un garrote impresionante!

Alzó el rifle por encima de la cabeza.

—Creo que es una idea insensata —espeté—. Pero si está decidido... Buenas noches, Lucas.

Lo dejé blandiendo el arma, con una sonrisa idiota en el rostro.

Normalmente Evelyn y yo ocupábamos camarotes separados, pero no tenía la intención de dejarla sola esa noche. Fingí un regreso de la flaqueza, para poder persuadirla de compartir mi habitación sin alarmarla, y me ayudó a ir a la cama con encantadora solicitud. Pronto se reunió conmigo. La oscuridad caía mientras apagaba la lámpara, y poco después su suave y regular respiración me dijo que esa fatiga había vencido las preocupaciones que todavía la afligían.

No dormí, pero encontré más difícil de lo que había esperado el vencer a Morfeo. Había tomado sólo un único vaso de vino, a pesar de los intentos de Lucas por persuadirme de beber más.

Normalmente esa pequeña cantidad no me afectaba en lo más mínimo, pero mientras pasaban los minutos y las voces de los hombres de la tripulación se apagaban en el silencio, combatí el sueño como si hubiera sido un amargo enemigo. Por fin me levanté —con cuidado, para no despertar a Evelyn— y entré en el cubículo contiguo, el cual servía de baño, donde me salpiqué agua a la cara e incluso me abofeteé con tanto vigor como me atreví. Finalmente iba a pellizcarme; y hubiera dado un aspecto de tonta, si alguien hubiera estado allí para verlo —permaneciendo erguida en el centro de la habitación, aplicando las uñas en la carne de mi brazo a intervalos regulares.

La noche era muy silenciosa. Los hombres estaban dormidos, supuse. Los suaves sonidos nocturnos del Nilo eran tan relajantes como una nana. Mis rodillas siguieron doblándose y continué sacudiéndome erguida. No tuve la menor idea de cuánto tiempo pasó. Parecieron horas.

Por fin, sintiéndome ligeramente más alerta, volví al dormitorio y me acerqué a la ventana. No era el tipo de ventana de portilla que uno normalmente encuentra en los barcos, sino una apertura amplia, abierta para que entrara el aire pero cubierta por una cortina para no dejar pasar la luz. Se abría sobre la cubierta inferior, no del todo a nivel con el entarimado, pero de fácil alcance desde allí. Sabía que si el peligro se aproximaba, tendría que ser por aquí. Nuestra puerta estaba cerrada y bien cerrada con cerrojo, pero no había forma de asegurar la ventana sin dejar pasar el aire y convertir la habitación en demasiado sofocante como para dormir con comodidad.

De todas formas mi mano fue hacia el marco de la ventana. Después de un debate interno decidí dejarla abierta. El aire cada vez más cargado despertaría a Evelyn, y la ventana chirriaba, como recordé de antes. En lugar de eso aparté la cortina lo suficiente para ver el exterior, y permanecí de pie, con los codos en el alféizar, las manos sujetando la soñolienta cabeza.

Podía ver una sección de la cubierta desde dónde estaba, y más allá los plateados tramos del río, con el cielo nocturno por encima. Los rayos de luna eran tan brillantes que pude distinguir detalles como los clavos en el entarimado. Nada se movía, excepto la ondulante plata del agua.

Cuánto tiempo permanecí allí no puedo calcularlo. Caí en una especie de duermevela, erguida, pero no completamente consciente. Por fin me percaté de algo moviéndose por la cubierta a mi derecha.

El camarote de Lucas estaba en esa dirección, pero sabía que no era Lucas. Sabía lo que era. ¿No lo había esperado?

Se mantuvo en las sombras, pero distinguí la ahora familiar pálida forma con bastante facilidad. No puedo explicar por qué, pero en esta ocasión no sentí nada del terror supersticioso que me había paralizado en las anteriores visitas. Quizás era el subrepticio movimiento furtivo de la cosa; quizás era la familiaridad del entorno. En todo caso, empecé a sentir una enorme exasperación. En realidad, ¡la Momia se estaba volviendo ridícula! Su repertorio era tan limitado; ¿por qué no hacía algo diferente, en lugar de arrastrarse sigilosamente ondeando los brazos?

Ya no tenía sueño, y calculé, con bastante serenidad, lo que haría. ¡Cómo alardearía sobre Emerson si, sin ayuda, pudiera capturar a nuestro misterioso adversario! Realmente olvidé sus reproches. No estaría satisfecha con alejar a la Momia, como habíamos planeado; no, ¡debía atraparla!

La única pregunta era: ¿Debería pedir ayuda, o debería atacar a la criatura yo sola? Era reacia a seguir la primera dirección. Los miembros de la tripulación estaban al otro extremo de la cubierta y estaban, sin duda, durmiendo la mona, un vicio poco habitual, tan profundamente que un grito no los despertaría a tiempo para evitar la huida de la criatura. En cuanto a Lucas, no dudaba que estaba roncando como un cosaco. No, pensé; esperaría, para ver qué hacía la Momia. Si intentaba entrar a nuestra habitación a través de la ventana ¡entonces la tenía! La mano derecha ya sujetaba firmemente el asa de la jarra, la que, llena de agua, permanecía al lado de la cama. Era una pesada jarra de barro y provocaría un buen chichón en la cabeza o lo que fuera al golpear.

Mientras discutía conmigo misma, la Momia dio un paso hacia la luz de la luna. Tenía que hacerlo, para llegar a nuestra habitación; y mientras lo hacía, mis sentimientos sufrieron un repentino cambio. ¡Era tan grande! Parecía más grande que un hombre adulto, y aunque me dije que el aspecto gigantesco era el resultado del voluminoso vendaje, mis nervios no acabaron de convencerse.

¿Sería la jarra suficiente para dejar inconsciente a la cosa? Había olvidado que su cabeza estaba acolchada. ¿Supongamos que golpeo y fallo? Tengo una fe considerable en mis energías, pero no estaba lo bastante loca para suponer que podría entablar una lucha mano a mano con una criatura de ese tamaño y salir victoriosa. Incluso si fuera un simple hombre, y no un monstruo dotado con una fuerza sobrenatural, podría vencerme; y entonces... Evelyn yacía dormida e indefensa en la cama. No... no, no podía arriesgarme así. Debía despertarla; es mejor estar asustada que... la atroz alternativa. Debía llamarla; es mejor que la cosa escape a que...

Respiré profundamente.

—¡Lucas! ¡Lucas! —chillé—. ¡A moi! ¡Lucas! ¡Ayuda!

No puedo imaginarme por qué grité en francés. Era un momento dramático.

A mis tensos nervios les pareció que los resultados del grito tardaron mucho en llegar. La Momia detuvo su sigiloso avance. Tuve la clara impresión de que se sorprendió de oír mi voz.

Detrás de mí, Evelyn se revolvió y empezó a mascullar con somnolencia. Y entonces, con un fuerte golpe y estrépito, Lucas saltó a través de la ventana del camarote vecino a la cubierta.

Incluso en ese momento de peligro me alegré de que Evelyn no pudiera verle mientras se abalanzaba a su rescate. Estaba completamente vestido, pero tenía abierto el cuello de la camisa y las mangas estaban enrolladas hacia arriba, mostrando unos musculosos brazos bastante peludos. El rostro marcado con una expresión de sombría determinación; la mano derecha agarraba el rifle. Era una visión para emocionar a cualquier chica romántica; yo misma sentí una ligera emoción cuando arrojó el rifle al hombro y apuntó a la espantosa forma que le hacía frente.

—Detente —ordenó con una voz baja pero convincente—. ¡No des otro paso, o disparo! Haz... lo —añadió con enojo—, ¿la monstruosidad entiende el inglés? ¡Qué absurdo es esto!

—Entiende el gesto, al menos —grité, impulsando la cabeza y los hombros por la ventana—. ¡Lucas, por el amor de Dios, captúrelo! ¡No se quede allí burlándose de sus insuficiencias lingüísticas!

La cabeza de la Momia giró en redondo hasta que la cara sin rasgos me miró directamente. Oh, sí, podía ver; juro que capté un

destello de ojos en medio de la oscuridad bajo la frente. Alzó los brazos y empezó a emitir el grito maullido-gruñido que parecía caracterizar su humor enfadado.

Evelyn estaba despierta y gritando. Oí el crujido de la cama mientras intentaba levantarse.

—Quédate dónde estás, Evelyn —ordené—. No te muevas. Lucas —no me gustó darle el mérito, pero la honestidad exigía que lo hiciera—, Lucas y yo tenemos la situación bajo control.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Lucas, dirigiéndose a mí—. Parece que no me entiende; y sabe, señorita Amelia...

—Golpéele en la cabeza —grité—. ¡Corra hacia ella y golpéela! Por Dios, ¿por qué se queda ahí parado? ¡Lo haré yo misma!

Empecé a trepar por la ventana. Evelyn había ignorado mis órdenes; estaba de pie detrás de mí, y mientras trataba de moverme me agarró de la cintura, gritando asustada. Lucas sonreía de oreja a oreja; el hombre no tenía sentido del decoro. De todas formas su sonrisa no perduró. Mientras forcejeaba con Evelyn, la Momia se movió. Bajó los brazos; entonces uno, el derecho, salió disparado con la fuerza de un hombre lazando algún objeto. Nada abandonó su mano. No dio un paso adelante. Pero el cuerpo de Lucas se agitó violentamente. El rifle cayó, como si sus brazos hubieran perdido de repente la fuerza; golpeó la cubierta con un sonido metálico, y Lucas cayó sobre él, de cara.

Dejé de forcejear. Evelyn y yo permanecimos con los brazos envueltos la una alrededor de la otra, muertas de miedo. La espantosa risa de la Momia retumbó a través de la tranquila noche. Volviendo el rostro hacia nuestra ventana.

Entonces, por fin, desde la parte izquierda de la cubierta vino el sonido de voces. La tripulación estaba despierta. La Momia lo oyó. Alzó un brazo vendado y agitó una mano amenazadoramente en dirección de los hombres que se acercaban. No podía verlos, pero supe que ellos habían visto a la Momia; probablemente habían visto el espectáculo completo, el cual había sido representado en plena cubierta.

Con una sucesión de saltos acrobáticos, la figura vendada se fue. Evelyn se quedó floja en mi agarre. La sacudí, sin demasiada delicadeza.

—Acuéstate —ordené—. Estás a salvo, Evelyn; tengo que ir con

Lucas.

Se desplomó en el suelo, y me abrí paso a través de la ventana —no fue tarea fácil con mis voluminosas ropas de noche. Me temo que mostré parte de las extremidades mientras me arrastraba fuera a la cubierta, pero estaba más allá de preocuparme por eso, y el equipo no estaba en condiciones de darse cuenta de mi falta de dignidad. Los vi mientras me ponía de pie; estaban apiñados en una oscura masa al otro extremo de la cubierta, acurrucados juntos como ridículas ovejas temerosas del lobo.

Lucas todavía estaba inmóvil.

Le di la vuelta, no sin dificultad; era un hombre fornido, y un día sería gordo si continuaba dándose el gusto. No parecía estar herido; su pulso era fuerte, quizás un poco demasiado acelerado, y el color era bueno. Pero su respiración iba y venía con irregulares jadeos sibilantes y de tanto en tanto todo su cuerpo temblaba en una clase de convulsión muscular.

Al principio los hombres no se acercaron, y cuando por fin se arrastraron hacia delante se negaron a tocar a Lucas, y menos llevarlo al camarote. Al fin llegó Reis Hassan; el latigazo de su voz despertó a los hombres. Me imaginé que estaban casi tan asustados de él como lo estaban de lo sobrenatural, pero no tanto. Tan pronto como pusieron a Lucas en la cama, huyeron.

Hassan permaneció, de pie justo en el vano de la puerta, con los brazos cruzados en el amplio pecho.

Nunca había lamentado tanto el no haber aprendido árabe en vez de latín, griego y hebreo. Hassan no estaba ansioso por explicarse, y mis preguntas incoherentes eran probablemente tan inteligibles para él como sus respuestas lo eran para mí. Pensé que estaba algo avergonzado, pero la causa de su vergüenza no era fácil de discernir. Estaba durmiendo muy profundamente, eso fue todo lo que fui capaz de entender. Todo el grupo estaba durmiendo. No era un sueño corriente. Era como una especie de hechizo mágico. De otra forma ellos se habrían, por supuesto, apresurado a responder a mi llamada de ayuda.

Eso fue todo lo que capté, o que pensé que capté. No me tranquilizó. Despedí a Hassan, después de ordenarle, tan bien como pude, que mantuviera a un hombre de vigilancia durante el resto de la noche. Lucas exigía mi atención; y estaba inquietamente

consciente del hecho que ya no podía contar con mi tripulación, ni siquiera con mi capitán. Si ya no estaban asustados por las historias de la Momia, la aventura nocturna habría hecho el trabajo.

Lucas todavía estaba inconsciente. No me atreví a considerar la naturaleza de la fuerza que lo abatió tan misteriosamente; después de examinarlo para encontrar alguna herida, y no encontrar ninguna, decidí tratar su estado como lo haría con un diagnóstico normal. Pero ninguna de mis medidas tuvo éxito. Los ojos permanecieron cerrados; el amplio pecho subía y bajaba con la extraña y sonora respiración.

Empezaba a estar asustada. Si esto era un desmayo, era uno poco normal. Froté sus manos, le apliqué trapos fríos en el rostro y en el pecho, le levanté los pies, en vano. Al final me giré hacia Evelyn, que estaba de pie en el vano de la puerta abierta observándome.

—No está... —No pudo terminar la frase.

—No, ni en peligro de morir —le respondí rápidamente—. No entiendo lo que le pasa.

—No puedo soportarlo —susurró Evelyn; y entonces, mientras yo empezaba a hablar, ella añadió—. No, Amelia, no es lo que piensas, admiro, me gusta Lucas; después de la valentía de esta noche, difícilmente puedo sentir si no es respeto por él. Pero mi dolor frente a su enfermedad es como la de un amigo y primo. Sólo... empiezo a sentir como si trajera el desastre sobre todos aquellos que me quieren. ¿Estoy maldita de alguna manera? ¿Debo abandonar a los que amo, no sea que los infecte, como mi llegada le trajo daño a Walter... y ahora al pobre Lucas? ¿Debo abandonarte, Amelia?

—No digas tonterías —le respondí con brusquedad. La aspereza era la única respuesta apropiada a la creciente histeria en la voz de la chica—. Ve y trae mis sales aromáticas. Si son tan fuertes como recuerdo, tienen que devolverle el sentido a Lucas. Casi me privan del mío.

Evelyn asintió. Siempre podía contar con su atractivo sentido del deber. Mientras se daba la vuelta, me quedé asombrada por el primer signo de vida que había visto en mi paciente. Abrió los labios. En una baja y suspirante voz, articuló una sola palabra.

—Dice tu nombre —le dije a Evelyn, que se había detenido—.

Ven rápido; contéstale.

Evelyn se arrodilló al lado de la cama.

—Lucas —dijo—. Lucas, estoy aquí. Háblame.

La mano de Lucas se movió. Buscó a tientas débilmente. Evelyn puso su mano sobre la de él; los dedos se cerraron alrededor de los ella y apretó.

—Evelyn —repitió Lucas—. Cariño...

—Estoy aquí —repitió Evelyn—. ¿Puedes oírme, Lucas?

La cabeza del enfermo se movió ligeramente.

—De muy lejos —murmuró, con una voz débil—. ¿Dónde estás, Evelyn? No me dejes. Estoy completamente solo en la oscuridad...

Evelyn se inclinó sobre él.

—No te dejaré, Lucas. Despierta, te lo suplico. Háblanos.

—Toma mi mano. No me dejes vagar lejos... estoy perdido sin ti...

Este intercambio banal siguió durante algún rato, con la debilitada voz de Lucas suplicando y Evelyn tranquilizándolo. Me moví impacientemente de un pie al otro. Sospechaba que Lucas no estaba del todo consciente.

Ciertamente no era un delirio en el sentido corriente de la palabra. Sólo la estupidez congénita podría haber producido tal estúpido dialogo. Al fin Lucas llegó al máximo. Los ojos todavía cerrados.

—No me dejes —gimió—. Nunca me dejes, mi amor, mi esperanza. Prométeme que nunca me dejarás.

Evelyn estaba inclinada tan cerca de él que el pelo suelto le acariciaba la mejilla. Su cara transformada por la pena, y odié bastante desilusionarla, pero no estaba segura de lo que ella podía prometer en el fervor de su inocente entusiasmo. Si hacía una promesa, la mantendría. Y estaba resuelta a que esos temas deberían proceder de acuerdo al plan que había concebido. Así que dije vivamente:

—Ya está volviendo en sí, Evelyn. ¿Vas a prometerle que te casarás con él, o trataremos que huela las sales primero?

Evelyn se recostó en los talones. El rostro ruborizado. Lucas abrió los ojos.

—Evelyn —dijo lentamente, pero en su normal, profundo tono, no el gemido susurrante que había estado utilizando—. ¿De verdad

eres tú? Soñé. ¡Dios guárdame de más de tales sueños!

—Gracias a Dios —dijo Evelyn sinceramente—. ¿Cómo te sientes, Lucas? Estábamos muy asustadas por ti.

—Un poco débil; por lo demás, bastante bien. Fue tu voz la que me trajo de regreso, Evelyn; parecía estar incorpóreo, perdido y solo en la oscuridad sin una sola chispa de luz. Luego oí tu llegada y la seguí como si siguiera un faro.

—Me alegro de haber ayudado, Lucas.

—Salvaste mi vida. A partir de ahora es tuya.

Evelyn sacudió la cabeza tímidamente. Estaba tratando de liberar su mano; y después de un momento Lucas la soltó.

—Ya basta —me interpuse—. No estoy tan interesada en sus sueños, Lucas, como en lo qué los produjeron. ¿Qué pasó? Vi su tropiezo y caída, pero juraría que la criatura no arrojó ningún proyectil.

—Nada me golpeó —respondió Lucas—. Nada físico ¿Supongo que no encontró ninguna magulladura, ni señal?

Echó un vistazo al desnudo pecho. Ruborizándose todavía más intensamente, Evelyn, se levantó y se retiró de la cama.

—No había señales que pudiera ver —respondí—. ¿Qué sintió?

—¡Imposible de describir! Sólo puedo imaginar que un hombre golpeado por un rayo podría tener una sensación similar. Primero un terrible estremecimiento, sorprendente e intenso; luego la debilidad y la inconsciencia total. Me sentí caer, pero no sentí mi cuerpo golpeando en la cubierta.

—Fantástico —dije sarcásticamente—. Ahora tenemos una criatura con el poder de lanzar rayos. Emerson estará encantado de escucharlo.

—La opinión de Emerson no me interesa —dijo Lucas.

* * *

Dormí profundamente el resto de la noche. Creo que Evelyn ni durmió. Cuando me desperté fue para ver el exquisito rosado rubor del amanecer tiñendo el cielo, y el contraste de la silueta de Evelyn. Estaba de pie en la ventana; estaba completamente vestida, con una formal falda y blusa de sarga. En el instante en que me moví, habló.

—Voy al campamento —anunció con firmeza—. No es necesario que vengas, Amelia; volveré pronto, me daré prisa. Espero persuadir al señor Emerson de que traiga a su hermano aquí, y zarpar en

seguida hacia Luxor. Pero si no vienen, entonces... entonces pienso que deberíamos irnos. Sé que no quieres irte, Amelia; he visto lo interesada que estás en... en la arqueología. Pero pienso que Lucas se irá, si se lo pido; y debo irme, con él, si tú quieres permanecer aquí.

La visión de su pálido y resuelto rostro contuvo la protesta que había surgido de mis labios. Vi que debía hablar con prudente consideración. ¡La chica creía en la horrible idea que se le había ocurrido la noche anterior! Era a la vez lamentable y divertido notar que no tenía reparos en cargar a Lucas con su presencia mortal, como pensaba ella, cuando se trataba de escoger entre poner en peligro a Lucas o a Walter.

—Bien —dije, saliendo de la cama—, espero que no te marcharás sin desayunar. Sería tonto desmayarse de inanición en medio del desierto.

A regañadientes Evelyn consintió en comerse el desayuno. Cuando inquietamente se paseaba por la cubierta superior, envié a un sirviente a llamar a Lucas. Era fácil de ver como los sucesos de la noche habían afectado a la tripulación. El joven Habib, nuestro sonriente camarero, no sonreía esta mañana; y no se oía el habitual y alegre parloteo de voces de la cubierta inferior.

Lucas se unió a nosotras mientras bebíamos el té. Lucía en perfecta forma y dijo que se sentía igual. Evelyn inmediatamente le contó su plan. Lucas no era tan idiota como para no entender su agitación. Sus cejas se alzaron de forma alarmante mientras hablaba. Por si no había entendido le di una patada por debajo de la mesa. Y cuando se giró hacia mí con indignación, le hice señales de advertencia tan bien como pude. Captó la insinuación.

—Cariño —dijo con ternura—, si deseas abandonar este lugar, debes irte. Te dije que tus más leves deseos son órdenes para mí. Pero debo hacer una pequeña reserva. ¡Puedes pedirme la vida, pero no mi honor como caballero y como inglés! No puedes pedirme que abandone a nuestros amigos. No, no hables; ordenaré a la tripulación que se preparen para irse inmediatamente, y llevaros a ti y a la señorita Amelia a Luxor, o donde quiera que desees ir. Pero yo me quedaré. No me respetarías si huyera ahora.

Evelyn se sentó en silencio, con la cabeza gacha. Decidí intervenir. Difícilmente podía ofenderme por los sentimientos de

Lucas pero se las compuso para crear una atmósfera de bochornoso sentimentalismo que me molestó.

—No tengo intención de irme a menos que Emerson se nos una —dije con firmeza—. Y me ocuparé de mi propia tripulación, si le parece, Lucas. Puede dar las órdenes que quiera a la suya.

—Lo haré —contestó Lucas malhumoradamente.

Y se fue para hacerlo, mientras yo mandaba llamar a Reis Hassan y hacía otro esfuerzo para atravesar la barrera del idioma. Había pensado en pedirle a Lucas que me prestara a su dragomán como intérprete; pero lo que había visto de ese personaje de mirada furtiva no me causó buena impresión, y si Emerson no había sido capaz de persuadir a Hassan de que hablara abiertamente, pensé que nadie podría.

Hassan se las arregló para transmitir un único concepto con claridad. Siguió repitiendo la palabra "ir" señalando río arriba.

—¿Emerson? —pregunté, e hice gestos hacia el campamento.

Hassan asintió vigorosamente. Iríamos todos. Hoy.

Esa fue la única palabra árabe que entendí, sin embargo la palabra para "mañana" se utiliza con más frecuencia. Lo repetí.

Hassan puso cara larga. Entonces hizo la extraña sacudida árabe.

—Mañana —dijo tranquilamente—. "In shaUah"

También conocía esa palabra. Significaba: Si Dios quiere.

Capítulo 10

Después de desayunar desembarcamos. El sol estaba bien alto; las arenas brillaban pálidamente doradas, y el resplandor, aún a esa hora temprana, era duro en los ojos. Hubo poca conversación durante la caminata. Evelyn no había hablado nada desde que hizo su declaración; estaba preocupada por ella, y —lo que no es usual en mí—insegura de cómo aliviar mejor sus extraños temores. No la culpaba por estar distraída, la mayoría de chicas de su posición social habrían estado postradas después de las experiencias que ella había experimentado.

La primera persona en saludarnos no fue otro que el mismísimo Walter. Llevaba un cabestrillo para apoyar el brazo herido, pero por otro lado parecía estar bastante bien, y yo estaba encantada de verlo en pie. Vino hasta nosotras casi corriendo y agarró mi mano. Pero miraba a Evelyn.

—No puede concebir cuán aliviado estoy de verla —exclamó—. Me puse furioso con Radcliffe cuando me dijo que se habían ido.

—No sé por qué debería haber estado preocupado —contesté, devolviéndole el campechano apretón de manos—. Era por usted por quien estábamos preocupadas. ¿Cómo se siente? ¿Y dónde está su hermano?

—No se lo creerá —dijo Walter, sonriendo—. Adivine.

—No necesito adivinar —contesté—. Emerson se ha aprovechado de mi ausencia para continuar sus excavaciones. ¡Es

un inconsciente! Supongo que ha hecho otro descubrimiento. ¿Qué es? ¿Otro fragmento de pintura?

Los ojos de Walter se abrieron de par en par con la sorpresa.

—¡Señorita Amelia, me asombra! Parece leer las mentes. ¿Cómo lo supo?

—Conozco a su hermano muy bien —contesté enojadamente—. Es capaz de cualquier estupidez en lo que respecta a sus preciosas antigüedades. Pero en este momento, perder el tiempo y la energía... ¿Dónde está? Quiero hablar con él.

—El pavimento está bastante cerca del otro que fue destruido —contestó Walter—. Pero...

—Pero nada —dije—. El resto de ustedes vuelvan al campamento. Traeré a Emerson.

Me puse en camino sin otra palabra, sin esperar a ver si me obedecían. Cuando encontré a Emerson ya estaba de bastante mal humor. Estaba agachado en el suelo, su ropa de color marrón y el casco polvoriento se fundían tan bien con el matiz de la arena que no distinguí su forma hasta que casi estuve sobre él. Estaba tan preocupado que no me oyó acercarme. Le golpeé, no levemente, en el hombro con mi parasol.

—Oh —dijo, mirándome—. Es usted, Peabody. Por supuesto. ¿Quién más saludaría a un hombre golpeándolo en la cabeza?

Me agaché a su lado. Esta postura, tan difícil al principio, se había convertido en más fácil. Las rodillas ya no crujieron cuando me arrodillé.

Había limpiado un cuadrado del pavimento de un metro cuadrado. Vi la superficie inferior azul que denotaba agua, y sobre ella tres flores de loto exquisitamente formadas, con hojas verdes encuadrando los pétalos blanco puro.

—Así que ésta es la explicación de su complot —observé—. Enviarme lejos con Evelyn para distraer a la Momia, para poder trabajar en paz. ¡Gracias, Emerson, por su preocupación! Usted es el más despreciable, egoísta... Esto es una gran pérdida de tiempo, sabe, sacar la arena con las manos desnudas. Nunca limpiará el pavimento así. La arena se desliza tan rápidamente como la empuja.

Emerson me sonrió desagradablemente por encima del hombro.

—Tsk, tsk, Peabody, pierde el rumbo de lo que está diciendo. Soy despreciable, egoísta...

—¿Ni siquiera tiene curiosidad? —Pregunté enojadamente—. ¿No quiere saber qué sucedió anoche?

—Sé que sucedió. —Emerson se sentó sobre las piernas—. Fui al barco poco antes del amanecer esta mañana y hablé con Hassan.

Ahora que lo miraba, me daba cuenta de que parecía fatigado. Había círculos oscuros bajo sus ojos, y nuevas líneas alrededor de la boca firme. Me deshinché momentáneamente por eso y por su tranquila declaración. Pero sólo momentáneamente.

—Lo hizo, ¿lo hizo? ¿Y qué saca de todo ello?

—Bien, todo ocurrió como esperaba. La Momia apareció, y fue dirigida debidamente por usted...

—Por Lucas —interrumpí.

—Su señoría no parece haber sido especialmente útil. Su desmayo arrojó a la tripulación a un estado de completo pánico. Incluso *Reis* Hassan, que está lejos de ser un cobarde, se lo aseguro, tiene miedo. ¿Confío en que su Señoría esté recuperado completamente esta mañana de lo que Hassan describió como una maldición personalmente entregada?

—No sé que estaba mal con él —admití—. Si no fuera un hombre tan intrépido, sospecharía que se desmayó por el sol.

—Ah —dijo Emerson.

—Búrlese tanto como quiera, no puede negar el valor del hombre. No es cobarde.

Emerson se encogió de hombros y comenzó a sacar más arena.

—¿Se ha vuelto loco? —Pregunté—. Ha tenido una pintura destruida; destape esta, y encontrará el mismo destino. Su única seguridad ahora está en la oscuridad.

—Quizás su supervivencia no es mi preocupación principal —contestó Emerson, todavía sacando arena—. Debemos tener algún cebo para nuestro visitante misterioso; mejor perder esto que a la señorita Evelyn.

Le estudié en silencio durante varios minutos.

—No puedo creer que haya dicho eso —dije finalmente.

—No, estoy seguro de que tiene la opinión más baja posible de mí y de todos mis trabajos. Es verdad, no obstante.

Había una nueva nota en su voz, una que no había oído antes. Había mostrado enojo, desprecio, repugnancia; pero nunca tal fatigada amargura. Me sentí peculiarmente afectada.

—No tengo una baja opinión de usted —dije, más bien entre dientes.

Emerson se giró.

—¿Qué ha dicho?

Presentábamos una imagen ridícula. Medio arrodillados, medio agachados. Emerson estaba inclinado hacia delante para escudriñarme la cara. Las manos descansaban en el suelo, y su postura sugería más bien un orangután inquisitivo. Mi propia posición, agachada sobre mis talones con las faldas arrugadas a mí alrededor, no era menos ridícula. Sin embargo, yo no era consciente de lo absurdo ni la incongruencia, sólo era consciente de sus ojos, azules y brillantes como zafiros, sosteniendo mi mirada con una intensidad extraña. Su mirada era demasiado para soportarla, mis ojos cayeron y mi cara se sintió incómodamente caliente.

Y entonces el sonido de una voz rompió el hechizo. Alzando la mirada, vi a Walter venir hacia nosotros. Emerson se sentó.

—Radcliffe —empezó Walter—, que supones que ha...

Paró de hablar y nos miró de uno al otro.

—¿Hay algo mal? He interrumpido...

—Nada —dijo Emerson fríamente—. No has interrumpido. ¿Qué es, Walter? Pareces agitado.

—¿Agitado? ¡Lo estoy, verdaderamente! Y tú lo estarás, cuando oigas lo que ocurrió anoche.

—Sé lo que ocurrió —dijo Emerson, con la misma voz fría.

Le miré desde debajo de mis pestañas. Su cara era tan impasible como la de uno de los faraones de piedra en el Museo de Boulaq. Decidí que debía haber imaginado la apasionada mirada fugaz interrogativa. Estaba cansada, después de una noche en blanco, y sujeta a imaginar cosas.

—Entonces la señorita Amelia te lo ha contado -dijo Walter inocentemente—. ¡Radcliffe, algo debe ser hecho, esto es espantoso! ¡Debes persuadir a las señoras para que se vayan... ahora... hoy! Regresa al campamento, te lo ruego, y utiliza tus dotes de persuasión. Parece que no puedo imponerme con la señorita Evelyn ni con su Señoría.

—Oh, muy bien —se quejó Emerson, levantándose.

Walter me tendió la mano. Su hermano se alejó a zancadas y le seguimos. Cuando le alcanzamos, Walter continuó expresando su

horror y alarma. Por último Emerson interrumpió.

—Walter, estás balbuceando, y no creo que hayas pensado en el asunto. Supón que conseguimos enviar a la señorita Evelyn lejos; ¿resolverá eso la dificultad? Si la Momia es un agente sobrenatural, lo que todos los tontos parecen creer, la puede seguir a donde quiera que vaya. ¡Igualmente bien la puede seguir si no es sobrenatural! Dado que tú pareces estar más preocupado por su seguridad que con el éxito de nuestro trabajo aquí, quizás estarías de acuerdo en que deberíamos redoblar todos nuestros esfuerzos en averiguar los motivos de la criatura y prenderla.

Walter pareció apenado. El razonamiento hizo alguna impresión en su intelecto, pero todos sus instintos protectores estaban en guerra con el cerebro; quería ver a Evelyn fuera de peligro.

—Ciertamente —aduje—, realmente no tenemos razón para suponer que la criatura quiera herir a Evelyn. Ustedes dos, y Lucas también, han sido heridos, pero Evelyn no ha sido tocada. Ella es la única que no ha sido herida, excepto yo.

—Ah —dijo Emerson, dándome una mirada larga y pensativa—. Le aseguro, Peabody, que ese punto no se me ha escapado.

Terminamos el viaje en silencio. Walter estaba demasiado preocupado y yo estaba demasiado furiosa para hablar. Comprendí la implicación de Emerson. ¿Realmente podría sospechar él que yo estaba detrás del complot diabólico? Seguramente ni Emerson era capaz...,

Pero, me dije... ¡lo era! Tan cínico, que nunca ha tenido un pensamiento altruista en su vida, siempre proyectando sus propios defectos en otras personas.

Evelyn y Lucas nos esperaban y nos sentamos para una discusión que se demostró al principio inútil. La culpa fue mía; comúnmente no tengo dificultad para decidirme, ni para convencer a otros de la exactitud de mi decisión. En esta ocasión no pude llegar a una decisión.

El curso más seguro hubiera sido que todos empacáramos y abandonáramos el sitio. Sabía que eso Emerson nunca lo consideraría, y tenía una cierta simpatía a su punto de vista. Igualmente imposible para mí era la idea de abandonar a los Emerson y navegar. Ninguno de los dos se encontraba en perfecta salud; estarían indefensos si los aldeanos convertían su resistencia

pasiva en hostilidad activa. No tenían medios de reunir ayuda. Incluso en los años ocupados, las ruinas remotas de Amarna atraen relativamente pocos visitantes, y la situación pendiente en el Sudán había espantado a muchos viajeros.

Una alternativa era permanecer con mi *dahabbiya*, en caso de emergencia, mientras Lucas y Evelyn volvían a El Cairo en busca de ayuda. Sería impropio que viajaran sin carabina, pero para entonces estaba lista para enviar los cánones sociales a la perdición, donde pertenecían. Sin embargo el plan tenía varias dificultades. Evelyn se negaría a dejarme, y Emerson rugiría como un chacal ante la idea de que me quedara para protegerle. Él tenía la opinión más baja posible de Maspero y el Departamento de Antigüedades; la noción de apelar a ellos en busca de ayuda ofendería su orgullo masculino.

No obstante, pensé que era mi deber proponer el plan. Fue recibido con la protesta unánime y negativa que había esperado. ¿Dije unánime? Soy inexacta. El único que no se opuso fue el que yo había esperado que fuera el más vehemente. Emerson se sentó con los labios apretados fuertemente.

Lucas fue el más abierto.

—¿Abandonar a nuestros amigos? —exclamó—. ¿Y a usted, señorita Amelia? ¡Eso ni pensarlo! Además, yo no puedo aceptar el permitir que Evelyn arriesgue su reputación viajando sola conmigo. Hay sólo una circunstancia bajo la cuál ése plan sería posible...

Y miró significativamente a Evelyn, que se ruborizó y giró la cabeza.

Su significado estaba claro. Si Evelyn viajaba como su prometida, la ceremonia se realizaría inmediatamente a su llegada a El Cairo... En nuestros tiempos convencionales los cánones sociales quizás se sorprendieran por tal arreglo, pero no serían quebrantados inalterablemente.

Walter captó el significado tan pronto como yo. Su joven semblante ingenuo cayó. Emerson había preparado su pipa y estaba fumando con toda la apariencia de placer; sus ojos brillaban maliciosamente mientras nos miraba de uno a otro.

—Oh, esto es absurdo —dije, poniéndome en pie de un salto—. Debemos tomar alguna decisión. El día pasa, y estoy agotada.

—Por supuesto que lo estás —exclamó Evelyn, inmediatamente preocupada—. Debes descansar, eso es más importante que otra

cosa. Vete y acuéstate, Amelia.

—Todavía no hemos tomado una decisión —empecé.

Emerson se sacó la pipa de la boca.

—Realmente, Peabody, esta extraña indecisión no es normal en usted. Verdaderamente, estoy sorprendido. Están actuando como niños impulsivos, preparados para huir de una sombra.

—¡Una sombra! —Exclamé indignadamente—. ¡Fue una sombra, supongo, lo que le fulminó con una piedra; una sombra la que hirió a Walter!

—Para ser preciso, fue una avalancha lo que me hirió —contestó Emerson con serenidad—. Un accidente igualmente desgraciado —enfatizó la palabra, mirando a Lucas mientras lo hacía—, un accidente causó la herida de Walter. Vamos, vamos, Peabody, utilice la cabeza. Para citar, no hay nada que sugiera que alguno de esos contratiempos fue el resultado de una maldad deliberada. En cuanto al extraño desplome de su señoría anoche... el cuerpo es susceptible a debilidades inexplicables. La fatiga, los entusiasmos... demasiado vino...

Se detuvo, ladeando la cabeza y escudriñando a Lucas con unos ojos azules interrogantes. Lucas se ruborizó con enojo.

—¡Niego la alegación!

—La única alternativa es creer en los poderes sobrenaturales de la Momia —contestó Emerson secamente—. Que me niego a creer. Continuaré buscando una explicación racional hasta que quede la razón; y a menos que alguno de ustedes pueda sugerir un motivo, desconocido para mí, de por qué cualquiera de nosotros correría peligro...

Otra vez se detuvo, examinándonos con su fría mirada. Nadie habló.

—¿Ni vendettas, ni peleas? —preguntó Emerson en tono burlón —. ¿Ni amantes desesperados, ni enemigos ardiendo por venganza? Muy bien, entonces; volvemos a la única explicación sensata para todo esto; fue sugerida, creo, por su Señoría. Los aldeanos desean conducirnos lejos de aquí porque han hecho un descubrimiento valioso. Yo no seré ahuyentado. Es tan sencillo como eso.

No podía esperar sino estar impresionada por la lógica irrefutable del hombre. Pero aún así, en mis pensamientos más profundos una intranquilidad extraña perduraba.

—¿Entonces qué propone que hagamos? —Pregunté.

—Propongo que seamos más agresivos —contestó Emerson—. Hasta ahora no lo hemos hecho así; nos hemos preocupado en defendernos de peligros imaginarios. Y eso, creo, es precisamente lo que nuestros adversarios desean que hagamos. Si los aldeanos pueden encontrar una tumba, nosotros la podemos encontrar. Mañana empezaré a buscar. Reclutaremos la ayuda de sus tripulaciones. No será fácil de hacer; los aldeanos les han contado a los hombres que estamos bajo una maldición. Pero me imagino que una mezcla juiciosa de adulación, atracción y soborno les convencerán. Debemos tener mano de obra suficiente para proteger a las señoras y para realizar una búsqueda completa. ¿Bien? ¿Qué dicen? ¿Es un buen plan?

No tenía nada que decir. El plan era bueno, pero hubiera preferido morir a admitirlo en voz alta. Los otros estaban claramente impresionados. La cara sombría de Evelyn se había iluminado.

—¿Entonces usted cree realmente que la Momia sólo trata de darnos miedo? ¿Qué nadie corre peligro?

—Mi querida chica, estoy convencido de ello. Si le hace sentir más segura, maldeciremos las convenciones y pasaremos la noche apiñados en una sola habitación. Pero me siento seguro de que tal molestia no es necesaria. ¿Estamos todos de acuerdo? Excelente. Entonces Peabody, mejor retírese a su cama; claramente necesita el sueño recuperador; no ha hecho ni una observación sarcástica en diez minutos completos.

* * *

Pensé que no dormiría. Mi mente estaba en un estado de tal confusión como rara vez permito a ese órgano; pero en esta ocasión los métodos que normalmente aplico para resolverlo no fueron efectivos. Algo evitaba que pensara. La fatiga mental, así como el agotamiento físico, finalmente me enviaron a un sueño pesado, lleno de fragmentos desconcertantes de sueños. El tema común de todos parecía ser la luz, rayos brillantes de luz que destellaban y luego se desvanecían, dejándome en una oscuridad más profunda que antes. Tanteé en la oscuridad, buscando no sabía qué.

Fue un rayo de luz lo que por último me despertó. Cuando la cortina en la boca de la tumba se levantó, los rayos del sol poniente

golpearon la penumbra oscura. Yací inmóvil, luchando contra los lazos del sueño que todavía se me adherían, mi dormir inquieto había retorcido la ropa de cama en mis miembros y aflojado mi cabello de la redecilla. Húmedo con sudor, los gruesos mechones hacían a mi cabeza pesada.

Entonces oí la voz. No la reconocí al principio; fue un cuchicheo áspero, trémulo con temor y advertencia.

—¡No se mueva! ¡Por su vida, quédese inmóvil!

Los tonos me despertaron como un jarro de agua fría. Abrí los ojos soñolientos. El primer objeto que encontré con mi mirada fue un rollo de lo que parecía ser cuerda marrón gruesa, descansando a los pies de mi sofá. Cuando miré fijamente, el rollo se movió. Una cabeza plana se levantó de la masa; dos orbes estrechos, chispeando con vida, fijos en los míos.

El cuchicheo volvió.

—Estése quieta. Ni un aliento, ni un movimiento...

No necesitaba ese mandato. No podría haberme movido, incluso si la despierta inteligencia no me hubiera advertido que el más ligero movimiento podía excitar a la serpiente para que atacara. Los pequeños ojos de obsidiana me observaban. Había leído que las serpientes paralizan a su presa así; y supe cómo debía sentirse el conejo tembloroso cuando su asesino se deslizaba hacia él.

Con un esfuerzo desesperado arranqué los ojos de la hipnótica mirada de la serpiente. Los giré hacia la puerta. No me atreví a moverme más.

La cara de Emerson estaba veteada con arroyos de sudor. No me miró. Sus ojos estaban fijos en la cabeza plana del reptil, que ahora se mecía lentamente de aquí para allá. La mano, medio levantada, temblaba con el esfuerzo. La movió lentamente, palmo a palmo. Se tocó el bolsillo y, con la misma agonizante deliberación, alcanzó el interior.

Antes y después de ese tiempo he hecho esfuerzos que no fueron fáciles de hacer, pero nunca he hecho nada más difícil que quedarme inmóvil. El terror vívido había reemplazado a mi parálisis; cada nervio en mi cuerpo se sacudía con el deseo de acción. Quería chillar en voz alta, lanzarme del sofá mortal. Cada gramo de mi voluntad estaba ocupado en luchar contra ese instinto. El esfuerzo fue demasiado. Una niebla descendió sobre mis ojos.

Supe que en otro momento debía moverme.

Cuando ocurrió finalmente, el acto fue demasiado rápido para que mis ojos pudieran verlo. El brazo de Emerson destelló en una mancha de movimiento. Simultáneamente, o así lo pareció, los cielos cayeron. Una luz deslumbradora, un choque de sonido que sonó como un trueno... El olvido misericordioso me venció. No estuve inconsciente mucho tiempo. Cuando desperté no podía recordar, al principio, lo que había sucedido. Mi cabeza descansaba contra una dura y cálida superficie que vibraba de modo irregular. Mis orejas todavía resonaban con los ecos de ese trueno final. Decidí, soñolientamente, que el sonido rápido de golpes era de mi propia sangre corriendo por mis venas con la rapidez del terror; un latido de corazón normal nunca era tan rápido. Me sentía sorprendentemente cómoda, flácida y débil como un bebé en los brazos de su madre. Entonces algo comenzó a tocar mi cara, labios, ojos cerrados, mejillas; con una presión ligera como roces de dedos, sólo que más caliente y suave. Ese toque extraño y fugaz tuvo el efecto más extraño en mí. Había estado a punto de abrir los ojos. En vez de eso, los cerré más apretadamente. Decidí que debía estar soñando. Sensaciones semejantes habían ocurrido, ocasionalmente, en sueños; ¿por qué debo rechazar tales experiencias gratas por una realidad que no sería tan agradable? Lo recordaba todo ahora. La serpiente debía haberme clavado los colmillos. Estaba envenenada —delirante— soñando.

Verdaderamente me resentí de los sonidos que por último rompieron el hechizo. Voces gritando en alarma, pasos corriendo, rayos de luz irritando mis ojos cerrados —sí, el sueño se había acabado. Me sentí siendo bajada a una superficie plana, sacudida y —coronando el ultraje— abofeteada elegantemente en la mejilla. Abrí los ojos, y entonces los estreché en un ceño cuando reconocí la cara de Emerson cerniéndose sobre mí como una máscara de pesadilla. Era quien me había abofeteado, por supuesto. Más allá, vi a Evelyn, la cara tan blanca como su vestido. Apartó a Emerson, con una fuerza y grosería bastante extraña a su naturaleza, y se lanzó hacia el catre a mi lado.

—¡Amelia! Oh, mi querida, querida Amelia... oímos el disparo y vinimos corriendo. ¿Qué ha sucedido? ¿Estás herida? ¿Estás muriéndote?

—Ni herida, ni muriéndose, solamente disfrutando de un desmayo femenino —dijo la voz familiar y odiosa de Emerson—. Permítame felicitarla, Peabody; es la primera vez que la he visto comportarse como se supone que debe hacer una dama. Debo tomar nota de ello en mi diario.

Traté de pensar en algo lo suficientemente cortante para responderle, pero estaba demasiado trastornada para hacerlo, simplemente le miré furiosa. Él había retrocedido y estaba al lado del catre, con las manos en los bolsillos. Un grito bajo de Walter interrumpió las preguntas agitadas de Evelyn. Se levantó del pie de la cama, sosteniendo el cuerpo flácido de la serpiente en la mano.

—Buen Dios —exclamó, la voz temblando—. Es una cobra encapuchada... una de las serpientes más mortales de Egipto. Radcliffe, ¿has sido tú quien ha disparado? ¿Estás seguro de que no mordió antes de que la mataras?

Pensé por un momento que Evelyn se iba a desmayar. Se levantó y comenzó a manosear en la ropa de cama, tratando de examinarme los miembros inferiores. Los aparté. Me sentía perfectamente bien ahora; la ordinariez de Emerson tuvo el efecto de despertarme.

—No te agites, Evelyn —dije malhumorada—. La serpiente no me tocó, es una criatura torpe y le llevó tanto tiempo decidir si morderme que Emerson tuvo tiempo de dispararle. Le llevó tiempo de sobra, también, debo decir; podría haber tratado con diez serpientes durante el intervalo que le requirió sacar su pistola.

—Usted lo sabe mejor, señorita Amelia —exclamó Walter—. Era necesario moverse con deliberación; un movimiento rápido quizás hubiera asustado a la serpiente y hubiera atacado. ¡Pensar que estaba aquí mismo, a los pies de su cama! Me deja helado pensar en ello. Gracias a Dios que tenías un arma, Radcliffe.

—Mi arma, supongo —dijo Lucas desde la puerta; entró lentamente en el cuarto—, que afortunada oportunidad que la llevara con usted.

—Había una bala dentro —dijo Emerson. Los labios se curvaron en una sonrisa espantosa; bruscamente giró la espalda.

—Fue un disparo extraordinario —dijo Lucas, con los ojos en los hombros rígidos del otro hombre—. Un disparo afortunado, debo decir. Podría haberle dado a la señorita Amelia.

—Tenía que intentarse, sin importar el riesgo —exclamó Walter.

La crítica implícita a su hermano hizo que la cara se le ruborizara de ira.

—Por supuesto —lloró Evelyn.

Ella todavía estaba pálida con la agitación, pero se levantó con su gracia usual y, yendo hacia Emerson, colocó la mano tímidamente en su brazo.

—Dios le bendiga, Sr. Emerson. Su rápido ingenio y buen ojo han salvado la vida de Amelia. ¿Cómo se lo puedo agradecer?

La postura tiesa y altanera de Emerson se relajó. Se giró y miró a la chica. Parte del color había vuelto a la cara de Evelyn bajo la mirada tranquila de Emerson. Entonces él sonrió débilmente.

—Permitiré que usted lo sepa —contestó enigmáticamente.

—Mientras tanto, quizás el Sr. Walter considere deshacerse de su recuerdo —dijo Lucas—. No puede ser una vista agradable para las señoras.

Walter se puso en marcha. Todavía sostenía el cuerpo de la serpiente a la longitud de un brazo. Cruzó el cuarto, rozando a Lucas al pasar, y salió por la puerta.

—Y —continuó Lucas—, vamos a salir de este cuarto, en el cuál el hedor de la pólvora tiene asociaciones desagradables. Venga, señorita Amelia, permítame ofrecerle mi brazo.

—Gracias —contesté—. No necesito ayuda. Quizás una taza de té...

Evelyn y yo tuvimos té. Los caballeros tuvieron algo más fuerte. Lucas fue el único que parecía normal; siguió especulando sobre cómo la serpiente entró en la tumba.

—Sin duda se arrastró dentro durante la noche —dijo.

—Me pregunto por qué no la vi más temprano —dije—. Debo haberla perturbado cuando me lancé hacia abajo para dormir.

—Porque no estaba en el catre entonces —contestó Lucas—. Estaba curvada en un rincón, y se arrastró a su cama más tarde. Fue afortunado que Emerson entrara cuando lo hizo; si usted hubiera despertado y se hubiera movido...

—Suficiente de esto —interrumpí—. El caso ha terminado. Mientras tanto, el sol se está poniendo. Aún tenemos que decidir qué haremos esta noche.

—He decidido. —Fue Evelyn quien habló. Todos nos giramos para mirarla cuando se levantó lentamente de su silla. La cara

estaba tan blanca e inmóvil como una estatua de mármol; pero una resolución inconquistable le brillaba en los ojos—. Acepto la proposición de matrimonio de Lord Ellesmere —siguió—. Él y yo saldremos ahora, en este momento. Mañana al amanecer navegaremos para El Cairo.

Siguió un silencio total. Fue roto por Walter. Se puso de pie de un salto con un grito incomprensible; el color oscuro del anochecer coloreó sus mejillas. Lucas también se levantó. Su lento, deliberado movimiento y la sonrisa que se extendió por su cara tenían un triunfo insolente que me enfureció.

—Soy, por supuesto, el hombre más feliz del mundo —dijo con serenidad—. Aunque podía haber deseado, querida, que no hubieras escogido aceptarme tan públicamente. Sin embargo, si eso es lo que prefieres...

Antes de que ninguno de nosotros sospechara qué tenía intención de hacer, había agarrado las manos de Evelyn y tirado de ella rudamente hacia él. Creo honestamente que el bribón la habría abrazado, allí ante todos nosotros, si Walter no hubiera intervenido. Con otro grito mudo, golpeó las manos de su rival apartándolas. Por un momento los dos jóvenes se pararon frente a frente en enemistad abierta. El pecho de Walter subía y bajaba con su agitada respiración, el cabestrillo que sujetaba el brazo herido subía y caía con él.

Los ojos de Lucas se estrecharon. Vi, como nunca antes, la caliente sangre latina de su Señoría.

—Como... —dijo suavemente—. Se atreve... Responderá por esto, Emerson, se lo prometo.

Evelyn dio un paso entre ellos.

—¡Lucas... Walter... qué vergüenza! He dicho lo que debo hacer. Lo haré. Nada puede hacerme cambiar de opinión.

—¡Evelyn! —Walter se giró hacia ella, ignorando al otro hombre —. ¡No puede hacer esto! No lo ama, se está sacrificando a causa de alguna noción absurda de que usted es la causa de nuestros problemas...

—Posiblemente no podría ser tan estúpida. —La voz tranquila de Emerson irrumpió. No se había movido durante la pequeña escena; estaba sentado tranquilamente, con las piernas extendidas, fumando su pipa y mirando como un espectador un partido—.

Sentaos, todos ustedes —siguió, su voz tomó un tono agudo que forzó obediencia—. Ahora vamos a hablar como seres humanos razonables. Si la señorita Evelyn decide convertirse en Lady Ellesmere, es su derecho; pero no le puedo permitir dar ese paso bajo un malentendido.

Se giró hacia Evelyn, que se había dejado caer en una silla, donde estaba sentada con una mano temblorosa sobre los ojos.

—Jovencita, ¿cree realmente que usted es el maleficio, el *Jonah*, que trae el mal sobre nosotros? Eso es impropio de una mujer sensata.

—Amelia, hoy —dijo Evelyn con voz débil—. Fue la advertencia final. El peligro para todos los que amo...

—¡Tonterías! —La palabra explotó de los labios de Emerson—. Simples tonterías, mi chica. ¿Se ha olvidado de lo que decidimos, al principio de esta charada obscena? El único motivo posible para todo esto es el deseo de algún desconocido de forzarnos a abandonar este sitio. ¿Cómo logrará su salida esto, si Walter y yo nos quedamos? Mientras usted navega sin peligro río abajo hacia El Cairo, en los brazos de su prometido...

Hubo una protesta muda de Walter ante esto. Emerson le echó una mirada sardónica antes de continuar, en un tono que parecía diseñado para provocar al joven aún más.

—Mientras navega en el suave flirteo bajo la luna, nosotros podemos ser sitiados aquí. No; si su motivo es sinceramente beneficiarnos, su salida no puede lograr eso. Si, por otro lado, usted anhela estar a solas con su Señoría...

Fue el turno de Lucas de protestar.

—Emerson, ¿cómo osa usar ese tono? Insulta a una dama...

—Bastante al contrario —dijo Emerson, de forma exasperantemente fría—. Le ofrezco a la dama el cumplido de asumir que tiene un cerebro y es capaz de utilizarlo. ¿Bien, Evelyn?

Evelyn estaba sentada inmóvil, con la mano todavía dándose sombra a los ojos.

No sé que me había mantenido silenciosa tanto tiempo. El motivo de Emerson me eludía; que tenía algún propósito ulterior, sin embargo, no lo dudaba. Decidí que era tiempo de agregar mi opinión.

—Emerson indica los hechos con su grosería habitual, pero son

básicamente correctos. Estamos todavía en la oscuridad en cuanto al motivo para esta charada, como él correctamente la llama. Una acción precipitada puede ser fatal. Puedes hacer de forma ignorante precisamente lo que nuestro adversario desconocido desea que hagas.

Lucas giró para mirarme, y supe que si yo no hubiera sido una mujer me habría amenazado como había hecho con Walter. No me preocupaba en absoluto su opinión. Ansiosamente miré a Evelyn.

—No sé qué hacer —cuchicheó—. Debo estar sola... dejadme pensar. No me sigáis, por favor.

Lentamente, apartó la cara, pasó por el saliente y comenzó a descender.

Lucas comenzó a seguirla.

—¡Su Señoría! —La voz de Emerson golpeó como un látigo.

—No interfiera conmigo, Emerson —dijo Lucas, tensamente—. No es mi maestro.

—¿Interferir? —Los ojos de Emerson se ampliaron con honesta indignación—. Nunca interfiero. Usted es, por supuesto, demasiado caballeroso para ponerle las manos encima a la señorita otra vez; no le debo advertir en cuanto a eso. Sólo iba a recordarle que no vagara fuera de la vista.

—Muy bien —dijo Lucas, brevemente.

Evelyn había llegado al fondo del sendero y caminaba lentamente a través de la arena, lejos del campamento. La pobre niña parecía infinitamente fatigada y triste cuando continuó arrastrando los pies con la cabeza inclinada. El sol poniente golpeaba sobre su cabeza dorada como una llama.

El ritmo de Lucas fue más rápido; pronto la alcanzó y caminaron juntos. Naturalmente, yo no podía oír lo que decían, pero me sentí segura que él estaba presionando. La fatigada sacudida de la cabeza de Evelyn me dio alguna esperanza, pero no bastantes.

Me giré hacia Walter, que estaba sentado a mi lado. Sus ojos estaban fijos en la pareja distante. Parecía diez años más viejo que su edad verdadera.

—Hacen una bonita pareja —dijo Emerson, que se estaba superando a sí mismo en lo detestable esa tarde—. Milord y milady, serán una pareja excelente.

—Oh, no sea idiota —dije con brusquedad.

—¿Por qué?, pensaba que las damas disfrutaban haciendo de casamenteras. Puede estar orgullosa si consigue éste. Él es rico, con título, guapo; ella es pobre. Un brillante emparejamiento para una chica así.

Mi autocontrol, comúnmente excelente, de repente se rompió. Estaba totalmente disgustada con muchos de ellos, con Evelyn y su morboso amor por el martirio, con Lucas y su arrogancia, con Walter y su avergonzada aceptación del sufrimiento, y sobre todo con Emerson. Él pensaba que había ganado, y temí que lo hubiera hecho; entregando a Evelyn a Lucas, él mantendría a su hermano saltando ante sus deseos egoístas y ahora retorcía el cuchillo en la herida, convenciendo a Walter de que la chica iba a casarse con Lucas por el deseo de riqueza y posición social. Su sonrisa me enfureció; no podía sujetar más mi lengua.

—¡Conseguirlo! —Grité—. Preferiría ver a Evelyn en un... en un monasterio que casada con ese desgraciado. Ella no le ama. Ella ama... a otra persona, y piensa que le salvará aceptando a Lucas. Quizás tenga razón después de todo. ¡El hombre al que ama es un desgraciado apocado, que ni se toma el problema de declararse!

Walter me agarró las manos. Su cara estaba transfigurada.

—Usted no puede querer decir —susurró—. No puede querer decir que yo...

—Sí, joven tonto. —Le di un empujón que le envió tambaleándose—. Ella le ama, por qué, no puedo imaginármelo, pero lo hace. ¡Ahora vaya y deténgala!

Walter me lanzó una mirada que me hizo temblar. Saltó por el saliente, y yo me giré para encarar a su hermano, echando los hombros atrás de modo desafiante. Había hecho una cosa temeraria; no sabía que saldría de ello. Pero en ese momento, estaba preparada para encarar a una horda entera de Momias, mucho menos Emerson, para defender mi acto.

Él se estaba meciendo de aquí para allá en su silla, sacudido por espasmos silenciosos de risa.

—Mi querida Peabody —jadeó—. Me asombra. ¿Puede ser que usted sea una romántica secreta después de todo?

Era imposible. Le di la espalda y miré el escenario de abajo.

Walter corrió como un ciervo; pronto alcanzó a los otros, y el tres se pararon hablando. Era demasiado fácil seguir la

conversación; gestos apasionados de Walter, respuesta asustada de Evelyn, e interrupción enojada de Lucas.

—Voy abajo —dije inquietamente—. Puedo haber actuado un poco precipitadamente...

—La intervención quizás sea conveniente —concordó Emerson tranquilamente—. Su noble Señoría no está por golpear a un hombre herido; y Walter no es contrincante para él con sólo un brazo. ¡Condenación! ¡He esperado demasiado!

Había esperado demasiado y había sido correcta en su evaluación del carácter de Lucas. Él golpeó; Walter se tambaleó. Emerson ya estaba a medio camino en el sendero, saltando como una cabra montés. Le seguí; no me atreví a ir rápidamente, para no apartar los ojos del pequeño drama de abajo.

Evelyn trató de intervenir; Lucas se la quitó de encima. Walter había sido sacudido pero no derribado; volvió al combate. Agachando la cabeza bajo los golpes del otro hombre, los devolvió con interés; apenas pude reprimir una aclamación cuando el puño apretado golpeó la mandíbula de Lucas con un sólido golpe. Lucas cayó justo cuando Emerson llegó corriendo. Agarró el brazo de su hermano, innecesariamente, Walter no era hombre que se aprovechara de un adversario caído. Corriendo tan rápidamente como pude con las desventajas de las faldas y el montón de arena, les alcancé cuando Lucas se levantaba.

Estaba balanceándose inestablemente, frotándose el mentón con la mano. La caída apenas había arrugado su traje elegante, pero había poco del caballero inglés en él mientras miraba furioso a Walter, los ojos oscuros ardientes de rabia latina.

—¿Dos contra uno? —preguntó con un visaje de burla—. ¡Muy deportivo, caballeros!

—Usted no es quien para hablar de deportividad —exclamé—. Golpear a un hombre herido...

—Él utilizó términos que no permito que ningún hombre utilice para dirigirse a mí — interrumpió Lucas.

—Lamento los términos —dijo Walter en voz baja—. Pero no la emoción que los incitó. Señorita Amelia, Radcliffe, si hubierais oído las cosas que dijo de Evelyn... las implicaciones que fue lo bastante vil para hacer...

—Eran verdad —contestó Evelyn.

Todos los ojos se giraron hacia Evelyn.

Blanca como el encaje en la garganta, derecha como un joven árbol de abedul, ella encaró los ojos que la miraban fijamente sin estremecerse. Retrocedió, no en retirada, sino en un movimiento deliberado que la separó del apoyo. Ondeó hacia mí con un gesto irresistible de orden cuando comencé a acercarme a ella, las protestas en mis labios.

—No, Amelia —dijo, con mí misma voz tranquila—. Tuve, durante un tiempo, la cobarde esperanza de evitar esto. Pero en justicia hacia Lucas y hacia todos ustedes, no puedo quedarme silenciosa. En el calor de la ira Lucas dijo la verdad. No sólo he perdido la joya más valiosa de una mujer, sino que se la di a un libertino, un derrochador y un rufián. Actué por voluntad propia. Abandoné a un anciano que me adoraba, y fui salvada del último pecado de tomar mi propia vida por la caridad de Amelia. Ahora que Walter sabe lo peor, ya no buscará detenerme. Y aceptará mis gracias por salvarme, justo a tiempo, de este despreciable acto que estaba a punto de cometer. Veo ahora que no puedo herir a Lucas aprovechándome de su noble propuesta de matrimonio. Eso sería una buena manera de devolverle su bondad, ¿no?

—Evelyn, mi adorada —empezó Lucas.

Ella sacudió la cabeza. Fue un gesto bastante suave, pero incluso Lucas se convenció por la firmeza inalterable de su expresión. La mano extendida cayó a un lado.

—Nunca me casaré. Dedicando mi vida a buenos trabajos y proyectos caritativos puedo un día redimir parcialmente mi carácter arruinado.

Había pensado decir más; continuando con su buen estilo dramático, pobre cosita joven, llevada por la tragedia de todo esto, como les pasa a los jóvenes. Pero sus emociones eran demasiado reales, demasiado dolorosas; su voz se rompió en un sollozo. Continuó parada en la picota bajo la mirada asombrada de Walter. Ella había hablado como si fuera para todos nosotros; pero fue a Walter al que se había dirigido realmente.

Parecía un hombre que ha recibido una herida mortal y todavía no se da cuenta de que debe caerse. El semblante de Emerson estaba tan en blanco como el precipicio de piedra detrás de él. Sólo sus ojos estaban vivos. Se movieron de la cara pálida de Evelyn al

semblante igualmente blanco como un muerto de su hermano; pero eso fue el único movimiento que hizo; no habló.

De repente el color volvió a la cara de Walter, tan febril que parecía tener fiebre. Los sombríos ojos en blanco se llenaron de vida. Dando un paso adelante, se dejó caer de rodillas ante Evelyn.

Pensé que el desplome mucho tiempo esperado estaba a punto de ocurrir. Con una emoción indescriptible de emoción me di cuenta de que él había agarrado la mano débil de Evelyn en la suya y apretaba los labios contra ella. No necesité oír sus palabras para saber que él había subido a alturas que yo nunca esperé realmente que un hombre alcanzara.

—Eres la chica más noble que jamás he encontrado —lloró, levantando los ojos a la cara asombrada de Evelyn—. La más verdadera, la más valiente, la más encantadora... ¡No conozco a muchos hombres que tendrían la fuerza de hacer lo que acabas de hacer! Pero mi más querida y dulce chica... —se levantó, sosteniéndole todavía la mano y mirándola a ella con tierno reproche—. ¿Me tienes en tan poca consideración que supones que yo no comprendería tu trágica historia? ¡Evelyn, deberías haber confiado en mí!

Por un momento ella le devolvió su mirada, los ojos abiertos, interrogadores, sin poder creerlo. Entonces, con un pequeño suspiro cansado, cerró los ojos y dejó caer su dorada cabeza sobre el pecho de Walter. Con el brazo alrededor de su cintura, Walter la sostuvo cerca.

Les miré con la satisfacción más completa que jamás había sentido en mi vida. Ni siquiera me enjuagué las lágrimas que caían por mi cara, aunque comencé a pensar que era también porque Evelyn iba a dejarme. Unas pocas semanas más con ella, y me habría vuelto una sentimentalista alocada.

—Menos mal que se ha solucionado —dijo Emerson—. Llevó bastante, el cielo lo sabe, y llegó a ser asquerosamente sensiblero hacia el final. Venga, Walter, besa a tu novia, y permítenos volver al campamento. Tengo hambre; deseo mi cena.

No creo que Walter oyera ni una palabra de este discurso. En mi opinión, golpeó justo la nota correcta; necesitaba alguna abertura para mis desbordantes emociones.

—Nadie jamás le acusaría de ser sentimental —dije

enojadamente—. ¿Está tratando de sugerir, usted hombre espantoso, que esperaba este desarrollo? ¿Permitirá a su hermano sacrificarse con una chica sin dinero?

—No sólo sin dinero —dijo Emerson alegremente—, sino arruinada. Aunque por qué "arruinada", no puedo distinguirlo, parece estar bastante ilesa en todos los aspectos significativos. Un artista capaz será una adición útil al personal. ¡Y no tendré que pagarle un salario, sólo piense en los ahorros!

—Esto es una artimaña.

La voz habló justo detrás de mí. Me puse en marcha y me giré. Por increíble que parezca, me había olvidado bastante de Lucas.

Sus pasiones estaban bajo control; sólo el intenso brillo de los ojos traicionaba sus sentimientos mientras, ignorándome, caminaba hacia Emerson.

—Una artimaña —repitió—. Usted no puede hablar en serio al animar esto, Emerson. No habla en serio.

—Su Señoría falla en comprender mi carácter —dijo Emerson suavemente—. ¿Quién soy yo para interponerme en el camino del amor verdadero? Creo honestamente —agregó, mirando atentamente a Lucas—, que éste es el mejor de todos los arreglos posibles para todos nosotros. ¿No está usted de acuerdo, milord?

Lucas no contestó inmediatamente. Sentí una conmoción débil de compasión por él mientras luchaba contra sus emociones. Estas eran intensas; me pregunté si, después de todo, amaba a Evelyn, tanto como un hombre de su capacidad limitada era capaz de amar. Y cuando por último habló, tuve que admirar su actitud.

—Quizás tiene razón. Quizás sea así como tiene que ser. Como Shakespeare decía "Hay una fatalidad que forma nuestros fines"...

—Si no precisamente en esas palabras —concordó Emerson—. Puedo felicitarle, milord, por comportarse como un verdadero caballero inglés. ¿Lo olvidará todo uniéndose a nosotros en un brindis por la pareja comprometida? Walter... ven, Walter, despierta, Walter...

Empujó el codo de su hermano. Walter levantó la cara de donde había estado descansando sobre la cabeza inclinada de Evelyn; parecía un hombre que se despierta de un sueño extático para encontrar que el sueño es real.

Lucas vaciló por un momento, mirando a Evelyn. Ella no le vio;

estaba alzando la mirada hacia la cara de Walter como un acólito adorando a un santo. Lucas se encogió de hombros, o quizás tiritó; el movimiento onduló por su cuerpo y se fue.

—No soy tan noble como para eso —dijo, con una sonrisa débil —. Perdone. Creo que quiero estar sólo un rato.

—Hacia la puesta del sol —dijo Emerson, mientras la figura de Lucas que se retiraba se perfilaba contra el oeste—. ¡Cuán teatrales son estos jóvenes! Gracias a Dios por nuestro sentido común sobrio y de mediana edad, ¿eh, Peabody?

Miré a Evelyn y a Walter alejarse. El brazo de él estaba sobre su cintura, la cabeza de ella todavía descansaba sobre su hombro, y si él sentía dolor, donde presionaba contra el balazo, no mostró signos de ello.

—Sí, verdaderamente —contesté agria—. Gracias a Dios por ello.

Capítulo 11

Nunca esperé preocuparme por Lucas, pero cuando las horas pasaron y no regresó, comencé a preocuparme.

Habíamos comido una de las cenas más miserable imaginables. Abdullah la había cocinado; explicó que al cocinero de Lucas y al camarero que nos habían acompañado al campamento esa mañana no se les podía encontrar. Lo encontré alarmante, pero Emerson, que estaba de un humor inexplicablemente bueno, se encogió de hombros.

Estábamos todos sentados en el saliente, mirando la subida de la luna; pero Emerson y yo también podríamos haber estado solos, por toda la conversación que tuvimos de los otros dos. No oían ni una palabra de lo que nadie les decía. Por lo tanto, estaba forzada a confiar mis preocupaciones acerca de Lucas a Emerson, aunque no esperaba encontrar mucha preocupación en esa dirección. Estuve acertada en esa suposición.

—Probablemente se ha ido con sus hombres —dijo Emerson tranquilamente—. Creo, Peabody, que hemos visto a su Señoría por última vez.

—¿Quiere decir que... nos ha abandonado? ¡Él no sería tan cobarde!

—Me imagino que podría. Pero permítame hacer justicia; no nos ha abandonado al peligro. Realmente, pienso que es posible que también hayamos visto por última vez a la Momia.

—Tonterías —dije malhumorada—. Lucas no podría haber sido la Momia. Los vimos juntos en más de una ocasión.

—Puedo estar equivocado —dijo Emerson, en un tono que contradecía la falsa modestia de sus palabras—. Su sugerencia, que también se me había ocurrido a mí, puede ser la correcta: que hay una tumba intacta detrás en las colinas que los aldeanos esperan explotar. En todo caso, debe ser obvio aún para usted, Peabody, que el instigador del complot no es un egipcio; contiene demasiadas características que sólo podrían haber sido concebidas por un europeo o un inglés. O quizás un norteamericano; ellos tienen su parte de coleccionistas poco escrupulosos...

—¿De qué está hablando?

—Celos profesionales, Peabody. Sin duda le parece increíble que algún hombre razonable actuara así, pero le aseguro, hay colegas en mi campo que llegarían a cualquier extremo para explotar un descubrimiento sensacional como una tumba real. Tengo la concesión en Amarna; tuve mucha suerte arrancándosela a Maspero, pero ni él se atrevería a quitármela ahora. El hombre es bastante capaz de emplear tales artimañas para hacerme abandonar mi excavación y dejarle el campo libre a él. ¡Otro triunfo para él! No es que Maspero sea el único...

—¡De todas las ideas absurdas!

—¿Cuál es la alternativa? Si no es el lugar, es una persona la que está siendo atacada. No tengo enemigos...

—Ja —dije.

—Unos pocos individuos pueden resentirse ante mi crítica justificada —dijo Emerson meditabundamente—. Sí; quizás hay algunos individuos tan envilecidos que pueden responder a mis sugerencias bien intencionadas con rencor...

—Si alguien le asesina —interrumpí—, lo cual parece bastante probable, será en el calor de la ira, con un garrote o algún otro conveniente instrumento romo. Sólo estoy sorprendida de que no haya sucedido antes.

—Mis enemigos son profesionales, no personales —insistió Emerson—. Walter no tiene ninguno, de ninguna clase. Su carácter es desgraciadamente apacible. ¿Está usted segura de que no hay amantes desechados persiguiéndola?

La pregunta no merecía respuesta. Después de un momento,

Emerson continuó:

—Entonces debe ser la señorita Evelyn quien inspira tan agitada actividad por parte de nuestro enemigo desconocido. Si ese es el caso, los acontecimientos de esta tarde deben establecer la pregunta. Su Señoría, habiendo recibido su respuesta, ha partido...

El crujido de guijarros en el sendero de abajo refutó sus palabras tan pronto como fueron dichas. Conocía los pasos.

La luna era un espectacular orbe de plata, casi llena, derramando un resplandor plateado sobre el desierto silencioso, el río y los precipicios. La luz no era lo bastante brillante para distinguir la expresión de Emerson. Lo lamenté mucho.

—Lucas —dije, girándome para dar la bienvenida el recién llegado con un calor que hasta ahora no había demostrado—. Estoy aliviada de que regrese. Estaba preocupada por usted.

—Que amable de su parte. —Lucas miró, traicioneramente, a las sombras detrás de nosotros, donde Evelyn y Walter se sentaban. Al no recibir saludo desde esa dirección, sus ojos volvieron a mí—. Sentí la necesidad de caminar. He andado; he logrado mi propósito. ¿No supuso que yo desertaría?

—Me sentía segura de que no —dije. De Emerson, a mi lado, no vino ningún comentario.

—Por supuesto que no. Mañana intentaré olvidarme de ciertas... penas personales con el duro trabajo; será delicioso explorar los precipicios en busca de tesoros enterrados. Mientras tanto, recordé la sugerencia de Emerson; he traído una botella de vino, para beber por mi prima.

No pude evitar el disparar una mirada triunfante a Emerson. Él estaba sentado en un silencio sombrío, la cara en la sombra; sólo su mano era visible, apretada en el brazo de su silla. No sé por qué debería haber estado tan complacida de ver a Lucas comportarse como un caballero para variar. Nunca me gustó ese hombre... Pero por supuesto, sé por qué. Habría defendido a Satanás mismo si Emerson lo hubiera desaprobado.

Lucas era tan bueno como su palabra; fue como si hubiera decidido humillarse tan completamente como fuera posible. Llevó una bandeja con vasos y una botella; la bajó, con un ademán que me golpeó como bastante patético, comenzó a trabajar en el corcho.

—¿No persuadirá a Evelyn para que se nos una? —preguntó en

voz baja—. Yo no me atrevo; para ser sincero, me avergüenzo de mí mismo por mi conducta de esta tarde. Soy de naturaleza apasionada; supongo que mi querido viejo abuelo diría que fue mi sangre latina.

Así que llamé a Evelyn, y ella salió de las profundas sombras donde había estado sentada, sosteniendo a Walter de la mano y sonrió con timidez a su primo. Encontré sus excusas inadecuadas. Nada podría posiblemente disculpar su referencia a su desgracia delante de Walter. Pero, por otro lado, esta referencia había producido la feliz situación presente, y debo decir que Lucas se disculpó como un hombre y un británico. Walter las recibió con el mismo espíritu; ver a los dos jóvenes hombres estrechándose las manos, allí a la luz de la luna, era una vista conmovedora.

Entonces Lucas nos entregó a cada uno un vaso y levantó el suyo.

—¡Por el futuro de Evelyn! —gritó—. ¡Que le pueda traer todo lo que su pariente más cercano podría desear!

Bebimos. Incluso Emerson tomó un sorbo. Hizo muecas, como un chico pequeño tomando una medicina desagradable. Había movido su silla cerca de la mesa, y le podía ver bastante bien; su expresión de agria desaprobación no me complació. Viendo que él no estaba de humor para hacer lo apropiado, y dándome cuenta de que era un poco esperar demasiado por parte de Lucas, yo propuse el próximo brindis.

—¡Por Walter! ¡Que pueda hacer a Evelyn tan feliz como ella merece... o me las veré con él!

—Dicho con el tacto típico —dijo Emerson para sí. Walter se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía.

—Usted puede tratar conmigo como vea conveniente, señorita Amelia —dijo con calor—. No crea que olvidaré jamás que debo mi felicidad presente a su estímulo, en gran parte. Espero que esté a menudo con nosotros, para poder mantener un ojo sobre mí y de esa manera asegurarse de que cumplo todas sus expectativas.

Emerson elevó los ojos al cielo.

—Puedo aprovecharme de su invitación —dije alegremente—. He desarrollado bastante el gusto por la arqueología.

Supongo que fue el vino lo que me hizo sentirme tan mareada. Todos nos entusiasmamos bajo su benigna influencia, todos excepto

Emerson, que se sentó meditando como una estatua de dura piedra. Por último, cuando la botella estuvo vacía, Lucas concluyó la celebración.

—Si todo va bien, tendremos un día ocupado mañana. Es conveniente descansar. Sugiero, caballeros, que mantengamos la vigilancia esta noche. El mañana nos puede traer un final a los misterios que nos rodean; permítanos asegurarnos de ningún contratiempo ocurra esta noche.

—Justo lo que estaba a punto de sugerir —murmuró Emerson, disparando una mirada penetrante a Lucas—. ¿Qué turno preferiría usted, milord?

Lucas contestó con un encogimiento de hombros. Se arregló que él permanecería de guardia durante las primeras tres horas de la noche, Emerson el segundo turno y Walter el resto. Me llevé a Evelyn a nuestra cámara; ella estaba como en una nube, sus pies no parecían tocar el suelo, y después de unas pocas exclamaciones incoherentes de gratitud y alegría, se durmió rápidamente.

Yo misma estaba soñolienta, algo excepcional, pues la hora era todavía temprana, pero los párpados se negaban obstinadamente a quedarse cerrados. Algunas persistentes quejas indefinibles los forzaban a mantenerse abiertos. La molestia era puramente mental; había llegado a acostumbrarme para entonces al colchón duro y a los otros acompañamientos escabrosos de acampar fuera. No hay nada más abominable que estar en un estado de agotamiento físico e irritación mental; estaba demasiado letárgica para levantarme y buscar algunos medios de ocupar mi mente, pero estaba también demasiado inquieta para dormir. Lo intenté como pude, no podía precisar la causa de mi intranquilidad. Estábamos, por supuesto, en peligro de una visita nocturna de una aparición singularmente desagradable, pero eso no era lo que me molestaba; estaba acostumbrada a esa preocupación, era como un dolor familiar en un diente particular. Pensé que si continuaba mucho más tiempo, probablemente me acostumbraría a ello. No, esto era otro tipo de punzada; no podía situarla. Debería haber estado en un estado de triunfo pacífico; había triunfado sobre Emerson y alcanzado lo que más deseaba para la chica que era tan querida para mí...

Aunque, ¿había triunfado?

Cuanto más recordaba la conducta de Emerson y su discurso de

ese día, más me preguntaba. Era casi como si él hubiera estado trabajando para alcanzar el mismo fin; todo lo que él había dicho fue para aguijonear, para pinchar, para picar, para animar a su hermano a hacer la declaración. Apreté los dientes. Si Emerson deseaba a Evelyn para su hermano, debía tener algún motivo ulterior que se me escapaba.

Llegó un sonido, en la entrada a la cámara de la tumba. La cortina se levantó. Me di la vuelta. El colchón áspero crujió.

—¿Quién es? —Cuchicheé—. Lucas, ¿es usted?

—Sí. ¿Qué está mal señorita Amelia? ¿No puede dormir?

Con un esfuerzo gigantesco me arrastré fuera de la cama y cogí mi bata. Evelyn todavía dormía dulcemente. Anduve de puntillas a la puerta.

—No puedo dormir —dije suavemente—. Quizás estoy demasiado cansada. ¿Y usted, Lucas? ¿Ha tenido alguna razón para mirar en este momento?

—No lo sé... esta noche estoy extrañamente inquieto. La he oído revolviéndose y temí...

—Estoy inquieta también.

Me uní a él en el saliente. La noche era perfecta. El mundo dormía pacíficamente bajo la luna. El aire se sentía fresco, tirité y apreté mi bata alrededor de mi garganta.

—Debe dormir —dijo Lucas—. Quizás otro vaso de vino es lo que necesita.

—Lucas, ¿no estará bebiendo más vino? Seguramente eso es imprudente.

—No estoy hecho de hierro —dijo Lucas; su voz fue tan furiosa que retrocedió—. Haré lo que debe ser hecho; pero permítame algo con que fortificarme. Venga; insisto en que se una a mí.

¡Qué tonta fui! Sentí lastima por él. Su genuina emoción me pareció más patética que el teatro que había mostrado antes. Vertía el vino cuando Emerson salió de su cámara y avanzó hacia nosotros.

—Una fiesta, ¿y no me han invitado? —dijo—. ¿O interrumpo una reunión más personal?

—No sea más insensato de lo que pueda evitarlo —repliqué. Mis últimas palabras fueron amortiguadas en un bostezo inmenso—. Oh, querido, estoy tan cansada. No sé por qué no puedo dormir.

—Evelyn parece ser la única con una conciencia tranquila, —

dijo Lucas, chasqueando los dientes juntos—. ¿O duerme el hombre afortunado también?

—Sí —dijo Emerson—. Walter está durmiendo.

—¿Y por qué usted no? Es demasiado temprano para relevarme.

—Aún, usted también puede retirarse ahora que estoy aquí. No tiene objeto que todos nosotros estemos despiertos. A veces yo nunca me acuesto en absoluto. Esta parece ser una de esas noches. No sé por qué suceden —dijo Emerson pensativamente—. Es inexplicable. Pero yo me siento en este momento como si nunca quisiera dormir otra vez.

Supe entonces que algo estaba muy mal, y que Emerson era consciente de ello. Su tonto discurso era una mentira poco convincente; sus párpados medio cerrados, los hombros inclinados; y ahora que le miraba más de cerca, vi que el grueso cabello negro estaba húmedo, como si se hubiera estado vertiendo agua encima... ¿para mantenerse despierto? Yo misma había empleado una artimaña semejante la noche anterior. Todos mis sentidos repicaron en alarma.

—Oh, muy bien —dijo Lucas malhumoradamente—. Dado que no soy de ninguna utilidad, también puedo retirarme y terminar mi botella en privado, a menos que les pueda persuadir a ustedes dos para que se unan a mí con un vaso. ¿No? Buenas noches, entonces. No tengo deseos de entrar en ese agujero sofocante de la tumba, dormiré en la tienda abajo, y usted, mi valeroso Emerson, puede despertarme con un grito si tenemos visitantes inesperados.

Sosteniendo la botella de vino en sus brazos, se tambaleó por el sendero. Yo no me había dado cuenta de que estaba tan borracho. ¿Era lo que Emerson temía, que Lucas fallara en su guardia a causa de la bebida?

En el momento en que no estuvo a la vista, Emerson se giró hacia mí y me arrastró fuera de la silla en la que me había desplomado. Me sacudió hasta que mi cabeza dio vueltas y mi pelo se aflojó en la redecilla.

—¡Despiértese, Peabody! Si se duerme, la abofetearé hasta que de alaridos. Maldición, ¿no comprende que hemos sido drogados?

—¿Drogados? —Repetí estúpidamente.

—He estado luchando contra el sueño durante una hora, y ha sido una lucha dura. ¿Tiene algo en esa caja de medicina suya para

contrarrestar los efectos del láudano?

Traté de pensar. Algo ciertamente embotaba mi mente.

—Mis sales aromáticas —dije, con esfuerzo—. Son muy fuertes...

—Ah, condenación —dijo Emerson—. ¡Será una bonita imagen! Bien, es preferible a nada. Vaya a traerlas. Deprisa.

Apresurarse era imposible. Apenas podía arrastrarme hacia adelante. Pero encontré las sales aromáticas, y le di una mirada a Evelyn. Una sola mirada me dijo que Emerson tenía razón. Ella estaba durmiendo demasiado profundamente. La sacudí, sin efecto. O ella había recibido una dosis mayor de droga, o su constitución delicada era más susceptible que la mía. Sería difícil de despertarla.

Apliqué la botella a mi propia nariz. Fue ciertamente efectivo. Sintiéndome mucho más alerta, volví a toda prisa con Emerson, que estaba inclinado contra el precipicio con sus brazos y piernas en ángulos extraños y los ojos ligeramente malhumorados. Empujé la botella hacia él. Se puso en movimiento, se golpeó la cabeza contra la piedra, e hizo varias observaciones profanas.

—Ahora dígame que está mal —dije, recogiendo la botella—. ¿Qué es lo que teme que sucederá? Si su razonamiento es correcto...

—Mi razonamiento estaba terriblemente, estúpidamente, fatalmente equivocado —contestó Emerson forzosamente—. Echo en falta una pista esencial, una pieza de información que daría sentido a todo el asunto. Sospecho que usted tiene ese indicio, Peabody. Debe decirme...

Paró de hablar; supongo que la expresión de mi cara lo dejó mudo. Sentí los pelos de la nuca erizándose. Estaba frente al final más bajo del sendero; y allí, apenas visible, a la vuelta del precipicio, algo se movió. Un gemido bajo resonó por el aire.

Emerson giró alrededor. El gemido volvió.

Era un sonido espantoso, pero supe, después del primer momento, que no venía de la garganta de la Momia. Ese grito tenía angustia y dolor humanos; yo no podría haber resistido su atracción si mil Momias gesticulando y farfullando hubieran estado en mi camino.

Aunque me moví rápidamente, Emerson fue antes que yo. Él fue más cuidadosamente de lo que lo habría hecho yo, su brazo me sostuvo atrás, y cuando llegamos al final del sendero me empujó lejos mientras iba a investigar. El objeto que yo había visto,

cualquiera que fuera, había desaparecido de la vista; Emerson lo siguió a la invisibilidad, y por un momento contuve la respiración. Entonces oí su exclamación en voz baja, no de temor, sino de horror y pena. Rodeando la esquina de piedra, le vi arrodillándose en el suelo al lado del cuerpo postrado de un hombre. Aunque conocía al hombre, que Dios me perdone, casi me había olvidado de él. Era nuestro sirviente desaparecido, el dragomán, Michael.

—Oh, cielos —grité, lanzándome al lado de la forma recostada —. ¿Está muerto?

—Todavía no. Pero temo... —Emerson levantó la mano, que había estado descansando en la nuca de la cabeza de Michael. Las manchas en los dedos parecían tinta a la luz de la luna.

Michael llevaba la misma túnica desteñida a rayas blancas y azules que había llevado el día de su desaparición. Ahora estaba rota y arrugada. Alcancé su muñeca, para sentirle el pulso, pero una vista más cercana del brazo estirado me hizo exclamar en voz alta. La muñeca desnuda estaba hinchada y manchada de sangre.

—Ha estado preso —dije, forzando mis dedos a tocar la carne desgarrada—. Éstas son marcas de cuerdas.

—Lo son. ¿Cómo es su pulso?

—Estable, pero débil. Debe tener atención médica inmediatamente. Haré lo que pueda, pero mi experiencia es tan pequeña... ¿Podemos llevarle hasta la tumba? Quizás Lucas ayude.

—Puedo arreglármelas.

Emerson giró a Michael; con un simple tirón de sus anchos hombros levantó la ligera forma del dragomán en sus brazos y se levantó.

Y entonces... querido Cielo, apenas puedo escribir sobre ello ahora sin un estremecimiento nostálgico. ¡Chillidos, el chillido alto y agonizante de extremo terror de una mujer! Murieron en un largo gemido de protesta.

Emerson saltó hacia adelante, llevando al hombre inconsciente como si no pesara más que una pluma. Le seguí; y mientras dábamos la vuelta del precipicio, todo el horroroso cuadro estalló ante nuestros ojos, como una escena de las peores concepciones de Madame Tussaud.

En el saliente encima de nosotros estaba la Momia. La cabeza vendada y ciega estaba girada hacia nosotros; una achaparrada

pierna estaba levantada, como si nuestra aparición le hubiera detenido en mitad de un paso. En las vendas que se pudrían y se desmenuzaban en su pecho, el horror me agarró con la forma inconsciente de Evelyn.

Sus rizos dorados revueltos colgaban hacia abajo sobre el brazo de la momia; sus pequeños y blancos pies asomaban patéticamente por los dobleces de su camisón. Después del primer chillido de terror ella se había desmayado, como hacía cualquier chica al encontrarse en los brazos de tal pretendiente. Empecé a golpear en la espalda de Emerson. Él estaba a salvo en la entrada del estrecho sendero, y yo estaba frenética por pasarle y atacar a la cosa. Recordé la exclamación de la pobre Evelyn en ese día lejano, cuando un macabro vendedor ambulante había tratado de vendernos una mano momificada. Ella se moriría, dijo, si la carne marchita la tocara... Bien, nosotros la teníamos atrapada ahora. Si tenía poderes sobrenaturales, los necesitaría todos para escapar de mí.

El paso del tiempo pareció pararse; me sentí como atrapada en arenas movedizas, o en el movimiento lento y flotante de un sueño, donde se requería un enorme esfuerzo para hacer el menor movimiento. Entonces todo tipo de cosas sucedieron inmediatamente.

Lucas salió de la tienda, que estaba bastante cerca de nosotros. Asumí que había estado durmiendo y se había despertado por los chillidos de Evelyn, y, a causa de sus sentidos embotados por el vino, había sido lento en responder. Aceptó la situación con una mirada, y se movió más rápidamente de lo que yo habría esperado. En su prisa, chocó con nosotros. Emerson se mantuvo de pie con dificultad, cayendo contra la cara del precipicio con el cuerpo del hombre agonizante todavía en sus brazos; yo fui tirada al suelo. Mientras caíamos, la Momia se aprovechó de nuestra confusión. Doblando las rodillas tiesas, la criatura saltó... saltó realmente del saliente. Tal era mi estado de ánimo, que medio esperé verla sacar unas alas y elevarse por el aire como un murciélago gigante. Aterrizó, todavía erecto, entre las piedras que caían en la base del precipicio, bajó por la cuesta y corrió. El pelo de Evelyn ondeaba detrás.

—¡Sígalo! —Chillé—. ¡No le deje escapar!

Por lo menos eso es lo que creo que chillé. Emerson me informa que mi lenguaje fue menos coherente, y tan incendiario que él se ruborizó positivamente, a pesar de la urgencia del momento. Él, por supuesto, estaba en un apuro espantoso; estorbado por el hombre herido, no podía lanzarlo al suelo. Yo estaba tan enredada con las abominables prendas de vestir que los decretos de la moda fuerzan a usar a las mujeres, que no podía levantarme. Todo dependía de Lucas, y después de los primeros momentos confusos, se puso a la altura de las circunstancias.

—No tema —gritó él, subiendo—. ¡No se me escapará! Quédese aquí, no todos debemos abandonar el campamento, rescataré a Evelyn.

Corriendo rápidamente, ya estaba a varios metros cuando sus últimas palabras me alcanzaron los oídos.

Un grito resonante vino de arriba. Alzando la mirada, vi a Walter, que acaba de surgir de la cámara. Si había sido drogado, la visión ante sus ojos le despertó con una venganza; con otro grito de rabia y horror mezclados, se lanzó cuesta abajo y siguió a Lucas.

Cuando me puse en marcha detrás de ellos, Emerson me pateó en la espinilla. Debo confesar que él no me podría haber parado de ninguna otra manera, dado que sus brazos estaban ocupados.

—Esto es una locura —gimió—. No pierda la cabeza, Peabody, alguien debe actuar prudentemente, sígame, usted debe quedarse con Michael.

El consejo era excelente; la dificultad estaba en seguirlo. La locura de la persecución era manifiesta; si los jóvenes no podían alcanzar al momificado bribón, era inútil para una mujer, estorbada por sus faldas, intentarlo. Todavía podía ver la forma pálida de la Momia, mientras revoloteaba por entre las piedras. Walter tropezaba por detrás, ondeando los brazos y gritando. Todo esto sucedió, por supuesto, en mucho menos tiempo de lo que toma escribirlo.

Corrí tras Emerson, que subía por el sendero en grandes saltos. Si no me estaba retorciendo las manos, era porque las necesitaba para mantener el equilibrio. Emerson tenía razón, era necesario que uno de nosotros atendiera las heridas de Michael, pero realmente no veía cómo podría soportar quedarme allí, en la ignorancia y la inactividad forzosa.

Emerson colocó la carga suavemente sobre su sofá. Para hacerle justicia, no había malgastado un momento, ni perdió el tiempo ahora en darme indicaciones innecesarias. Instantáneamente se volvió a la entrada. Alcancé la lámpara, queriendo encenderla. Mientras lo hacía, hubo un crujido y un silbido de ninguna parte. La forma alta de Emerson, perfilada en la puerta, se tambaleó y cayó.

Capítulo 12

Sería vano intentar describir mis sensaciones en ese momento. Había reconocido el sonido como el de una bala. Dejé caer la lámpara; olvidé a mi criado herido; Por un instante incluso olvidé a Evelyn y que ella estaba en peligro de muerte. Me dirigí hacia el lugar donde había visto caer a Emerson.

Mi corazón no había perdido más que algunas pulsaciones, sin embargo, cuando una mano atrapó mi tobillo y me tiró al suelo. Caí encima de Emerson, y oí un gruñido de dolor. Mis manos, recorriendo a tientas su cara, encontraron un flujo húmedo, pegajoso.

—Está herido —exclamé—. Dios mío, Emerson...

Emerson estornudó.

—Le suplico que deje de hacerme cosquillas —dijo con irritación —. La región alrededor de la barbilla y la mandíbula es particularmente sensible. Por amor de Dios, Peabody, deje de gimotear; es sólo un corte por una esquirla de roca.

—Oh — dije— ¡Pero el disparo estaba dirigido contra usted! En nombre de cielo, ¿qué está haciendo? No salga afuera...

Él gateaba hacia la entrada.

—El disparo era una advertencia —dijo por encima del hombro —. Estamos bastante a salvo por el momento, a menos que tratemos de dejar la tumba. Déme esa camisa de Walter, si es tan amable, la que está sobre su cama, y mi bastón. Gracias. Ahora veamos...

Un segundo disparo recompensó su comprobación cuando colgó la camisa sobre el bastón y la extendió fuera de la entrada. Emerson lo retiró.

—Él está allí, entre las rocas —dijo serenamente.

—¿Él? ¿Quién?

—Suena como uno de los burros de los aldeanos —dijo Emerson — ¿Quién más puede ser? Habrá deducido su identidad a estas alturas. Lo he sabido durante algún tiempo; pero sus motivos se me escapan. ¿Qué diantres le pasa al tipo, para tratar de conquistar a una esposa de esa manera? No lo había creído capaz de la loca pasión que empuja a tales actos.

Antes, incluso algunas horas atrás, su tranquila y sosegada voz me habría vuelto loca. Ahora me aferraba a la misma calma helada. Ya nos habíamos demorado demasiado tiempo; aunque pudiéramos escapar indemnes de esta emboscada, Evelyn y su secuestrador estarían fuera de la vista. Ahora dependía de Walter. Al menos él sólo tenía un enemigo que afrontar. El otro estaba abajo, con un rifle en las manos.

—Hay un motivo —dije—. Apenas ahora comienzo a ver..., No, no, es imposible. Desde el principio también sospeché de Lucas. Pero él no estaba aquí. Él no llegó hasta bastante después que nosotros, bastante después de que la Momia hiciera su primera aparición. Él no sabía que nos detendríamos aquí...

—Creo que ya es tarde para comparar notas —dijo Emerson, recostado frente a la entrada—. Debería darle a Michael un poco de agua, Peabody; me temo que es todo lo que podemos hacer ahora por el pobre tipo, desde luego no nos atreveremos a encender una cerilla, y sus suministros médicos están en su dormitorio. Luego venga aquí y reúnase conmigo.

Hice lo que pude por Michael. Era muy poco. Todavía respiraba, pero eso era todo lo que podía decir. Luego gateé hacia la entrada y me tumbé en el suelo, cerca de Emerson, que miraba con atención hacia la llanura iluminada por la luna, con la barbilla apoyada en los brazos doblados.

—Usted y yo hemos tenido objetivos distintos desde que nos conocimos, Peabody, —dijo—. Es una lástima; porque podríamos haber impedido este desafortunado asunto si nos hubiéramos tomado la molestia de ser corteses el uno con el otro. Verá, he

sabido durante algunos días que su Señoría ha estado mintiendo. Reis Hassan habló del obelisco de Cleopatra, y me hizo llegar algunos rumores. Los salarios de su Señoría a su tripulación han sido principescos. Mediante sobornos exorbitantes, llegó justo el día después de que usted se marchara. Estaba anclado río abajo, en Minieh, el día en que usted aterrizó aquí.

»Pero eso no es lo importante. Su Señoría tiene un aliado, no un nativo contratado, sino un hombre tan endemoniado como él. Ese aliado es el hombre que desempeña el papel de la Momia. El paradero de éste hombre, antes de su aparición pública aquí, es desconocido. Creo que vino aquí tiempo atrás y preparó el escenario para el drama, sobornando a Mohammed, introduciendo la momia que Walter encontró en una tumba vacía. Su vestimenta, su papel estaba bien planeado con antelación, probablemente en El Cairo, donde, supongo, el joven Lord Ellesmere llegó antes de lo que le hizo creer. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser ese aliado?

—No. Lucas ha debido sobornarlo bien. Por supuesto, podría ser un amigo de Lucas, uno de sus compañeros en el vicio. No los conozco. Pero, Emerson, hay un gran fallo en su argumentación. ¿Cómo pudieron saber dónde colocar el escenario? No pensábamos detenernos aquí...

—Entonces Reis Hassan es un mentiroso. Él me informó que usted diseñó el itinerario mientras todavía estaba en El Cairo, y que trató varias veces de disuadirla de él.

—Oh, eso. Mencioné la posibilidad de visitar Amarna, junto con varios otros sitios. ¿Pero cómo pudo saberlo Lucas?

—Por Michael, supongo. ¿Tuvo oportunidad de hablar con él antes de que dejasen El Cairo?

—Sin duda lo hizo —dije con desagrado— ¡y pensar que los presentamos, para que Michael pudiera ayudar a Lucas en la selección de un intérprete...! ¡Buen Dios, qué tonta fui!

—No tenía ninguna razón para sospechar de cualquier peligro. Ni Michael. Su Señoría era su amigo, un pariente de Evelyn. No fue hasta que los acontecimientos aquí se volvieron serios que Michael comenzó a preguntarse acerca de su inofensiva indiscreción. Es un hombre inteligente, y un devoto de usted en cuerpo y alma; el día de su desaparición, él pidió hablarle a solas...

—¡Y Lucas le oyó! Lo golpeó y lo hizo desaparecer.

—No Lucas, sino uno de sus hombres. Mantuvo al pobre tipo prisionero en una de las cavernas tan comunes en estos acantilados, y cuando obstinadamente nos negamos a sucumbir al láudano que él había colocado en nuestro vino, trajo a Michael aquí para distraernos mientras su aliado llegaba hasta Evelyn.

»Debo admitir que el tipo tiene imaginación; actúa de forma brillante y decidida en las crisis, y hace buen uso de cualquier circunstancia fortuita de la que pueda sacar provecho. Mi enfermedad fue uno de esos accidentes fortuitos... pero estoy seguro de que él y su aliado habían planificado de alguna manera detenerla aquí, dañando la *dahabbiya*, o a uno de nosotros. En aquel momento, su Señoría no había decidido cometer un asesinato. Esperaba lograr sus fines de una forma menos drástica, aunque parece claro que estaba preparado para lo peor, en caso de ser necesario. Y fui inducido al error. Hasta que usted fue atacada esta tarde no me di cuenta de que Evelyn era el verdadero objetivo de las atenciones que hemos estado recibiendo, y aun así fui lo bastante tonto como para suponer que una vez que hubo aceptado a Walter, su Señoría abandonaría sus estúpidos y peligrosos juegos.

Emerson extendió su bastón otra vez fuera de la entrada. Se oyó otro disparo, seguido por el astillado de rocas.

—Quédese ahí —dijo él—. Me pregunto cuánto tiempo tiene intención de mantenernos aquí. Estamos a salvo siempre que no nos enfrentemos a él. Tendrá alguna excusa falsa para explicar por qué falló al rescatar a Evelyn; creo que el tipo es lo bastante vanidoso como para suponer que puede conseguir eludir toda responsabilidad. ¿Guardamos nuestros pellejos, Peabody, y nos quedamos quietos?

—¿Mientras Evelyn está en las garras de ese monstruo? —Exigí —. No me provoque, Emerson; no tiene más intención de aceptar esto que yo. Piense en Walter...

—Estoy sumamente preocupado por Walter, —dijo Emerson; le conocía lo bastante bien ahora como para oír la agonía controlada bajo su tono calmado—. Pero por el momento no podemos hacer nada para ayudarle a él o a Evelyn hasta que entendamos qué hay detrás de este asunto. Hay algún otro motivo más desesperado detrás de los actos de su Señoría que el amor frustrado. Piense, Peabody; Si alguna vez ha usado su cerebro, ahora es el momento.

—Tengo un ligero indicio de la verdad —dije, con voz reprimida —. Odio contemplarlo; pero si tengo razón... Emerson, nos hemos comportado como unos tontos. Si hubiera sabido lo que usted sabía de los movimientos de Lucas; y si usted hubiera sabido lo que estoy a punto de decirle...

—Habla, entonces. Ese es el problema con las mujeres, hasta de las mejores —añadió Emerson—. Se permiten vanos lamentos de "si sólo" y "si lo hubiera sabido".

—La crítica es justificada —dije; mi orgullo estaba hundido por la magnitud del desastre—. Escuche, hombre, mientras cuento la historia de Evelyn.

Él escuchó. Sólo sus ojos se movían, tan atento estaba a lo que tenía que decir.

—Sí —dijo, cuando terminé—. La pista está allí, en alguna parte. Una cantidad inmensa de dinero puede ser un incentivo para la violencia. ¿Pero cómo? No puedo verlo, aún ahora. ¿Es posible que su Señoría le mintiera sobre la muerte del anciano? Si él todavía vive, y considera restaurar a Evelyn como su heredera...

—No, está muerto; uno de mis conocidos en El Cairo supo de ello.

Emerson golpeó su puño contra el suelo.

—La conclusión es evidente, Peabody; de algún modo que no comprendemos, Evelyn debe tener el control de la fortuna que su Señoría desea tan apasionadamente. Él ha hecho todo lo que un hombre podría hacer para convencerla de que se convirtiera en su esposa. Creí que su único motivo era un amor apasionado por su prima. Pero en estos tiempos una chica inglesa no puede ser obligada a contraer matrimonio, y un matrimonio forzado es la única cosa que puede resultar de las actividades de esta noche. Nada que el miserable pueda hacer ahora puede llevar a Evelyn a casarse con él por su propia voluntad. No; es el dinero de la señorita lo que está buscando, la persona de la señorita. Si sólo supiéramos cómo...

—Creo que yo lo sé —interrumpí—. Le conté que antes de que el último Lord Ellesmere muriese, recogió todas las pertenencias de Evelyn y se las envió. Lucas me dijo, cielos, en realidad presumió de ello, que él había tenido el control total del Castillo Ellesmere mientras el viejo caballero estuvo enfermo. Si Ellesmere había

suavizado su actitud hacia Evelyn y tenía la intención de restaurarla en su favor, Lucas se aseguraría de que no contactara con sus abogados para hacer un nuevo testamento. Pero él podría escribir un nuevo testamento, un testamento hológrafo, creo que se llama. Conociendo a Lucas como lo conocía, el pobre anciano sólo vio una forma de asegurarse de que sobreviviera ese documento. Se lo podría enviar a Evelyn, embalado junto con sus otras posesiones. De esa forma esperaba evitar despertar las sospechas de Lucas.

—¡Por los dioses, Peabody, creo que lo tiene! —exclamó Emerson.

—Eso creo yo también. Lucas ha intentado de todas las formas posibles hacerse con las cajas de Evelyn, o destruirlas sin abrir. Debió perderlas en Roma; y cuando llegaron a Egipto entraron bajo la custodia de Baring, que es el hombre más poderoso del gobierno. Él era amigo de su padre, y conoce la desagradable reputación de Lucas; de semejante hombre Lucas no tenía ninguna oportunidad de sustraer las preciadas cajas. ¡Ay de mí!, pero si él hubiera...

—Evelyn ahora no correría peligro —el rápido ingenio de Emerson adelantó la conclusión—. Él no puede estar seguro de que ese testamento exista, pero debe tener motivos para sospechar que existe. Si pudiera destruirlo, estaría a salvo. Como no ha sido así, siguió a Evelyn. Como su marido, tendría el control de su fortuna de todas formas, y tendría una buena excusa para hacerse cargo de su equipaje. Pero el plan de matrimonio fracasó también; gracias a nuestros denodados esfuerzos, Su Señoría tiene ahora sólo una manera de conseguir sus objetivos... Peabody, no debe culparse. ¿Cómo podría sospechar nada de eso?

—No me culpo —dije, enjugando las lágrimas que rodaban por mi cara—. Como bien dice, no podía sospecharlo. Es el plan más descabellado que haya visto nunca; sólo un hombre frívolo, amoral, que hubiera leído demasiados folletines, pensaría una cosa semejante. Y las lamentaciones vanas son inútiles. No voy a permitírmelas. Saldré de aquí e iré tras Evelyn, y mataré a su Señoría si le ha hecho daño.

Me puse de rodillas. Emerson puso su mano en el centro de mi espalda y me hizo bajar de nuevo.

—Estoy completamente de acuerdo con su plan. Pero tratemos de pensar en alguna forma más segura de hacerlo.

—¿No podemos esperar ayuda de alguien? ¿Qué hay de Abdullah? Y los tripulantes del barco... seguramente oyeron los disparos.

—Tengo serias sospechas sobre Abdullah —dijo Emerson bruscamente—. Olvida, Peabody, que esa gente es desesperadamente pobre.

—¿Y Reis Hassan también? Pensé que parecía extraño el otro día cuando le interrogó.

—Hassan es uno de los pocos hombres honestos que conozco. Desafortunadamente también es supersticioso. Le daba vergüenza admitir frente a mí que estaba aterrado por los cuentos de fantasmas y maldiciones de Mohammed. No; él vendrá, creo, si puede vencer sus miedos y puede persuadir a su tripulación. Pero no podemos contar con eso. Además debemos tener en cuenta la tripulación de la *dahabbiya* de su Señoría. ¿Qué ocurre si les han pagado para impedir un intento de rescate? No, Peabody, si debemos salir de aquí a tiempo, debe ser por nuestros propios medios. Y creo que será mejor que nos pongamos a ello.

—¿Pero cómo...?

—Hay guijarros y rocas en el umbral. Cuando dé la señal, empiece a hacerlos rodar cuesta abajo. Entretanto, avanzaré a rastras a lo largo del camino en la otra dirección y trataré de situarme detrás de él.

—Es un plan temerario —dije—. Seguramente él le verá o le oirá.

—Desde abajo él tiene pocas oportunidades de herirme si me mantengo agachado. Tiene que cubrir cualquier sonido que haga con la exuberancia de su actuación y, si es posible, hacerle vaciar el cargador de su revólver. Vamos, vamos, Peabody; si tiene otra sugerencia práctica, estaré encantado de oírla. Nunca he tenido inclinación a ser un héroe. Pero debemos hacer algo, y pronto.

No tenía nada que decir, nada práctico al menos. Había muchas cosas que quería decir. Quería decir tantas que tuve que enterrar mis dientes en mi labio inferior para evitar pronunciar las palabras. Giré mi cabeza hacia afuera.

Emerson me tomó de los hombros y me hizo dar la vuelta. Se había levantado sobre sus codos; Yo estaba entre ellos, como un ratón desafortunado bajo las patas de un gato. Su cara estaba tan

cerca que podía ver las cerdas de sus bigotes.

—Parece posible que no sobrevivamos a esta noche —comentó— Odiaría morir sin haber... ¡Maldita sea! ¡Lo haré, aún a riesgo de sobrevivir para hacer frente a las consecuencias!

Después de lo cual inclinó la cabeza y me besó de lleno en la boca.

Al principio estaba demasiado alelada por la sorpresa para hacer nada. Luego, estaba simplemente demasiado alelada para hacer nada. No era la primera vez que me habían besado. Varios de los pretendientes que aparecieron después de heredar el dinero de papá habían supuesto... bueno, seré sincera. Los había alentado a besarme. Tenía una inmensa curiosidad acerca del proceso. En todos los casos resultó ser mortalmente aburrido. Se me ocurrió, al poco tiempo de que Emerson empezara a besarme, que la experiencia previa en este campo no es siempre una guía fiable.

En algún punto debí haber cerrado los ojos, aunque no me di cuenta al hacerlo. Los mantuve cerrados después de que él levantara la cabeza. Así que no le vi marcharse. Él estaba, creo, algo alelado él mismo, o me habría esperado para empezar el divertimento que había sugerido. El primer indicio de su partida que recibí fue un disparo que golpeó la entrada por encima de mi cabeza y roció mi cara con pequeñas esquirlas de piedra.

Me di la vuelta, agarré rápidamente un puñado de guijarros, y los lancé hacia abajo por el camino. Hicieron un ruido considerable, pero para mis atentos oídos, el avance de Emerson a lo largo del camino hizo aún más ruido. Empecé a arrojar todo lo que pude alcanzar con mis manos. Las cajas, los libros, las botellas y las botas de Emerson cayeron rodando, seguidos de latas de guisantes y melocotones, el espejo, y la taza de afeitar de alguien. No puedo imaginar qué pensaría Lucas de esta actuación; debió llegar a la conclusión de que habíamos perdido el juicio. Nunca se había oído semejante cacofonía de sonidos diferentes. El espejo hizo un ruido particularmente efectivo.

La acción logró lo que habíamos esperado. Lucas estaba nervioso; disparó una descarga completa de disparos. Ninguno de ellos acertó en ningún lugar cerca de la entrada de la tumba, así que concluí que le disparaba al espejo, las latas, y las botas. A continuación hubo un período de silencio. Había tenido la intención

de contar los disparos y olvidé hacerlo. No habría sido muy útil en todo caso, puesto que no tenía la más mínima idea de cuántas balas tenía el arma. Sólo podía esperar que el cese del tiroteo significara que él había vaciado el arma y ahora estaba volviendo a cargar, o abasteciéndose, o como se llamara eso; y que Emerson hubiera tenido éxito en bajar el acantilado ileso.

¡Lo tuvo! Los gritos, los ruidos sordos, los sonidos de una lucha furiosa me dijeron que hasta ahora nuestro plan milagrosamente había tenido éxito. Me puse rápidamente en pie y corrí para unirme a la reyerta, esperando encajar un golpe o dos por mi cuenta. Deseaba golpear algo, preferentemente a Lucas, con mis puños cerrados.

Mientas me acercaba a la escena de la batalla, encontré a Emerson enredado, o eso es lo que parecía, con dos adversarios. La agitación de unas largas faldas blancas identificó a uno de ellos como el perdido Abdullah.

En la lucha Emerson fue arrojado al suelo. Dando un paso atrás, Lucas subió el rifle hasta su hombro y puso el cañón en el pecho indefenso de Emerson.

Estaba a varios metros de distancia, demasiado lejos para hacer otra cosa excepto gritar, lo cual por supuesto hice. Me sentía como en una pesadilla; me sentía como si estuviera en una noria que corriera hacia atrás mientas yo corría hacia adelante, pero que no lograba progresar en absoluto. Grité otra vez y corrí más rápido, sabiendo que llegaría tarde

Y entonces Abdullah dio un salto hacia adelante y arrancó el arma de las manos de Lucas. El dedo del villano estaba en el gatillo; la bala se disparó al aire sin dañar a nadie.

No me detuve a conjeturar sobre el cambio de parecer de Abdullah; me dirigí directamente hacia Lucas. Me estremezco al pensar en el daño que podría haberle infligido si Emerson no se me hubiera anticipado. Levantándose, agarró al miserable por la garganta y lo sacudió hasta que perdió el equilibrio.

—Cálmate —jadeó él, esquivándome con el codo—. No podemos asesinar al bribón hasta que nos haya dicho lo que queremos saber. —Entonces, mirando a su antiguo capataz, dijo—. Tendrás que decidir de parte de quién estás, Abdullah; la vacilación es mala para el carácter. Estoy dispuesto a olvidar tus recientes indiscreciones a

cambio de tu cooperación.

—Pero no lo sabía —masculló Abdullah, sujetando el rifle como si fuera a quemarle los dedos—. Según dijo, él sólo quería a su mujer; ella es suya. ¿Qué es una mujer, para ser tal problema para nosotros?

—Una filosofía verdaderamente musulmana —dijo Emerson secamente—. Como ves, Abdullah, él mintió. Estaba dispuesto a matar... y tú, creo, habrías estado entre las víctimas. No podía dejar testigos contra él. Ahora...

Todavía sujetaba a Lucas, cuya cara se había vuelto de una inapropiada sombra de lavanda. Le dio una sacudida adicional para asegurarse.

—Ahora, señoría, habla. ¿Dónde han ido? Por favor, no me digas que no lo sabes; porque la expectación por esa información es la única cosa que evita que te estrangule aquí y ahora.

Su tono era casi amable; sus labios estaban curvados en una leve sonrisa. Pero Lucas no se dejó engañar.

—Muy bien —masculló—. La tumba real. Le dije que la llevara allí...

—Si me mientes... —Emerson apretó.

Lucas gorjeó de una forma horrorosa. Cuando hubo recobrado el aliento, jadeó,

—¡No, no, es verdad! ¿Y ahora me dejarás ir? No puedo hacerte más daño...

—Insultas mi inteligencia —dijo Emerson, arrojándolo al suelo. Con un pie plantado en mitad de la espalda de Lucas, me miró—. Tiene que sacrificar otra enagua, Peabody. Pero dése prisa; hemos perdido ya demasiado tiempo.

Dejamos a Lucas atado de pies y manos donde había caído, no con mi enagua, pues por supuesto que no llevaba ninguna. Con el cuchillo de Abdullah, que me ofreció amablemente, destrocé las largas faldas de vestido, las corté a lo largo, y las ajusté a mis extremidades inferiores. ¡Qué maravilloso sentimiento de libertad me produjo! Juré que me haría unos pantalones tan pronto como fuera posible.

Abdullah se quedó para vigilar a Lucas. Emerson pareció haber recobrado toda su anterior confianza en su capataz; explicó que Abdullah no había estado luchando con él, sino que había tratado

de separar a los dos ingleses. Supongo que la actitud del egipcio tenía sentido, considerando su sexo y su nacionalidad.

A no ser por la atormentadora ansiedad que nos conducía, hubiera encontrado la caminata a la luz de luna como una experiencia emocionante. ¡Con qué facilidad me deslizaba por la arena con mis pantalones improvisados! ¡Qué precioso contraste entre las sombras y la luz plateada entre las rocas del lecho de un río seco! Era motivo para la meditación, también, sobre los acontecimientos de la tarde; nuestro brillante triunfo justo cuando el desastre parecía inminente era motivo para una modesta felicitación. La esperanza comenzaba a levantar la cabeza cuidadosamente. Seguramente, si el villano momificado había llevado a Evelyn tan lejos, su inmediata defunción no estaba prevista. Aún podíamos estar a tiempo de salvarla.

El ritmo que Emerson estableció no me dejaba aliento para la conversación; y no quiero pensar qué habría dicho si lo hubiera tenido. No dejaré que mi lector suponga que había olvidado el descaro, el atrevimiento, en resumen, el beso. No podía decidir si enterrar el tema para siempre en el silencio helado, o aniquilar a Emerson, en un momento más apropiado, naturalmente, con un comentario mordaz, bien elegido. Me mantuve ocupada, cuando no imaginaba a Evelyn, en una variada colección de posiciones desagradables, componiendo comentarios sarcásticos.

Con tales pensamientos para distraerme, el viaje fue realizado en menos tiempo de lo que había esperado, pero fue una incómoda y cansada caminata, o carrera, y estaba jadeante para cuando alcanzamos esa parte del cañón estrecho en el que la tumba real estaba situada.

Emerson habló entonces por primera vez. Fue sólo una orden corta de silencio y cuidado. Nos arrastramos hasta la entrada a gatas. La precaución no era necesaria. Esperando el triunfo de Lucas, la insensata Momia no había vigilado la entrada. Cuando escudriñé por la apertura vi un diminuto alfilerazo de luz lejos, hacia las profundidades negras.

Ahora que casi estábamos sobre nuestro objetivo, una impaciencia febril reemplazó la euforia que me había llevado al lugar. Estaba ardiendo por entrar corriendo. Temía, no sólo por Evelyn, sino también por Walter, o él se había perdido en el

desierto, o había encontrado algún destino desastroso, pues si hubiera conseguido arrancar a Evelyn de su necromántico admirador nos lo habríamos encontrado al regresar. La ansiedad de Emerson era tan grande como la mía, pero él me retuvo atrás con un brazo de hierro cuando yo me habría apresurado impetuosamente a la tumba. No habló; solamente sacudió la cabeza y gesticuló una lenta y exageradamente cuidadosa zancada. Así que de ese modo, como conspiradores de teatro, bordeamos las piedras caídas que todavía quedaban de la avalancha, y recorrimos el largo y empinado pasillo.

Era imposible moverse en absoluto silencio, el sendero estaba demasiado lleno de escombros bajo los pies. Afortunadamente había otros excrementos en la tumba que hacían ruido. Digo "afortunadamente", pero soy una mentirosa; habría preferido correr el riesgo de ser oída por casualidad más que atravesar una cortina de murciélagos. La tumba estaba llena de ellos, y la noche los había despertado a la entonces vida nocturna.

La luz se hacía más fuerte a medida que avanzábamos, y en poco tiempo pude oír una voz que divagaba en un soliloquio o monólogo, lo cual era una gran ayuda para cubrir los pequeños sonidos que hacíamos inadvertidamente. Era la voz de un hombre, y los tonos eran extrañamente familiares; pero no era la voz de Walter. Mientras avanzábamos comencé a distinguir palabras; las palabras, y los tonos pagados de sí mismo y autosatisfechos me llenaron de asombro. ¿Quién podría ser el que charlaba tan despreocupadamente en una tumba del desierto egipcio?

Emerson iba en cabeza; me detuvo en la entrada a la cámara lateral, de donde emanaba la luz. Nos agachamos allí, escuchando; y gradualmente se hizo la comprensión. Qué tonta había sido. El complot parecía ahora tan obvio que sentí que un niño debería haberlo detectado.

—... Y como ves, corazón, ese primo Luigi y yo somos un par de hombres listos, ¿eh? Dices "qué suerte" que gané tu corazón; pero no, no fue suerte, fue mi encanto, mi cara guapa, y que el tonto de tu viejo abuelo no te permitía ver hombres, a ningún hombre. Cuando nos escapamos, los hombres Luigi fueron a donde tu viejo abuelo. ¡Si el abuelo no era un buen tipo y hacía rico a Luigi, entonces Luigi haría un nuevo testamento él mismo! Luigi puede

escribir como cualquiera; escribe muchos cheques finos en la universidad antes de que le cojan y le digan que se fuera a casa. Luigi es un tío listo, casi tan listo como yo. Cuando el malvado viejo abuelo hace un nuevo testamente, lo oculta en una caja y lo envía lejos, entonces Luigi viene a mí con un nuevo plan. Busco en tu cuarto en El Cairo, vestido como un viejo egipcio; pero la caja no está allí. Debemos hacer otro plan. ¿No era una buena Momia? Soy un buen actor, te atemoricé. Y soy yo quien le cuenta a Luigi sobre ese joven tonto... yo era el árabe en el museo ese día, cuando conociste al Sr. Walter; le mirabas como me miraste a mí una vez, y sé...

Una exclamación indignada de Evelyn interrumpió este pedazo interminable de fanfarronería. El alivio de oír su voz, débil como estaba, casi me hizo desplomarme.

—Si no hubiera estado herido y drogado también, nunca le habrías vencido —gritó ella—. ¿Qué has hecho con él? Está tumbado tan quieto... Por favor, permíteme ver cómo está herido. A menos que... ¡oh, cielos!... no está... no puede estar...

El hombro de Emerson, apretado contra el mío, dio un tirón convulsivamente, pero no se movió.

—No, no —contestó el torturador de Evelyn, en una horrible parodia de simpatía—. El joven héroe valiente no está muerto. ¿Pero por qué lo sientes? Pronto estaréis muertos. Moriréis juntos, como Aida y Radames en la hermosa ópera del Signor Verdi. Doy gracias a mi genial compatriota por esta idea tan romántica. Juntos, en la tumba, en los brazos el uno del otro. —Su voz cambió; sonó como un chico malhumorado cuando agregó—, Luigi dice que te mate. ¿Yo, matar? Siempre el trabajo malo para mí; Luigi es demasiado caballero para mancharse las manos. Así que te dejo aquí. Soy un caballero también; yo no mato mujeres. Por lo menos, no lo hago a menudo. No una mujer a la que una vez sostuve en mis...

Esto fue demasiado para Emerson, que temblaba como una caldera a punto de explotar. Con un rugido, se arrojó en la cámara iluminada. No necesito decir que estaba tras sus talones.

La primera cosa que vi fue la cara pálida de Evelyn, veteada con polvo y lágrimas, los ojos casi sobresaliendo de las órbitas cuando me vio. El primer sonido que oí fue su grito de “¡Amelia!” mientras

se desplomaba en un desmayo de alivio y alegría.

La pobre niña estaba acurrucada en el sucio suelo, con las manos atadas detrás de ella, su bonito cabello todo enredado y polvoriento. La levanté, y miré de modo satisfecho como Emerson terminaba de estrangular a Alberto. Sí; la Momia, el aliado de Lucas-Luigi, el secuestrador de Evelyn, era su mismísimo antiguo amante, cuya relación con su intrigante primo había sido hecha simplemente con su propia jactancia. Creo que de los dos él era el peor, no sentí la más ligera inclinación a interferir mientras su cara se volvía púrpura y las manos que se debatían caían sin fuerzas.

Emerson lo dejó caer con un ruido sordo y se giró hacia su hermano. Walter estaba en la esquina opuesta, atado de pies y manos, estaba inconsciente, y una magulladura oscura en la frente mostraba cómo el canalla le había fulminado. Evelyn recuperó el conocimiento a tiempo de oír que Emerson proclamaba, en tono resonante:

—¡Está vivo! ¡No está herido de seriedad!

Después de lo cual se desmayó otra vez, y yo tuve bastante trayéndola de vuelta.

El viaje de retorno fue largo y arduo, pero no nos lo pareció así, nuestros corazones estaban inundados con la felicidad, aumentada por el conocimiento de que habíamos dejado a Alberto atado y amordazado en la tumba donde él había pensado sepultar a Evelyn y Walter. La última cosa que recuerdo ver mientras nos íbamos fue el disfraz de Momia en el suelo, flácido e inocuo. Parecía absurdo cuando lo miré de cerca que pudiera haber asustado a cualquiera. La máscara de la cabeza estaba hecha en una pieza separada, la unión se cubría con tiras de vendas. Y el traje mismo se abotonaba pulcramente por delante.

* * *

Dos años han pasado desde los acontecimientos que he escrito — dos años llenos de acontecimientos emocionantes, personales e históricos. Los temores de Emerson por el valeroso Gordon fueron, ay, justificados; fue asesinado horriblemente en enero, antes de que la fuerza expedicionaria llegara. Pero la causa por la que murió no se perdió; el mismo loco Mahdi murió el mismo año, y nuestras fuerzas rechazaron a los rebeldes. Mi amigo Maspero ha dejado el Departamento de Antigüedades, que ahora está al cargo de M.

Grebaut, a quien Emerson detesta aún más que a Maspero. En cuanto a Emerson...

Estoy sentada, escribiendo esto, en el saliente encima de la amada y familiar llanura de Amarna; y cuando levanto los ojos de la página veo los grupos de ocupados trabajadores dispersados como hormigas negras en la arena pálida, mientras traen a las ruinas de la ciudad de Khuenaten de vuelta a la luz del día. Mi auto-designado crítico me ha dejado para supervisar la limpieza de lo que parece haber sido el taller de un escultor; ya se han encontrados varios bustos espléndidos. Emerson se empuja innecesariamente, pues Abdullah es un excelente capataz, seguro y hábil. Como Emerson dice, no hay nada como un poquitín de chantaje para hacer que un hombre realice lo mejor de su habilidad. Abdullah nunca se refiere a los acontecimientos de ese invierno de hace dos años.

Ellos están sorprendentemente claros y presentes en mi mente, como si hubieran sucedido ayer mismo. Nunca tuve unos momentos tan buenos en toda mi vida. Ah, ciertamente, en aquel entonces hubo momentos de molestia extrema; pero la aventura, el peligro, la euforia de la duda y el riesgo son en retrospectiva algo que lamentaría haber perdido.

Tuvimos que interrumpir las excavaciones durante unas pocas semanas. Para profundo disgusto de Emerson, fue necesario llevar a nuestros cautivos a El Cairo y explicar a las autoridades lo que había sucedido. Sugerí dejar a Alberto en la tumba; parecía un castigo apropiado. Pero fui disuadida por las protestas horrorizadas de Evelyn.

Así, al amanecer, volvimos a la *dahabbiya* y Emerson hizo un bonito discurso a la reunida tripulación, que se agachó en la cubierta mirándole fijamente con oscuros ojos, abiertos de par en par mientras explicaba que la Momia había sido una trampa, una maldición imaginaria, y que un humano ordinario estaba detrás de toda el asunto. Mostró a su abatido y tembloroso cautivo en el momento apropiado, y creo que la vista de un inglés, uno de la Raza Principal, atado y sostenido para el desprecio como un criminal común, hizo mucho para ganar su lealtad incondicional. La tripulación de Lucas no nos dio dificultades; su lealtad había sido ganada con dinero, y tan pronto como los fondos provistos se secaron, su devoción se marchitó. Una expedición partió

inmediatamente al campamento y volvió con un Alberto muy sediento, junto con nuestro equipaje y el equipo. Yo misma supervisé el traslado del pobre Michael en una litera. Pusimos vela inmediatamente para El Cairo.

Fue un viaje agradable. Con la gran vela recogida y bajada en bloques en la cubierta, dejamos que la corriente nos llevara río abajo. Hubo contratiempos ocasionales, golpes en bancos de arena, un encuentro con otra *dahabbiya* que había perdido el último de su bauprés, y nos ganamos las maldiciones colectivas de los exuberantes pasajeros norteamericanos; pero éstos son sólo los accidentes normales de un viaje por el Nilo. En todos los otros asuntos no podría haber sido más satisfactorio. Michael comenzó a recuperarse, para alivio de mis mayores temores. La tripulación se excedió en complacernos. El cocinero produjo comidas magníficas, fuimos tratados como príncipes, y *Reis* Hassan obedeció mi más ligera orden. La luna llena brillaba sobre nosotros, el río arrollado fluía dulcemente por... Y Emerson no decía una palabra.

Yo había esperado que hiciera alguna referencia, si no una disculpa, por su escandalosa conducta en... por su atrevimiento a... por, en resumen, el beso. No sólo permaneció silencioso, sino que me evitó con una consistencia poco menos que maravillosa. En tan pequeño sitio deberíamos haber estado mucho juntos, pero siempre que yo entraba en el salón parecía que Emerson salía, y cuando paseaba por la cubierta, admirando las ondas plateadas de luz de la luna en el agua, Emerson desaparecía abajo. Walter no era de ninguna utilidad. Pasaba todo su tiempo con Evelyn. Ellos no hablaban, sólo se sentaban sosteniéndose las manos y se miraban estúpidamente el uno al otro a los ojos. Walter era un tipo sensato. La fortuna de Evelyn no lo alejaría de la felicidad. ¿Era posible que Emerson...?

Después de dos días decidí que ya no podía esperar. Ambiciono enumerar la paciencia entre mis virtudes, pero la vacilación, cuando nada se gana con la demora, no es una virtud. Así que arrinconé a Emerson una noche en cubierta, haciéndole retroceder, literalmente, a una esquina. Estaba apretado contra la baranda que cerraba la cubierta superior mientras avanzaba hacia él, y por la mirada en su cara habría pensado que yo era un cocodrilo con la intención de devorarlo, botas, huesos y todo.

Habíamos cenado formalmente; llevaba mi vestido carmesí y sufrido algunos dolores con el pelo. Pensé, cuando me miré en el espejo esa noche, que tenía buen aspecto; quizás la adulación de Evelyn no había sido toda falsa. Cuando me acerqué a Emerson era agradablemente consciente del susurro de mis faldas y del movimiento de los volantes en mi garganta.

—No —dije, cuando Emerson hizo un movimiento a un lado, como un cangrejo—. No intente escapar, Emerson, no le hará ni una pizca de bien para lo que le tengo que decir si tengo que gritarlo a su espalda mientras corremos por el barco. Siéntese o quédese de pie, no me importa. Yo me quedaré de pie. Pienso mejor de pie.

Emerson cuadró los hombros.

—Me quedaré de pie. Me siento más seguro de pie. Continúe, entonces, Peabody; sé que es mejor no meterse con usted cuando está de este humor.

—Quiero hacerle una proposición de negocios —dije—. Es simplemente esto. Tengo algunos medios; no soy rica, como Evelyn, pero tengo más de lo que necesito, y nadie depende de mí. Tenía la intención de dejar mi dinero al Museo Británico. Ahora me parece que también lo puedo emplear para un propósito igualmente útil mientras vivo, y disfruto del negocio, así mato dos pájaros de un tiro. La señorita Amelia B. Edwards ha formado una sociedad para la exploración de las antigüedades egipcias; haré lo mismo. Deseo emplearle como mi experto arqueológico. Hay sólo una condición...

Tuve que parar para respirar. Esto era más difícil de lo que había anticipado.

—¿Sí? —dijo Emerson con una voz extraña—. ¿Qué condición?

Respiré profundamente.

—Insisto en que se me permita participar en las excavaciones. Después de todo, ¿por qué deben tener los hombres toda la diversión?

—¿Diversión? —repitió Emerson—. ¿Quemarse al sol, tener la piel en carne viva por el roce de la arena, vivir de raciones que ningún mendigo que se precie comería, ser mordido por serpientes y aplastado por piedras que caen? Su definición de placer, Peabody, es muy rara.

—Rara o no, es mi idea del placer. ¿Porque, qué más le hace llevar esa vida si no disfruta de ello? No me hable del deber,

ustedes los hombres siempre tienen alguna excusa altisonante para consentirse. Viajan sobre la tierra, escalan montañas, buscan las fuentes del Nilo; y esperan que las mujeres se sienten aburridamente en casa bordando. Bordo muy mal. Creo que excavaría bastante bien. Si usted quiere, haré una lista de mis aptitudes...

—No —dijo Emerson, con voz estrangulada—. Soy demasiado consciente de tus aptitudes.

Y me agarró en un abrazo que me magulló las costillas.

—Para —dije, empujándole—. Esto no era en absoluto lo que tenía pensado. Para, Emerson, me confundes. No quiero...

—¿No quieres? —dijo Emerson, tomándome el mentón en la mano y girándome la cara hacia la suya.

—¡Sí! —Grité y lancé mis brazos alrededor de su cuello.

Un bueno rato más tarde, Emerson observó:

—¿Te das cuenta, Peabody, de que acepto tu propuesta de matrimonio porque es la única manera práctica de conseguir tu dinero? No podrías unirte a mí en una excavación a menos que estuviéramos casados; cada europeo en Egipto, desde Baring a Maspero, estaría ultrajado, y Madame Maspero forzaría a su marido a cancelar mi concesión.

—Comprendo completamente eso —dije—. Ahora, si dejarás de apretarme tan fuerte... no puedo respirar.

—Respirar es innecesario —dijo Emerson.

Después de otro intervalo, me tocó a mí comentar.

—Y tú —dije—, comprendes que acepto tu proposición de matrimonio porque es la única manera en que puedo conseguir mis fines. Es tan injusto, otro ejemplo de cómo las mujeres son discriminadas. ¡Qué lástima que no haya nacido dentro de cien años! Entonces no tendría que casarme con un hombre fuerte, arrogante y grosero para que me permitieran excavar.

Emerson me apretó las costillas otra vez y tuve que parar por falta de aliento.

—He encontrado la manera perfecta de callarte —dijo.

Pero entonces la risa huyó de su cara y los ojos tomaron una expresión que me hizo sentir muy extraña, como si mis órganos interiores se hubieran disuelto en una masa informe y pegajosa.

—Peabody, también puedes oír la verdad. ¡Estoy loco por ti!

Desde el día en que entraste en mi tumba y empezaste a darnos órdenes sobre todo, he sabido que eras la única mujer para mí. ¿Por qué supones que me he enfurruñado y te he evitado desde que dejamos Amarna? Contemplaba una vida sin ti, una existencia desolada y gris, sin tu voz regañándome, sin tus grandes ojos brillantes frunciéndome el ceño y sin tu magnífica figura, ¿nadie te ha dicho nunca nada sobre tu figura, Peabody?, caminando a zancadas arriba y abajo curioseando en todo tipo de lugares donde no tenías nada que hacer. ¡Sabía que no podría soportarlo! Si no hubieras hablado esta noche, habría pedido prestado el disfraz de Momia de Alberto y te habría llevado al desierto. Ahí está, ya lo he dicho. Me has quitado mis defensas. ¿Estás satisfecha con tu victoria?

No contesté con palabras, pero pienso que mi respuesta fue satisfactoria. Cuando Emerson hubo recobrado el aliento dejó salir una gran risa campechana.

—La arqueología es una persecución fascinante, pero, después de todo, uno no puede trabajar día y noche. Peabody, mí querida Peabody. ¡Que momentos perfectamente espléndidos vamos a tener!

Emerson tenía razón, como generalmente sucede. Hemos tenido unos momentos espléndidos. Tenemos intención de ir a trabajar a Gizeh el año próximo. Hay mucho que hacer aquí todavía, pero por varias razones prácticas preferimos estar cerca de El Cairo. Comprendo que Petrie quiera trabajar aquí, y él es uno de los pocos excavadores a quien Emerson consideraría ceder. No es que ellos dos se lleven bien, cuando conocimos al Sr. Petrie en Londres el año pasado, él y Emerson empezaron a injuriar mutuamente al Departamento de Antigüedades y acabaron por injuriarse el uno al otro sobre fragmentos de alfarería. Petrie es un hombre joven atractivo, pero realmente no tiene la menor idea de qué hacer con la alfarería.

Las razones prácticas que demandan que trabajemos cerca de El Cairo son las mismas razones que me mantienen aquí, en mi silla, en vez de estar supervisando abajo a los trabajadores como hago generalmente. Emerson está excesivamente cauteloso; yo me siento perfectamente bien.

Ellos dicen que para una mujer de mi edad no es siempre fácil tener a su primer niño, y Emerson está en un estado nervioso de

aprensión acerca de todo el asunto, pero no tengo nauseas. No creo que nada vaya mal. Lo he planeado con cuidado, no queriendo interrumpir la temporada de excavación de invierno. Puedo quedarme con el niño bastante bien entre temporadas, y regresar a El Cairo preparada para trabajar en noviembre.

Ahora estamos aguardando noticias de Evelyn sobre el nacimiento de su segundo hijo, que se espera en cualquier momento. Ya es madre de un niño rubio, un niño bastante encantador, con una propensión por chapotear en charcos de barro, que estoy segura ha heredado de sus parientes arqueológicos. Soy su madrina, así que quizás tengo prejuicios acerca de su belleza, de su inteligencia y de su encanto. Pero creo que no.

Walter no está con nosotros esta temporada; estudia jeroglíficos en Inglaterra, y promete ser uno de los mejores eruditos de nuestro tiempo. Su biblioteca en el Castillo Ellesmere está llena de libros y manuscritos, y cuando nos unimos con el Emerson más joven allí por el verano de cada año, él y Emerson pasan horas discutiendo sobre traducciones.

¿Lucas? Desconocemos su presente paradero. Sin el dinero para apoyar su título no podía vivir respetablemente en Inglaterra. Quise procesar al bribón como merecía; pero Baring me disuadió. Él fue muy útil cuando alcanzamos El Cairo con nuestra barcada de criminales; y estuvo presente en la importante ocasión en que Evelyn abrió sus cajas y encontró, entre las agendas y libros, un sobre que contenía la última voluntad hológrafa de su abuelo. Esta fue la prueba final de la maldad de Lucas; pero, como Baring indicó, un juicio no traería más que notoriedad no deseada sobre todos nosotros, especialmente sobre Evelyn, y Lucas ya no era un peligro. Vive precariamente, creo, en algún lugar del continente, y si no bebe hasta la muerte pronto, algún marido o padre ultrajado ciertamente le dispararán.

Veo a Alberto siempre que pasamos por El Cairo. Insisto en hacerlo. Como le advertí una vez, las prisiones egipcias son especialmente incómodas, y la vida no parece estar de acuerdo con él en absoluto.

Michael ha tocado la campana para almorzar y veo a Emerson venir hacia mí. Tengo que arreglar cuentas con él; no creo que tenga razón en su identificación de uno de los bustos esculpidos

como la cabeza del faraón hereje. A mí me parece la representación del joven Tutankhamen, el yerno de Khuenaten.

Debo agregar otra cosa. A menudo me encuentro recordando ese día borrascoso en Roma, cuando fui al rescate de una joven chica inglesa que se había desmayado en el Foro. Hace poco me di cuenta de cuán extrañamente nuestros destinos están entrelazados; que ese acto de caridad sencilla me recompensaría más allá de mis sueños más salvajes, ganando una amiga y una hermana, una vida de trabajo ocupado y fascinante, y...

Evelyn tenía razón. Con la persona correcta, bajo las circunstancias correctas... ¡es perfectamente espléndido!

Fin

Glosario

AFRIT: Demonio maligno.

BACSHISH: Propina.

DAHABBIYA: Barca de recreo o vivienda, en forma de media luna, cuya popa y proa no se sumergen en el agua.

DRAGOMAN: intérprete y guía de los países dónde se habla el árabe, el turco o el persa.

HAKIM: Doctor

REIS: capitán, capataz

SITT: señora

USHABTI: Estatuilla

WADI: valle o paso de agua, por lo general seco, cañón.

Notas

[1] **Dragoman** designa el título oficial de una persona que funcionaría como un intérprete traductor y guía oficial entre el árabe turco y persa y países de habla hispana y organizaciones políticas del Oriente Medio y embajadas europeas, consulados vice —consulados y puestos comerciales A dragoman had to have a knowledge of Arabic, Turkish, and European languages. Un dragomán tenía que tener un conocimiento del árabe, turco y las lenguas europeas. (N. de T. Información tomada de wikipedia) < <

[2] La **fayenza** es una material cerámico de acabado exterior vítreo, profusamente utilizado en el Antiguo Egipto para la elaboración de pequeñas estatuas, amuletos, y otros motivos decorativos. < <

[3] Samuel Pickwick, protagonista de *Los papeles del club Pickwick*, de Charles Dickens. Es un anciano caballero, fundador del club y narra las aventuras que vivió junto a sus amigos en un divertido viaje. (N. de T.) < <

[4] Propina. < <

[5] Florence Nightingale (1820-1910) señorita inglesa de buena familia, que al no serle permitido por sus padres estudiar medicina, cuando fue mayor de edad se dedicó a estudiar enfermería en diversos países, y en la guerra de Crimea (1854) acudió, con un grupo de treinta y ocho enfermeras, para hacerse cargo y organizar la lastimosa situación de los soldados ingleses enfermos y los hospitales de Crimea.

El logro más grande de Florence fue hacer de la enfermería una profesión respetable para las mujeres. (N. de T.) < <

[6] Espíritu diabólico o demonio poderoso de la mitología árabe. <<

[7] Sombrero en forma de casco esférico con un pequeño saliente alrededor, tejido de tiras de caña para permitir el paso del aire, se usa en los países de clima cálido. < <

[8] Escritor de novelas de aventuras, entre ellas *Las minas del rey Salomón.* < <

[9] Egiptólogo y novelista alemán, que descubrió uno de los papiros médicos más importantes del Antiguo Egipto. Además de escribir muchas novelas históricas ambientadas en dicho período egipcio. < <

[10] Una variedad de jerez, de origen español. Amontillado deriva del nombre del pueblo de Montilla, en la provincia de Córdoba. < <

[11] Popular apodo inglés para el diablo. (N. de T.) < <